



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

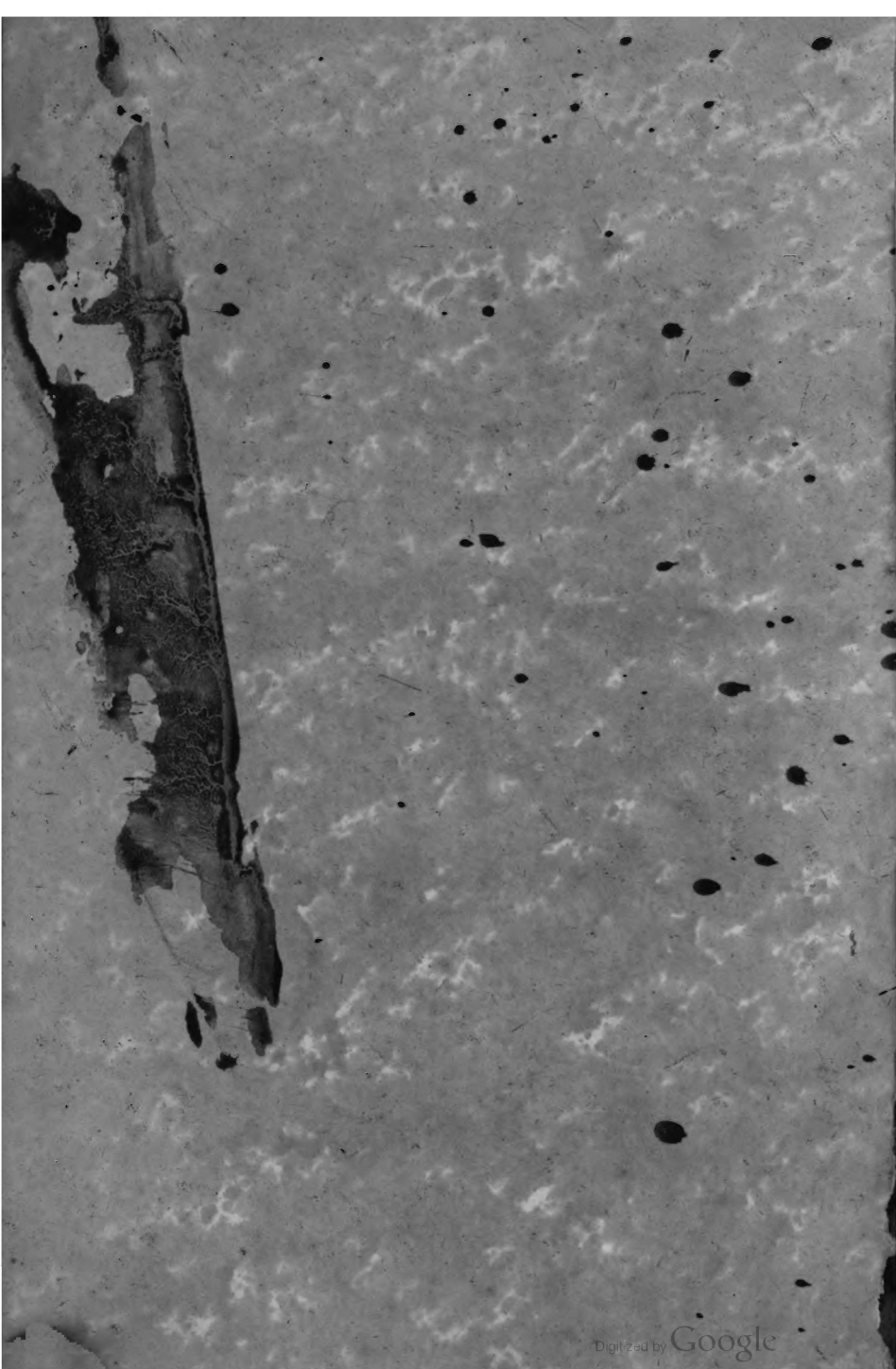
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>











UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5324244254

252

W 84 n

623542901
234938990

BIBLIOTECA

DE

EL CATÓLICO.

—♦♦♦♦♦—
TOMO IX.

CONFERENCIAS

SOBRE

LAS DOCTRINAS Y PRÁCTICAS MÁS IMPORTANTES DE LA IGLESIA CATÓLICA.

—♦♦♦♦♦—
TOMO I.

R-13108

FA
5332

CONFERENCIAS

SOBRE

LAS DOCTRINAS Y PRACTICAS MAS IMPORTANTES

DE LA IGLESIA CATOLICA,

TENIDAS EN LA IGLESIA DE S. MARY'S MOORFIEDDS

POR EL ILMO. SR. NICOLAS WISEMAN, OBISPO DE MELIPOTAMOS,

(ahora cardenal arzobispo de Westminster).

**Precedidas de una introduccion acerca del estado actual del
protestantismo.**

—→→→○●●●○←←←—
TOMO I.
—→→→○●●●○←←←—

MADRID: 1851.

IMPRESA DE EL CATÓLICO, A CARGO DE J. M. CAÑADA,
calle de Colon, número 10.



EL EDITOR.



En las actuales circunstancias en que tanto llaman la atención los asuntos religiosos de Inglaterra, con motivo del restablecimiento de la gerarquía católica en aquel país, nos parece sumamente oportuna la publicación de estas conferencias tenidas hace pocos años en la iglesia de Sta. Maria de Moorfields por el ahora cardenal Wiseman. Todos los periódicos se ocupan mas ó menos en hablar de esa cuestión religiosa de la Gran Bretaña, y á menudo se ven en sus columnas noticias y documentos protestantes en que se vierten mil expresiones y se hacen mil inculpaciones contra la Iglesia católica. Conveniente es por lo tanto prevenir los ánimos de los fieles para que sepan rechazar, como se merecen, esas expresiones, esas inculpaciones, y todas esas calumnias que en estos dias renueva contra la Iglesia católica el anglicanismo, lleno de furor á vista de los progresos del catolicismo

y de la forma gerárquica que el Sto. Padre acaba de conceder á la Iglesia católica en aquel pais.—Y es tanto mas conveniente tengan los fieles la debida y sólida instruccion en este punto, cuanto que, aunque afortunadamente sin fruto, la propaganda protestante ha hecho ya, y no dejará de repetir, algunas tentativas para atraerse prosélitos en nuestra España.

Nada diremos acerca del mérito de esta obra: es bien conocido el de su autor, tanto que hasta los mismos protestantes se ven precisados á reconocerlo y confesarlo. Mas aun cuando asi no fuera, bastaria leer estas conferencias para convencerse de ello. En ellas se encontrará una série de pruebas tan convincentes en favor de la Iglesia católica y una refutacion tan completa de los errores protestantes, junto todo con una elocucion facil y correcta, una argumentacion sólida y un enlace tan íntimo, que lleva la conviccion al entendimiento y deja completamente vindicada á la Iglesia católica de todas las inculpaciones que el protestantismo en su ciego furor la hace. Los católicos españoles encontrarán nuevos motivos para afirmarse cada vez mas y mas en las creencias que nos legaron nuestros mayores, y un preservativo contra los errores en que propagandistas protestantes paladinos ó encubiertos, quisieran imbuirlos.

Réstanos advertir por último que esta traduccion la hacemos de la version francesa que en este mismo año de 1850 acaba de publicar con grande aprobacion del señor obispo de Poitiers el presbítero señor Jarlit, profesor de Retórica en el pequeño seminario de Montmorillon, habiéndola añadido dicho señor Jarlit una interesante introduccion, aprobada tambien por el mismo prelado, acerca del actual estado del protestantismo.





ADVERTENCIA

DEL

TRADUCTOR FRANCÉS.



Al publicar esta nueva traduccion de las *Conferencias* del Ilmo. señor Wiseman acerca de la Iglesia, parécenos no será fuera de propósito manifestemos los motivos que nos han inducido á emprenderla.

Parecianos, en primer lugar, que esta escelente obra no estaba bastante estendida entre el clero, y que la principal causa de esto era la dificultad de poderla adquirir á un precio moderado. En efecto, las traducciones que hasta ahora se han publicado, ó forman parte de colecciones

voluminosas, ó por la naturaleza de las ediciones no están al alcance de todas las fortunas. No será pues enteramente inútil á la sagrada causa de la Religion el vulgarizar mas en nuestras provincias este magnífico análisis de la fé católica por medio de nuestra edicion que se recomienda no menos por la modicidad de su precio que por lo cómodo del tamaño.

Sentíamos ademas que los que nos habian precedido en este trabajo no se hubieran atendido bastante á la reproduccion íntegra del testo original. Esta censura se dirige especialmente á la primera traduccion que se publicó de las *Conferencias*, traduccion de un mérito incontestable bajo otros conceptos. Su autor, el señor A. Nettement, mas bien analiza que traduce en muchas ocasiones. Llevándose ante todo la mira de acomodar el discurso y las frases á la índole, reglas y modismos de la lengua francesa, se ha contentado en muchos pasages con solo reproducir el pensamiento del autor inglés ó con solo comentarle con esplanaciones estrañas al testo. Ademas, el deseo de una harto grande brevedad le ha hecho suprimir casi todos los detalles relativos á las circunstancias personales y locales en que se pronunciaron estos discursos. Asimismo suprimió gran número de citas de mucho peso, comparaciones felices, parábolas ó imágenes vivas y oportunas para hacer resaltar mas el pensamiento; por último, suprimió tambien la mayor parte de esas páginas animadas, principalmente al fin de los discursos, en que conmovida el alma del orador abandona el tono de la simple discusion para hablar el lenguaje del sentimiento. Este método puede tener sus ventajas; pero ¿constituye el mérito verdadero de una traduccion? En nuestro sentir, en una obra de este no menos que una obra maestra de razonamiento,

no es un mediano mérito el conservar al original la integridad de su fisonomía; porque en un discurso, los pormenores de circunstancias, cuando son ingeniosos y raros, nos hacen interesante la doctrina aficionándonos á la persona del que habla; y en fin, porque de lo que puede ayudar al triunfo de la verdad por el placer ó por la asercion, nada debe sacrificarse á las exigencias de la brevedad (1).

(1). En apoyo de nuestra asercion, hé aqui una nota que se nos ha comunicado, y en la que se hace una enumeracion de las diferencias mas notables entre la traduccion de *Nettement* y el testo original:

I. Conferencia: una cita importante del Dr. Beveridge y casi toda la peroracion, suprimidas.—II. Conferencia: El traductor omite los preliminares, compendia tres cuartas partes la discusion de los milagros y de las profecias como pruebas de la inspiracion, suprime las notas 1.^a, 2.^a, 4.^a, 5.^a, y la práctica final de la peroracion.—III. Conferencia: Grande y sensible tajo en lo relativo á la aplicacion del principio de fé católica á la fé práctica.—IV. Conferencia: Omision de la parábola de los hijos del rey, y de tres notas; las tres últimas y preciosas páginas reemplazadas por diez líneas insignificantes.—V. Conferencia: Están suprimidas dos ó tres páginas del exordio en que se hacia una recapitulacion y se esponia con la mayor claridad el encadenamiento de las materias; tambien de tres pasajes de Orígenes se suprimen dos.—Hay ademas un error absurdo; en vez de: *por espacio de doce ó trece siglos*, se dice: *hasta los siglos XII y XIII, época en que Lutero y Calvino etc.*—VI. Conferencia: Suprimidas las dos últimas páginas de la peroracion en la que se hacia mencion del antiguo influjo de la Inglaterra en la difusion de la fé.—VII. Conferencia: Una estensa é interesante nota queda reducida á una línea, y en la peroracion se omite una linda comparacion de las plantas petrificadas.—VIII. Conferencia: Suprimida una brillante peroracion etc.—IX. Conferencia: Supresion de las dos primeras páginas del exordio, de una nota importante sobre un testo de Herne, y del exámen de un segundo testo alegado por los protestantes.—X. Conferencia: Suprimida la peroracion.—XI. Suprimidos el exordio, la aplicacion á la lengua inglesa de las reflexiones que preceden, todo un párrafo acerca del punto en que comienza á tratarse de la Eucaristia, dos pasajes que podrian objetarse, y la peroracion.—XV. Conferencia: Suprimido el exordio.—XVI. Conferencia: Se compendia y estropea la peroracion etc.»

Añadiremos ahora dos palabras acerca de la introduccion de que hacemos preceder estas Conferencias.

Al trazar el cuadro de las escisiones que actualmente desgarran el protestantismo, nos hemos propuesto por objeto indicar el estado de la cuestion religiosa relativamente á los diversos partidos que se agitan en su seno. Porque para que la discusion con los individuos de la iglesia reformada permanezca en los términos en que el Ilmo. Wiseman la entablaba, son indispensables dos condiciones: 1.^a que nuestros adversarios profesen, al menos exteriormente, el principio del exámen individual como regla única de fé; y 2.^a que en virtud de este mismo principio no hayan despojado de su caracter divino al cristianismo y á su fundador; ó en otros términos, que tomen con nosotros por primer punto de partida la verdad de la revelacion cristiana. Tal es todavia el protestantismo oficial en Inglaterra, en Alemania, en Francia, y especialmente el de las masas del pueblo. Para estos viejos restos de la reforma de Lutero y de Calvino, la regla de fé es siempre el punto capital de la discusion. Pero á la sombra de este protestantismo oficial, se han manifestado, desde mucho tiempo há, dos tendencias, igualmente destructoras de la obra de los antiguos reformadores, y cuya filiacion y progresos hemos procurado delinear. La primera es la tendencia racionalista, producto lógico y el mas completo del exámen individual. Para con esta son ya impotentes todas las armas que la revelacion suministra al católico; es menester descender con ella al terreno de la teología natural. La segunda tendencia es la del puseismo y de los hombres religiosos; fruto de la ciencia y de meditaciones laboriosas, saca por conclusion la insuficiencia de la regla de fé protestante. No se trata, pues, ya respecto de ella de una demostracion del

principio de autoridad; basta probar y establecer la perpétua visibilidad de la autoridad docente en el seno de la sociedad religiosa.

Por consiguiente , mostrar de una parte la impotencia del principio protestante proclamada por los mismos protestantes, y de otra mostrar que ese mismo principio conduce á negar toda Religion revelada, era apoyar tambien con nuevas pruebas la bella demostracion que de su ineficacia ha dado el Emmo. Wiseman. Hé ahí pues el segundo objeto que nos hemos propuesto en estas pocas páginas que hemos añadido á las *Conferencias*. Sin embargo, no nos hemos propuesto tratar en ellas de una manera profunda esta parte de la cuestion; para esto habria sido preciso dar á nuestro trabajo una estension que no permiten los limites de una introduccion; nos hemos contentado con analizar rápidamente el origen y los puntos principales de la discusion. Los que deseen mas noticias y aclaraciones, pueden encontrarlas en las obras de que nosotros nos hemos servido para este pequeño trabajo, y son: respecto de Alemania, Tholuk, acerca de la *Vida de Jesus* por Strauss; el abate de Chassay, *Cristo y el Evangelio*; Alzog, *Historia de la Iglesia*, parte III; Perrone, *Prælectiones theologicæ* etc.: respecto de Inglaterra, los *Tratados para los tiempos presentes*; el doctor Ward, *Modelo de una iglesia cristiana*; los discursos del Dr. Pusey y sus cartas publicadas en el *Univers*; y por último, la preciosa obrita de Julio Gondon, acerca del *Movimiento religioso* en Inglaterra.

Pequeño seminario de Montmorillon 30 de diciembre de 1849.

JARLIT, presbítero.



INTROBUCCION.



Ojeada acerca del estado actual del protestantismo, principalmente en Inglaterra y Alemania.—El racionalismo.—El puseísmo.

El protestantismo no ha conocido desde su origen dias mas malos que los que en la actualidad viene atravesando. Donde quiera que se tienda la vista, se le ve hecho presa de incesantes agitaciones; sus divisiones intestinas son mas decisivas que nunca, y tambien mas frecuentes que nunca sus transformaciones. Hásele dado un movimiento general en contrarios sentidos y tiende á separar y desgarrar cada vez mas los mal zurcidos remiendos que le componen. Y ¿qué debemos esperar de esta nueva crisis? ¿Acaso un desenlace final á sus largas vicisitudes? Pero ¿y cuál será? El porvenir nos lo dirá. Pero

ello es que los que aún están apegados, al menos en apariencia, á los principios de los antiguos reformadores, no presencian sin el mayor asombro y espanto lo que pasa ante sus ojos, y no dejan piedra por mover á fin de dirigir, ya que no detener, el profundo trabajo que se manifiesta en el seno de sus desgraciadas iglesias. Pero en vano: el torrente los arrebata por la rápida pendiente por donde tiene su curso. Quizá logren ocultar durante algun tiempo el espectáculo de sus angustias y apuros; pero no por eso dejará de subsistir el mal; antes bien llegará á desarrollarse inevitablemente, porque esto es inherente á la reforma, porque no es mas que la consecuencia de su principio fundamental.

En efecto; el error no tiene enemigo mas temible que él mismo. Lo que al principio es para él origen de su poder y de sus triunfos, se transforma mas tarde ó mas temprano en causa de debilidad y de ruina. Asi Lutero, Calvino y sus discípulos presentaron á la razon individual como juez supremo de la fé, perteneciendo á ella sola en el sistema de ellos interpretar la palabra de Dios y deducir de ella las creencias. El principio era seductor para el orgullo humano. No es, pues, de estrañar que en los paises en que se veia favorecido por las circunstancias locales, empujase los pueblos á la rebelion contra el principio de autoridad y contra el orden de cosas vigente á la sazón. Asi se esplican en parte sus triunfos y su pronta propagacion. Empero, una vez proclamado el principio, es difícil impedir sus consecuencias. Pues que la razon individual es la base única de la fé, ¿no deberá ser esta diferente como diferentes son entre sí los individuos? ¿No es libre cada cual en formarse su creencia y en arreglar su conducta segun le parezca? Luego la idea de division, de cisma, de descomposicion,

es inseparable del principio de fé protestante. Asi es que, á los mismos padres de la reforma los vemos esforzarse inútilmente para ponerse de acuerdo los unos con los otros, y en la imposibilidad absoluta de llegarse á convenir en la profesion de un mismo símbolo. Lutero no halla rayos bastantes que fulminar contra Carlostadt, y Carlostadt á su vez anatematiza á Lutero: la doctrina que se enseña en Wutemberg es condenada en Zurich como herética, y en el palacio de Whitehall se sancionan artículos que suenan mal al oído de los reformistas de Ginebra. Sucédense unas á otras las profesiones de fé, se dividen, se fraccionan hasta lo infinito, tanto que un siglo despues pudo ya Bossuet escribir su inmortal obra de la *Historia de las variaciones*.

Estas variaciones, consecuencia natural del examen individual admitido como regla única de fé, suministran tambien la razon de las perpétuas contradicciones de los reformadores con su propio principio. Porque, á la verdad, ¿no era ponerse en contradiccion consigo mismo el imponer á los pueblos símbolos comunes? ¿En virtud de qué autoridad se proclamaba como obligatoria la admision de tal ó cual doctrina? ¿por qué esa confesion de Augsburgo? ¿por qué los treinta y nueve artículos del establecimiento anglicano? ¿por qué esos famosos sínodos de Dordrecht y de Charenton? ¿Por ventura hay derecho para exigir del que abraza el protestantismo otra profesion de fé que esta: “Yo creo en mí y protesto contra la Iglesia católica?” La contradiccion era evidente; sin embargo, se reivindicó para sí en la práctica esa misma autoridad que tan fuertemente se habia condenado cuando estaba en otras manos. Pero era forzoso volver á ella, si se queria atajar las divisiones, si sobre todo se querian prevenir las dos consecuencias extremas:

que podian resultar de la aplicacion de la regla de fé protestante, consecuencias igualmente desastrosas para la obra de la reforma tal como habia sido concebida por sus primeros autores.

Y en primer lugar, puesto que nadie debe admitir mas artículos de fé que los que él descubre en la palabra de Dios escrita, y que los santos libros quedan abandonados á su interpretacion particular, es evidente que nadie hallaria en ellos sino lo que le pluguiese hallar, que las doctrinas recibidas por unos serian desechadas por otros, que el conjunto de los misterios y de las verdades reveladas se iria debilitando poco á poco en las generaciones sucesivas, y de ese modo se llegaría al anonadamiento completo del cristianismo. Y ¿con qué fundamento mantener una doctrina que parecia imponer al espíritu un yugo sobradamente pesado? ¿en la palabra de Dios? Pero esta es una barrera bien débil. Ademas, ¿no habia dado Lutero el ejemplo de esa temeraria osadía en la interpretacion de la Escritura Santa? Él habia negado todo lo que le importaba negar para justificar sus primeros estravios y su abierta rebelion. Y ¿no le imitaron tambien en esto los demas gefes? Zwinglio habia ido aún mas allá que Lutero, y Calvino mas aún que Zwinglio. Luego estos mismos hombres debian temer que la obra comenzada por ellos con tanta audacia no fuese continuada con mucha fidelidad en la sucesion de las edades. De ahí las innumerables tentativas que hicieron para fijar en un simbolo á los pueblos; mas á ojos perspicaces era facil entrever el abismo en que vendria á parar el protestantismo, á la negacion de toda verdad revelada.

Por otra parte, del mismo principio de libre examen podia salir un resultado diametralmente opuesto.

¿No se hallarán hombres que, mirando como la mas importante de sus tareas la de formarse á sí mismos un conjunto de doctrinas, teman no creer bastante y ver cumplirse en ellos aquella terrible amenaza del Redentor: «El que viola uno de estos preceptos menores y enseñe así á los hombres, será mirado como el menor en el reino de los cielos? (1)». Estos tales deberán necesariamente examinar y comprobar las doctrinas recibidas. Pero el estudio profundo de la Escritura Santa ¿no les mostrará otros artículos que los que se les ha permitido descubrir en ella? ¿No serán conducidos por sus propias investigaciones á reconocer la verdad de la fé católica?

Pues bien: estas dos consecuencias extremas del libre exámen son hoy hechos consumados. En Alemania el racionalismo, y el puseismo en Inglaterra, han herido en el corazon á la reforma: el primero la ha ido quitando sucesivamente todo fundamento divino, y no la ha dejado del cristianismo mas que el nombre y algunas formas de culto vacías ya de sentido; el segundo la ha conducido por opuesto camino á un punto en que ya no le falta mas que reanudar el lazo visible de unidad con la Iglesia madre.

Es bien cierto que en los países donde el movimiento es menos sensible, por ejemplo, en Francia, se procura ahora mas que nunca mantener los antiguos formularios de fé. Hasta en los dos centros de la agitacion, los que han dado los mas vigorosos golpes al viejo edificio protestante, le prestan todavia el apoyo de su brazo; temiendo sin duda ser sepultados en sus ruinas, tratan de reparar las murallas derruidas. Y para llevar á cabo esta difícil obra no se des-

(1) Matt. V, 19.

añan de apelar á los medios poco sinceros de sus antepasados. Como en el siglo XVI, sus predicantes se esfuerzan en inspirar sus propias pasiones á las masas ignorantes. Se les vé recorrer nuestras ciudades y nuestras campiñas, ostentando por todas partes la arrogancia de su proselitismo interesado. Las cátedras de sus templos, en vez de resonar con la palabra de Dios, muy de ordinario no sirven de otra cosa que de despertar en los pueblos odiosas calumnias que comenzaban á adormecerse, si es que no á olvidarse enteramente. La Iglesia católica es para ellos en sus furibundas declamaciones la gran prostituta, Roma la moderna Babilonia, y el Anticristo no ha dejado de ocupar la Silla del Príncipe de los Apóstoles. Si las imaginaciones se enardecen, si la irritacion llega á su colmo en la muchedumbre estremecida, si con ardientes aclamaciones se responde á los apasionados discursos del orador, entonces se figuran haber desempeñado santamente el ministerio de la palabra, y servido noblemente los intereses del hombre y de Dios, porque han inspirado á todo un pueblo una ira y furor, cuya sinceridad ni aun ellos mismos creen. En esto, al menos, parecen estar de acuerdo las mil sectas protestantes. Estas calumniosas imputaciones contra una rival que ellos temen porque ven su fuerza, han venido á ser para ellas un punto de reunion y de alianza. Cuando el católico los vé confundir sus esfuerzos por esta parte, se vé tentado á creer si se halla en los tiempos de Lutero y de Isabel, y el protestantismo le sorprende quizá por cierta apariencia de unidad. Pero apruesúrese á levantar una punta de ese velo de odio comun y á contemplar la doble llaga que tapa. En vano se negará su estension y su gravedad; el mal está ahí, que se presenta á la faz de todos, que se inocular como un veneno deletéreo

que amenaza invadirlo todo; de tal modo que si se separara hoy todo lo que el puseismo y el racionalismo cuentan en sus filas ¿qué quedaria al protestantismo? Bastará pues sondear la profundidad de esta doble llaga para apreciar la situacion actual de las pretendidas iglesias reformadas, sus medios de triunfo y las probabilidades de su porvenir.

I.



Y en primer lugar ¿qué terreno ha ganado el racionalismo?

Bossuet habia predicho que el principio del examen individual vendria á parar en la soberana independencia de la razon y en la negacion de la Religión revelada. “Cada cual se ha erigido en tribunal donde se hace árbitro de su creencia, y aunque parece que los novadores han querido contener los entendimientos encerrándolos dentro de los límites de la Escritura Santa, como esto no ha sido sino á condicion de que cada fiel seria el intérprete de ella y crea que el Espíritu Santo le dicta su interpretacion, no hay particular alguno que con esta doctrina no esté autorizado á adorar sus invenciones, á consagrar sus errores, á llamar Dios á todo lo que él piensa. Desde ese momento se previó bien que, no teniendo ya freno la licencia, las sectas se multiplicarian hasta lo infinito, que seria invencible la obstinacion, y que mientras unos no cesarian de dispu-

star ó venderian como inspiraciones sus sueños, otros fatigados de tan locas visiones y no pudiendo ya reconocer la magestad de la Religion, despedazada por tantas sectas, irian al fin á buscar un reposo fúnebre y una completa independencia en el indiferentismo religioso ó en el ateismo (1).” Los protestantes hicieron sin duda un buen juego, renegando, á pesar de haber salido de sus filas, de los que sustituyeron las necias impiedades de su imaginacion, á los dogmas del cristianismo. Las estravagancias de un Juan de Leiden, de un Muncer, y el horrible comunismo que sublevó á los aldeanos de Suavia y de Wesfalia, hallaban su justificacion en las doctrinas proclamadas por Lutero ; pero no estaban todavia maduros los tiempos, se cometió la torpeza de sacar demasiado pronto las consecuencias de los principios.

Algo mas grave fué la aparicion de los dos Socios, pues estos, combatiendo los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, mostraron cómo con el libre exámen se podian zapar las bases de la revelacion y reducir los límites de la fé al dictámen de la razon natural. Rechazados por los católicos, hallaron numerosos discípulos entre los protestantes, principalmente en Polonia (2).

Es verdad que la Reforma trató de rechazar la responsabilidad de las doctrinas socinianas y racionalistas desde que se dieron al público. Para justificar de tales consecuencias el principio de la Reforma, invocó esta la enseñanza particular de Lutero. En efecto, los

(1) Oraciones fúnebres de la reina de Inglaterra ; obras completas, tom. XI, p. 15.

(2) Feller, *biografia univ.* en la palabra *Fausto Socino*. — *Diccion. enciclop. ibid.*

protestantes dicen todavía que Lutero ha sostenido que el pecado original ha viciado enteramente nuestra naturaleza, destruido por consiguiente nuestro libre albedrío y sumido en densas tinieblas nuestra pobre razón. Los racionalistas, en vez de admitir esta degradación original del hombre, enseñan, por el contrario, que la razón es la única antorcha con cuya luz debe caminarsé. ¿Cómo pues podreis sacar su filiación de un principio que está en evidente contradicción con sus doctrinas?

Lo confesamos, esa doctrina del fraile sajón acerca del pecado original y de sus efectos en nuestra naturaleza, era á propósito para atar corto, digámoslo así, á las estravagancias ulteriores de la razón individual y para mantener los derechos de la revelación. Pero ¿en qué motivo se apoyaba Lutero para separarse del principio católico en esta parte? Indudablemente en el principio del libre exámen. Pues bien; si él en virtud de este principio concedía menos á la razón del hombre, ¿no podían otros con el mismo título concederla mas? Luego debe hacerse distinción entre las doctrinas particulares de Lutero y el principio en que apoyó estas doctrinas, principio que es el de toda la Reforma, tal como ha sido proclamado en los escritos de sus doctores y sancionado por la conducta de sus gefes; tal como también lo anunciaba aún en 1825 una publicación protestante: “Nuestra creencia es únicamente la libertad de exámen (1).” Libertad ilimitada, admitida por todos é independientemente de toda doctrina: “este principio del protestantismo, dice la misma obra, es admitido hoy sin restricción (2).” Además, ¿no se

(1) *Rev. prot.*, cuaderno 4, pág. 153.—1825.

(2) *Ibid.*, cuad. 5, p. 151.

ponia Lutero en contradiccion consigo mismo, librando por una parte de toda traba á la razon, y depri-miéndola desmedidamente por otra? Y bajo este último concepto, ¿no tenia esta que sacar terribles represálias de la total opresion á que la habian reducido los primeros reformadores? Y la razon ha comenzado ya esas represálias y Dios sabe dónde se detendrá. Hace ya mucho tiempo que dió al traste con los puntos de doctrina que en otro tiempo se le habian impuesto, y el sábio Moehler ha demostrado victoriosamente que la teología actual no es otra cosa, especialmente en Alemania, que una reaccion completa contra la antigua teología protestante (1).

Asi el racionalismo está en oposicion con el sistema particular de doctrina enseñado por Lutero, y en eso mismo se aparta de él; pero como proviene de la independenciam de la razon de toda autoridad, hé ahí cómo es el fruto legítimo de la Reforma. Socino, pues, no hizo otra cosa que usar de un derecho que era de esencia en el protestantismo, y si sus ideas fueron recibidas poco favorablemente á los principios, no por eso habian de dejar de echar raices, cómo en su tierra natal, en los paises reformados. Apenas trasplantadas á Inglaterra, desarrolláronse alli en manos de los *libres pensadores*, y vinieron á parar en el naturalismo puro. Entonces tomaron un vuelo mas rápido y mas general. La doctrina de los libres pensadores, recludando en Francia á todos aquellos cuyo orgullo é inclinaciones favorecia en un siglo voluptuoso, se valió de la autoridad de nuestros escritores y del brillo de nuestra literatura para reaparecer bajo el cielo de la Germania. Abiertamente favorecida en este último

(1) *Simbólica*, 2.^a edic., p. 354.—4332.

país por un rey filósofo que hacia alarde de incrédulo, hizo ver lo bien que los novadores de los siglos precedentes la habian preparado el terreno en un pueblo cuyo espíritu es naturalmente osado hasta rayar en temerario. A los hombres consecuentes con sus principios debió aparecer no solamente como una modificacion, sino como una mejora, un adelantamiento de lo que habian creido. Asi es que la Alemania no tardó en volver á ser su principal foco de accion. No, no encontró allí unos cuantos adeptos aislados, como en Francia y en Inglaterra; sus mas celosos propagadores se impusieron la mision de levantarle altares é invitar á poblaciones enteras á que acudiesen á ellos. La secta de los *concienzudos* fué la primera tentativa de este género coronada de algun éxito. Su nombre indica bastantemente su símbolo; seguir en tódo la voz de la conciencia y de la razon, y solo de ellas. Su fundador Matias Kuntzen espuso sus principios en sus *diálogos*; diálogos que estendió profusamente en los países reformados, y en los que se propone zapar los fundamentos del cristianismo. Segun él, y segun Edelmann, que es otro apóstol de la secta, es menester repudiar el Koran cristiano tan incierto y tan contradictorio como el de los turcos; hay que atenerse á la razon, como Henoch y Noé, puesto que la conciencia, que á todos dió la madre naturaleza, enseña á vivir honradamente y á no ofender á nadie. No hay mas cielo ni mas infierno que el de la conciencia; no hay Dios ni demonio; la historia del nacimiento de Jesucristo, de su resurreccion etc. etc. es un tejido de fábulas; la Biblia no hace diferencia entre el matrimonio y el concubinato etc. (1).

(1) Véanse las siguientes obras de Edelman: *Moisés desenmascarado*; *Cristo y Belial*, la divinidad de la razon, *die Goettlichkeit der Vernunft*.

Sin embargo, lo que en aquellos primeros días detuvo un poco la propagacion de las ideas nuevas, fué el haberlas visto mezcladas con las estravagancias del mas desenfrenado iluminismo y poder ser acusados justamente sus autores de su ignorancia, de sus pocos conocimientos en la ciencia y de la falta de profundidad en su pensamiento. Entonces apareció un hombre que no temió presentarlas bajo la forma de una teoría sábiamente concebida y apoyarlas con la triple autoridad de su genio, de su ciencia y de su fama: hablo de Kant. Todo su sistema religioso viene á estar resumido en las siguientes proposiciones: Debe hacerse distincion entre la verdadera Religion y la fé eclesiástica; aquella es la de la razon y única que debe admitirse; la otra, la fé eclesiástica, es la que se añade á las verdades de la revelacion positiva. La Religion revelada ni puede ni debetener otro objeto que el de conducirnos mas fácilmente al conocimiento de la religion racional que Kant llama tambien fé religiosa; el objeto de la cual debe, segun él, sacar cada cual de su propia razon. A medida que esta fé religiosa se purifica y generaliza, la fé eclesiástica se debilita y va desapareciendo insensiblemente. De ahí procede la regla fundamental que se establece para la interpretacion de las Santas Escrituras, en las cuales debe buscarse la única religion de la razon, no siendo todo lo demas otra cosa que una cubierta grosera y una mera acomodacion á las opiniones del escritor sagrado, ó bien á las preocupaciones que cundian en el vulgo cuando se compusieron los Sagrados Libros (1). Ved ahí el racionalismo formulado por un hombre á quien la Alemania atribu-

(1) Perrone, *De protest.*

yó una inmensa autoridad en las materias filosóficas y religiosas. Sin embargo, aunque sus discípulos llevaron su celo en favor de su doctrina hasta el punto de enseñarla al pueblo en algunas iglesias de Koenigsberg (1), todavía podia objetar la reforma que esa doctrina no habia sido proclamada por sus órganos oficiales. Pero no le duró mucho tiempo este pretesto, porque mientras el sistema de Kant continuó desenvolviéndose fuera de la sociedad religiosa, mientras se iba agrandando y precisándose mas en las manos de Jacobi, mientras con Schelling y Daub iba á parar á la filosofia de la *entidad* y á la doctrina de lo *absoluto*, es decir, al panteismo, invadió muy luego el dominio de la exégesis protestante y en este nuevo terreno condujo á las mismas consecuencias que en las escuelas puramente filosóficas.

Semler, profesor en Hala (1752), fué el verdadero autor de la exégesis racionalista. Habíale preparado los caminos Michaelis que intentó explicar los libros santos por medio de la historia y de los dialectos del Oriente; Ernesti, que comenzó la alianza de la teología con la filosofia profana; y Baumgarten que, sin atacar muy abiertamente la verdad de la revelacion, ponía en un mismo nivel al cristianismo y á la filosofia platónica. Semler tuvo sobre los que le precedieron la ventaja de un talento adornado de vastos conocimientos, de cierta penetracion en sus juicios, y de una imaginacion viva; pero, sin embargo, carecia de profundidad en las ideas filosóficas. Como base de la interpretacion de los libros santos, adoptó el principio de Kant, á saber, que para explicar la Biblia, lo mismo que todos los monumentos de los pueblos an-

(2) Feller, *Biogr. univ.*, art. *Kant*.

tiguos, hay que recurrir á la lengua y al tiempo en que se escribió. Con arreglo á este principio, todo se reduce en la Santa Eucaristía, al producto natural de las circunstancias de tiempo y de lugar; por consiguiente, los dogmas fundamentales del cristianismo no son ya otra cosa que doctrinas locales y temporales. Asi al envenenado soplo de estos modernos exégetas desapareció “ese perfume de divinidad y de inmutabilidad que exhalan las Santas Escrituras y que los siglos están llamados á respirar unos en pos de otros (1).” Pero una vez conmovido el fundamento de la revelacion, ¿qué respeto se tendrá á lo que ya no aparece sino con un carácter puramente humano? ¿Cómo se tratará á esos cánticos sublimes de los profetas del Señor, á esas narraciones de los Evangelistas, tan patéticas á la par que sencillas, y á esas páginas inmortales que nos describen las maravillas del celo apostólico? Viéronse entonces renovarse los escándalos é impiedades de que habia sido testigo el siglo XVI. Los primeros reformadores, no contentos con renegar de la fé católica en el mas augusto de los misterios, profanaron con una especie de rabia los lugares donde todos los dias se verifica; hicieron pedazos los altares y los tabernáculos, y arrastraron por el lodo al Santo de los Santos. Los racionalistas, herederos legítimos suyos, se armaron de la misma audacia sacrilega contra la palabra de Dios, este otro alimento de nuestras almas no menos necesario que el pan eucarístico, y no solamente le despojaron de su carácter divino, sino que le rebajaron é hicieron inferior á la palabra del hombre, y hasta le negaron

(1) Alzog, *Geschichte der Christl. Kirche*, 4.^a edic., p. 1010.

su fundamento histórico para relegarle al dominio de la fábula.

El mismo Semler sacó de sus principios algunas de sus consecuencias. Desechó casi todos los libros del Antiguo Testamento, reputó al Apocalipsis como obra de un loco, enseñó á sus discípulos que, entre los numerosos escritos de los hagiógrafos judíos y cristianos, hay muy pocos que puedan ser de alguna utilidad en la Iglesia, porque solo á los libros de la Biblia que tienen una tendencia moral es á los que se puede conceder alguna autoridad. Barhrdt, fiel á la via trazada por el maestro, desenvolvió las mismas ideas. Bien pronto se borraron en el corazon de los pueblos los restos de fé en la palabra de Dios; bien pronto la nueva direccion dada á la exégesis tuvo sus propagadores y sus apologistas en las universidades mas célebres. Dividiéronse estas en tres bandos bien marcados. En el primero se alistaron los que aun estaban adheridos á las antiguas fórmulas de fé, á los símbolos públicos de sus iglesias; y por eso se dieron el título de *ortodoxos*. Pero ¡ah! no tardaron mucho en ver que se hallaban en minoría. Llenaron el segundo bando los llamados propiamente discípulos de Semler. Los *ortodoxos* esforzándose por contener las creencias dentro de los límites de los formularios anteriores, parecian restringir la libertad del exámen individual, y los discípulos de Semler quisieron gozar de ella en toda su estension. Sin embargo, para no ofender tan á las claras las ideas recibidas entre los fieles, cubrieron todavia con cierto pudor su audacia de interpretacion. Asi es que aun en sus mas peligrosos escritos hicieron alarde de respeto á las Sagradas Escrituras y de sumision á sus enseñanzas. Ellos aceptaban los símbolos reconocidos, pero con el único objeto de desfigurar mejor

sus doctrinas. Nada desechaban, nada combatian: esplicaban á su manera los formularios de fé existentes; bastábales que las creencias, pasando por el escalpelo de un frio análisis, descendiesen de la altura del dogma para no conservar otra razon de ser que un objeto puramente moral. Esta tendencia á conservar la forma para mejor destruir el fondo, se ve mas claramente en Roesselt y Morus. El primero, profesor en Hala, se habia formado en el estudio de los teólogos ingleses: no se presentó como abiertamente adversario de los *ortodoxos*; pero todo lo hizo converger á la moral. Encubrió sus designios en las primeras ediciones de su *Apologético*; pero mas osado al fin de su vida, borró en la última edicion toda fé en las doctrinas positivas. El segundo, profesor en Leipsik, sostuvo que no habia un solo dogma del que pudiera sacarse algo en limpio, como suele decirse.

El tercer bando fué el de los teólogos libres pensadores. En él se reunieron los hombres atrevidos, todos los que hicieron guerra abierta á las doctrinas de la revelacion. A ejemplo de los anteriores, se presentaron como discípulos de Semler; pero no retuvieron del maestro otra cosa que la libertad del método y de las innovaciones. Dejando á un lado lo que la prudencia de este habia puesto en salvo, recojieron los elementos dispersos de su racionalismo y sacaron de él las últimas consecuencias. Eichhorn se puso á su cabeza por sus conocimientos, por el influjo de su genio y por la audacia de sus opiniones. Segun él, el cristianismo no es mas que un fenómeno local.

Cuando Semler se apercibió de que sus principios aplicados por tales discípulos, harian desaparecer hasta los últimos vestigios de la Religion cristiana, temió haber ido demasiado lejos. A fin de parar el mal, dis-

tinguió la religion pública ó nacional, de la religion de foro interno. La primera, que la hacia consistir en el conjunto de las prácticas exteriores del culto, debia permanecer inmutable; la segunda, no siendo otra cosa que las ideas particulares de cada uno, podia variar como las mismas opiniones. Distincion pueril ó de una evidente mala fé! Porque, en primer lugar, ¿qué es una religion que no tiene su raiz y su fundamento en la conciencia de los pueblos? El honor y la estabilidad de un culto ¿no dependen de la conviccion que produce en el entendimiento y del respeto que infunde en el corazon humano? ¿Tiene interés el hombre en sostener unas instituciones que están en contradiccion con su creencia íntima? Y por otra parte, ¿no es condenar *a priori* la obra del protestantismo en el siglo XVI? Porque si la fé individual, en contradiccion con el culto nacional, debe respetarle; mas aún, debe tambien aceptarle, ¿cómo los reformadores osaron poner su mano en las instituciones católicas, instituciones que durante tanto tiempo estuvieron vigentes entre sus padres, y á las cuales debian estos el gérmen de sus leyes y de su civilizacion? En segundo lugar, ¿pudo Semler alucinarse hasta el punto de creer que sus discípulos harian gran caso de su distincion? ¿No era lo probable que antes bien se prevaldrian de su doctrina y de su ejemplo para zapar hasta en sus cimientos el edificio en cuyo frontis habia estado él mismo trabajando para borrar el sello del eterno arquitecto?

Y esto cabalmente es lo que sucedió. Muy luego Vater y Gesenio negaron toda autoridad, aun histórica, al Pentateuco que habria sido escrito en tiempo de Salomon. Y aun todavia es tratado por Wette con menos respeto ese venerable monumento del gran legislador de los Hebreos; para Wette no es mas que

un oscuro é indigesto producto de la infancia de un pueblo, que á lo mas podria ser comparado al *Roman-cero* español. Y lo que esto hacen con los libros de Moisés, lo emprenden otros con todo el Antiguo Testamento. Fulda y Nachtigal sostienen que los monumentos de la revelacion judáica fueron compuestos en una época muy posterior al siglo de Salomon. Iguales doctrinas se propalaron respecto del Nuevo Testamento, y las mismas tentativas se hicieron para arruinar su divina autoridad. Asi Eichhorn pretende que los Evangelios no pueden ser de la época que comunmente se les atribuye. Segun Vogel, Horst, Ballenstedt y Bretschneider, el Evangelio de San Juan es una obra apócrifa, escrita por algun gnóstico. Schleiermacher, profesor del rey de Prusia, desecha la primera epístola á Timoteo; Eichhorn, la primera y la segunda, y la epístola á Tito. El mismo escritor considera al Apocalipsis como un drama en que el autor quiso pintar la ruina del judaismo y del polyteismo. Lessing, Semler, y sobre todo Kuinoel, enseñan que los Evangelios de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas están sacados de una misma parte, compuesta en siro-caldeo, y que ellos llaman *eurevangelium*, evangelio primitivo (1).

Pero me alargaria demasiado si hubiera de seguir á estos teólogos en los detalles de su exégesis. Bástenos enunciar los resultados de sus trabajos con esta proposicion general: «no hay una sola parte de los Sagrados Libros que no haya sido desechada por ellos á título de apócrifa y de interpolada ó simplemente como desprovista de todo valor histórico.» ¡ Cosa notable! Cabalmente en los momentos en que el

(1) Perrone, de *Protest.*

protestantismo oficial en Alemania se esforzaba por efectuar una renovacion en su seno y en establecer cierta unidad en la fé de las poblaciones; en los momentos en que tomaba el fastuoso dictado de *iglesia evangélica*, sus doctores atacaban como á porfia y del modo dicho los monumentos de la revelacion cristiana. Ni podia ser otra cosa. Para atajar una revolucion en las ideas, se necesita otra cosa mas que la voluntad de los principes, otra cosa mas que los decretos del poder civil. En la muchedumbre se conserva ó transforma la fé segun que es enseñada por los que son depositarios y custodios natos de ella. Ahora bien: la trasformacion definitiva del protestantismo, en la época de que hablamos, era un hecho consumado; hacia ya mucho tiempo que el racionalismo era la única religion admitida por la mayor parte de los individuos de las Universidades protestantes; hacia ya mucho tiempo que habia pasado de la exégesis á la enseñanza de la teología dogmática y regularizado en un cuerpo completo de doctrina. Ya las obras de Wegscheider la habian popularizado en las escuelas en que servian de Manual (1). Este autor, lo mismo que Paulus, profesor primeramente en Iena y luego en Heidelberg (2), no se habia contentado con combatir la necesidad de la revelacion, habia tratado de demostrar hasta su imposibilidad.

Este es el resultado á que el estudio de los Santos libros, proclamado como regla de fé, ha condeñado á los doctores de la reforma. Para ellos y para los pueblos á quienes estaban encargados de ilustrar, la exégesis ha sido no una antorcha de clara y viva

(1) *Instit. Theolog. Dogm. Hall.* 1815.

(2) *Commentar. ueb, die drei ersten Evang. Leips.* 1800.—
Leben Jeru. ib. 1828.

luz, sino un instrumento de destruccion. A vista de lo que han hecho se ve uno forzado á preguntarse si han tenido conciencia de su obra. Los tardíos pesares de algunos de ellos nos harian creer que no, y Schelling, en sus *Lecciones acerca del método de los estudios académicos*, les atribuye cierta buena fé y alguna moderacion (1); solo que habrian sufrido las consecuencias de sus funestos principios, sin amor y sin odio habrian trabajado en ir demoliendo piedra á piedra el edificio cristiano. Por esto el mismo autor los compara á aquellos desgraciados que á la entrada del infierno se encontró el poeta del siglo XIII; desgraciados dignos á la vez de compasion y de castigo, porque en la tierra *ni fueron enteramente rebeldes, ni tampoco fieles á Dios*. Pero la moderacion de que Schelling alaba á estos hombres, no se encuentra ciertamente en todos ellos ni en todos sus escritos. Muchos, despues de haber reducido á Jesucristo á las simples proporciones humanas, no se han avergonzado de insultar á su adorable persona. Ya en los *fragmentos* de Wolfenbuetel, publicados en 1768, se representaba la mision del Hijo de Dios como una empresa atrevida entre el pueblo judio. Segun Wuensch, el mismo Salvador no fué mas que un tonto (*Ein getgeuschter Mensch*), y Venturini compuso con su vida un insipido romance. Becker en el III volumen de su *Historia Universal para uso de la juventud* dice que Jesus y San Juan Bautista fueron dos calaveras, dos cabezas calientes (*Feuerkoepfe*) que por romper el yugo de los sacerdotes de Jerusalem, cuyo orgullo é hipocresía eran detestados, convinieron mutuamente en hacer uno el papel de precursor, y

(1) *Vorlesungen ueber die methode der acad. Studien.*

otro el de Mesias. Henke se quejaba de que la cristolatria (la adoracion de Cristo) estuviese todavía tan estendida en su tiempo y de que fuese un obstáculo á la grande y benéfica revolucion efectuada por la filosofia en materia religiosa. En fin, ni aun Judas, el traidor Judas que por treinta monedas de plata vendió á su maestro, ha dejado de tener su apologista en un predicador protestante (1).

Sin embargo, todavía faltaba que dar un paso al racionalismo. No le bastaba haber despojado de su divina autoridad á las SS. Escrituras, negándoles los caractéres de una revelacion propiamente dicha, y tratando al Salvador como á un ambicioso é insensato. Una vez minado el fundamento divino bajo el edificio del cristianismo, venia á ser necesario zapar su fundamento histórico, es decir, fulminar contra la historia y contra la tradicion universal una solemne acusacion de mentira, cual pudiera hacerse con el falsario mas oscuro de la mas oscura biografia. Es evidente que desgarrando de los anales de lo pasado las páginas inmortales relativas al establecimiento del cristianismo, ó mas bien, negando la personalidad de su autor y la individualidad de su doctrina, se llega á no considerarle ya sino como un simple progreso de la razon de los pueblos en su desarrollo sucesivo. Esta tarea, último complemento de la obra de los racionalistas, no era la menos importante, ni la menos atrevida. Mas por atrevida que fuese, por solo que importaba á la causa de la razon pura, se hallaron hombres que no retrocedieron ante ella. Dupuis, entre los filósofos ateos del último siglo, la habia em-

(1) Consult. *Correctiones pro amicis et inimicis cathol.* por J. B. Pfeilschifter, Offenbach-sur-Mein.

prendido en su tristemente célebre obra titulada *Del origen de los cultos*; y entre los teólogos protestantes ejecutóla en nuestros días, como es bien sabido, el Dr. Strauss en su *Vida de Jesus*.

Desde entonces ya no hay para ellos Cristo histórico, ya no hay cristianismo en cuanto institucion religiosa positiva. Y la conversion del antiguo mundo, y los prodigios de elocuencia y de caridad de los Apóstoles, y la emancipacion de los entendimientos de una multitud de creencias y de fábulas groseras, y el decoro y la pureza, restablecidos en las costumbres públicas y privadas, y la rehabilitacion, bajo el imperio de la Cruz, de las dos castas desgraciadas del género humano, de la muger y del esclavo, revolucion moral, revolucion intelectual, revolucion social, no es ya para ellos ni el producto de un solo hecho ni la obra de un solo hombre. “Hombres simples, hombres de poca fé en vosotros mismos, nos dicen los racionalistas, dejad á vuestro Cristo y á vuestros pescadores de Galilea. Escudriñad mas bien, penetrad en los anales de los pueblos lo mas allá que podais remontaros hácia su origen, y ved bajo la certeza de las tradiciones locales al cristianismo germinando y desarrollándose poco á poco. La humanidad fecundizó el concepto y le elaboró á la manera que el volcán forma su lava, y como el volcán tambien, le manifestó tan luego como sus entrañas fueron impotentes para contenerle; y el hombre, propenso como es á lo maravilloso, agrupó despues en derredor de un hecho único lo que era la herencia, digámoslo asi, y el resultado de una larga série de siglos; cogió á un individuo de su raza y le agrandó hasta la talla de los dioses para atribuirle á él solo lo que es obra de todos.”—Los hechos evangélicos transformados así en

simples mitos y la enseñanza cristiana representada como una de las manifestaciones de la razón general, hé ahí el término á que la exégesis ha venido á parar con Strauss, mientras iba también allí á parar la filosofía en las escuelas con Hegel y sus discípulos. Ahora la exégesis y la filosofía se dan la mano para combatir mejor y renegar lo pasado y para pedir á la razón símbolos nuevos. Este objeto se confiesa abiertamente en las obras recientemente publicadas y en los periódicos de Alemania. Los *Anales de Halle*, que es uno de los principales órganos de la nueva escuela hegeliana, sostienen como principio que la *misión de las iglesias protestantes es desarraigar la fé en el cristianismo evangélico* (1). Y la práctica sigue á la teoría: sobre este cimiento racionalista han intentado en muchas partes establecer iglesias nuevas con el nombre de *Iglesias libres*. Así el doctor Rupp en Koenisberg, Uhlig en Magdeburgo, Wicisenus en Hale, y Krauss en Breslau, han llegado á reunir en derredor suyo comunidades numerosas. Para convencerse de que allí se abjura todo cristianismo, bastará recordar el decreto propuesto por Rupp á la comunidad de Koenisberg y adoptado en ella por mayoría de votos: «A la fórmula: *Yo te bautizo en el nombre del Padre* etc., se substituirá esta: *en el nombre de Dios y en el nombre de la comunidad* (der Gemeinde).»

Ved ahí el abismo abierto en el seno del protestantismo por los que han permanecido fieles al principio del libre exámen. Y no se diga que el racionalismo no es un producto natural de la Reforma. No, que tal como hoy día está formulado en Alemania es

(1) *Alzog*, p. 1153.

obra de sus ministros y de todo el cuerpo docente. Los primeros gérmenes, segun ya hemos visto, fueron sembrados por los que tenian la mision de explicar la palabra á una juventud laboriosa en las universidades nacionales; y los doctores mas célebres han recogido estos gérmenes esparcidos para reunirlos en un cuerpo de doctrina. Imbuidos en esta los predicadores, al salir de las universidades, fueron á popularizarla entre las masas ignorantes. Pero si el símbolo de la pretendida reforma no se resuelve en un puro racionalismo, ¿dónde hallaremos nosotros sus verdaderas doctrinas? ¿á dónde acudir para conocer su fé? Toda fé, toda doctrina que no sea las doctrinas racionalistas la han abjurado hace ya tiempo sus grandes hombres, sus sacerdotes y sus doctores. Y bien: las creencias de una sociedad religiosa ¿no son necesariamente las de su sacerdocio y de su enseñanza oficial, segun aquel axioma de nuestros libros santos: *legem requirent ex ore sacerdotis* (1)? Por lo demas, hé aquí lo que acerca de esto escribia hace ya algunos años un autor protestante: “Muchos predicadores (en Alemania) *no niegan*, á la verdad, la existencia de Dios, la Providencia, y la vida futura; y sin embargo, enseñan públicamente que propiamente nada puede saberse acerca de estas verdades fundamentales de la Religion y no solamente en las iglesias sino tambien en las escuelas representan como nulas las pruebas de la existencia de Dios sacadas de la consideracion del universo; y sostienen que todo lo que se puede afirmar es que un hombre virtuoso debe desear que haya un Dios. Sabido es que del cristianismo dicen otro tanto y afirman que Jesucristo ha enseñado la misma doctrina

(1) Malach., II, 7

»y que la Biblia no debe emplearse sino como una
 »introducción á la pura razón, puesto que tampoco la
 »revelación puede probarse así como no puede probarse
 »la existencia de Dios (1).” El doctor Pusey no es
 menos explícito: hé aquí cómo se espresa acerca de
 este naufragio casi general de la fé cristiana en las
 iglesias reformadas: “En el extranjero se ha estin-
 »guido casi súbitamente la vida entre los protestantes.
 »El luteranismo y el calvinismo se han secado; el uno
 »ha caído en el racionalismo, y el otro en el socinia-
 »nismo. Paréceme costaría trabajo hallar en Alemania
 »un hombre que enseñe el protestantismo y que sea
 »exacto en los artículos esenciales de la fé (2).”

Y no se diga tampoco que las ideas racionalistas
 no han hallado favor sino en ciertos hombres y en al-
 gunas universidades. Los hechos que hemos referido
 demuestran bastantemente que esas ideas han veni-
 do á ser casi generales en los países del Continente
 en que el protestantismo domina. De otro modo, ¿có-
 mo explicar el favor que estas ideas encuentran en
 los principales órganos de la prensa alemana? Y ade-
 mas de que la mayor parte profesan abiertamente el
 racionalismo ¿no se vé todos los días reservar sus elo-
 gios y su incienso para los campeones mas osados de
 la nueva exégesis y de la nueva filosofía? Como prue-
 ba de los destrozos causados por estas deplorables
 doctrinas en poblaciones enteras, citaremos todavía
 otros dos hechos. El primero es relativo á la *iglesia li-
 bre*, fundada por el Dr. Rupps en la segunda capital
 de la Prusia, en Koenigsberg. Segun refieren los pe-

(1) *Consideraciones acerca del actual estado del cristianismo*,
 por Juan Tremblay, pág. 62.

(2) *Univers* del 25 de noviembre de 1845.

riódicos prusianos, muy bien informados de la situación, esta iglesia se compone ya de 270 familias, que componen un total de 1,400 á 1,500 individuos, y regularmente todas las semanas se aumenta este número. Y cuenta que tan rápido incremento le toma esta secta, á pesar de los esfuerzos del Consistorio Evangélico y en el lugar mismo donde este tiene su residencia. Infírase de aquí cuáles serán los progresos del racionalismo en los demas puntos del reino donde para ganar la muchedumbre á su causa no tiene tantos obstáculos que superar ni tantas resistencias que vencer.—Todavía es mas significativo el otro hecho. Es este la reciente reintegración del mismo doctor Rupp en la sociedad Gustavo-Adolfiana. Habiendo abjurado el doctor Rupp en el púlpito, cuando la fundación de su Iglesia, todos los símbolos y con ellos todos los principios fundamentales de la fé cristiana, fué por esta causa espulsado de la asamblea general de la sociedad. Pero al momento empezaron á llover en su favor reclamaciones de todas las provincias á la vez. La medida tomada contra él fué generalmente vituperada como intolerante, como abusiva y tiránica. Así fué que el directorio de la sociedad se vió obligado á convocar otra asamblea general para el mismo objeto. No se trataba allí tanto de una cuestión personal, como de saber si el protestantismo conservaría su carácter cristiano; porque el admitir de nuevo al doctor Rupp, ó el escluirle para siempre de la sociedad Gustavo-Adolfiana que, segun sus estatutos, no puede componerse mas que de *protestantes*, iba á decidir si [después de haber abjurado uno públicamente el cristianismo, se le puede llamar todavia protestante. Pues bien: la cuestión fué resuelta en el sentido del doctor Rupp. Luego, á juicio de una asociación que extiende sus ramificaciones en todas las sobe-

ranías de Alemania, es indudable que el nombre de protestante no implica la idea de cristiano, y que á datar desde ese dia, el protestantismo y el cristianismo son dos cosas completamente distintas (1).

No se pueden, pues, negar hoy los resultados del principio protestante: son incontestables. ¡Lutero y Calvino, Strauss y Rupp! ¡qué distancia tan grande separa á estos hombres! Sin embargo, toda esa distancia se ha andado en menos de tres siglos! Hemos indicado sumariamente el orden de su filiacion. Estos no han tenido que hacer otra cosa que seguir hasta el fin la ruta que aquellos habian trazado antes que ellos. La diferencia entre unos y otros se resuelve en una cuestion de mas ó menos audácia de la empresa. Lutero se habia apoyado en los libros santos para combatir la autoridad infalible encargada de interpretarlos, y ni Semter empleó otras armas para despojar de su carácter divino á la misma Sagrada Escritura, ni Strauss para negarle toda autoridad histórica. Así el racionalismo es el producto legítimo del protestantismo, ó mas bien es su última transformacion. Por consiguiente, los estragos causados por el racionalismo así en la fé de los pueblos como en la constitucion civil de la sociedad, son imputables al protestantismo. Si pues el sentimiento religioso se borra en los paises sometidos en apariencia á los símbolos calvinista y luterano para ser reemplazado, sino por el ódio, al menos por la mas deplorable indiferencia, obra es del protestantismo. Si el Hijo de Dios es negado de nuevo por aquellos á quienes su sangre adorable habia engendrado á la fé: si su nombre es cubierto de ultrages y de ignominias, obra es del protestantismo.

(1) *Voix de la Vérité* del 25 de diciembre de 1846.

Si la licencia de costumbres se lleva hasta el cinismo mas impudente; si el orden, el pudor y el decoro parecen abandonar una mansion en que sus altares se ven desiertos, obra es tambien del protestantismo. ¡Espectáculo aflictivo especialmente bajo este último aspecto! El lazo de afecto ha desaparecido de las familias y con él la dicha y la seguridad del hogar doméstico. La abnegacion y el patriotismo, prendas de fuerza y de duracion para los Estados, son hoy virtudes desconocidas. Un civismo mentiroso hace sonar muy altas las palabras de orden y de igualdad; pero en el fondo no sueña mas que desorden y trastornos, porque solo las revoluciones prometen fácil artura á los intereses privados de cada uno. ¡Ah! ¿Qué otra cosa quieren esas sociedades secretas hijas del racionalismo, y cuyo objeto permanece mas ó menos envuelto en las tinieblas? ¿No es en su seno donde se ha desarrollado ese horrible radicalismo, terror y jurado enemigo de los gobiernos regulares? ¿Qué sería bajo su imperio la sociedad si el buen sentido de los pueblos cesara por un solo dia de experimentar hacia ellas una invencible repugnancia? ¿Hasta qué grado de anarquía y de confusion deberian descender las naciones para ser modeladas á su gusto y suficientemente domesticadas al yugo despótico que ellas les preparan? La imaginacion retrocede espantada ante semejante suposicion; y hasta los mismos gobiernos reformados se han estremecido á vista de ella. ¡Ah! ni puede ser otra cosa. La Religion es la necesaria guardadora de las costumbres y de las leyes, y los tronos que no la tienen por fundamento sienten que todo vacila y se tambalea en su derredor, y que una conmocion general amenaza devorarlos y sepultarlos á cada instante. Así esos mismos poderes humanos que para hacer absoluta su autoridad se hicieron en otro

tiempo factores de la Reforma, saben ahora lo que han ganado prestándola ese temerario apoyo. A la sombra de su protección la Reforma arruinó la fé en el corazón de sus pueblos, y con la fé los pueblos han perdido todo sentimiento de sumisión y de respeto; libres de parte de la conciencia, se aprestan á pedir á sus señores razón de toda autoridad que les moleste.

¿Qué suerte reserva pues la divina Providencia á esas iglesias infortunadas que el error ha conducido á este grado de abatimiento? El exceso de sus males ¿no podría al fin instruir las y volverlas al seno en que habían recibido la vida? ¡Ah! ¡Tres siglos hace que con indecible angustia está siendo testigo de sus desgracias la Iglesia madre que ellas han abandonado; esa Iglesia madre que tanto las amaba, que las había colmado de tantos favores y beneficios! ¡Con qué tierna solicitud veló sobre su infancia! ¡Qué de honores, qué de dignidades prodigó sucesivamente á sus príncipes y á sus obispos! ¡Cuántas veces imploró las bendiciones del Dios de los ejércitos para la espada de sus caballeros, cuando estos tenían que rechazar las oleadas de invasiones sucesivas! En medio de ellas puso el cetro de sus Césares, cuando, después de haber domado la barbarie occidental, emprendió hacer revivir el mundo antiguo transformado bajo la influencia del cristianismo. Pero todo esto ya no existe; esas grandes imágenes se han borrado como lo demás bajo la huella de las modernas heregías; y esa Roma, que esas hijas desnaturalizadas insultan y escarnecen después de haber mamado su leche, no puede menos de deplorar su ceguera: llora por ellas, porque se acuerda de los terribles azotes, de los castigos terribles que semejantes rebeliones atrajeron en otro tiempo sobre otras iglesias que ella había amado con el mismo

amor. Por ejemplo , sobre esa Iglesia de Africa , que durante tanto tiempo fué su fuerza y su gloria y el arsenal de sus mayores ingenios ; pero sobre la cual el Señor ha hecho ya pasar diez siglos de luto y de esclavitud para castigarla de haber alterado la sana doctrina ; sobre esas iglesias de Oriente que sobre la frente de la Esposa de Cristo formaban los mas bellos florones de su corona gerárquica. Iglesias que no se decoran hoy con el nombre cristiano sino para envilecerle , y de tal modo degradadas que prefieren llevar el yugo odioso de los déspotas extranjeros antes que abrir los ojos á la luz y de reconquistar por ella su antigua libertad. No , á vista de los males reservados á los que la han abandonado , nada puede consolar á esta Iglesia Madre , á no ser que en un próximo porvenir una parte de sus hijos rebeldes se libre del naufragio final de la fé.

II.

ESTA esperanza de la Iglesia católica tiene su fundamento en el retorno que en Inglaterra se manifiesta hácia nuestras doctrinas. Hemos visto que el abuso que se ha hecho del principio fundamental de la reforma ha conducido á los últimos excesos , destruido piedra á piedra el edificio antiguo de la fé ; al contrario , en los teólogos de que vamos á hablar ahora , en estos un exámen mas sério de este mismo principio y de su modo de aplicacion , mas de positivo en el caracter de los hombres , mas de buen sentido y de lógica en la direccion de los estudios , y aun me atrevo á decirlo , mas rectitud de corazon y mas sinceridad en la prosecucion del objeto que se

proponen, han hecho emprender el levantar de nuevo ese mismo edificio tan fuertemente conmovido. Por esta parte tambien, el protestantismo está á punto de faltarse á sí mismo y de hundirse bajo su propio peso.

En efecto: suponed que un hombre de buena fé emprenda formarse su símbolo por el exámen de las Santas Escrituras. ¿Cómo adquirirá la certidumbre de que lo que posee es la palabra de Dios escrita? Su razon, obligada á limitarse á los caractéres intrínsecos en el exámen de la cuestion fundamental de la inspiracion, ¿verá en ella una base suficiente para asentar sobre ella su fé? Fuera de la tradicion y de la autoridad ¿no vienen á ser casi arbitrarios esos caractéres? ¿Qué es lo que os empeña á crecer en la inspiracion de la Biblia? ¿Acaso la manera con que habla de Dios? ¿las virtudes que prescribe y los vicios que condena? ¿sus tendencias y los efectos que produce en el hombre? Pero ¿quién os asegurará de que estas cualidades diversas se hallen realmente reunidas en los libros que se os presentan? ¿Hablan todos igualmente y de la misma manera de Dios, del hombre, etc.? ¿prescriben las mismas virtudes? ¿condenan los mismos vicios? ¿producen los mismos efectos en el ánimo de quien los estudia? ¿hay muchas clases de inspiracion? Y luego, ¿no pueden reconocerse estos mismos caractéres en escritos no inspirados (1)? Si el protestante cree en la inspiracion de la Escritura por el testimonio de la misma Escritura, es un círculo vicioso en que todo hombre que sepa discurrir temerá empeñarse.

Ademas, ¿cuál no será su perplegidad á vista de

(1) Véase la Conferencia II.

las oscuridades, de las contradicciones aparentes y de las innumerables dificultades que á cada paso encuentra? Decís que el Espíritu Santo le asistirá y hará brillar esta divina palabra con una luz que disipará las tinieblas de su razon. Pero ¿cuáles serán los caractéres de esta misma asistencia? El hombre se engaña en el uso de las cosas ordinarias de la vida; cada dia vacila acerca de lo que habia acordado el día anterior ó lo desaprueba; modifica sus opiniones aun respecto de los objetos que percibe por los sentidos, ¿y no estaria espuesto á hacerse ilusion cuando se trata de distinguir hechos puramente interiores, la influencia de la gracia en las operaciones de su inteligencia? En medio de las quimeras que le presenta su imaginacion, ¿cómo se asegurará de esa asistencia divina, á menos de tener de ella señales patentes é infalibles? Luego antes de fijarse en punto alguno de creencia, se verá obligado á poner en duda su propia regla de fé y á preguntarse por qué procede asi.

Entonces su atencion se fijará naturalmente en los que han marchado antes que él por el mismo camino, y en el primero de todos, en Lutero. Allí ve á un hombre que sin mision especial y solo de su propio movimiento y de su autoridad privada se rebela contra el órden de cosas existente, se pone en oposicion con sus contemporáneos y con las generaciones anteriores, y que para establecer su sistema condena todo lo que le ha precedido, los testimonios y monumentos de todo género. Pues bien: es menester que él protestante se ponga, como Lutero, en contradiccion con la fé y con los testimonios de todos los que han vivido antes que él; es menester que se diga á sí mismo: “Durante siglos y siglos, ha estado universalmente recibida esta creencia: se han interpre-

tado en este ó aquel sentido las Santas Escrituras; pero yo, en virtud de mi derecho de exámen, desecho lo que se ha venido creyendo hasta aquí: yo doy una interpretacion muy diferente de la que hasta ahora se ha dado. La fé que yo condeno tiene en su favor su antigüedad y la consagracion de todo lo que el hombre venera. Los mas bellos ingenios le han pagado su tributo en todas las edades; los oradores la han ensalzado en sus inmortales obras maestras; los filósofos la han prestado el apoyo de su ciencia y de su elevada razon; el celo del apostolado la ha llevado hasta los limites del mundo habitado; los anales de las naciones civilizadas no son mas que la historia de su influencia y de sus beneficios; y yo no puedo nombrar uno solo de los puntos por donde haya pasado, en que millares de testigos no la hayan hecho el homenaje de su vida y de su sangre; por manera que registrando lo pasado encuentre su nombre en cada página, la veo impresa en cada piedra de sus monumentos. Pero ¿qué me importan á mí todo este heroismo y todas esas autoridades, toda esa eleuencía y todas esas obras maestras en las artes? Esto lo que prueba es que todo el mundo ha creído de otro modo que yo; pero estoy en mi derecho ateniéndome á mi sentido privado.”—Hé ahí el razonamiento que debe hacerse el protestante que emprende seriamente la tarea de formarse un símbolo por el exámen individual y que comprende su posicion respecto de lo pasado. Ahora bien: ¿no hay temeridad en proceder así? ¿No tiene todas las presunciones contra sí? Y luego, el ver estas presunciones agrandarse y multiplicarse á medida que se llama en su socorro la ciencia de la antigüedad y la crítica de sus documentos, y no poder hacerles frente sino por medio de una interpretacion forzada de ciertos pasages

de la Escritura ó de hipótesis históricas sin fundamento alguno, ¿no es ya mas de lo que se necesita para hacer hesitar á un espíritu justo y recto y para reconciliarle con el principio de autoridad?

Pásese la vista por los motivos de conversion publicados por los que de las filas de la reforma se han pasado á las nuestras, y se verá que hemos bosquejado á grandes rasgos la historia de todas las conversiones obradas en la clase literata é ilustrada del protestantismo desde su establecimiento, no solo en Inglaterra, sino en Alemania, en Francia y en el Nuevo Mundo. Aun cuando haya quienes no hayan osado obedecer á su propia conviccion, ni tenido el valor de aceptar hasta el fin los datos de la critica y de la historia, se han visto obligados á rendir testimonio, de una manera ó de otra, á la verdad católica. No quiero de esto otra prueba que el genio mas illustre de que la Alemania ha podido envanecerse en los tiempos modernos, el mismo Leibnitz. Se estrañaba y con razon que un hombre que habia trabajado, de acuerdo con Bossuet, por una reunion entre los católicos y los protestantes, no se rindiese á la evidencia de una fé que habia estado á punto de aceptar en nombre de sus correligionarios; y se le acusaba de no haber sido sincero en los pasos que dió cerca del gran obispo de Meaux. Pero su *Nuevo sistema de teologia*, encontrado en una biblioteca de Alemania á principios de este siglo, nos ha revelado el verdadero estado de sus creencias religiosas. Aquella noble inteligencia hace en esta obra póstuma la apología de las doctrinas que la indiferencia ó el respeto humano le prohibieron profesar abiertamente.

A la manera, pues, que permaneciéndose fiel al principio de el libre exámen hasta en sus consecuencias estremas se ha atravesado, digámoslo así, el pro-

testantismo; así la ciencia profunda, la ciencia verdadera, se ha mostrado igualmente destructora de las doctrinas reformadas, porque ha probado la insuficiencia del principio fundamental de estas. Este último resultado, lo mismo que el de que antes hemos hablado, es un hecho consignado en la historia: está invenciblemente demostrado por las conversiones obradas en las diferentes edades de la Reforma; conversiones que son tanto mas numerosas allí donde la ciencia es mas sólida y mas honrada. Pero era necesario que la verdad de este hecho fuese proclamada por el mismo protestantismo, y que este confesase á la faz del mundo la impotencia de su regla de fé. Pues esto es lo que ha sucedido con el movimiento puseista que se estiende ahora por toda la Inglaterra.

Para convencerse de que este movimiento es el producto de la ciencia, unida al talento y á la buena fé, basta observar su marcha con una mirada imparcial, desde 1825, época de su nacimiento, hasta sus últimos años en que nos ha sido dado conocer mas claramente por sus resultados su tendencia general y su objeto. Sus autores que seguidamente no han dejado de dirigirle, eran hombres sencillos y piadosos, amigos del silencio y del recogimiento, y ricamente dotados en punto á facultades intelectuales. Animados de un ardor infatigable pusiéronse á estudiar los libros Santos y la tradicion eclesiástica con el único deseo de ilustrarse y asegurar el camino de su salvación. No es de este lugar el describir la vida de estos hombres, ni las investigaciones laboriosas que los condujeron á reconocer los vicios radicales del sistema de los antiguos reformadores. La relacion de sus trabajos se ha publicado en la Gran-Bretaña y en todo el continente. En ese relato se ve el

desarrollo sucesivo de la idea católica en su espíritu y la manera, que puede decirse providencial, con que los esfuerzos que ellos hicieron para restaurar su iglesia decrepita, tornaron en provecho de la unidad. Así añadiremos únicamente que nadie ha puesto jamás en duda la sinceridad de su carácter: amigos y enemigos han rendido homenaje á la profundidad de su ciencia y á la verdad de sus intenciones. El episcopado y el poder civil, si bien seguan con inquieta mirada la direccion de sus estudios, han tratado de atraerlos mas y mas, colmándolos de riquezas y de honores, y confiándoles los puestos mas elevados de la enseñanza y de la predicacion en la iglesia establecida.

Los puseistas, así llamados por el nombre de su jefe principal, el célebre Dr. Pusey, profesor de hebreo en la universidad de Oxford, habian indudablemente tomado por punto de partida la regla de fé protestante, y sin embargo, han sido conducidos forzosamente á reprobirla. Y esta reprobacion no es solamente una consecuencia de su conducta y de su enseñanza, está además esplicitamente consignada en los escritos que han salido de su pluma. Difícil seria desear nada mas formal que lo que acerca de este punto decia Newman en una obra publicada muchos años antes de su conversion: «La Biblia y la Tradicion católica forman juntamente una regla de fé (1).» Esto ya era mirar la palabra de Dios escrita como insuficiente al cristiano para conducirlo á una completa profesion de su fé. Un poco mas lejos añade el mismo autor: «La Biblia no es mas que un documento de apelacion; el maestro que tiene autoridad para instruir á los cristianos es la Tradicion católica (2).»

(1) Newman *Lecturas*, p. 327.

(2) Ibid. p. 343.

No podían abjurar de una manera mas absoluta los principios de los antiguos reformadores. Así es que semejante lenguaje en boca de uno de los principales corifeos del puseismo, fué como una señal para los rendidos amigos de la obra de Enrique VIII y de Isabel: no hay esfuerzos que no se hiciesen para impedir se estendiese y propagase la nueva escuela. Pero infructuosas fueron estas tentativas: unos hombres como Pusey, Newman, Ward, Oakeley, etc., arrastraron en pos de sí los talentos mas distinguidos y casi toda la juventud de las universidades. Oxford fué el centro de la propaganda puseista; y desde Oxford fueron prevaleciendo en las demas universidades los nuevos principios. Los jóvenes eclesiásticos los estendieron en las diversas provincias de los dominios británicos y en las clases todas de la sociedad; y no tardó en llegarse hasta á repudiar el nombre de protestante sustituyéndole con el de *católico inglés*. Poco á poco se fué reconstruyendo la doctrina de la Iglesia romana; hizose objeto de delicia el estudio de sus monumentos; se meditó y alabó la vida de sus Santos; y se suspiró por su culto, por sus tiernas y patéticas ceremonias, y por sus admirables instituciones.

Los católicos, fijando su atencion en este movimiento que denotaba en sus adversarios un inopinado retorno hácia su fé, le secundaron. Salieron al encuentro en la discusion, invitaron á un estudio todavia mas profundo de la tradicion eclesiástica, porque conocian que, al menos para los hombres sensatos, habia pasado el tiempo de las declamaciones groseras. Entonces fué (1836) cuando el doctor Wiseman dió en Santa Maria de Moorfields las preciosas Conferencias cuya traduccion publicamos. Propúsose presentar claramente la cuestion capital que separa á

las dos comuniones. Demostró que era preciso dejar interinamente á un lado la discusión de las doctrinas particulares, porque toda discusión de estas depende necesariamente de este único punto; ¿cuál es la verdadera regla de fé? La solución de este punto capital, era el único medio de entenderse; así es que no se tardó en ver los resultados de esta noble é invencible elocuencia. El orador habia marcado al puseismo el camino, y en el espacio de algunos años el puseismo hizo inmensos progresos; tanto que en 1845, viendo el doctor Wiseman tenia ya que habérselas mas bien que con protestantes con hermanos que profesaban el mismo símbolo que nosotros y á quienes solo faltaba reanudar el lazo visible de la unidad, pudo decir en una corta advertencia á la segunda edicion de sus Conferencias lo siguiente: “Desde que se publicó la primera edicion, han ocurrido cambios importantes en el estado y sentimientos religiosos de este pais. Cuando se me pidió preparase esta segunda edicion tuve intencion de modificarla, de manera que estuviese mas en armonía con el orden de cosas actual; pero bien pronto conocí que esto era nada menos que emprender la composición de una obra enteramente diferente..... Por eso me he decidido á publicar estos discursos en su primera forma..... dejando á publicaciones sucesivas el cuidado de representar la situación presente de las opiniones religiosas en Inglaterra (1).”

En efecto: hacia dos ó tres años que la Inglaterra presentaba un espectáculo que prometia á los católicos una mies abundante y próxima. Mas numerosos, fuertes y emprendedores los puseistas, trabaja-

(1) *Advertisement to the second edition, London 1845.*

ban en lo que ellos llaman la regeneracion del establecimiento inglés. No queriendo romper con la iglesia nacional, á la que pertenecen por su educacion y sus destinos, se esforzaban por conciliar sus artículos fundamentales con sus propias doctrinas. Asi el Dr. Pusey en la *Defensa de su sermon sobre la presencia real* fué el primero que hizo el ensayo de probar que lo que él habia dicho acerca de este asunto no estaba formalmente condenado por los treinta y nueve artículos. La segunda tentativa en este género, aunque mas completa, la hizo el autor del *XC tratado para los tiempos presentes* (1). Este mismo fué el objeto que se propuso el Dr. Ward en su *Modelo de una iglesia cristiana* (2). Pero al paso que procuraban estar ligados al antiguo sistema religioso de Inglaterra, los puseistas no podian menos de deplorar sus tendencias y de condenarle en su forma actual. Un individuo seglar de la Universidad de Oxford, que durante mucho tiempo formó parte del último ministerio tory, traza de su iglesia el siguiente cuadro: “Es verdad que las estátuas y las pinturas no son ya objeto de reverencia religiosa; pero las palabras, que son tambien imágenes del pensamiento y la representacion sensible de las ideas, son entre nosotros verdaderos ídolos. La letra muerta de la Escritura recibe los ciegos homenajes que se tributaban á la madera y á la piedra. Se murmuran oraciones sin que el sentimiento interior corresponda á ellas, esactamente como se llevaba el escapulario ó el crucifijo. La mayor parte de los fieles atiende á la liturgia; pero sin entenderla ni apreciar sus diferentes partes, y no comprenden mas su fondo y su impor-

(1) *Tracts for the times*, n. 90.

(2) *Ideal of a Christian church*.

tancia que los católicos que asisten á la misa en latin. La influencia sacerdotal no interviene ya con autoridad en las relaciones de la vida privada, y el ministro se muestra descuidado en las funciones de su cargo (1).” Y ¿no es esto confesar que la iglesia anglicana tiene que combatir en su propio seno errores tan groseros como los que ella echa en cara al catolicismo? Pero en punto á confesiones, los puseistas nos las suministran aun mas notables. Porque no solamente esa iglesia ha dejado subsistir los vicios que sus autores habian pretendido desarraigar del corazon del hombre, sino que el aislamiento en que ella se ha colocado es la mayor desgracia que puede afligir á una sociedad religiosa: “No puede negarse, dice uno de los órganos oficiales de los puseistas, no puede negarse que nuestros adversarios se colocan en un terreno favorable para atacar á nuestra iglesia, fijándose en el hecho de su separacion del resto de la cristiandad. ¿Qué decir, en efecto, para esplicar el signo de reprobacion que es inherente á nuestro estado de aislamiento? La unidad visible pareceria ser á la vez la prueba de la verdadera Religion y el signo de la adopcion espiritual; y sin embargo, nosotros los ingleses despreciamos á los griegos, odiamos á los romanos, volvemos la espalda á los disidentes de la Escocia y apenas sonreímos desde lejos á los protestantes americanos. Nosotros nos echamos ciegamente en los brazos del Estado, y en este estrecho abrazo nos olvidamos de que la Iglesia estaba destinada á ser católica.”—Y mas adelante: “Estamos persuadidos de que un mal tan

(1) *The state in its relations with the church*, par E. Gladstone.

grande como el de nuestro aislamiento no podría ya subsistir por mucho tiempo, porque repugna al sentimiento y al sentido comun de las personas religiosas.» Y en otra parte: «A vista de este aislamiento no podremos ya pretender por mas tiempo que somos católicos y apostólicos. Asi, pues, nuestro aislamiento es la principal dificultad que se opone á que hombres sensatos acepten la iglesia inglesa como el profeta de verdad prometido al mundo (1).»—Oigamos ahora dos pasages del doctor Ward sobre el mismo asunto: “Yo no conozco en la iglesia una sola revolucion, si se exceptúa el arrianismo en el IV siglo, que me parezca merecer menos simpatía y estimacion de nuestra parte que la reforma inglesa (2).—Por mi parte, creeria cometer una falta y faltar á mi deber, si ocultara mi firme y profunda conviccion de que si, en cuanto Iglesia, siguiéramos la línea de conducta trazada en esta obra, llegaríamos con la gracia de lo alto á reconocer y apreciar las pruebas evidentes de la sabiduría y autoridad divina en el gobierno de la Iglesia romana, á llorar amargamente el gran pecado que hemos cometido abandonando su comunión, y en fin, á pedir humildemente á sus pies nuestro perdon y nuestro retorno á su gremio (3).”

Por lo demas, los perniciosos resultados de este estado de aislamiento los reconocen y confiesan hasta los prelados mas eminentes de la iglesia anglicana. “Creedme, dice uno de ellos, lo que mas necesitamos es la paz á fin de que la iglesia pueda fortificarse y atender á la necesidad espiritual de poblaciones que

(1) *British Critic*, July, 1841.

(2) *Ideal of a Christian church*, p. 45, en la nota.

(3) *Ibid.*, p. 473.

»se precipitan hácia el ateismo, por falta de instruccion religiosa (1).” Segun el obispo de Salisbury, el anglicanismo es impotente para llevar á lejanos paises las luces del Evangelio; pues el anglicanismo no tiene mas que teorías, la práctica está muerta en su seno y la religion es puramente nominal (2).

¿Será, pues, extraño que hombres tan convencidos de las funestas consecuencias de un cisma que cuenta ya tres siglos de duracion, manifiesten vivos deseos y clamen por el retorno á la unidad, y pongan su esperanza en una reconciliacion con la Iglesia Romana?; “¡Ah! (esclama el obispo de Salisbury en el discurso ya citado) ¡cuándo se restablecerá la unidad que es la que debe dar la vida á toda la Iglesia de Cristo! Este es nuestro mas ardiente deseo.” Mas adelante llama al obispo de Roma el *primer obispo del mundo*. Véase ahora cómo espresa el mismo deseo y el mismo pensamiento el *British Critic*: “Nuestras afecciones naturales nos llevarian desde luego á unirnos á Roma: ella es nuestra hermana mayor en la fé, y aún nuestra madre; á ella, por la gracia de Dios, debemos el ser lo que somos hoy. En nuestra infancia espiritual Roma fué la que veló por nosotros; ella es la Iglesia de que fuimos separados con tanta violencia. Si nosotros pudiéramos arreglar las cosas á medida de nuestro deseo, querríamos borrar la memoria de nuestra ingratitud hácia ella, á fin de entendernos despues acerca de las causas de nuestra desavenencia. Entonces renovariamos los tan queridos víncu-

(1) Discurso pronunciado por el obispo de Oxford el 23 de junio de 1842 en la iglesia de Santa María, en presencia de los individuos de la Universidad y de un numeroso clero.

(2) Discurso pronunciado en presencia del primado de Inglaterra y del obispo de Londres.

los que á ella nos unian en aquellos remotos tiempos en que los misioneros del muy santo y primero de sus Gregorios administraban los sagrados misterios á nuestros antepasados los sajones.”

Por manera que segun estos documentos que hemos escogido entre mil otros, queda sentado: 1.º Que la separacion de la iglesia anglicana de con la Iglesia madre en el siglo XVI ha sido una calamidad y la mayor de las calamidades: 2.º Que esa iglesia ha dejado subsistentes en su seno, y de una manera todavia mas deplorable, los vicios y abusos que ella habia alegado por motivo de su separacion; 3.º que el retorno de esta iglesia á la comunion de la Iglesia romana es el mayor bien que puede apetecerse y que solo de este modo puede recobrar la vida que ha perdido.—A vista de tales confesiones, pareceria que los puseistas no tienen ya mas que abjurar la comunion de su iglesia para alistarse en las banderas del catolicismo, cuyas doctrinas profesan ellos interiormente. Con la gracia de Dios, esta será la consecuencia ó resultado final del movimiento religioso que hoy agita á la Inglaterra. Mas para que comprendamos la hesitacion que la mayor parte de ellos manifiestan todavia en dar ese paso, debemos no perder de vista el objeto que ellos mismos se han propuesto. Lo que ostensiblemente quieren no es volver á unir la Inglaterra á la Santa Sede con los vínculos visibles de la unidad. La unidad, segun ellos, está mucho menos en las relaciones exteriores de jurisdiccion que en la profesion de las mismas doctrinas y en la uniformidad de prácticas y de culto. Por manera que si ellos ponen osadamente su mano en el edificio ruinoso del protestantismo anglicano, su intencion no es derribarle enteramente para levantar en su lugar el catolicismo romano. Lo que únicamente pretenden es apunta-

larle donde lo haya menester: repararle de algun modo y retocarle de nuevo. Para alcanzar este fin, basta volver á las fuentes de la tradicion eclesiástica, harto descuidada tres siglos há en los paises en que prevaleció la reforma. De modo, que ellos confiesan que su iglesia tiene necesidad de una regeneracion radical bajo la triple consideracion de su principio fundamental, de sus doctrinas y de su disciplina; pero en su sentir ella no ha cesado de ser católica, es decir, de formar parte de la verdadera Iglesia del Cristo sobre la tierra. Esta es la tesis que desenvuelve con mucha habilidad el Dr. Pusey en su carta á un amigo, para disipar sus dudas acerca de si debia permanecer en el anglicanismo. Para probar que la iglesia anglicana ha sido siempre una rama de la verdadera Viña del Señor, se apoya en dos motivos principales: 1.º en la sucesion de sus obispos; 2.º en que el movimiento puseista testifica que el espíritu de Dios permanece en ella (1).

A pesar de los esfuerzos de habilidad y de elocuencia del célebre profesor, facil es descubrir cuán débiles son las razones que aduce por prueba. En cuanto á la primera, que es la sucesion de los obispos, dejamos á un lado la cuestion de las ordenaciones anglicanas, y confesamos que las sillas fundadas por los piadosos misioneros que convirtieron los sajones á la fé cristiana, están ocupadas actualmente por los obispos de la iglesia establecida; pero ¿basta esto para establecer una sucesion católica y para dar á la reforma inglesa un puesto en la Iglesia universal de Jesucristo? ¿Qué? ¿podrá sembrarse en esta Iglesia el error, el escándalo y la division, y sin embargo contarse entre el número de sus miembros con tal que se

(1) I y II Cartas del Dr. Pusey, *passim*.

usurpe cierto número de sus sillas? ¿Con que entonces seguirán formando parte de la Iglesia universal las innumerables sectas que cubren el oriente, puesto que sus obispos ocupan las sillas de los Atanasios, de los Basilio y de los Crisóstomos? ¡Pero en ese caso ya no es posible haya cismas ni heregias, y al lobo rapaz le bastará introducirse en el redil para ser del aprisco! Según la doctrina católica (y con un estudio profundo de la antigüedad puede convencerse el Dr. Pusey de que siempre ha sido así), dos condiciones se requieren para la sucesión de los obispos: 1.ª la ocupación de la silla, y 2.ª la institución canónica hecha por aquel que en la Iglesia es el representante y visible guardador de la unidad. Y bien: ¿se verifica esta última condición en los obispos anglicanos? No es este el lugar de demostrar la necesidad del vínculo visible para la existencia de la unidad en la Iglesia de Jesucristo; pero aun tomando las palabras en el sentido puseista, sostengo que la teoría del Dr. Pusey repugna hasta al simple buen sentido. Con efecto: él confiesa implícitamente en su carta que la Iglesia católica romana es una parte, y parte predominante, de la Iglesia católica. Ahora bien: ¿cómo aparear juntamente dos sociedades religiosas que recíprocamente se están acusando de prevaricación hace ya tres siglos, dos sociedades que se condenan y excluyen mutuamente, que no profesan ni las mismas doctrinas ni la misma regla de fé, que no guardan los mismos sacramentos ni la misma disciplina? ¿Qué relaciones, qué comunión, ora de creencia, ora de simple tendencia, puede haber entre ellas? (1).”

(1) Por lo domas, parecen increíbles las puerilidades á que hombres eminentes, empeñados en el error, han recurrido algu-

La segunda razon del Dr. Pusey no vale mas que la primera. Porque el movimiento religioso que de algunos años á esta parte se ha manifestado en Inglaterra, y que denota la existencia de cierto espíritu de vida en los que en él toman parte, no prueba nada absolutamente en favor de la iglesia establecida. Este movimiento es obra de un partido y no de todo el cuerpo religioso; por ello debe elogiarse á un cierto número de doctores de la escuela de Oxford, mas no al mismo anglicanismo. ¿Cómo pues el Dr. Pusey puede de sus esfuerzos particulares y de los de sus colegas, que participan de sus mismas opiniones, argüir en favor de su iglesia? En primer lugar, las nuevas doctrinas son destructivas del principio y de las leyes constitutivas del anglicanismo, y de ello es una prueba los esfuerzos que han hecho

nas veces para tranquilizar su conciencia, ó conservar la posición en que se han colocado. Hállase el siguiente pasage en la primera carta del Dr. Pusey: "No tenemos contra nosotros el *terrarum orbis*. Los católicos romanos han querido compararnos con los donatistas. Pero por mi parte, y eso que, por decirlo así, durante muchos años he vivido mas en S. Agustin que en ningun otro de los PP., percibo mejor la diferencia de los dos ejemplos que su analogía. Los donatistas tenían contra sí á la Iglesia universal; pero no sucede así con nosotros desde que las iglesias de Occidente y de Oriente están divididas entre sí."—De modo que, merced al cisma de los griegos, los protestantes no tienen contra sí el *terrarum orbis* que S. Agustin oponía á los donatistas. No felicitaremos al Dr. Pusey por su modo de explicar los términos de que mas habitualmente se servian los Padres de la Iglesia; le preguntaremos únicamente si con un poco mas de sutileza no habrian podido tambien argüir los donatistas como él arguye. Se ha olvidado pues Pusey de que en tiempo de S. Agustin estaba ya bien destrozada y decaída esa pobre iglesia de Oriente: cubrian todavia los arrianos una gran parte de ella; casi por do quiera estaban esparcidos por ella los Maniqueos, sin contar con las Gaulas y la Italia que hacia tiempo tenían infestadas los unos y los otros.

los puseistas para conciliar su propia enseñanza con los treinta y nueve artículos. En segundo lugar, el mismo anglicanismo ha proclamado la antipatía de sus creencias oficiales para con las doctrinas puseistas, y la ha proclamado ya por el ministerio de sus obispos, ya por la manifestacion de la opinion pública en su seno, ya, en fin, por conducto de sus periódicos. ¿No ha dado su reprobacion á los escritos en que mas francamente se han manifestado las doctrinas y tendencias del partido? Pero si los trabajos de los puseistas testifican que continúa permaneciendo en él el espíritu de Dios, ¿á qué levanta esos clamores, á qué esos gritos de terror y de espanto por la aparicion del manifiesto del Sr. Newman en el número 90 de los *Tratados para los tiempos presentes*? ¿á que esas solemnes condenaciones que la Universidad de Oxford hizo del doctor Ward, por las doctrinas que manifestó en su *Modelo de una Iglesia cristiana*? ¿de Oakeley, por las reformas que intentó en la capilla de Santa Margarita de Londres confiada á su cuidado? ¿y del mismo Pusey por sus opiniones acerca de la presencia real espuestas en el famoso sermon que predicó en la iglesia del Cristo en presencia de los individuos de la Universidad? El doctor Pusey cree evadirse de esta última objecion diciendo que estas condenaciones han sido obra de una corporacion particular, y no de la iglesia misma. Es verdad que una corporacion es la que ha dado sus sentencias contra aquellos individuos suyos que ella ha creido culpables; pero su fallo: ¿no ha sido aprobado por el silencio de la iglesia de que forma parte? ¿No le han sancionado espresamente algunos obispos en sus cartas pastorales? Y los periódicos, órganos oficiales del establecimiento, ¿no han representado esa sentencia como sentencia dada por todo el partido?

Luego estas señales de vida lo mas que prueban será que se han concedido gracias particulares á algunos individuos de la iglesia anglicana ; pero no que esta iglesia no esté separada de la verdadera Iglesia de Cristo. En vano el doctor Pusey, fundándose en un pasaje de San Cipriano, observa que *una rama separada realmente del tronco, es decir, del Cuerpo de Jesucristo, conserva en si durante algun tiempo la frescura de la rama madre, y despues se seca.* “Esto, añade Pusey, se ha verificado de una manera tan general, que cuando las cosas no son así, es una prueba concluyente de que la rama en cuestion no está realmente separada del tronco (1).” Pero á esto contesto con el siguiente silogismo: Entre Roma é Inglaterra está roto todo vínculo exterior de unidad; es así que, segun dice el mismo San Cipriano, cuando están de ese modo rotos esos vínculos, no solo no hay union, sino que, por el contrario, hay necesariamente luchas y enemistad (2). Luego etc.

Se hacen pues ilusion los puseistas cuando pretenden trabajar en la consolidacion de un edificio carcomido. Ellos han descargado sobre la reforma un golpe análogo al que sobre ella descargó tambien el racionalismo aleman. Por lo demas, ellos mismos comienzan ya á conocerlo, conocen muy bien que se hallan en una posicion anormal respecto del cuerpo religioso en que quieren mantenerse. Para no ponerse en guerra abierta con él, se ven obligados á mentir á su propia conviccion y á suscribir símbolos contra los cuales se subleva su conciencia. “Yo noto una dificultad, decia Oakeley antes de su conversion,

(1) Carta primera.

(2) San Cipriano, *De unit. Eccl.*

noto una dificultad, una sola, *los treinta y nueve artículos*. Si puedo en conciencia aceptar las doctrinas que mi conciencia no me permite rechazar, me contentaré con abstenerme de enseñarlas.... Mi conciencia me impone tambien un deber de abstenerme de enseñarlas, asi como me impide renunciar á estas doctrinas.” Hé ahí á lo que están reducidos los puseistas. Como miembros y ministros de la iglesia anglicana se creen en la necesidad de aceptar sus artículos constitutivos; mas para no estar en perpétua contradiccion con su conviccion particular, reivindican el derecho de no enseñar sus doctrinas. Pues ahora bien: una de dos: ó las doctrinas contenidas en los treinta y nueve artículos son obligatorias, ó no: si no lo son, no solamente tienen derecho á no enseñarlas, sino que no deben suscribirlas como obligatorias, pues de lo contrario mienten á su conciencia; mas si son obligatorias (y si no lo fueran ¿por qué su iglesia les impondria el precepto de suscribirlas?); si son obligatorias, digo, lo son tambien para el pueblo, y en este caso no solamente no pueden callarlas, sino que tienen una rigurosa obligacion de darlas á conocer al pueblo; de otro modo merecerian la reprension que un profeta daba á los sacerdotes judíos cuando los llamaba *perros mudos que no saben ladrar*. Casi no es menor el embarazo con que tropiezan los puseistas respecto de sus doctrinas particulares; porque estas doctrinas están formalmente condenadas, segun ya hemos dicho, por los formularios que ellos suscriben. Es verdad que tambien aquí creen salir del paso reservándose el derecho de aprovecharse de ellas sin enseñarlas á los fieles. Pero entonces su enseñanza deja de estar en armonía con su propia conviccion: una será la fé del pastor, y otra la del rebaño; habrá entonces en la ciencia sagrada misterios que el ministro de la palabra

deberá cuidadosamente ocultar al vulgo profano. Y ¿no es esto renovar, bajo el imperio del cristianismo, que ante todo es la Religión de los humildes y de los pobres de espíritu, el espectáculo que ofrecieron en otro tiempo los santuarios del grosero politeísmo egipcio?

Era difícil que los mas sinceros de entre los puseistas no conociesen muy luego lo falso y penoso de semejante posición. Así que la Divina Providencia, que se burla de los designios de los hombres y que comúnmente saca de sus obras consecuencias opuestas al objeto que ellos se habian propuesto en un principio, ha abierto ya los ojos de un gran número; muchos han hallado ya y están hallando todos los dias la única solución que puede satisfacer su conciencia y su razón, el retorno al catolicismo. De los cuatro principales caudillos del partido, nos pertenecen ya tres: Newman, Ward y Oakeley. Especialmente la conversión de Newman, aunque ya hacia tiempo se esperaba, ha causado honda sensación en toda Inglaterra. “Es quizá, escribía el doctor Pusey, el mayor acontecimiento que ha ocurrido desde que quedó interrumpida la comunión de las Iglesias.”—“Es, añadía, la crisis mas peligrosa por que ha pasado nuestra iglesia (1).”—El ejemplo de estos grandes hombres y de los que los han seguido en estos dos últimos años, no dudamos será imitado por los que ellos han abandonado. Los hombres que en Inglaterra sean adictos á estas mismas doctrinas, no se contentarán con una comunión quimérica con la Iglesia madre, tal como la sueña el doctor Pusey. La comunión entre individuos de una sociedad religiosa debe manifestarse con vínculos vi-

(1) Carta II á un amigo.

sibles y con actos positivos, segun decia Newman antes de su conversion. Y ya que la lógica ha conducido á los puseistas á reconocer la verdad en nuestras doctrinas, no pueden sin faltar á todas las leyes de esa misma lógica, negarse á entrar en comunion con nosotros, porque la comunion debe seguir á la fé, pues «si Roma tiene razon, no van bastante lejos; y si Roma no la tiene, han ido ya demasiado lejos (1).» Y ¿cómo han de seguir adheridos á un establecimiento cuyos vicios deploran con tanta amargura y que por boca de uno de sus obispos ha proclamado en medio del parlamento su impotencia en materia de fé (2)? ¿Qué satisfaccion hallaria su conciencia en el gremio de una iglesia que mantiene despoticamente un principio y unos formularios cuyo sentido ella misma parece ignorar?

Ademas, ellos manifiestan un gran deseo de la unidad, oran por su pronta realizacion, y por su parte tambien oran los católicos. El Sr. Wiseman, en nombre de todo el episcopado católico de Inglaterra hizo últimamente una tierna escitacion al clero y á los fieles de Francia, y á esa escitacion ha correspondido el mundo católico elevando hácia el cielo un magnífico concierto de oraciones y de súplicas (3). Oramos,

(1) Sibtkorp, cartas publicadas despues de su conversion.

(2) En mayo de 1840, habiéndose suscitado en la cámara alta un debate acerca de los treinta y nueve artículos, se preguntó si el clero creia todavia en estos artículos que suscribia. A lo cual contestó uno de los obispos que todos los individuos del clero creian en ellos; otro obispo afirmó que ninguno creia en ellos; otro declaró que era imposible se creyese en ellos; otro, en fin, hizo observar que el clero los suscribia en globo como debia hacerlo todo hombre razonable; pero que no se creia en ellos sino en tanto que se les juzgaba dignos de crédito. (Alzog, *Univ. geschichte der Christf. Kirche*, p. 1158).

(3) Carta del Dr. Wiseman, obispo de Melipotames, á los obispos de Francia en el mes de octubre de 1845.

porque los mismos puseistas por boca de su gefe han reconocido la eficacia de nuestras oraciones. “Hace ya muchos años que concebí el primer temor de lo que acaba de suceder (la conversion de Newman) cuando supe que se hacian oraciones por él en muchas iglesias y casas religiosas del Continente (1)” Si, oremos, y la Inglaterra volverá á ser lo que fué en otros tiempos, la isla de los santos, una de las mas bellas y ricas porciones de la herencia del hijo de Dios sobre la tierra. Admirables son respecto de ella las vias de la Providencia; no, no está muerta para siempre esta iglesia, ella revivirá. Pero oigamos acerca de esto á uno de sus nuevos hijos: “Cuando Jesus se acercó á la casa del gefe cuya hija única acababa de morir, hallábanse quizá, entre los amigos del padre desolado reunidos para consolarle, algunos cuya fé en el Salvador era bastante viva para esperar de su venida algun consuelo. Ellos se habrian admirado y grandemente regocijado por el pobre padre, si por boca del Salvador se les hubiese asegurado que Dios le daría otro hijo para llenar el vacío que la muerte acababa de dejar en su corazon. Pero cuando Jesus les dice: «la jóven no está muerta, no está mas que dormida, y yo vengo á despertarla: pronto la vereis remozada, llena de fuerza y de una nueva salud despues de este sueño;» mofáronse de sus divinas palabras, y no pudieron darlas crédito. Sin embargo, poco despues vieron su cumplimiento.— Pues asi es como nuestro Señor va á responder á nuestros votos, á nuestras oraciones por Inglaterra, por esta iglesia que el resto de la cristiandad habia creído muerta, y que durante tres siglos están

(1) Carta II del Dr. Pusey.

»llorando las almas santas. Nosotros pedíamos á Dios
»nos diese en su lugar una nueva Iglesia que, despues
»de los funerales de la primera, nos consolaria de su
»pérdida con frutos de santidad, iguales á los que ella
»habia producido en otro tiempo. Esto pedíamos,
»y nos parecia que esta gracia seria la mayor
»que Dios pudiera conceder á nuestra patria. Pe-
»ro ¡ah! ¡regocigémonos! porque Dios, rico en bon-
»dades, comienza á mostrarnos que piensa en escu-
»charnos de otro modo muy admirable. El calor de la
»vida reanima ya ese corazon que habíamos creído
»helado para siempre; ese corazon comienza á latir. Ya
»se abren sus ojos; ya viendo que habíamos desespe-
»rado demasiado de ella; viendo, por decirlo asi, que
»nos disponiamos para sus funerales, esclama, ó mas
»bien Nuestro Señor esclama por su boca y nos dice:
»«no está muerta, no está mas que dormida.» Ya ha
»puesto en su seno un nuevo soplo de vida; pronto le
»devolverá su primera juventud, su antigua belleza;
»va de nuevo á engalanarse con sus antiguos adornos,
»despues de haberlos hecho mas perfectos y ricos que
»nunca (1).”

El puseismo y el racionalismo, hé ahí las dos gran-
des vias por las que la reforma tiende á escaparse de
la línea que en su nacer la fué trazada. Una de esas
vías va á parar á un abismo insondable; la otra, segun
todas las previsiones humanas, reconducirá á la unidad
católica una parte de nuestros hermanos extraviados.
Mas cualquiera que sea el resultado, mas ó menos
remoto, de este doble movimiento, nõ por eso es me-
nos segura la disolucion del monstruoso agregado de

(1) Carta del Dr. Spencer.—Véase *Movimiento religioso en Inglaterra*, por J. Gondon.

B. del C.—Tomo IX.=CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 5

que se compone el protestantismo en el universo cristiano. En el siglo IV el arrianismo amenazó á la Iglesia con una completa ruina; pero desde el momento que el arrianismo se fraccionó en diferentes partes perdió por sí mismo el terreno que habia ganado. Lo mismo sucederá con las grandes heregías modernas; veráselas sucumbir por su propio peso y por sus escisiones interiores. Hace ya mucho tiempo que obran en ellas estas causas de destruccion, y ellas son ya impotentes para contener bajo sus banderas á los pueblos que en ellas habian alistado en un principio. De hecho, los dos grandes partidos, cuyo carácter hemos procurado bosquejar, solo de nombre pertenecen á la reforma. Los puseistas han renegado su principio; guiados por la ciencia y por la rectitud natural de su espíritu, han llegado á la profesion de nuestro símbolo, y pasarán á nuestras filas, tan luego como se hayan convencido de que este símbolo no tiene salvaguardia sino en la autoridad infalible de la Iglesia católica. Por otra parte, los racionalistas no han conservado de la obra de los reformadores otra cosa que la creencia en la independencia absoluta de la razon. Por lo que hace al cristianismo, ya hemos visto que ellos han abjurado hasta los últimos vestigios de él, y con ellos no es posible otra polémica que la que se emplea con la incredulidad. Cierta es que en derredor de estos dos campos se mueve una muchedumbre de otras sectas, por ejemplo, los metodistas y los pietistas. Si nosotros examináramos sus creencias, ó por lo menos las creencias de las que hacen profesion de tenerlas; apenas hallariamos en ellas mas que un racionalismo disfrazado con diversos nombres. Sin embargo, la mayor parte de ellas no desechan abiertamente la divinidad del cristianismo y de su autor; ponen siempre por delante los principios de

Lutero y de Calvino. En ellas, por consiguiente, descansa de hoy en adelante la principal suerte del porvenir de la antigua reforma; y con ellas tambien el estado de la cuestion permanece tal como le estableció el señor Wiseman en sus Conferencias acerca de la regla de fé.

Es tambien muy cierto que los católicos no deben asustarse del nuevo ardor con que todas estas sectas trabajan en la consolidacion del edificio del protestantismo. Porque ¿qué pueden ellas esperar? Ellas mismas están convencidas de los peligros á que están espuestas sus desgraciadas iglesias, y sus esfuerzos acusan sus temores. Ellas sienten, especialmente hoy, que les faltan dos cosas: la autoridad y la unidad. Asi que no han temido ponerse en abierta contradiccion con su principio fundamental para atribuir á los príncipes y á los reyes esa misma autoridad que ellas habian rehusado á la Iglesia. Ultimamente, un ministro del rey de Prusia decia en medio de una asamblea de Pastores: “En punto á religion, lo mismo que en cualquiera otro, los súbditos están obligados *de derecho divino* á la mas estricta obediencia, siendo solamente el rey responsable para con Dios de los decretos y ordenanzas en materia de culto y de fé, y estando por consiguiente siempre segura la conciencia de los súbditos al abrigo de su obediencia (1).” ¡Pobre autoridad por cierto en materia espiritual! Y bien: ya se ha visto á los príncipes hacer uso de esa autoridad ilimitada; y ¿en qué han venido á parar sus tentativas? ¿Cómo los soberanos de Prusia han conseguido

(1) El señor Eichhorn, ministro de los Cultos, en una alocucion pública en 1844.

refundir as diversas confesiones en una sola iglesia bajo el nombre de iglesia *evangélica*? ¡Oh! Para con aquellos de sus correligionarios que todavia estaban adheridos á los formularios recibidos y al culto establecido, han merecido el dictado de perseguidores y opresores de las conciencias. Cuando, aunque tarde, se llegó á conocer que semejante despotismo religioso, en vez de restablecer la unidad, no haria otro cosa que dar mas fuerza á la anarquía, se trató de reunir las sectas entre sí con procedimientos menos violentos. Convocóse, pues, á asambleas generales los delegados de todas las iglesias reformadas. Londres, Berlin y Liverpool nos fueron dando sucesivamente el espectáculo de concilios protestantes. Pero ¿cómo entenderse? ¿No fué necesario ante todo evitar las cuestiones de doctrina? Pero ¿y qué unidad es posible sin la uniformidad de doctrina? Al parecer la del odio y de una oposicion fanática á los derechos de la verdad, segun hemos dicho en otra parte; y esta unidad, lo confesamos, está unidad nunca ha faltado á los protestantes (a). ¿No tendrá, pues, término la ceguedad de los pueblos?

¡Ah! unidad, autoridad: preciso será que las sectas protestantes, despues de sus infinitas variaciones, vengan, como todas las sectas que en diversas edades han despedazado la túnica inconsutil de Jesucristo, á pedir á la Iglesia católica estas dos condiciones de toda

(a) Entre los hechos recientes, basta recordar aquí únicamente la actitud tomada por las diferentes sectas y el language tenido por sus ministros y por sus principales órganos, con motivo de la emancipacion de los católicos en la Gran-Bretaña, de las contiendas del arzobispo de Colonia con el gobierno prusiano, y de la subvencion concedida por el gobierno inglés al seminario de Maynoot (*Maynooth-Grant*); Y ahora últimamente (puede añadirse), con motivo del restablecimiento de la gerarquía eclesiástica en Inglaterra, y promocion del señor Wiseman al cardenalato.

(N. del T.)

sociedad religiosa; porque esa Iglesia es la que les tiende sus brazos, esa Iglesia cuyo corazon tanto han aflijido ellas, robándole el afecto de los pueblos que ella habia engendrado en la fé. Ellas habian creido destruirla, y no han hecho otra cosa que fortalecerla, depurándola, segun la admirable doctrina de San Cipriano en su *libro de la Unidad*. Asi ella permanece siempre inmovil sobre la piedra en que la habia edificado el divino Maestro. Fuerte en las promesas de aquel que la fundó, suspira por el dia en que sus hijas rebeldas vuelvan á la sumision; y para acelerar, en cuanto de ella dependa, ese dia venturoso, á sus perpétuas divisiones opone el magnífico espectáculo de su unidad mantenida por su divina autoridad. «Preguntad, puede ella decirles, preguntad á los monumentos de mi historia desde el momento en que pretendeis haberme yo separado de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Remontad conmigo el curso de quince siglos de triunfos y de combates; aseguraos, examinando y comprobando los hechos, de la admirable fecundidad de mi principio que he conservado siempre el mismo á través de todas las borrascas y contra todos mis enemigos. ¿He variado yo en mi enseñanza? ¿Ha emanado de mí un solo acto que no acuse la accion del mismo principio, la accion de mi infalible autoridad?» — Efectivamente: «La Iglesia de Cristo, guardadora vigilante y asidua de las doctrinas de que es depositaria, nunca cambia en ellas, nunca las disminuye, nunca las aumenta; ella no desecha las que ha creido necesarias para adoptar otras supérfluas; no echa en olvido las que le son propias para apropiarse las extrañas. En fin, ¿qué es lo que ella ha pretendido con los decretos de sus concilios sino hacer mas íntegra la fé acerca de lo que ya antes se habia creido? Esto es lo que la Iglesia católica ha querido: afirmar sus

»doctrinas con la autoridad de sus concilios; hacer que
»lo que ella habia recibido de sus fundadores solo por
»la via de la tradicion, fuese despues transmitido á
»las generaciones futuras por las páginas de su có-
»digo inmortal (1).”

(2) Vicente Lirinense, *Commonit.* n. 32.





CONFERENCIAS

SOBRE

LAS DOCTRINAS Y PRACTICAS MAS IMPORTANTES

DE LA IGLESIA CATÓLICA.



CONFERENCIA I.

INTRODUCCION.—OBJETO Y METODO DE LAS CONFERENCIAS
ACERCA DE LA REGLA DE FE.

Hermanos míos: os exortamos á que no
recibais en vano la gracia de Dios.
(II *ad Corinth.* VI, 1.)

DIFÍCIL es decir, hermanos míos, si al proponer la Iglesia á la meditacion de los fieles la epístola de este día, de la que están tomadas las palabras que acabo de poner por tema, las dirige principalmente á vosotros, ó las dirige á nosotros mismos á quienes está confiado el ministerio de la predicacion: porque, si por una parte se os exorta no solamente á no re-

cibir en vano la gracia sino tambien á no dar á nadie motivo de escándalo, para que no sea deshonrado nuestro ministerio; por otra, al paso que os escita, especialmente en este santo tiempo, á que os aprovecheis de las instrucciones que se os dan para vuestra edificacion, es evidente que la mayor parte de la epístola se dirige directamente á nosotros mismos y tiene por objeto enseñarnos la manera de predicar la palabra de Dios y los medios de hacer honor á nuestro ministerio.

Asi es que el Apostol nos recomienda en primer lugar *nos mostremos dignos ministros de Cristo, por la palabra de verdad, por la virtud de Dios, por las armas de la justicia, á fin de combatir á derecha y á izquierda.* Luego, segun él, es menester que revestidos de nuestra conviccion, como de una armadura á toda prueba, y penetrados de la verdad de las doctrinas que enseñamos, estemos siempre prontos á hacer frente á la contradiccion, y á defender las verdades que nos están confiadas con todo el valor y con toda la energía que siempre debe inspirar la palabra de Dios. Pero San Pablo no solamente quiere que prediquemos con fortaleza y energía, nos manda ademas que prediquemos *con dulzura, con longanimidad, segun el Espiritu Santo;* es decir, que en nuestros discursos debemos evitar todo lo que de una manera ó de otra ofenda las virtudes mas amadas del Hijo de Dios. Cualesquiera que sean la fuerza y la energía con que sostengamos nuestras doctrinas, la dulzura y la caridad deben templar nuestras palabras de modo que jamás ofendamos en el hombre el sentimiento perso-

nal. Hay ademas otra cualidad que el Apóstol exige en el egercicio de nuestro ministerio, cualidad que se hace mucho mas necesaria en las circunstancias actuales: esa cualidad es predicar “entre el honor y la ignominia, por la buena y la mala reputacion; como seductores aunque sinceros; como desconocidos, aunque muy conocidos.” Asi, mientras algunos nos escuchen con benevolencia y sinceridad, otros tornarán en desventaja nuestra nuestros propios discursos; y lejos de hallar gracia para con ellos, vendrá á ser para nosotros un origen de ignominia nuestra predicacion. Por mas concienzudo que uno sea en la esposicion de las verdades de que esté uno íntimamente convencido, debemos esperar ser tratados por muchos, y quizá por los mismos que nos escuchan, como hábiles y astutos seductores. Preparado estoy yo á ello; y aceptando todas las consecuencias de mi ministerio, tales como las ha presentado el divino Apóstol, comienzo mi curso de instrucciones, de las que este discurso puede mirarse como introduccion.

Por hoy no tengo otro objeto que circunscribir mi asunto á un solo punto: en una série de conferencias examinaré los principios fundamentales del catolicismo y del protestantismo; ó lo que es lo mismo, estudiaré con vosotros el punto esencial que nos separa de nuestros hermanos, cuyo regreso á nuestras filas añadiría un titulo muy grato á los de amigos y de conciudadanos. Propóngome pues explicar lo mas sencillamente que me sea posible las razones que sirven de base á nuestra fé y á todas las doctrinas que

profesamos. O mas bien: examinaré si estamos en derecho de admitir como fundamento de nuestras creencias una autoridad viva establecida por Jesucristo en su Iglesia con la seguridad de no errar jamás; en oposicion á ese otro principio que no admite en materia de fé mas autoridad suprema é infalible que la palabra de Dios escrita.

Este asunto podrá ocuparnos durante unas cinco ó seis de nuestras reuniones; esta tarde me limitaré á hacer algunas observaciones acerca del fondo de la discusion, y del método que seguiré en mis discursos.

I.

Hablemos primeramente del objeto de la discusion.

Si á algunos de nuestros hermanos separados les preguntáseis: «¿por qué no sois católicos?» ciertamente recibiríais muchas y diferentes respuestas segun el carácter particular de cada uno. Pero tambien es cierto que en sustancia todas esas respuestas podrian reducirse á lo siguiente: «que la Iglesia católica está inficionada de innumerables errores; que ella ha engertado en las revelaciones de Cristo muchos puntos de doctrina que Cristo no enseñó, y que por consiguiente son invenciones puramente humanas; que ella ha adoptado muchos principios de moral y de conducta directamente opuestos á los que el Salvador y los Apóstoles han inculcado en el espíritu de

los pueblos; que si bien es verdad que en otro tiempo pudo formar parte de la Iglesia verdadera y universal de Cristo, ya se ha separado de esta ella misma, dejando se introduzcan poco á poco tales errores en su símbolo y usando en ello de una autoridad usurpada para sancionarlos como divinos.

Id mas adelante en vuestras preguntas, y muy luego notareis que todas las razones alegadas por nuestros adversarios se irán resumiendo gradualmente en una sola. «El crimen capital de la Iglesia católica, se os dirá, es haber desechado como regla única y como única autoridad en materia de fé la palabra de Dios escrita, contenida en las SS. Escrituras; por manera, que las diferentes alteraciones de que se la acusa en la doctrina, han sido producidas únicamente por la admision del falso principio de la autoridad humana.» Por donde se ve que las demas acusaciones, que contra ella se hacen, son meramente secundarias y todas vienen á estar incluidas en esta acusacion capital.

Luego es evidente que la cuestion entre los protestantes y nosotros encierra dos cuestiones muy distintas, una de hecho y otra de derecho. En efecto: ora las doctrinas que comunmente se nos objetan se consideren como alteradas; inventadas por los hombres ó contradictorias con la revelacion cristiana; ora se mire como una desviacion de las verdaderas instituciones del Salvador un dogma en particular ó una práctica de la Iglesia católica, como, por ejemplo, la transubstanciacion, la confesion, el purgatorio; son

otras tantas cuestiones que exigen ser tratadas á parte, que contienen hechos distintos y cada una de las cuales descansa en pruebas especiales. Pero si examinando el fundamento comun que sirve de base á estas doctrinas, demostramos, nosotros los católicos, que todas las recibimos en virtud de un principio único, de una autoridad infalible de que está en posesion la Iglesia, es evidente que todas estas cuestiones de hecho separadas se unen y se concentran en esta sola cuestion: ¿Hay una autoridad cuya sancion en estas diferentes materias sea una garantía suficiente para la fé?

Esta consideracion es importante, porque si establecemos el principio mismo sobre que está basado cada punto de doctrina; ó en otros términos, si probamos que, ademas de la palabra de Dios escrita, existe y siempre ha existido en la Iglesia una autoridad infalible, y que esta autoridad, guiada siempre por Dios, no puede engañarse sancionando cualquier punto como de revelacion divina, forzoso será entonces confesar que todos los puntos que se nos echan en cara como otros tantos errores, serán demostrados igualmente verdaderos, pues que será probado que tienen su fundamento en una autoridad derivada del mismo Dios. A fin de acabar de convencer á los que duden y de resolver mejor sus dificultades particulares, nos proponemos tratar separadamente cada una de las materias contestadas; pero no por eso es menos cierto que quedarán virtual y esencialmente demostradas con la demostracion de nuestra proposicion fundamental. Así todas las cuestiones de hecho

quedan absorbidas en la cuestion relativa al derecho divino de la Iglesia de decidir, sin temor ni peligro de error, todo lo relativo á la fé.

¶ Ahora, hermanos míos, puedo haceros observar que este modo de argüir es enteramente opuesto al que está en uso entre nuestros adversarios, porque estos se guardan muy bien de detenerse en el vínculo necesario que enlaza unas con otras estas diferentes cuestiones; y nada es mas comun que ver á sus predicantes colocar la cuestion principal en el mismo rango que las otras. En vez de acabar con ellas de un solo golpe con la solucion de este punto capital: *¿cuál es la regla de fé?* los oís hablar de la prohibicion, hecha á los fieles, de leer la Biblia, ó de la doctrina de la Tradicion, como de cuestiones ordinarias entre lo que ellos llaman errores de la Iglesia romana.

Pero en este modo de proceder hay un manifesto error de lógica. En efecto, sea ó no un error el admitir una Tradicion, ó pretender que la Biblia, tomada por cada cual como regla de fé, puede estraviar, esta cuestion depende de estotra y le es correlativa: *¿Ha querido Dios que la Escritura santa fuese la única regla de fé?* El protestante lo afirma; pero el católico lo niega. De aquí se sigue que si se pretende establecer la falsedad del catolicismo acusándole de haber añadido á la palabra de Dios ó de haber restringido el uso de esta, es manifesto que se toma de su parte como verdadera la cuestion idéntica, á saber: que la Escritura santa es la única regla de fé: porque si este principio no es verdadero, si la Tradicion es

otra regla de fé , la Iglesia católica no es culpable del crimen de que la acusais. Pero en esto consiste, segun ya he explicado , el punto capital de la controversia entre las dos comuniones. Por manera que se consideraria desde luego como acordado el punto en cuestion y se establecerian sus argumentos sobre semejante base. Ciertamente que no es difícil probar que los católicos están en el error cuando se parte del principio de fé protestante como de un axioma incontestado.

Tal es el valor de las razones que nos alegarian aquellos de nuestros hermanos estraviados á quienes preguntáramos ¿por qué no sois católicos?

Pero vayamos más lejos , preguntémosles: ¿por qué sois protestantes? Aquí la respuesta deberia ciertamente diferenciarse de la primera, porque ninguna religion puede apoyarse únicamente en pruebas puramente negativas. No podeis admitir una doctrina con preferencia á otra, simplemente porque sea falsa esa otra que se os propone por algunos hombres. Es esencial á una religion tener en sí misma , é independientemente de toda otra secta, sus medios de demostracion. Nosotros deberíamos estar en disposicion de probar la divinidad de Jesucristo, aun cuando jamás hubieran existido el arrianismo y el socinianismo; y si hoy se nos pidiera una demostracion de nuestra fé, no seria dar una razon de ella el decir que se ha refutado el arrianismo y que se ha probado la falsedad del socinianismo. Todo dogma, y todo sistema religioso que le toma por base, deben pues

Llevar en sí mismos sus razones fundamentales, independientes del exámen de otra doctrina. Luego es evidente que si preguntamos á los protestantes, no ya simplemente por qué no son católicos, sino además por qué son protestantes, deben darnos razones positivas de su adhesion á esta comunión.

De este principio resulta necesariamente que todo motivo común de adhesion queda á la vez quitado á los protestantes, porque muy de ordinario se imaginan los ministros, y sus oyentes abrigan con ellos la idea, de que cuando han sobreescitado bien su ódio y desechado como absurdos é impíos los artículos de la fé católica, han establecido con solo eso la causa del protestantismo. ¡Cuántas obras se han publicado *contra los errores de la Iglesia de Roma!* ¡cuántas para refutar *el papismo!* pero ¡cuán pocos ensayos metódicos se han hecho para establecer los principios protestantes sobre una demostracion positiva! Por esto creen muchos que la creencia religiosa no ha menester de otro fundamento que la eleccion entre dos religiones y que la refutacion de una de ellas lleva consigo la demostracion de la otra.

Mas á los protestantes que se apoyan en este principio yo les diré: “suponed que vivís en un pais lejano, ó aun en cierta parte de este pais, donde no tenéis á vuestro alcance ni un solo católico; donde, por consiguiente, no es necesario exaltar vuestro ódio contra nuestras doctrinas, puesto que jamás se os ha presentado la ocasion de tener que hablar de ellas: en este caso es evidente que no ha podido fundarse en el

mismo principio vuestra adhesion al protestantismo; sino que se os han debido dar razones y motivos positivos para convenceros, para probaros que el protestantismo es la verdadera Religion de Cristo; se os ha debido proponer su regla de fé, basada en una série de proposiciones y de argumentos, no ya relativos ó negativos, sino directos y positivos.

Desearia, hermanos mios, que comprendiéseis bien el estado de la cuestion. Notad la siguiente importante distincion á la que no siempre se presta la debida atencion: *unos son los motivos de adhesion á una iglesia ó de comunion con ella, y otros son los motivos de conviccion de su verdad*. Si las personas que han mamado el protestantismo con la leche materna, se preguntaran por qué profesan esta religion, no dudo que muchos darian una respuesta capaz de empeñarlos á permanecer en esa comunion; pero esta respuesta llevaria consigo la aceptacion del principio fundamental de la religion misma? De ningun modo. Dirian, por ejemplo (y esta razon de sentimiento les pareceria de gran peso); dirian que esta religion ha presidido á su nacimiento y á su educacion; que es la religion de su patria y que seria una vergüenza renegar de la fé de sus padres. Estas razones son otros tantos pretextos para permanecer en el seno del protestantismo; son cabalmente las mismas que se ponen por delante para justificar una infinidad de opiniones, nuestro apego á la patria, por ejemplo; pero no contienen en sí mismas la razon esencial y radical en que el protestantismo debe apoyar sus creencias. En

la opinion del hombre, tomado individualmente, parecen motivos suficientes de permanecer fiel á una comunión cualquiera; pero no pueden dar la certidumbre de que se está convencido del principio de esta comunión.—Otros os dirán que piensan así, porque tienen por cierto que la verdad de su religion ha sido demostrada; ellos han oído siempre hablar de ella como de una cosa evidente y no creen haya necesidad de cansarse la cabeza en investigaciones ulteriores. Hombres mas instruidos las han hecho por ellos, y los principios de la reforma han sido harto sólidamente establecidos y demostrados con sobrada certeza para que hayan menester de ser examinados de nuevo por cada uno en particular.

Vosotros debeis ver, y un exámen detallado os lo mostrará mas claramente todavía, que el protestante que da semejantes razones de su fé, os espone simplemente los motivos que le empeñan á perseverar en su creencia, pero no la razon fundamental por la que el protestantismo podría justificar su primera separacion de la Iglesia romana; porque el principio fundamental de la reforma es que *“la palabra de Dios escrita es la única regla de fé.”* Pero no se llega á esta conclusion sino paso á paso y por investigaciones serias y complicadas. Debeis convencer os por vosotros mismos no solo de que ha habido una revelacion á los hombres, sino de que esta revelacion ha sido depositada en esos mismos libros que poseeis, y que esos libros os han sido transmitidos sin alteracion ninguna; es decir, que el testo no ha padecido en

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 6

nada esencial con el trascurso del tiempo y que las versiones están hechas de manera que os den la certeza de que, leyéndolas, leéis las palabras que los profetas y los apóstoles escribieron dictándoles el Espíritu de Dios. Aún mas, debeis convenceros de que habeis adquirido ó de que teneis en vosotros mismos las luces necesarias para su inteligencia. Pero la certidumbre de que la palabra de Dios está contenida en la Biblia, no es todavia bastante; es menester os prepareis á resolver las dificultades, tan numerosas y tan complicadas, que se suscitan contra la inspiracion de ciertos libros y de ciertos pasages: por manera que podais decir: 1.º que solo con vuestra ciencia ó vuestra esperiencia, habeis adquirido la conviccion íntima de que la palabra inspirada de Dios está contenida en esos libros; 2.º que gozais no solamente del derecho sino tambien de los medios necesarios para explicarla. ¡Y cuán pocos hay, hermanos mios, que puedan darse testimonio de que han cumplido con esta inmensa tarea! Y sin embargo, el dogma fundamental del protestantismo es que cada uno de sus miembros es el único responsable ante Dios de las doctrinas que profesa, pues que cada cual está obligado á estudiar la palabra de Dios y á sacar de ella su propia fé. Luego aquel que se sustrae á este trabajo, no cumple las condiciones que su religion le impone; y de cualquier modo que trate de justificar sus creencias, es manifesto que las razones que para ello da no le pueden conducir á la aceptacion práctica del principio fundamental del protestantismo.

Y no creais que exagero mis aserciones para dar mas fuerza á mis argumentos. Vosotros pensais que tal vez no es contrario á los principios del protestantismo recibir las verdades religiosas, tales como la educacion nos las entrega. ¿Por qué, pues, todos y cada uno se han de sujetar á los penosos trámites que acabo de trazar? No quiero yo otra garantía de la verdad de lo que digo que el testimonio de un teólogo protestante que toda la iglesia de Inglaterra coloca en el número de los mas ortodoxos. El doctor Beveridge, en sus *Pensamientos privados*, refiere con esactitud la série del razonamiento de donde él mismo ha deducido la necesidad del exámen individual en las materias religiosas; y aun todavia va mas lejos de lo que yo me he atrevido á ir, cuando espone lo que el protestantismo exige de sus adictos. En la página 6 de su libro, se espresa en los siguientes términos respecto de los estudios que él habia emprendido acerca del fundamento y motivos de su fé:

“No deben atribuirse mis investigaciones, dice, á que sintiese desapego ó desvío hácia la religion que he abrazado; sino que creo ser natural á todo hombre el tratar de formarse una opinion victoriosa acerca de la religion en que ha nacido. Yo no queria determinarme únicamente por las preocupaciones de la educacion; me he propuesto examinar esas mismas preocupaciones y probarlas, bien decidido á colocarme del lado de la verdad. Nunca he dudado de que mis investigaciones me conducirian al siguiente resultado: el cristianismo es la única verdadera Religion que existe sobre la tierra;—*todavia no puedo afirmarlo, si*

antes no me he asegurado de la verdad de su principio. Porque hacer profesion de cristiano y reputarse único en la verdad, solo porque mis padres eran cristianos, es un argumento que los paganos y los mahometanos podrian, como nosotros, tornar en provecho suyo.— Si yo no me adhiriera al cristianismo sino únicamente por las preocupaciones del nacimiento y de la educacion, en nada me diferenciaria del turco y del pagano; porque, si yo hubiera nacido entre ellos, tendria para permanecer en su creencia los mismos motivos que me retienen en la mia. Las premisas son las mismas, aunque las conclusiones sean muy diferentes. Yo tendria siempre las mismas razones de adherirme á mi religion, aunque ésta religion fuese otra.”

Piensa, pues, este sábio obispo que cada protestante tiene la obligacion de demostrarse á sí mismo el principio fundamental de su fé; que si es cristiano por cualquier otro motivo no se diferencia del turco y del pagano. Pero todavía va mas allá de la fuerza de mis aserciones, cuando confiesa que la mayor parte de los protestantes son inescusables porque solo se apoyan en razones que él desecha y que yo he referido mas arriba. “Yo no veo, continúa, ninguna diferencia entre el turco de profesion y el que no es cristiano mas que por educacion. *La educacion es el canal ordinario de la fé; pero no puede ser su base.*” Estas palabras espresan bien claramente la distincion, que yo os he hecho notar, entre los motivos de adhesion y el principio de conviccion.

Luego á los protestantes les es imposible deducir de sus motivos de adhesion el principio de que una persona puede permanecer toda su vida en su

iglesia sin tomarse el trabajo de examinar todas las doctrinas que ella cree verdaderas, segun el método serio y detallado pero laborioso que le está impuesto. Tendrá razones de permanecer adherido á ella; pero esas razones no le conducirán jamás á la adopcion del principio fundamental de la reforma. Pero yo voy todavia mas lejos: esas razones están en contradiccion con este principio. Porque si alguno me dice que es protestante porque ha nacido y sido educado en el protestantismo, y que está convencido porque ha leído y oído decir que toda otra secta cristiana está en el error, al punto le contestaré que su conducta es diametralmente opuesta al único método con arreglo al cual le sea permitido formarse una conviccion; puesto que, segun el principio de la reforma, la conviccion no puede estar basada sino en las investigaciones y en la demostracion individuales, y no en el nacimiento y la educacion, ni en las palabras que se pronuncian desde la cátedra en que se sientan hombres falibles como él; y menos todavía en una enseñanza presentada casi siempre bajo una forma que no vacilo en llamar inesacta, por no decir mas.

Consideremos ahora, aunque siempre haciendo la misma distincion, las razones del católico en su adhesion á su fé. Confieso que las razones que empuñan á los católicos á perseverar en su Religion, ó los motivos que los han conducido á su seno, cuando ella no habia presidido á su educacion, son infinitamente mas numerosos y variados que los que hemos visto

de parte de los protestantes. Sucederá, pues, que los católicos, contestando á la pregunta ¿por qué sois católicos? den motivos muy diferentes. Pero observad tambien la diferencia del resultado entre las dos religiones.

Que sean diversas las razones que mueven á los hombres á profesar la verdadera Religion de Jesucristo, aparece claramente asi de la conducta de los que Dios nos ha propuesto por modelos, como de lo que ha pasado en todos los siglos, y aun en nuestro mismo siglo. Los Apóstoles no siguieron un método invariable en la predicacion de la doctrina del Salvador; estos mensageros de la palabra de Dios sacaban sus pruebas de principios apropiados á las circunstancias y que sabian habian de hacer grande impresion en sus oyentes. Es efectivamente un carácter de belleza y de perfeccion de la verdad el poder ser sometida á las mas variadas pruebas y salir de ellas victoriosa. La aligacion impura resiste quizá á la accion química de uno ó dos agentes; pero el tercero la disuelve; solo el metal purificado desafía á los agentes mas enérgicos. La verdad es un bello diamante que refleja igualmente la luz por todas sus caras; por cualquier lado que se presente á la vista, brilla con el mismo esplendor y la misma pureza. El carácter indeleble del error es no tener mas de una apariencia de perfeccion y no poder por consiguiente ser visto sino á cierta luz; consideradle bajo otro aspecto, y descubrireis todas sus imperfecciones. Con esta conviccion, los Apóstoles obraron y predicaron á

las naciones el Evangelio : miraban en su conjunto al cristianismo como destinado á satisfacer todas las necesidades de la humanidad ; podian pues establecer sus pruebas sobre los sentimientos particulares de cada uno asi cómo sobre los sentimientos y exigencia de toda la raza humana. Estaban seguros de conducir los entendimientos á la evidencia de su verdad, cualquiera que fuese el principio de demostracion anteriormente adoptado por sus oyentes; bien la imperfeccion de una revelacion precedente ó ciertas conclusiones de la filosofia; bien el deseo de perfeccion innato en todos los hombres, ó la conciencia individual de nuestra miseria y de nuestra ignorancia; bien, en fin, la encantadora armonía que debe existir entre las diversas partes de un sistema religioso ó la fuerza de evidencia de algunas proposiciones especiales. ¿Se trataba de judíos? Tenian á la mano la antigua ley con sus tipos y sus profecías que necesitaban otra revelacion. La tarea para con ellos era sencilla; se tomaba lo que ya creían, y se les mostraba la concordancia en las verdades del cristianismo y en el carácter del Salvador. Se llegaba seguramente á la conviccion por medio de principios que no eran contestados por nadie. Cuando Felipe se encontró en el camino con el eunuco de la reina de Etiopía, iba este leyendo un pasage de Isaías (1). Bastóle este pasage del profeta para convencerle de la verdad del cristianismo, porque le hizo ver en la perso-

(1) Act. apos. II, v. 3.

na de Jesucristo el cumplimiento de lo que leía; cumplimiento que en vano buscaba él en otros personajes. El eunuco, movido por la evidencia de esta razón, se sometió á la fé que se le predicaba y hizo profesión de ella recibiendo el bautismo. Al contrario, ved al Apóstol de las gentes delante del Areópago: no invoca la autoridad de las profecías, porque los atenienses no creían en ellas y ni siquiera las conocían, y no juzga á propósito hacerles pasar por el judaismo para conducirlos al cristianismo. A aquellos espíritus filosóficos y orgullosos de su ciencia, les predica una moral mas sublime que la moral de sus sabios; les explica el dogma victorioso de la resurrección; les cita las palabras de sus poetas para probarles que era necesaria al alma una creencia mas pura en la divinidad. Por otra parte, ¿no experimentaban ellos desvío respecto de su propio culto? ¿No se estaba viendo que suspiraban por una fé mejor? Prueba de ello era el altar que habian levantado «*al Dios desconocido.*» El Apóstol recoge en su mano todos estos hilos preparados en el ánimo de sus oyentes, enlaza con ellos las pruebas del cristianismo, y de esta manera hace entrar forzosamente en su alma las doctrinas de este (1).

Si pasamos á una época mas cercana, vemos practicado en la Iglesia el mismo método. Los motivos en que los hombres basan sus creencias religiosas se dife-

(1) Act. apost. VIII.

reacion ya desde el primer siglo al segundo, y desde el segundo al tercero. En el primer siglo, por ejemplo, la constancia de los mártires, la vista de sus tormentos y de la muerte que sufrían en testimonio de su fé arrastraban invenciblemente á la muchedumbre á los brazos de su Religion. En los siglos siguientes fué necesario presentar motivos de otra clase. Los estudios filosóficos que en aquella época prevalecieron por todas partes bajo la alta proteccion de los Antoninos en Occidente, y en Oriente por el impulso de las grandes escuelas platónicas, hicieron necesario un exámen comparado de las doctrinas cristianas y de los sistemas de filosofia de la antigua Grecia. Bien pronto se descubrió que todas estas escuelas habian agitado en vano una infinidad de problemas acerca de la naturaleza de Dios, acerca de la naturaleza del alma, y acerca del origen y fin del hombre; problemas tan importantes que ni la sutileza, ni las meditaciones profundas de los mas bellos ingenios habian podido resolver y que algunos de ellos hasta habían proclamado estaban fuera del alcance de la razon humana. El cristianismo acudia á su vez con una respuesta perentoria á cada cuestion, con una solucion satisfactoria para todas las dificultades y con un código completo de moral y de filosofia. La verdad, asentada sobre estas nuevas bases, brillaba lo bastante para atraerse á los Justinos, á los Clementes, á los Orígenes y á tantos otros talentos no menos vastos ni menos profundos. Decimos que una llave se ha hecho para esta ó aquella cerradura cuando entra en ella sin dificultad,

y da vuelta sin hacer esfuerzos y hace mover los resortes mas complicados ; pues de la misma manera, no podemos dar mejor demostracion del divino origen de una Religion y de su destino á satisfacer todas las necesidades del hombre , que la facilidad con que se introduce en el corazon , derriba los obstáculos que impiden su entrada , penetra en sus recónditos pliegues, lleva allí la luz y pone en claro los misterios mas ocultos de nuestro interior.

Si fijamos ahora la vista en nuestra época, observaremos la misma variedad de motivos en los escritos de los que durante estos últimos años han vuelto al gremio de la Iglesia católica. Y no aludo principalmente á lo que ha pasado en nuestro pais ; pues por rápida que haya sido la propagacion del catolicismo entre nosotros desde el principio de este siglo ; por numerosas que sean las conversiones de que hemos sido testigos, todo esto hasta cierto punto es nada en comparacion de lo que pasa en otras partes. Salvas algunas brillantes escepciones, las conversiones se han limitado entre nosotros á las clases iliteratas. Pero en el continente ha sucedido lo contrario (hablo especialmente de Alemania). Rara vez ha transcurrido un año entero, y esto desde hace ya mucho tiempo, sin que la Religion católica haya tenido que volver á abrir sus brazos para recibir á algunos personajes eminentes que entre sus conciudadanos gozaban de gran celebridad y de una aventajada reputacion de ciencia y de capacidad. Eran muchas veces hombres que ocupaban los puestos mas elevados , sobre todo en las

Universidades protestantes. Pues bien: muchos de ellos nos han dado á conocer en sus escritos los motivos que les han conducido al catolicismo. Si recorreis estas relaciones, esta especie de cuenta que dan de su conversion, hallareis en ellas cualidades que no siempre son ordinarias á los escritores de nuestra patria, lo serio de la narracion con lo profundo de las reflexiones y la fuerza invencible y claridad de los argumentos. Pero lo que deseo que noteis es la variedad de los motivos espuestos por los autores, motivos tan diferentes como la ocupacion á que se dedicaban. Este que habia hecho de la historia la ocupacion de toda su vida y que enseñaba este ramo de nuestros conocimientos en una de las principales Universidades alemanas, nos asegura que se convenció de la verdad del catolicismo por la simple aplicacion de los principios sólidos de la ciencia á los hechos referidos en los anales de los pueblos europeos (1). Aquel apoya sus argumentos en los principios mismos de la filosofia del espíritu humano: he descubierto, nos dice, que la Religion católica es la única que ofrece un sistema de filosofia que responde á todas las necesidades del hombre. Otro sintió inflamarse su entusiasmo en favor de esa misma Religion, llegando á este resultado, á saber; que en ella esclusivamente está el principio de todo lo que es bello en el arte y en la naturaleza (2). En un

(1) El Dr. Philippe, profesor en Berlin y despues en Munich.

(2) Stolberl, Schleleg, Veith, Moliter, Bautain etc.

autor de economía política leereis que, habiendo hecho un estudio profundo de esta ciencia, se convenció de que solo en el catolicismo es donde ella tiene principios estables, y esta conclusion le condujo á la adopcion práctica del símbolo católico (1). Aun hallareis quien en ese drama sangriento de la revolucion francesa, que tantos otros invocan como una prueba irrefragable del poder desmoralizador de la Iglesia romana, encontró el catolicismo, y su nueva fé inspiró á su ingenio bellísimos tratados acerca del derecho social (2).

He escogido estos pocos ejemplos entre millares que pudiera citar. Pues bien; notad ahora cuán diferentes son todos estos motivos de los que mas arriba hemos notado. Os he dicho que los motivos de adhesion, alegados por los protestantes, no podrian conducirlos á su verdadero principio de conviccion, á la adopcion práctica del principio fundamental en que descansa el edificio del protestantismo. El protestante se funda en razones comunes para permanecer adherido á su iglesia; pero estas razones, ¿le llevan al exámen individual, y necesario para él, de cada una de sus doctrinas; es decir, á un estudio profundo de la palabra de Dios? Y sin embargo, su religion no le presenta otro camino para llegar á la conviccion. Al contrario en los memorables ejemplos que os he referido; en ellos los moti-

(1) De Coux, primera leccion de Economía política.

(2) Adan Müller.

vos de adhesion van á parar necesariamente , para el católico, en el principio fundamental de la conviccion, sean cuales fueren por otra parte el origen particular de esta conviccion para cada uno, el lugar de donde ha salido el primer impulso ó la línea de argumentos que se ha seguido. Nadie se hace católico porque haya descubierto en el catolicismo los verdaderos principios de la economía política , de la historia, de las bellas artes, ó de la filosofía. Estos diversos motivos han producido sentimientos de estima y de admiracion en los hombres célebres á que he aludido. Sin embargo, aunque hubiesen perseverado en estos sentimientos, y á pesar de su ciencia y de su celebridad, jamás les habríamos dado el nombre de hermanos, si no hubieran reconocido espresamente el principio católico de la autoridad de la Iglesia, y sometido implícitamente su inteligencia á su enseñanza. Aquí, pues, está la diferencia característica entre el principio fundamental de las dos religiones. De la una parte nada certifica que el que hace profesion de protestantismo haya adoptado prácticamente su principio fundamental por el exámen individual. De la otra , no se puede profesar un solo instante la Religion católica y desechar al mismo tiempo el principio vital de la catolicidad; mas aún, no se puede ser miembro de esta Religion sino por medio y por la adopcion actual de su principio. Así la Iglesia católica se asemeja á una vasta ciudad, á la que se llega por todas partes, por los caminos mas opuestos : unos por el espinoso y difícil de las investigaciones intelectuales , otros por los senderos flori-

dos del sentimiento y de la imaginacion. Pero una vez llegados al pié de sus muros, ya todos no ven mas de una entrada al redil, no ven mas de una puerta por donde entrar, y puerta estrecha y baja por la que no se pasa sin que la carne y la sangre tengan que padecer. Podreis estar dando vueltas en derredor de su recinto, admirar la solidez de sus edificios y de sus baluartes; pero siempre se os negará el doble título de hijo y de ciudadano, interin no entreis por esa puerta única, es decir, si no os someteis absolutamente y sin reserva alguna á la enseñanza de la Iglesia.

Bajo el solo punto de vista filosófico, la belleza de este sistema ofrece un notable contraste con las imperfecciones del sistema opuesto. La perfeccion del catolicismo resulta natural y claramente de la simplicidad de su principio fundamental. Este principio asegura á todos unidad y estabilidad de conviccion; presenta condiciones iguales á todos los que entran, al sábio y al ignorante, al ingenio profundo y á la inteligencia tarda, y á todos los obliga á despojarse de sus prevenciones personales cuando están en pugna con las doctrinas que se les enseña.

Pero todavia no percibís toda la perfeccion que resulta de este estado de cosas; porque, despues que hemos sido recibidos en nuestra santa Religion, sobre un principio uno é inalterable, esta nos deja á su vez entera libertad en nuestros gustos y afecciones. Sea cual fuere la carrera que sigamos, á todos nós es dado dirigir nuestros trabajos hácia el honor y la glo-

ria de la Iglesia, con la conviccion de que hallaremos en este objeto la mas bella recompensa de nuestro amor y de nuestro celo. Los motivos personales que nos han inducido á abrazar la fé de la Iglesia, continúan uniéndonos y encadenándonos, digámoslo asi, mas y mas á ella, al paso que el fundamento mismo de esa fé permanece siempre invariable.

Esto me conduce á otra reflexion no menos importante. Es fácil encontrar, especialmente entre las gentes ignorantes, algun católico que no pueda dar una respuesta satisfactoria y racional á esta pregunta: ¿por qué sois católico? ¿por qué habeis abrazado el catolicismo? En lugar de responderos por el principio en virtud del cual admite las doctrinas de su Iglesia, espondrá los motivos que le han impelido á convencerse de la verdad de su fé ó que le tienen adherido á ella. Estos motivos, relativos á las afeciones particulares, al estado y al carácter de cada uno, pueden variar hasta lo infinito. Vosotros no os hallais en las mismas circunstancias que él, y por consiguiente no podeis comprender la fuerza de las razones que en él han influido. Sin embargo, ¿es en virtud de ese fundamento, cualquiera que sea, por lo que él cree la transubstanciacion y admite y practica la confesion auricular? Luego él no os ha presentado el principio fundamental de su fé, sino únicamente los motivos que en él han influido. Luego es un hecho notable para todos los que abrazan el catolicismo, por mas repugnancia que en un principio hayan tenido

á él y por mas obstáculos que hayan tenido que vencer antes de llegar á una entera conviccion de sus doctrinas, la manera con que esta Religion, una vez ellos entrados en sus filas, se apodera de sus pensamientos y afecciones, y los penetra como si hubieran vivido en su gremio desde sus primeros años. Una comparacion presentará con la mayor claridad esta reflexion. Con el hombre que abre su corazon á la fe sucede lo que con el ramo de un árbol que se mele en tierra con cierta violencia; hay que afilar su punta para que penetre la dura superficie del suelo; pero no bien ha entrado cuando ya echa raices y las estiende á fin de absorber los principios nutritivos; la tierra que le ha recibido en su seno maternal se apiña en derredor de él y se le incorpora en cierto modo. Dejad que pase un poco tiempo, id entonces á sacarle, y antes que conseguirlo tendreis que romper aquel mismo suelo en que al principio no habia él penetrado sino con gran dificultad.

Ahora bien: permitidme formar un paralelo entre algunos de los ejemplos de que os he hablado con otros ejemplos de diferente naturaleza.

Os he dicho que al recorrer los escritos de los hombres de saber y de talento que durante estos últimos años han entrado en el gremio de la Iglesia católica, es difícil hallar dos de ellos que hayan designado unos mismos motivos de su conversion. Leed, en contraposicion, las obras del mismo género que por algunos tráfugas del catolicismo han sido escritas para esponer los motivos de su desercion al protes-

tantismo. Es verdad que estas obras no son comunes, porque es muy raro que hombres capaces y afamados por sus conocimientos nos hayan abandonado para seguir otra bandera, y aun mas raro es todavia que hayan publicado semejantes escritos. Sin embargo, se tenia particular empeño en mostrar, especialmente al vulgo ignorante, ejemplos de defeccion al catolicismo; asi es que se han impreso á bajo precio y distribuido á millares algunas de estas obras. Yo he leído todas las que he podido haber á las manos. Pero no hay en ellas esa abundancia y variedad de motivos que hemos notado en otra parte; aqui nada iguala á la pobreza de las razones que se alegan, ó mas bien todos los argumentos se reducen á uno solo. El autor, por una casualidad feliz, sin duda por los cuidados de alguna persona piadosa, logró hacerse con la palabra de Dios, con una Biblia. Estudia cuidadosamente el Libro Divino; y en él no descubre ni la transubstanciacion, ni la confesion auricular; y ni una palabra del Purgatorio, ni del culto de las imágenes. Va á buscar un sacerdote, y le dice que no ve tales doctrinas en la Biblia. Este argumenta contra él; trata de probarle que debe echar á un lado un libro que le estravió. Pero él persevera, abandona la comunión de la Iglesia de Roma, ó mas bien, para servirme de la espresion comun, los errores de esta Iglesia, y se hace protestante. Tal es la vía que le ha conducido hasta este punto. Primeramente le llamó la atencion y le movió la verdad del principio de que lo que no está en la Biblia no puede perte-

necer á la verdadera Religion, y menos todavia ser un artículo de fé; pero cabalmente en eso consiste el principio fundamental del protestantismo. Luego es decir, que antes de entrar en el exámen de la doctrina católica, miraba ya como demostrado el protestantismo. Toma por punto de partida la suposicion de que lo que no se lee en la Biblia no es una verdad divina; y como hay ciertas doctrinas que no ha encontrado en la Biblia, concluye de ahí que la Religion que profesa esas doctrinas no es la verdadera Religion de Cristo.—Pero yo niego que esa sea la historia de una conversion real; por mi parte, no veo en ella otra cosa que un hombre que de antemano, quizá sin él saberlo, estaba imbuido en principios protestantes, y que despues no ha hecho mas que reconocerse á sí mismo y ponerlos en práctica. Lo repito: no debia partirse del principio de que no hay mas verdades religiosas que las contenidas en la Biblia. Antes de todo, debia examinarse si la Escritura Santa es la única regla de fé, si para el hombre no hay otro medio de llegar al conocimiento de la revelacion divina.

Por todo lo que acabo de decir, fácil os es conocer el objeto que nos ocupará en nuestras primeras Conferencias. Examinaremos el valor relativo de las dos reglas de fé. Veremos si los católicos tienen completamente razon en admitir, como principio, que Dios ha establecido su Iglesia como la depositaria infalible é indefectible de toda verdad revelada.

H.

Réstame ahora hablaros del carácter y naturaleza de nuestras Conferencias. Supondreis sin duda, y no sin razon, que mis Conferencias serán lo que comunmente se llaman discursos de *controversia*. Confieso que siento mucha repugnancia á este nombre, casi antipatia. Supone que estamos en un estado de guerra los unos con los otros; que no obramos sino segun el principio que he reprobado al comenzar estas consideraciones; que no establecemos nuestras doctrinas sino combatiendo las de otros. Hermanos mios, no será así, porque hemos visto que podemos establecer una demostracion de nuestra fé sin la menor alusion á ningun sistema religioso. Podré demostraros la verdad de nuestra Religion, como lo haria delante de un auditorio que nunca hubiera oido hablar de protestantismo. Os espondré el principio fundamental de vuestra creencia, sin necesidad de recordaros que existe una creencia opuesta. No son adversarios lo que tenemos que rechazar; en nuestros hermanos separados no debemos ver mas que hombres comprometidos, sí, en el error, pero en un error involuntario. Han recibido de la educacion principios y opiniones contrarias á las nuestras, y quizá no han tenido ocasion ni tiempo de sondear su valor. Sin duda han sido muy fuertes las primeras impresiones, ya que todos nuestros esfuerzos no han podido producir todavia en ellos un

impresion diferente; son mas bien amigos meramente alejados de nosotros que enemigos que hagan armas contra nosotros, ciudadanos estraviados de la ciudad de Dios mas bien que perturbadores de su reposo. Lejos, pues, de nuestros discursos toda idea de controversia; no pretendo atacar á nadie, no ambiciono ninguna victoria, no envidio ningun triunfo. Yo espondré y estableceré mis doctrinas; pero en cuanto sea posible evitaré el exámen de las opiniones de los demas; porque tengo la certeza de que los argumentos que desenvolveré delante de vosotros no demostrarán solamente la verdad de nuestra fé, sino la verdad esclusiva. Así, pues, la demostracion es el método de que haré uso con mas gusto en estas Conferencias. Procederé esencialmente por induccion; nunca me apoyaré en un principio, interin se me pueda contestar. Partiré de las nociones mas elementales, y la verdad se desenvolverá por sí misma, por su propia virtud. Yo caminaré en mis investigaciones, como quien libre de preocupaciones y dotado de cierta penetracion de espíritu, camina paso á paso, pero siempre seguro, al descubrimiento de lo que es justo y de lo que es verdadero. Abriremos el libro de la palabra de Dios; examinaremos su contenido segun los principios de crítica admitidos por todos, procuraremos sacar de ello las consecuencias rigurosas, y nos colocaremos del lado en que la verdad victoriosa fije nuestras miradas.

Tal es la marcha, bien sencilla por cierto, que me propongo seguir. Tengo la confianza, y por otra

parte el lugar santo en que estamos reunidos nos impone acerca de ello un deber mas estricto todavía; tengo, digo, la confianza de que este método no tendrá el inconveniente, tan comun por desgracia en nuestro pais, de desfigurar las doctrinas de los demas al esponerlas. No vacilo en decirlo, los templos católicos son hasta aquí los únicos en que nuestras doctrinas han sido consideradas bajo su verdadero punto de vista. Fuera de ellos se las representa primeramente muy otras de lo que son en realidad; y despues se las supone basadas en principios que somos los primeros en rechazar.

Ya he dicho que no hablaré sino rara vez de las opiniones de los demas; que no quiero embarazarme en una multitud de cuestiones relativas á las diferentes sectas cristianas. Os pondré á la vista la doctrina de la Iglesia católica y os presentaré sus pruebas. Si me acontece encontrar una objecion á la que haya que responder, ó un principio estraño á los nuestros y acerca del cual tengamos necesidad de detenernos, tendré siempre cuidado, en la aplicacion que de él haga, de servirme, si es posible, de las mismas palabras de algun autor acreditado entre los protestantes.

En fin, el último carácter que me esforzaré en imprimir á estas Conferencias, es el que el Apóstol nos recomienda tan encarecidamente en las palabras que ya he citado: ese espíritu de dulzura, de mansedumbre y de caridad que consiste en evitar toda espresion que ofenda los sentimientos personales, todo término

que denote acritud en nuestras censuras, toda designación que sea desagradable á aquel de quien hablamos. Me impondré la ley de no poner jamás en escena á los personajes mismos excepto cuando tenga precision de citar sus palabras para justificar las mías. Este método ha sido siempre el nuestro; en todos nuestros debates religiosos hemos tenido cuidado de hablar siempre con benevolencia y caridad de hombres á quienes una misma patria ha alimentado. Pero á pesar de esto, se nos acusa de violencia en nuestro proselitismo, se dice que vamos de puerta en puerta para ganar á toda costa partidarios. Mas ¡ah! que si nuestro corazon estuviera lleno de hiel; si para con los demas experimentásemos algún sentimiento de disgusto ó de antipatía; si, en una palabra, nuestro ministerio tuviera otro móvil que la benevolencia y la caridad y el amor de nuestros conciudadanos, de cierto que no nos tomaríamos esa inquietud y ese trabajo de que se nos acusa.

Pero la suerte de la Iglesia católica ha sido en todos los siglos, y particularmente en el nuestro, la de ver á sus sacerdotes atraerse por su celo el desprecio de los demas y ser calumniados en recompensa de sus trabajos. Imposible nos es predicar nuestras doctrinas sin que luego sean reprobadas ó falsificadas por algunos. Podemos decir en todos tiempos lo que nuestro Salvador decia á los judíos: «¿Con quién compararé los hombres de esta generación? ¿á quién diré que se parecen? Seméjanse á esos muchachos que sentados en la plaza pública ex-

«tán hablando unos con otros y diciendo: «hemos tocado la flauta y no habeis bailado; hemos cantado cantares tristes y no habeis llorado.» Porque vino Juan Bautista y no comia pan ni bebia vino, dijisteis que estaba poseido del demonio. Viene el Hijo del Hombre, y come y bebe, y decís: «es un hombre glotón y bebedor de vino; es amigo de los publicanos y de los pecadores.» Pero la sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos (1).»

Si la Iglesia católica recomienda á sus hijos la penitencia y la mortificacion, al punto se le echa en cara que contraviene á la palabra de Dios y que sustituye la eficacia de las obras humanas á los méritos de Jesucristo. Otras veces, si menos severa no prohibe algunos goces ó diversiones inocentes en los dias que consagramos al servicio de Dios, entónces se la acusa de que su moral es relajada y de que fomenta la profanacion de las horas destinadas á la oracion. Si sus anacoretas visten de saco y de cilicio para vivir en la meditacion de las verdades divinas retirados del bullicio del mundo, son fanáticos ú hombres supersticiosos. Si sus sacerdotes, para dar mas pompa á nuestras santas ceremonias, se presentan con ricos ornamentos, es pura vanidad, es el espíritu del mundo introducido en el santuario. Por manera que nuestras acciones y palabras, nuestras doctrinas ó nuestras ceremonias, todo se censura, y por un motivo ó por otro se condena todo.

(1) S. Lucas, VII, 34-35.

Pues bien: pongamos en práctica las últimas palabras que acabo de citaros del Salvador; así lo exige nuestro deber; justifiquemos la divina sabiduría de nuestra Religión. No ignorais qué sabiduría es esta en cuyos principios habeis sido imbuidos por vuestros párrocos y directores; sabeis cuán útil es que la Iglesia se asemeje en este punto á su Divino fundador que fué calumniado y perseguido de mil modos; debeis pues esperar que así en la prosperidad como en la adversidad vuestras opiniones, vuestras doctrinas é instituciones susciten contra vosotros el odio y desprecio del mundo. Pero acordáos que el Salvador, á pesar de la paciencia con que se sometió á los malos tratamientos que plugo á sus enemigos causarle, hubo sin embargo uno á que no quiso acceder. Le cargaron de cadenas, le azotaron, le coronaron de espinas, le escupieron y mofaron, y aun le clavaron en la cruz, y lo sufrió; pero cuando empaparon una esponja en hiel y vinagre y se la acercaron á sus lábios, *no quiso beber*. Imitad pues el ejemplo de vuestro divino Maestro; observad la misma reserva con vuestros adversarios. Cuidad de que no os arrastren á esceso alguno, que no puedan decir en ninguna ocasion que os han arrancado una sola palabra de acritud y de amargura. Seria para ellos un gran triunfo contra vosotros, si lograran haceros iguales á ellos, si olvidando por un momento la calma ordinaria de vuestros discursos y la solidez de vuestros argumentos les contestáseis con burlas y con injurias.

Concluiré, hermanos míos, diciéndoos que la gra-

cia divina es la única que puede darnos fuerzas para proseguir y llevar adelante hasta el fin la tarea que habemos comenzado. Vanos serian todos nuestros esfuerzos, inútil vuestra concurrencia á mis instrucciones é infructuoso mi ministerio si Dios no derrama sobre nosotros sus abundantes bendiciones , es decir, si no hace eficaces mis palabras y pone en vosotros un corazon sincero y dócil. No sea, pues, una ociosa curiosidad ó el deseo de oir algo de nuevo lo que aqui os traiga; sino una firme resolucion de instruiros mas y mas, de adelantar no solo en la ciencia de la fé, sino tambien en la práctica de las virtudes que ella enseña; por manera que en vuestra conducta aparezca como reproducida la palabra de Dios que hayais oido.—*Asi sea.*





CONFERENCIA II.

REGLA DE FÉ PROTESTANTE.

Examinadlo todo y abrazad y conservad lo
que es bueno. (I *Thesal.* V, 21.)

HERMANOS míos: Si la solicitud y benevolencia con que habeis comenzado estas reuniones me habia ya llenado de gozo, imposible me es manifestaros el consuelo que experimento viendo aumentado en esta noche el número de mis oyentes con tan crecida concurrencia. Porque confieso que al considerar la naturaleza necesariamente abstracta de las materias que he tratado en mi primer discurso y lo cansado que yo mismo me encontraba, temia que todo esto quitase á mi asunto parte del interés que yo queria

darle y resfriase á muchos de vosotros para no asistir con la misma asiduidad. Nada mas fácil, hermanos míos, que presentar como de grande interés un asunto cualquiera; basta para ello circunscribir en un pequeño espacio sus principales hechos y presentar á la vez bajo una misma perspectiva sus mas notables aspectos. Pero este método, que en otra ocasion me obligaron á usar las circunstancias, le desapruebo ahora porque tiene dos graves inconvenientes; perjudica al asunto mismo, y perjudica á los oyentes que deseen entrar cuanto antes en su demostracion. En primer lugar perjudica al asunto; porque si bien es verdad que toda cuestion encierra puntos culminantes, hechos de mayor importancia, entre estos hechos principales hay puntos de transicion, ideas complementarias, no menos esenciales á la perfeccion del conjunto. Si descartais de vuestro asunto estas materias secundarias, le dais una forma mas encantadora y mas dramática; pero le debilitais, necesariamente tiene menos consistencia consigo mismo, menos trabazon entre sus diferentes partes y con otros puntos que son relativos, porque se le priva de los elementos destinados á efectuar esta especie de fusion general. No causais menos perjuicio á las personas que desean instruirse; porque si son de diverso parecer que vosotros, no siempre versan sus dificultades sobre el fondo mismo de la cuestion; á las veces unas circunstancias comparativamente insignificantes, una objecion frívola, causan en ellos un efecto mayor de lo que nosotros podíamos concebir. En este caso se se-

pararán de vosotros con una funesta impresion; os mirarán como un abogado hábil que ha representado bien su papel, presentando lo favorable á su causa y ocultando con artificioso velo los flancos débiles que en ella habia. Conozco que no tengo necesidad de pedir os vuestra indulgencia para obtenerla; pero ahora me es mas necesaria que nunca. Tengo que entrar en menudos pormenores, tengo que tratar materias secundarias y que quizá algunos no reputen dignas de ocupar su atencion. Esta tarde me es imposible limitarme á mi asunto tan estrictamente como pienso hacerlo en lo sucesivo. Si mientras yo me estiendo en consideraciones preliminares y alargo el exámen de la cuestion fundamental, asaltase á algunos de los que me escuchan la tentacion de creer que yo me vuelvo atrás de la tarea que me he impuesto, les ruego tengan á bien continuarme su atencion. Yo les prometo que inmediatamente despues de estas observaciones preparatorias, necesarias para la inteligencia del fondo de la cuestion, daré de todos los puntos que yo siento una demostracion completa, clara é imparcial.

A fin pues de enlazar las materias que nos ocuparán esta tarde con lo que ya os he dicho, necesito recordaros en pocas palabras el asunto de nuestra primera Conferencia. En ella os manifesté la diferencia esencial que hay entre los motivos de adhesion á una religion y el principio fundamental que sirve de base á su símbolo, el principio, si es lícito explicarme así, de la existencia misma de esta religion. Os he

mostrado que ordinariamente se profesa el protestantismo solamente por haber nacido en él, por haberse acostumbrado á oír hablar de sus doctrinas como de verdades solidamente establecidas, y de las doctrinas contrarias como de errores absolutamente insostenibles. Pero estos motivos difieren enteramente de los principios por los que uno puede darse razon de su Religion. Porque por mas que se apoyen en estas preocupaciones, como hacen casi todos los protestantes, para justificar su adhesion á su iglesia, jamás se deducirá de ahí el principio fundamental que el protestantismo ha aceptado como base suya, á saber: la verificacion de sus doctrinas por el examen individual de la palabra de Dios. Al contrario, es imposible que nadie se adhiera al catolicismo y haga profesion de él, sin que en el hecho mismo de adherirse á él abraçe y con sus motivos de conviccion identifique en su conciencia el principio fundamental del catolicismo. No se es católico, ni se puede ser católico, sino mediante una entera sumision á la autoridad de la Iglesia.

La consecuencia que de estas reflexiones resulta, es de la mayor importancia; es la siguiente: en toda discusion acerca de este punto capital, no debemos ocuparnos en los motivos que nos adhieren á una religion y nos inducen á amarla; debe ocuparnos únicamente el fundamento de nuestras creencias, las razones que á nuestros ojos justifiquen nuestra profesion de fé particular. De aqui resulta este doble problema: ¿cuál es el principio vital y fundamental del protestantismo? ¿cuál es el del catolicismo? El examen,

pues, de estas dos cuestiones será el objeto de nuestras Conferencias. Hoy trataré exclusivamente del principio admitido por los protestantes, como base esencial de su fé, y esto me dará ocasion para hablar extensamente de las Santas Escrituras; y á fin de completar esta parte de mi asunto, explicaré la doctrina católica relativa al mismo punto, sin entrar empero en otros detalles acerca de nuestras creencias, que en nuestra próxima reunion espondré de una manera que espero no dejará nada que desear.

Nada mas fácil que dar cuenta, como se hace ordinariamente, de la diferencia que á los católicos separa de las demas iglesias cristianas acerca de la regla de fé. Es muy fácil decir: Los católicos admiten la autoridad de la Iglesia, y los protestantes no quieren otra regla que la palabra de Dios escrita. Presentada así la diferencia parece muy sencilla á primera vista; sin embargo, si se toma uno el trabajo de analizarla, se la encuentra llena de inmensas dificultades.

En efecto; ¿cuál es el sentido real de esta proposición: «la palabra de Dios, ó la Escritura Santa, es la regla única de la fé?» ¿Se quiere decir que ella es la regla de fé para la Iglesia colectivamente, ó para sus miembros individualmente tomados? ¿Se quiere decir que las declaraciones públicas de fé ó los simbolos están basados en la palabra de Dios? ¿O bien, por usar el language de algunos filósofos antiguos que pensaban que cada uno de nosotros es un microcosmos ó pequeño mundo, debemos considerar tambien á cada hombre como una pequeña Iglesia, con poder de exa-

minarlo todo y de juzgarlo todo en materia de fé? ¿Se pretenderia tambien que Dios ha prometido y concedido sus luces á cada uno, de modo que todo fiel esté bajo la direccion inmediata y bajo la infalible autoridad del Espíritu Santo? ¿ó que abandonados á nuestras luces naturales, con solo el auxilio de nuestra ciencia y de nuestras investigaciones particulares, á medida de nuestro juicio y de nuestra inteligencia, seriamos cada uno de por sí nuestra regla y nuestro guia en la elaboracion de nuestro simbolo segun la palabra de Dios? Y no son quiméricas, no, estas dificultades; para que de ello os convenzais recorred los famosos artículos de la iglesia anglicana; ellos contienen todas las materias de su fé; todo individuo del clero está obligado á suscribirlas y á enseñarlas como su creencia propia (1). En el artículo VI se lee que “la Escritura Santa contiene todo lo que es necesario para

(1) Se me ha acusado de contar á la iglesia de Inglaterra entre las confesiones protestantes que se apoyan en el exámen individual y de combatirla sobre este fundamento puramente gratuito. Soy el primero en reconocer que esta iglesia encierra un partido numeroso y poderoso, al que los principios de razonamiento de este discurso y de los que han de seguir no tienen aplicacion; esto es todavia mas verdadero hoy que en la época en que tuve mis Conferencias. Entre el numeroso auditorio que me rodeaba, dudo hubiera muchos que pudieran acusarme de no haber sostenido constantemente la discusion acerca del protestantismo popular, tal como existe, tanto dentro como fuera de la iglesia establecida, y á ellos especialmente dedico la publicacion de mis Conferencias. Las opiniones particulares de cierta porcion de la iglesia de Inglaterra, representada por los teólogos de Oxford, requieren que se coloque la controversia en un terreno muy diferente.

la salvacion; por manera que nada de lo que no se lee en ella, nada de lo que en ella no tiene su fundamento, nada de eso puede ser impuesto á ningun hombre como artículo de fé, y menos todavia exigirselo como necesario á su salvacion.” Este artículo no dice nada del poder individual de juzgar en materia de fé; nos enseña únicamente que no se puede exigir de nadie su adhesion á un punto de doctrina que no esté contenido en la Escritura Santa. Pero es claro, que la aplicacion de la regla se confia á manos especiales; que se ha tenido la intencion de impedir á alguno, á quien no se nombra, el que estienda las creencias mas allá de ciertos limites; es evidente que se han puesto limites á la autoridad que puede exigir la sumision á su enseñanza. Y que esta autoridad sea la iglesia, no lo podemos dudar si con el citado artículo comparamos el artículo XX, en el cuál se dice que “la Iglesia tiene el poder de ordenar los ritos y las ceremonias y la autoridad necesaria para juzgar las controversias concernientes á la fé. Sin embargo, no le es permitido ordenar cosa alguna que sea contraria á la palabra de Dios, ni explicar un pasage de la Escritura de un modo que repugne al sentido de otro pasage (1).”

(1) Notará el lector que omito aquí una cuestion importante, á saber, si este artículo es considerado aun hoy día como auténtico. El doctor Burnet reconoce que no está en los manuscritos originales que llevan las firmas; tampoco se encuentra en la copia de los artículos que fué aprobada por el Parlamento. Este obispo supone

Este artículo en vez de cortar la dificultad siembra la mayor confusión acerca de la regla de fé profesada por la iglesia establecida (la anglicana). En él se ve en primer lugar que el poder de decidir acerca de las creencias descansa en las manos de la iglesia; y además, que la iglesia no puede prescribir nada contrario á la Escritura. Pero si esta solemne declaracion de los artículos tiene por objeto imponer á la iglesia la obligacion de no definir cosa alguna que sea contraria á la palabra de Dios, es evidente que hasta los mismos autores de la proposicion han reconocido implicitamente la necesidad de una autoridad superior que vigile y fiscalice las decisiones. Si, por ejemplo, dijéramos que unos jueces tienen autoridad en materia de ley, pero que en sus fallos no les es permitido obrar contra la legislacion existente, ¿no se deduciria, de la simple

que fué añadido en el tiempo que medió entre la suscripcion y la expedicion, y pretende que el acta se perdió despues en Lambeth (*Exposicion de los XXXIX artículos*, Lóndres, 1673, pág. 40). Pero esta conjetura, lo mismo que los demas argumentos en favor de este artículo, han sido victoriosamente refutados por Collais, en su *Trieste-raft in perfection*, Londres, 1740. A las pruebas de este autor añadiremos las siguientes. En los "*Artículos de religion aprobados por los arzobispos y obispos de Irlanda en 1615*," Lóndres 1629, se omite la cláusula relativa á la autoridad en las controversias acerca de la fé, aunque estos artículos sean los mismos en cuanto á las palabras, salvo algunas adiciones. En la "*Copia de los trabajos de algunos dignos y sábios teólogos, encargados por los lores de entenderse con el obispo de Lincoln, en Westminster, acerca de las innovaciones en las doctrinas y en la disciplina de la iglesia de Inglaterra*," Londres 1644, leemos en su primera página lo siguiente: "Investigaciones en la doctrina: investigar si en el artículo XX no se han insertado estas palabras: *Habet ecclesia auctoritatem in controversiis fidei.*"

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 3

enunciacion de esta proposicion, que en alguna parte habria un tribunal mas elevado con la facultad y mision de juzgar si los magistrados han contravenido á la regla, y de reprimir en ese caso sus estravíos? Luego cuando se nos afirma, de una parte, que la Iglesia tiene autoridad en las materias religiosas; y de otra, que no es infalible y que en su consecuencia se ponen límites á sus decisiones, se sobreentiende necesariamente que sobre la Iglesia hay otra autoridad encargada de juzgar su conducta con arreglo al código que se le ha puesto en la mano. Y bien, ¿qué autoridad es esta? ¿quiénes son los depositarios de ella? ¿es cada individuo en particular? ¿Luego todos y cada uno tienen facultad para decidir si la Iglesia está en contradiccion con la doctrina espresa de los libros santos? ¿Luego la Iglesia está respecto de sus decisiones bajo la soberana vigilancia de cada uno de sus miembros? Y siendo asi, ¿se imaginó jamás forma de sociedad mas anormal? Porque, al fin, la Iglesia es una congregacion de individuos; es asi que la autoridad de cada miembro separado, sería mayor que la autoridad colectiva de toda la congregacion entera; luego la consecuencia rigurosa es que esta tendria una autoridad vana y vacía de sentido.

Donde quiera que se pone límites á la jurisdiccion, es necesaria una autoridad superior. Por consiguiente, si pretendeis que no se debe obediencia á la Iglesia cuando sus decisiones son contrarias á la Escritura, os hallais entre dos alternativas, porque la limitacion, ó supone en la Iglesia la imposibilidad de enge-

ñarse, ó supone que la desobediencia puede ser legítima. En el primer caso teneis la doctrina católica y estais en oposicion directa con los principios que han servido á los protestantes para justificar su separacion primitiva. Tambien el católico os dirá que la Iglesia *no puede* imponer á los pueblos cosa alguna que sea contraria á la palabra de Dios escrita; pero toma á la letra estas palabras: La Iglesia *no puede* caer en error, porque tiene por garante de su infalibilidad la palabra de Dios. Entonces el Espíritu Santo es quien ejerce la autoridad suprema. Si, por el contrario, quereis que la Iglesia sea falible, que pueda enseñar doctrinas contrarias á la Escritura, entonces ¿quién enseñará? ¿quién decidirá entre ella y los que le deben obediencia? «Si la sal pierde su sabor ¿con qué se salvará la sal?» O en otros términos: ¿á quién hay que apelar de las decisiones de una Iglesia falible? ¿Dónde está este tribunal, si es que le hay? ¿Qué personas le representan en la tierra?

Cuestiones son estas, bien sencillas por cierto, que fluyen naturalmente de esa mal concebida teoría de la autoridad de la Iglesia; pero yo me limito á mencionarlás; no se me puede exigir que yo dé su solucion, que esto no me toca á mí. Las he mencionado como otros tantos ejemplos de las numerosas dificultades que resultan de la manera comun y popular de esponer la regla de fé protestante. Pues bien: tomemos esta regla con todas sus dificultades; tomémosla tal como ordinariamente se expresa y se comprende, es decir, como la prerogativa, como el

:

privilegio inalienable de todo cristiano de establecer por sí y ante sí la verdad de las doctrinas que profesa acerca del libro que contiene la revelacion divina; y aun mas bien todavia, segun el testimonio del Dr. Beveridge, que vereis confirmado por autores mas recientes, considerémosla como una obligacion de cada miembro del cristianismo de darse individualmente razon de lo que cree, y de no entrar en comunion con una iglesia sino por motivos y razones que él mismo haya examinado, de que él mismo se haya cerciorado. Bajo este punto de vista estenso y general vamos á examinar primeramente el principio protestante y veremos hasta qué punto es posible su aplicacion como base de la fé. Mas para simplificar la discusion la examinaré bajo tres diferentes conceptos; examinaremos en primer lugar el fundamento ó valor real de su principio, despues le veremos en su aplicacion, y por último apreciaremos sus resultados.

I.

Debo suponer que desde el momento en que se admite la autoridad humana como único juez competente de las doctrinas del cristianismo, se cuidará con la mayor escrupulosidad de no sufrir influjo alguno, de cualquiera parte que sea, en la eleccion y disposicion de los argumentos que tienen por objeto conducirnos individualmente al exámen y comprobacion del

principio exclusivo de toda autoridad. Debo suponer que el protestante descartará cuidadosamente en el examen de sus creencias todo lo que pudiera dar margen á sospechar que entre los motivos que le mueven á creer de valor alguno á la autoridad humana. Debo suponer tambien que, independientemente de este principio tan temido por él, hay un medio de convencerse de la autoridad divina del libro á que da una fé esclusiva; ó que posee una série de razonamientos, por los que puede llegar á concluir que el Libro Sagrado, que posee toda su confianza y que él mira como la regla única de fé, ha sido verdaderamente revelado. Si todo fiel, en particular, está obligado á tomar la palabra de Dios como regla única y suficiente de su fé, en ese caso esta regla se hace universal en su aplicacion, puesto que obliga con el mismo rigor á todos los que pertenecen al cristianismo. Luego las razones que la establecen, deben ser igualmente universales y estar al alcance de todos; porque si todo hombre, aun el mas ignorante, tiene el derecho de estudiar la palabra de Dios; si para él no es solamente un derecho, sino un deber el hacerlo asi y deducir de ella su fé, es un deber todavia mas riguroso el de convencerse primeramente y antes que todo de que aquella es realmente la palabra de Dios, y el razonamiento que produzca en él esta certidumbre deberá ser tan sencillo que esté al alcance de todos y no esceda la capacidad de ninguna inteligencia por tarda y ruda que sea.

Empero la certeza de que el volúmen sagrado que

se nos pone en las manos contiene efectivamente la palabra de Dios , esa certeza , digo , no puede adquirirse sino despues de haber averiguado otras dos cosas. En primer lugar , antes de entrar el protestante en el exámen de la regla de fé , propuesta por su religion , debe haberse convencido de que todos los libros contenidos en ese volúmen son ciertamente las obras auténticas de los autores cuyo nombre llevan , y de que en la coleccion no se ha omitido ninguno de esos escritos , pues en este caso la regla de fé no seria completa ni suficiente. En segundo lugar , es menester que por medio de sus investigaciones personales llegue á formarse pleno convencimiento de que todos estos libros han sido inspirados por Dios.

Ahora bien , hermanos mios , decidme : entre los individuos de las iglesias protestantes , ¿cuántos hay que hayan hecho estas penosas investigaciones? ¿Cuántos hay que puedan decir que han adquirido por sí mismos la certidumbre de que el cánón de las Escrituras , ó sea esa coleccion de libros santos que llamamos Biblia , contiene verdaderamente los escritos auténticos de los autores á quienes se atribuyen y que en esa coleccion no se ha omitido libro alguno que pudiese justificar igual autenticidad? Ciertamente que no tengo la presuncion de presentaros , solo por mi autoridad privada , las dificultades de este exámen; tengo otras pruebas mas que mis aserciones para afirmar que los protestantes no hacen esas investigaciones; tengo otro fundamento mas que mis palabras para asentar que para cada

uno de ellos es un deber adquirir esa convicción por sus propias investigaciones.—Voy á citaros el testimonio de dos teólogos á quien nadie negará en estas materias saber y competencia.

El primero es el reverendo Jeremias Jones, celebre teólogo no conformista, de principios del siglo último, y que murió en 1724. Con el título de *Nuevo y completo método de probar la autoridad canónica del Nuevo Testamento*, publicó un sabio tratado que le costó indudablemente mucho trabajo y desvelos. Contaba ya la Reforma muchos siglos de existencia, y hasta entonces no descubrió este célebre doctor un método *nuevo y completo* de demostrar la canonicidad de los libros del Nuevo Testamento. A la cabeza del primer volumen insertó una estensa disertación acerca de la importancia y de las dificultades de la materia de que trataba. Me contentaré con citaros los títulos de los capítulos en los que se resume perfectamente todo su asunto. Hé aquí lo que se lee en la primera página de la edición de Oxford, impresa en 1827: 1.º “Que
• una demostración rigurosa de la canonicidad de los
• libros que componen el Nuevo Testamento, está su-
• jeta á grandes y numerosas dificultades; 2.º Que este
• es un asunto de la mayor importancia y de graves
• consecuencias; 3.º Que la mayor parte de los cris-
• tianos carecen absolutamente de buenas pruebas por
• las cuales puedan establecer ó demostrar la autori-
• dad canónica de los libros del Nuevo Testamento;
• 4.º Que casi nada se ha hecho acerca de esta ma-
• teria.”

Enumera en seguida las razones que hacen tan difícil una demostración de la autenticidad de los libros contenidos en el Nuevo Testamento; siendo la primera de esas razones el gran número de obras que se pretende haber sido escritas por los Apóstoles y por los Evangelistas y que sin embargo se las excluye del catálogo de los libros santos. Tolando, en su *Amyntor*, cuenta ocho, formalmente condenadas y por consiguiente desechadas; y Jones observa que su lista dista mucho de ser completa. Así hay otras obras que se reconoce haber sido compuestas por los discípulos de los Apóstoles, por hombres que se hallaban en la misma posición que San Lucas y San Marcos, de cuyo número eran Hermas y San Bernabé; también algunos teólogos del último siglo querían que por este motivo se mirase á sus escritos como á parte integrante del cánón de las Santas Escrituras. Pearson, Grabe y algunos otros consideran estas obras como verdaderas producciones de los discípulos; y según ellos era necesario apoyar en buenas razones la diferencia que se observa entre ellas, y los escritos de San Marcos y de San Lucas. Nuestro autor observa que todas estas cuestiones están herizadas de serias dificultades y no pueden ser resueltas sino con largas reflexiones y un asiduo trabajo. De hecho, tres volúmenes completos apenas le han bastado para examinarlas y discutir las. Y sin embargo no son otra cosa que los preliminares de esta gran cuestión; “Los libros santos ¿contienen la palabra de Dios?” El segundo título ó epígrafe que os he leído es el si-

guiente: "Que es un asunto de la mayor importancia y de graves consecuencias." Aquí el autor hace precisamente la misma observacion que yo: "Que es un deber para todo individuo de la iglesia reformada el examinar y comprobar por sí mismos las razones por que recibe la Biblia." En la seccion tercera demuestra "que la mayor parte de los cristianos están absolutamente desprovistos de buenas pruebas para establecer su creencia en la canonicidad de estos libros." En fin, esta materia queda completada en su último capítulo donde prueba "que ni la iglesia anglicana, ni las demas iglesias reformadas, han hecho nada todavía para asegurar la autenticidad de las Santas Escrituras." Me basta citar las palabras de este autor para poner fuera de duda su verdadero pensamiento acerca de este punto y para justificar todo lo que yo he dicho. En la página 12 se espresa así: "Todo el que ha tomado algun conocimiento del estado religioso del género humano, se habrá sin duda sorprendido penosamente al ver cuán frívolos é inciertos son los principios en virtud de los cuales reciben generalmente los hombres la Escritura como verdadero depósito de la palabra de Dios. La verdad es, y lo digo con sentimiento, la verdad es que muchos comienzan á profesar su religion sin saber por qué y perseveran en su gremio sin jamás darse cuenta de ello. Las prevenciones de la educacion y la fuerza del hábito les hacen aceptar la Escritura Santa como palabra de Dios; pero jamás les vino al pensamiento hacer sobre esto investigaciones serias; son por con-

siguiente incapaces de apoyar su creencia en sólidos argumentos.” Luego, en sentir de este teólogo, los protestantes no tienen razones valederas para creer en la autoridad de la Biblia; ellos la reciben sin hallarse en disposicion de probar que contiene la palabra de Dios, sin haber jamás tenido conocimiento de las pruebas que pudieran demostrarlo.

Aún es mas concluyente lo que voy á citaros del célebre Ricardo Baxter, que vivió casi por el mismo tiempo que el doctor Jones. Acerca de esta materia encontramos un pasage muy enérgico en su tan conocido libro de la *Eterna bienaventuranza de los Santos*. Hé aquí cómo se espresa en la página 197: “La clase mas inteligente é ilustrada de los cristianos, ¿es capaz de demostrar la verdad de los Libros Santos? Mas aún; la clase ordinaria de los ministros, ¿está en disposicion de hacerlo? Los que han ensayado la materia pueden juzgarlo.” Así, segun este escritor, no solamente las clases inteligentes y ejercitadas de entre los protestantes, sino que aun la clase inferior de entre los ministros, son incapaces de probar la autenticidad de las Santas Escrituras. Todavía es mas notable el pasage siguiente, página 201: “Es un espectáculo extraño el de nuestro odio contra el papismo que nosotros consideramos como la secta mas injuriosa á Dios, porque resuelve nuestra fé en la autoridad de la Iglesia. Sin embargo, la mayor parte de los doctores protestantes, ¿no se contenta con una fé semejante? Ved aqui toda la diferencia: los papistas creen que la Escritura es la pa-

»labra de Dios, porque su Iglesia así se lo enseña; y
»nosotros lo creemos, porque nuestra iglesia y nuestros
»predicadores nos dicen que así es. Lo aseguro; casi
»todos nuestros ministros no dan á su grey respectiva,
»acerca de la verdad de las Santas Escrituras, razones
»mas valederas que esta, á saber: que sería conde-
»nable no creer en ella. Pero en cuanto á lo que de-
»be preceder á esta creencia, jamás hablan de ello.”

Y en la página siguiente: “No puede negarse,
»dice, que el odio de millares de cristianos contra los
»enemigos de su Religion no se apoya en otro funda-
»mento, ni en otros motivos, ni en principios menos
»malos en el fondo, que los judíos cuando perseguían
»al Salvador y le daban muerte. Es la Religion del
»pais, y se condena á todo el que crea de otro
»modo; hemos nacido en ella y en ella hemos sido
»educados, y en ella hemos crecido. Si hubieran sido
»educados en la religion de Mahoma habrían tenido
»por ella un celo no menos ardiente. La diferencia
»entre ellos y el mahometano no es que ellos tengan
»conocimientos mas vastos, ni mas profundidad en
»sus juicios, sino que han vivido bajo leyes mejores,
»en el gremio de una religion mas perfecta.”

No es necesario os recuerde que este último teó-
logo fué capellan de la corte, despues de la restaura-
cion de los Estuardos, y que por consiguiente se ha-
llaba en posicion de conocer no solamente las doctri-
nas de su iglesia, sino tambien el verdadero estado
de la fé entre sus miembros.

Estas citas prueban superabundantemente cada

una de mis aserciones y justifican lo que yo habia dicho en mi primer discurso, y apoyado en el testimonio del doctor Beveridge, á saber: 1.º Que es un deber para todo protestante el examinar y verificar por sí mismo las razones en virtud de las cuales recibe y conserva su fé; 2.º que es difícil en extremo echar los primeros cimientos de esta fé: que el primer paso en la eslabonada cadena de los razonamientos que sirven para establecer la regla de fé protestante, para fijar, por decirlo así, el primer anillo, exige investigaciones laboriosas y muy complicadas; 3.º que casi todos los protestantes viven y perseveran en su fé, sin haber cumplido con la penosa tarea que el protestantismo impone á sus secuaces; en otros términos, que su apego á su religion no los conduce á la aceptacion práctica del principio vital de su símbolo, y que muchos de entre ellos, como observa justamente el Dr. Beveridge, no tienen mejores razones para hacer profesion de cristianismo que los turcos para creer en Mahoma: 4.º que la iglesia protestante nada habia hecho, durante dos siglos, para establecer los principios elementales de su fé sobre un fundamento lógico.

Sin embargo, las inmensas investigaciones, de que acabamos de hablar, no son todavia mas que secundarias; son los preliminares de la gran cuestion relativa á la inspiracion de la Escritura Santa. Créese generalmente, y se hace muy bien en creer, que los libros santos han sido inspirados. Pero ¿en qué fundamento se apoya esta creencia? ¿se llega á ella

por una demostracion sencilla y luminosa, ó por una especie de potencia intuitiva del alma? Hermanos míos: si quereis formar una idea esacta de esta cuestion, recorred los autores que de ella han tratado, y no dudo quedareis asombrados al ver cuán difícil es hallar en ellos un argumento capaz de dar la fé á quien no la tiene. Por mi parte, lo digo con seguridad, he leído con cuidado los escritos de los autores protestantes acerca de esta materia que he podido haber á las manos, y no he hallado una sola prueba que fuese lógicamente inatacable. Si, pues, no tuviera otros motivos mas poderosos para creer en ella, habria desconocido y rechazado la inspiracion de los Libros Santos.

Las razones que ordinariamente se aducen á favor de la inspiracion, se dividen en dos clases: 1.^a Las pruebas intrínsecas sacadas de los mismos libros; 2.^a Las pruebas extrínsecas, ó el testimonio de los demas escritores. En cuanto á las primeras, seria un error en este exámen considerar á la Biblia como un todo idéntico. Algunos libros ofrecen pruebas de inspiracion que no tienen los otros. Asi es que algunos sábios teólogos protestantes, especialmente en Alemania, han escluido del canon de las Escrituras los libros de San Marcos y de San Lucas; porque la promesa de la asistencia divina, hecha á los Apóstoles, es la única razon que, segun ellos, establece la inspiracion del Nuevo Testamento; y ni San Lucas ni San Marcos se hallaban al lado del Salvador cuando hizo esta promesa; y si es-

tendeis ese privilegio á otros que á los que se hallaban presentes y á los cuales se hizo directamente, quitais todo límite á la regla. Si admitís que los discípulos han participado de este privilegio como los Apóstoles, ¿por qué escluir á Bernabé? ¿por qué no recibís como canónica su Epístola? Luego es evidente que, si tomáis por regla el carácter de los escritores, la inspiracion de sus obras no puede descansar en el mismo fundamento.

Si cotejamos el Antiguo Testamento con el Nuevo, notamos en las pruebas una divergencia todavia mayor. La inspiracion del Antiguo Testamento ha sido reconocida por el Salvador y por los Apóstoles, y su testimonio nos basta. Pero la inspiracion del Nuevo Testamento debe estribar en otro fundamento que en el carácter personal de los autores inspirados. Porque Jesucristo no dijo á sus Apóstoles que todo lo que escribieran gozaria del privilegio de la inspiracion, y jamás vemos que hayan reclamado ellos este privilegio. Por consiguiente, lo primero que hay que preguntarse es si todo lo que los Apóstoles escribieron fué inspirado, ó si de tal ó cual de ellos no ha habido mas libros que los que nosotros poseemos. Si admitís lo primero, es preciso tambien admitais que se han perdido muchas obras inspiradas; porque me parece que nadie pondrá en duda que San Pablo habrá escrito mas cartas que las que nos han sido transmitidas. ¿Os hacéis fuertes en lo segundo? Entonces os preguntaré qué signo intrínseco nos probará que la inspiracion, concedida alguna vez solamente, lo ha

sido para la tercera Epístola de San Juan. ¿Hay en esta carta cosa alguna que no pudiese escribir un sacerdote devoto y virtuoso de los primeros siglos? ¿Descubris en ella algo que en sentimientos ó doctrina sobrepusie á lo que pudieran escribir un Ignacio ó un Policarpo?

Luego he tenido razon en decir que en esta cuestion se hace mal en mirar el Nuevo Testamento, y mas aun toda la Biblia, como un todo idéntico; en aplicar á un libro las pruebas intrínsecas de la inspiracion de otro; en afirmar, por ejemplo, que el Cántico de los Cánticos lleva en sí señales internas de inspiracion porque el libro de Jeremías, inserto en el mismo volúmen, contiene profecías verdaderas; que la epístola á Filemon ha sido necesariamente inspirada, porque el Apocalipsis, que está á su lado, es una revelacion incontestable. Sin embargo, así es como mas comunmente se discurre. Si la evidencia de la inspiracion divina debe estar basada en los caractéres intrínsecos, mostradme estos caractéres en cada uno de los libros inspirados.

No hace todavía mucho tiempo que un célebre adversario de las doctrinas católicas, resumiendo en ocasion solemne las pruebas intrínsecas de la inspiracion, redujo los manantiales de ellas á los siguientes: 1.º el carácter elevado que un libro atribuye á Dios; 2.º la pintura que traza de la naturaleza humana; 3.º los medios que revela al hombre para reparar las consecuencias de su caída; 4.º su moralidad;

y 5.º su imparcialidad (4). Ahora bien; yo apelo á la decision de todo juez imparcial: ¿es posible que

(1) Tottenham, Dowside, *Discussion*, p. 144.—Tottenham divide las pruebas en tres clases: pruebas *históricas*, de las que ya decimos algo en el texto; pruebas *intrínsecas*, y pruebas *experimentales*. Estas últimas no son otras que los efectos producidos por la Biblia mudando el carácter de los hombres. Aquí hay un error: la Biblia, como libro, no produce efectos, sino mas bien las doctrinas que contiene. Y estas doctrinas obran ordinariamente con mas eficacia en el pecador cuando las oye predicar, que cuando solamente las lee. Ahora bien: estas conversiones no prueban de modo alguno que sea inspirado el discurso del predicador, sino únicamente que las doctrinas que enseña son buenas, y aun divinas, si así os place; de la misma manera, un hecho de esta naturaleza no puede probar que la Biblia es inspirada, sino únicamente que sus doctrinas son santas y saludables. De ese modo tambien se vendría á probar que la *imitacion de Cristo* es un libro inspirado. Tottenham cita un pasaje de Abbot en que dice este: "A la manera que un niño reconociera que una sustancia es de fósforo, cuando de autoridad cierta supiese de donde está sacada, y notase en ella una absoluta semejanza con el fósforo, y por último la viese arder, así tambien nosotros podemos convencernos de la inspiracion de las Santas Escrituras por medios análogos, y sobre todo por el último (por los efectos)." Pero esto es repetir el mismo error. Un niño puede haber visto ya cien veces fósforos, y por consiguiente tiene ya un término de comparacion. Pero nosotros no tenemos otra Biblia ni otros libros inspirados, para que podamos decir: esta Biblia es inspirada, porque tiene todos los caracteres de inspiracion conocidos en aquella. Mas los protestantes toman desde luego en el mismo libro en cuestion las notas características de la inspiracion, y en seguida hacen la aplicacion de ellas á ese mismo libro para demostrar su inspiracion. ¿Qué significa pues eso de «poder irresistible de la Biblia para mudar las costumbres, preservar del sufrimiento y del pecado?» Por mi parte no lo comprendo. Figuráseme que la gracia es el agente eficaz de esos actos; y de que la Biblia sea un instrumento ó canal de la gracia ¿cómo se ha de deducir que es inspirada, mas bien que un elocuente discurso que mueve al pecador á penitencia? Tampoco yo lo entiendo. Porque ni por un momento quiero suponer que el sentido de esos escritores sea que ese poder resida en el libro material, ó en los caracteres de la impresion, siquiera haya mas de una razon para temer que esta especie de idolatría es bastante comun entre nuestros conciu-
dadanos.

de estas diversas consideraciones resulte un argumento concluyente? ¿Qué impresion harán semejantes pruebas en quien de antemano no estuviera ya convencido del hecho sobrenatural y divino de la inspiracion? Yo en todo esto no veo mas que una peticion de principio; porque la moralidad de la Biblia y sus doctrinas acerca del alma humana y de Dios no prueban su inspiracion sino en tanto que nos encontramos ya convencidos de la verdad de su enseñanza. Por la Biblia hemos sabido la caida del hombre, y de la Biblia hemos tomado la idea de que una reparacion equivalente es el mejor y el único remedio á nuestro presente estado. Y ¿vosotros deducis que este libro es inspirado porque os enseña el remedio conveniente á vuestro estado? Pero es el caso que sin ese mismo libro cuya inspiracion quereis probar, jamás habríais sospechado siquiera ni la conveniencia ni la posibilidad de semejante remedio!

Todas estas pruebas quedan sin fuerza alguna á los ojos de aquel á quien queráis convencer de la verdad del principio fundamental de la fé protestante; porque él no sabe, ó por lo menos no cree, que el hombre haya caido y que tenga necesidad de rehabilitacion, pues ignora que la naturaleza humana esté representada en la Biblia con colores tan perfectos que suponen necesariamente la intervencion de la divinidad. No hay uno solo de esos argumentos, de que el brahma no se sirva en favor de sus vedas, y el turco en favor de su Corán.

Otras dos especies de pruebas, que el mismo escri-
B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 9

tor clasifica entre las pruebas históricas, muestran todavía mas la insubsistencia y debilidad de sus razonamientos. Esas pruebas son en primer lugar los *milagros* que los autores de los libros de la Escritura han obrado para atestiguar la verdad de sus doctrinas.—La verdad de sus doctrinas, sí por cierto; pero no la inspiracion de sus escritos, que son dos hechos esencialmente distintos. Tambien San Bernabé obró milagros para atestiguar la verdad de la doctrina cristiana; y sin embargo, su Epístola no es considerada como canónica ni aun por los que admiten su autenticidad. Tertuliano, Eusebio y otros historiadores hablan de milagros obrados por los primeros cristianos en favor de su fé; ¿luego de aquí debería concluirse que sus escritos habian sido inspirados?

Nuestro autor aduce, en segundo lugar, las *profecías* de que se hace mencion en la Escritura. Pero las profecías prueban efectivamente que ellas fueron inspiradas por Dios; pero de ningun modo prueban hayan sido inspirados los libros en que están consignadas.

El doctor Hartwell es quizá el que mas revela la impotencia absoluta en que están los protestantes de probar por sus propios principios la inspiracion de los Libros Santos. Él habia estudiado á fondo esta materia y dedica á las pruebas de la inspiracion un larguísimo capitulo de su *Introduccion al estudio critica de la Escritura Santa*. Pues bien; notad el título de ese capítulo que sirve de prefacio á lo demas de la obra: “Los milagros que se refieren en uno y otro Testamento prueban que los Libros Sagrados han sido

escritos bajo la inspiracion divina (1).” El contenido del capitulo corresponde perfectamente á su título; en él se demuestra con la mayor estension que los milagros consignados en el Evangelio son verdaderos milagros.—; Verdaderos milagros! ¿y quién lo niega? Pero es el caso que tambien en los escritos de Josefo y en los autores de historia eclesiástica se refieren verdaderos milagros; ¿luego por eso son tambien inspiradas todas estas obras? Horne desenvuelve de una manera muy confusa su argumento y es difícil seguirle en su complicada marcha; pero, por último; su conclusion es esta: Los Libros Santos han sido inspirados porque contienen la relacion de verdaderos milagros.

Juzgad, hermanos míos, de la solidez de semejante razonamiento. Estos milagros probarian en favor de los que los han escrito cuando ellos mismos hubieran dicho que escribian inspirados por Dios, porque entonces el obrarse milagros divinos en favor de sus aserciones habria dado á sus obras la sancion de la autoridad divina. Pues bien: mostradme los pasages en que san Marcos y san Mateo certifiquen que han escrito bajo la direccion del Espíritu Santo, ó de órden expresa de Dios y no por un motivo puramente humano. De otro modo, toda demostracion sacada de los milagros prueba evidentemente la veracidad de sus escritos, pero no que hayan escrito con inspiracion divina.

(1) Tom. I, p. 204, 7.ª edic.

Lo mismo sucede con el argumento sacado de las profecías. Porque ante todo seria preciso probar, y el autor no lo prueba, que las profecías que leemos en el Nuevo Testamento, tenían directamente por objeto demostrar la inspiracion de los libros en que están consignadas; que, por ejemplo, la profecía de nuestro Divino Redentor acerca de la ruina de Jerusalem atestigua que S. Mateo que la refiere compuso su Evangelio inspirándosele el Espíritu Santo (1).

Si es defectuoso este primer medio de llegar á la certidumbre de la inspiracion, hay que recurrir á las pruebas estrínsecas, es decir, al testimonio del hombre. Y ¿qué? ¿lograreis mas seguramente por este medio vuestro objeto? Pero tambien aquí han tropezado con innumerables dificultades los autores que han tratado de esta materia, porque hay una diferencia enorme, una enorme disparidad entre el testimonio de un hecho interior y el testimonio de un hecho exterior. La conviccion en uno y otro caso resulta de una série de argumentos de una naturaleza enteramente diversa. Me explicaré. Es un hecho público que San Mateo, S. Marcos y San Juan, han compuesto los Evangelios que llevan respectivamente su nombre. Multitud de personas han podido conversar con los autores, ser testigos de su obra, recibirla luego de sus propias manos, ó saber al instante, ó poco despues, por testimonios públicos é incontestables que

(1) Tom. 1, p. 272, 7.^a edic.

ellos eran realmente los autores de estos escritos. Este argumento histórico basta á los ojos de todos para atestiguar la autenticidad de cualquiera obra, y por consiguiente le admito. Mas aun, si rehusarais creer en la autenticidad de los Libros Santos porque de eso no hallais pruebas sino veinte ó treinta años despues de la época en que fueron escritos, habríais de desechar tambien muchas obras antiguas que no se publicaron hasta mucho tiempo despues de la muerte de los autores; esto empero, nadie duda de su autenticidad.

Pero si venís á hablarnos de lo que pasó en el espíritu de los escritores cuando estaban componiendo sus obras, os colocais en un terreno muy diferente. Entonces es menester demostrar que existe un nexo mas inmediato entre el hecho y el testimonio, porque me es indispensable saber quién es el primero que atestigua sus circunstancias. Hé aquí un caso parecido: Si se me dice que uno de esos palacios cuyas ruinas se ven en la campiña de Roma fué edificado por tal ó cual arquitecto y que ademas así lo atestigua una inscripcion que aun está legible, no dudo del hecho. Mas si se añade que este arquitecto tuvo un sueño que le sugirió la idea de las diferentes partes de un edificio, entonces para convencerme de esta circunstancia, deberán dárseme testimonios de un carácter muy diferente; pues las razones que me hacen admitir el hecho notorio, visible y palpable de la construcción, ya no me bastan para esta particularidad. Entonces exijo se me haga remontar hasta aquellos que supieron directamente de él esta

circunstancia, porque solo él ha podido saber lo que habia pasado en el secreto de su alma. Pues de la misma manera, el testimonio de la historia basta para atestiguar que una obra es de tal ó cual autor; mas cuando se trata de la inspiracion, es decir, de esa comunicacion íntima, misteriosa y secreta del Espíritu Santo con el alma del escritor y de la que solo el escritor ha podido tener certeza y convencimiento, entonces vuestro argumento no vale, á no ser que se apoye en el último anillo de la cadena histórica, en el testimonio que pruebe inmediatamente el hecho.

Luego la autoridad de la historia ó de la tradicion histórica, despojada de la fuerza divina que los católicos le atribuyen, no prueba otra cosa que la autenticidad de los Libros Santos; y solo en el caso de que tuviéramos el testimonio directo de testigos capaces de certificar el hecho, solo en ese caso podría probar la inspiracion. Puede suceder que la Iglesia ó todo el cuerpo de los cristianos haya creído en la inspiracion del Nuevo Testamento y lo haya creído así en todas las edades, en todos los siglos que desde entonces han mediado; pero si la tradicion de esa Iglesia no es infalible, no tiene mas peso que el testimonio de la historia, es decir, un testimonio puramente humano; luego no prueba mas, ni demuestra mas que hechos exteriores y visibles, tales como la publicacion de un libro, y por consiguiente su autenticidad. El único medio de atestiguar los hechos interiores que acompañaron el trabajo del escritor, sería

el darnos como garante de ellos la palabra de los que, despues de Dios, fueron los únicos testigos de ellos. Pues ahora bien : semejantes testimonios no se encuentran en parte alguna de la historia; en ninguna parte vemos que los autores sagrados hayan testificado ellos mismos su inspiracion. Luego desechando la infalible autoridad de la tradicion, se desecha la única base en que se puede asentar la inspiracion de las Santas Escrituras.

Pero, hermanos mios, ¿de qué hemos tratado hasta aquí? No hemos tratado mas que de los preliminares por donde se debe comenzar el exámen de la regla de fé protestante. No me he llevado otra mira que la de daros una idea de las innumerables dificultades que hay que superar para convencerse de que la Biblia contiene la palabra de Dios. Sin embargo, si el protestante no debe dar fé sino á lo que él ha investigado y hallado en la palabra de Dios ; si por consiguiente, segun el sentir de sus teólogos, es en él un deber no apoyar su conviccion sino en sus propias investigaciones; si para alcanzar esta conviccion le es indispensable pasar por esa larga y laboriosa série de investigaciones: si, en fin, despues de haber superado todos esos obstáculos, le es todavia imposible establecer una sólida demostracion del punto capital, de la inspiracion de los libros santos , decidme: la regla de fé cuyo acceso está guardado por este laberinto de dificultades ¿es la que Dios ha dado á tantas pobres criaturas, á tantos entendimientos ignorantes y sencillos?

II.

Pues ese es el espinoso camino por donde hay que llegar á la regla de fé protestante. Ahora voy á hablar de la aplicacion. — Una vez ya en posesion de esta regla ¿se acabarán ya las dificultades? ¿no las hay ya tan grandes? ¿ó son acaso mayores? Supongamos por un momento que Dios ha querido que su palabra escrita fuese la única regla de fé para todo el género humano. En este caso es natural que esta regla fuese fácil en su comprension y fácil en su aplicacion: Dios no podria menos de haber dispuesto las cosas de modo que todos los hombres pudiesen conocerla y aplicarla. Y bien: ¿qué es lo que Dios ha hecho para este fin? Nos ha dado un enorme volúmen escrito en dos lenguas. Una de ellas, y cuidado que es la de la mayor parte de ese volúmen, no era conocida mas que por un puñado de hombres que habitaban en un pequeño rincon de la tierra. Aun mas: ha permitido que esta lengua dejara de hablarse, de modo que á cada paso surgen dificultades en la explicacion de una infinidad de pasages. Lo demas del volúmen ha sido compuesto en un dialecto familiar á una parte mas considerable del género humano, bastante pequeña sin embargo, euando se considera todos los que son llamados á participar de los beneficios del cristianismo. Asi suponemos que este libro ha sido dado por Dios como regla de fé suficiente y completa.

Con el bien entendido, 1.º que deberá ser traduci-

de en todas las lenguas á fin de que todos los hombres puedan hacer uso de él; 2.º que se deberá distribuirle de modo que todos le tengan; en fin, 3.º que su inteligencia á nadie deberá ser difícil.—Estas me parece son las notas esenciales de la regla.

1.º Supuesto, pues, que la palabra de Dios sea la regla única de todos los que han recibido la fé de Cristo ¿concebís ya en primer lugar cuán difícil empresa es una traduccion? Generalmente todos los ensayos de este género que en los tiempos modernos se han hecho no han logrado el objeto que se proponian y despues de repetidos esfuerzos han quedado defectuosos. Si yo tuviera tiempo, ó mas bien si fuera necesario, os manifestaria segun las *relaciones de la sociedad biblica* y las confesiones de sus individuos, cuántas versiones, esparcidas primeramente entre los naturales de los paises á quienes se queria convertir, hubo luego que recojer por los errores, impiedades y absurdos de que estaban plagadas. ¡Y nos dicen que esa es la regla de fé que se ha dado al hombre! Echad una ojeada por la historia de las versiones mas célebres, de esas que han sido aprobadas por la autoridad. No hablo yo de las versiones primitivas que se publicaron cuando aun estaba fresca la memoria de los acontecimientos y sus circunstancias, y cuyos autores entendian mejor las lenguas originales. Hablo de las versiones modernas, por ejemplo, las que están autorizadas en estos tres reinos de la Gran Bretaña. ¿Sabéis cuántas veces se las ha revisado y cuántos esfuerzos ha costado á los hombres sábios el hacer lle-

güen á un grado de correccion tolerable? Y al fin y al cabo su valor, como regla de fé, depende de la aptitud y capacidad individuales en el trabajo de la traduccion; y ¿creeis razonable que la divina Providencia haya hecho dependiente de las facultades particulares de un hombre las ventajas y valor de una regla de fé?

2.º Y en segundo lugar, ¿qué de dificultades no son consiguientes á la difusion de esta regla? Para que mejor las comprendais, trasladaos, hermanos mios, á otros tiempos. Tal vez viendo que hoy se cuentan por miles y aun por millones los ejemplares de la Biblia, os figureis que su aplicacion como regla de fé es natural y fácil. Porque hay en el mundo una gran nacion cuyas riquezas son inmensas, casi sin límites su imperio, y cuyas escuadras frecuentan las mas distantes playas; porque hay hombres que consagran su tiempo, su fortuna y su celo, á la publicacion y difusion de este libro; porque en nuestro siglo y en nuestra patria un concurso extraordinario de circunstancias políticas, comerciales y literarias facilita su distribucion; por esto, digo, ¿pensais que la regla de fé se hace suficientemente accesible á todo el género humano? Pues ¿qué? ¿acaso la sabiduria divina ha sometido la regla de fé á las posibles eventualidades de prosperidad comercial ó literaria de un pais? ¿Ha establecido la verdad sobre un fundamento que dependiese de las ingeniosas invenciones del hombre en las artes mecánicas? El estar destinado el Evangelio para servir de regla de fé, ¿tendria una conexion

necesaria con la circunstancia de que algun día la prensa, por los medios que le suministraria la industria, habia de multiplicar desmedidamente las ediciones de la Biblia? No: Dios no ha podido querer que durante catorce siglos estuviese el hombre sin guia en sus creencias, ó que el medio que él daba esperase de los descubrimientos del ingenio humano su eficacia. No, no pueden ser tales las condiciones de la regla de fé. Esta ha debido ser apropiada á todos los tiempos y á todos los lugares, y conseguir su completo resultado desde el momento de su institucion para no dejar jamás de conseguirle hasta la consumacion de los siglos. Luego es imposible admitir que la regla única y necesaria de la fé vaya ligada á causas esencialmente accidentales, y que para conseguir su objeto requiera la cooperacion siempre contingente del hombre.

Porque, reflexionándolo un poco, paréceme que todo espíritu exento de preocupaciones deberá admirarse de que la palabra de Dios no haya provisto por sí misma á este inconveniente de la regla. ¿Por qué no se mandó á los Apóstoles tradujesen la Biblia en todos los idiomas, y la difundiesen por los pueblos? ¿Por qué no vemos en parte alguna se recomendase á los ministros de la palabra hacer provision de Biblias, para uso de los que ellos están encargados de instruir? ¿Por qué esta omision, cuyo resultado podria ser tan desastroso si la diseminacion de la palabra de Dios escrita fuera el punto fundamental del cristianismo, si fuera la regla y criterio de todo lo que es ne-

es necesario á la salvacion? Y pues el estudio de la historia nos demuestra la imposibilidad de difundir suficientemente la Biblia sin el socorro de la imprenta, ¿por qué el mismo Dios no reveló á tiempo este poderoso medio de llegar al conocimiento de la regla de fé? ¿Quién osará afirmarnos que la *sociedad bíblica* es una parte esencial de la economia divina en el plan del cristianismo? Pues ello es que sin esta sociedad no estaria suficientemente difundida la Escritura, no tendria la estension y circulacion que le conocemos en nuestros dias.

3.º Pero la dificultad de comprender la supuesta regla de fé escede y con mucho los obstáculos que se oponen á la circulacion, porque no basta tenerla y poderla leer, es necesario que todos los hombres la entiendan. Porque á la verdad, ¿habria la divina sabiduría puesto en nuestras manos un Código ó una regla que para la mayor parte del género humano fuese como un libro sellado?

Pero noto que las materias que hasta aquí hemos tratado me han detenido mas tiempo del á que en un principio parecian dar margen y me obligan á pasar rápidamente sobre puntos muy importantes. No puedo por tanto detenerme mucho acerca de las serias dificultades que á la clase ordinaria de lectores la impiden comprender los pasages mas fáciles de la Biblia. Y no hablo de los pasages mas elevados; por ejemplo, de esos sublimes Salmos que por confesion de todos los críticos contienen la mas elevada poesía lírica. Este género de poesía en nuestras lenguas

modernas es superior al alcance del comun de los lectores, y casi ininteligible la mayor parte del tiempo en los autores de la antigüedad profana: y ¿qué diré de nuestros cánticos sagrados, de la valentía de sus metáforas y de la concision de su language? ¿Qué diré de esas visiones misteriosas de los profetas, radiantes de imágenes pero envueltas en términos oscuros? Yo podria escojer los pasages mas conocidos de la Escritura Santa, y os mostraria cuán difícil es, con todo eso de ser tan conocidos, el descubrir su verdadero y preciso sentido. Os pondría á la vista los extensos y muy trabajados comentarios, las opiniones contradictorias, y variadas hasta lo infinito, de los exégetas ó espositores protestantes acerca de esos mismos textos que muchos de vosotros tal vez habreis leído y releído, sin apercibiros de que tuviesen la menor oscuridad. Si se os oculta la dificultad, no por eso debe concluirse que no existe; sino que vosotros habeis mirado superficialmente unas palabras cuyo sentido estábais predispuestos á adaptar á una opinion anteriormente formada, ó bien que no habeis tenido bastante profundidad en la inteligencia para penetrar hasta ella. Pero no necesito estenderme acerca de esto. Fijad un momento vuestra atencion en las colecciones de los comentaristas ó espositores; contad el prodigioso número de sus volúmenes; medid la estension de lo que han escrito acerca de cada versículo de la Escritura en particular, y fácilmente os convencereis de que la Biblia no es un libro tan facil de entender.

Tales son las dificultades con que se tropieza en

la aplicacion de la regla de fé: dificultad de conservar el sentido del original en versiones algun tanto correctas; dificultad en poner en manos de todos estas versiones; dificultad, en fin, por no decir mas bien imposibilidad, de hacer que todas las inteligencias sean capaces de penetrar su sentido.

III.

Ya que he hablado de la autoridad intrínseca y de la aplicacion de la regla de fé diré algunas palabras de sus resultados. ¿Cuál es el fin que se propone en toda regla? La uniformidad de pensamientos y de accion acerca de las materias que son de su competencia. El fin de toda ley ¿no es el de que los hombres sepan en un caso dado la conducta que han de observar y las consecuencias buenas ó malas que resultarian de obrar de otro modo? Los códigos ó reglamentos de una corporacion ó de una sociedad, ¿tienen otro objeto que uniformar los actos de sus individuos y alcanzar de este modo esa union que es la base y el vínculo necesario de toda asociacion? Luego si Dios nos ha dado una regla ó un código de principios será para que lleguemos al conocimiento de unos mismos deberes y á la práctica de unas mismas virtudes; será para que todos abriguen en su alma una misma fé.

Y bien; ¿es este el resultado que ha obtenido la regla de fé protestante? Todo el mundo confiesa que

no. Hermanos míos, no necesitamos alejarnos mucho de este sitio en que estamos reunidos para hallar otros locales consagrados á la oracion en los que con la autoridad de la Biblia se enseñan y sostienen doctrinas diametralmente opuestas las unas á las otras. Aquí se denuncian y condenan como contrarias á la Religion de Cristo las creencias del calvinista; allí se sostiene con igual celo que ellas son hasta de esencia del cristianismo. Mas allá se trata de invenciones sacrílegas á la divinidad del Hijo de Dios y al sublime misterio de la Trinidad; y en otra parte, se os recita un símbolo en el que se condena á eternos castigos á todo el que deseche esos mismos dogmas. Y sin embargo, todos los que profesan estas doctrinas contradictorias y subversivas unas de otras, tienen en la mano un mismo libro y os citan en su favor unos mismos pasages.

Y semejante resultado ¿no prueba victoriosamente la insuficiencia de la regla que se os propone? Suponed (y cuenta que esto se ha visto mas de una vez en nuestro pais en estos últimos años); suponed que se promulga una ley y que con esta ley en la mano los magistrados proceden de una manera aqui y de otra acullá, de modo que las decisiones varian segun los jueces y los lugares, y que ya no se sepa á qué atenerse en su conducta, ¿no se miraria esta ley como desproporcionada con su fin? ¿No seria necesaria una nueva ley para corregir los malos resultados de la primera y suplir su insuficiencia? Claro es que sí, porque en todo sistema de jurisprudencia se consi-

dera como desproporcionada para su fin toda ley que no establece entre los hombres uniformidad de accion. Luego, por analogía, siendo la uniformidad en la creencia el fin de la regla de fé, es insuficiente esta regla toda vez que no logre su objeto.

Pero contentémonos con lo que hemos dicho hasta aqui acerca de los principios de fé protestantes considerados en sí mismos. Os he demostrado la necesidad que todo protestante tiene de asegurarse por sí mismo asi de la verdad de sus doctrinas como de la regla que les sirve de base; os he manifestado la dificultad, ó mas bien la imposibilidad, de llegar por los principios que él sostiene á una definicion clara de esta regla; y despues las dificultades que acompañan á la aplicacion de esta y su insuficiencia relativamente á su fin.

He hablado mucho de la palabra de Dios y temo que una parte de las personas que me escuchan, extraviada por las preocupaciones de la educacion, nos acuse en general, y á mí en particular, de hablar de ella con muy poco respeto. Por eso, al terminar mi discurso, voy á esponer brevemente la práctica y la creencia de los católicos acerca de las Santas Escrituras.

Échase en cara á los católicos que no aman la Escritura; se dice que nuestra Iglesia no hace caso alguno de la palabra de Dios; que antes bien hace esfuerzos por suprimirla á fin de ocultar bajo el celamin la divina luz é irla apagando poco á poco.—[La Iglesia Católica no ama á la palabra de Dios; no ha-

ce caso de ella! Pues ¿qué? ¿hay ninguna otra Iglesia que tenga en mayor veneracion que ella la autoridad de la Escritura? ¿Hay otra Iglesia que cuide como ella de apoyar en las palabras de este divino libro las reglas que presenta al hombre? ¿Qué otra, por consiguiente, tiene mas interés que ella en mantener, conservar y publicar esta palabra? Porque las personas educadas en el catolicismo saben que la Iglesia, cuando alega su autoridad, tiene buen cuidado de basarla en la Escritura Santa. Y ¿no es esto atribuirle á un mismo tiempo mayor importancia y valor que pudieran atribuirle las otras iglesias? Y no solamente la ha amado siempre, sino que ha velado por su honor y por su conservacion mas que ninguna otra religion podrá hacerlo jamás. ¿Acusareis á una madre de no amar á su hijo, cuando ella le ha estrechado entre sus brazos y alimentado en su seno durante algunos años; cuando ella sola ha salvado de una pérdida cierta á ese hijo muy amado; cuando no ha perdonado ni sus fuerzas, ni su sangre para defenderle y socorrerle contra los ataques de enemigos poderosos que atentaban á su vida; cuando ella no le perdía de vista aun hasta el punto de hacerse la risa del mundo; cuando ella ha gastado sus tesoros para adornarle y embellecerle, para procurarle los medios de hacerse querer y agradar á los ojos de los hombres? Acusad á esta madre y entonces podreis acusar á la Iglesia católica de no amar ni estimar la palabra de Dios.

Ella es la que ha reunido en un solo todo sus di-
B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 10

versas partes y fragmentos esparcidos, á medida que iban saliendo de la pluma de los escritores sagrados. A los que pretendieran que entonces no existia la Iglesia católica, les diré: solo el principio católico de unidad podia poner las iglesias particulares en disposicion de comunicarse unas á otras los libros y las Epístolas que les dirigian los Apóstoles; y solamente en virtud de la autoridad que sus testimonios daban á estos escritos, fueron estos insertados en el Cánón de la Sagrada Escritura. Mas tarde, ¿no empleó la Iglesia centenares y miles de manos en copiar con la mayor laboriosidad la palabra de Dios? ¿Pues qué? esos manuscritos suntuosos, engalanados con púrpura y oro, ¿no testifican bastante el respeto y veneracion de la Iglesia? Además, ¿no ha recomendado ella su estudio á todas las casas religiosas, á todas las Universidades y á todos los colegios eclesiásticos? ¿No ha hecho que se la explique á todos los pueblos y en todos los siglos? ¿No han salido de su seno en todos tiempos hombres admirables por su erudicion y santidad y que consumieron sus dias en componer sábios comentarios sobre la Escritura y en trabajar oportunas esposiciones de ella que estuvieran al alcance de todas las inteligencias? Y luego, en esos que se llaman siglos de tinieblas, ¿quiénes eran los Alcuinos, Lanfrancos y tantos otros que consagraron gran parte de su vida en descubrir esas ligeras manchas que en ella se habian deslizado accidentalmente? ¿No es á ese celo y á esa solicitud á lo que debemos el poseer todavía hoy la

palabra de Dios? Al lado de esas ricas y magníficas copias, que atestiguan el inmenso trabajo y celo con que se hicieron, la pluma de los copistas hizo otras menos caras y menos voluminosas á fin de que pudiesen haber la Biblia á las manos todos aquellos que atendidas las circunstancias se hallaban en disposicion de hacerse con ella. Pero no hay que olvidar que toda copia era necesariamente obra del copista y que por consiguiente requería mucho trabajo y era mas difícil su circulacion.

No mostró menos celo la Iglesia en multiplicar las traducciones de los Libros Santos y en difundirlas entre los fieles. Aun no há muchos meses que me afligió profundamente el ver á poblaciones enteras levantarse al grito de una falsa devocion para celebrar lo que se llama el *Jubileo de la Reforma*, en conmemoracion del año en que se publicó la primera traduccion completa de la Biblia en ingles (1). Digo que me afligió profundamente el ver á una Iglesia alucinarse hasta el punto de que trescientos años de duracion la parezcan un motivo de triunfo. Ella se dice fundada sobre la roca de las edades, se jacta de sacar su origen de los decretos inmutables de la Divina Providencia, de profesar las doctrinas mas puras y mas duraderas, ¡y trescientos años de existencia son para ella una época de regoci-

(1) Alusion á la tercera conmemoracion secular de la Reforma, celebrada en Inglaterra el 4 de octubre de 1835.

jo universal! Nosotros los católicos amontonamos siglos sobre siglos; y Dios mediante, nuestra Iglesia verá apuntar su vigésimo siglo en el horizonte, sin señalar de otro modo su gozo que rindiendo su diario tributo de oraciones y alabanzas al soberano Regulador de las edades. Afligióme sobre todo el pensar que este triunfo y esta demostracion tenian su causa, no diré en una burla, en un engaño, pero sí por lo menos en una equivocacion; pues se escitaba á la muchedumbre á celebrar un acontecimiento que se dice comenzaba una época, la cual cabalmente ninguna afinidad tenia con él.

Porque los promotores de este triunfo saben, por lo menos deberian saber, que mucho tiempo antes de que existiera una version protestante de la Biblia en ninguna lengua europea, habia ya para uso de los fieles, no una, ni dos, ni cinco, ni diez, sino innumerables traducciones, no solo manuscritas, sino tambien impresas en el corto espacio de tiempo que media entre la invencion de la imprenta y el comienzo de la Reforma. Mas como todavía prevalece la opinion contraria, aun entre ciertos católicos, paréceme oportuno dar aquí algunos pormenores acerca de esto para que sepais á qué ateneros.

Comencemos por Alemania. Un individuo del clero, un ardiente promotor de los regocijos que acabo de mencionar, habla de la version de Lutero como si fuera la primera que se publicó en Alemania. Conténtase con decir que en 1466 se publicó en Alemania, por un autor desconocido, una traduccion he-

cha del latin de la Vulgata ; pero que Lutero desde los primeros momentos de su Reforma pensó dar una nueva traduccion (1). Y un poco mas abajo añade: “Ademas de las versiones protestantes, algunos teólogos católicos publicaron otras que aparecieron casi al mismo tiempo que la de Lutero (2).” Para que podais juzgar de la inexactitud de estas aserciones, voy á presentaros la siguiente enumeracion de las versiones católicas y de las ediciones que de ellas se hicieron antes de la traduccion de Lutero comenzada en 1523 y acabada once años despues.

En primer lugar tenemos un ejemplar, que aún existe , de una version impresa tan de antiguo que no tiene fecha , pues las obras que salieron de las primeras prensas no dicen el año ni el lugar de la impresion. Despues Faust imprimió una version católica en 1472 , cerca de sesenta años antes de que Lutero hubiese acabado la suya ; ya en 1467 se habia publicado otra ; en 1472 apareció la cuarta , y en 1473 la quinta. En Nuremberg se imprimió en 1477 una version , y se reimprimió tres veces antes de que apareciese la de Lutero. En Augsburgo se

(1) Horne, tomo II, Apéndice, p. 88.

(2) “Los católicos de Alemania, añade Horne en la pág. 71, han mostrado un ardiente amor á las SS. Escrituras, á pesar de los rayos lanzados contra ellos por la corte de Roma.” La inexactitud de este autor traspasa verdaderamente los límites permitidos, en todo lo concerniente á los católicos. ¿Por qué no se ha tomado el trabajo de indicarnos la época en que se lanzaron esos rayos?

publicó otra en el mismo año y de ella se hicieron ocho ediciones antes de que apareciera la primera de Lutero. En 1483, y luego en 1488, se publicó por Koburg en Nuremberg una nueva version; tambien en 1483 apareció otra en Augsburgo, y de ella se hizo nueva edicion en 1524; es decir, cuando Lutero estaba comenzando la suya. Y de esta version se han hecho hasta nuestros días casi innumerables ediciones.

En España se publicó una version en 1478 (a), por consiguiente mucho tiempo antes de que se oyese hablar de Lutero.—En Italia, pais mas inmediatamente sujeto á la dominacion de los soberanos Pontífices, la Sagrada Escritura fué traducida en Venecia por Malermi en 1471, y de esta version se hicieron diez y siete ediciones antes de que terminase aquel mismo siglo es decir, veinte y tres años antes de que Lutero comenzára á trabajar la suya. En 1472 se publicó una segunda version parcial de la Biblia; una tercera en Roma en 1471; la cuarta en Venecia, por Brucceioñ en 1532, y esta, revisada por Marmachini, se reimprimió en 1538; hasta dos años despues no dió Lutero la última mano á la suya. Y es de notar

(a) Ya en 1280 habia mandado el sabio rey de Castilla D. Alonso X se hiciese una version castellana de la Biblia, á fin de que, dice el P. Mariana, aquella lengua que era entonces grosera se puliese y enriqueciese, persuadido, que no dejarían los fieles de la mano aquel libro donde hallaban escritas las palabras de la salud y de la verdad y de la vida eterna.—Tambien el rey D. Alonso V de Aragon mandó, á principios del siglo XV, hacer otra version española. De ambas se conserva un ejemplar en la Biblioteca del Escorial. (Véase el P. Scio).

que todas estas traducciones se publicaron con la autorizacion, no solo de las autoridades ordinarias, sino tambien de la Inquisicion que las aprobaba para su *publicacion*, su *distribucion* y su *promulgacion* (1).

La Francia tuvo una traduccion de la Escritura en 1478; otra por Menand en 1484; otra por Guiars de Moulins en 1487, aunque esta era mas bien una historia de la Biblia; otra, en fin, por Santiago Lefevre en 1512, reimpresa despues muchas veces.

El dialecto belga tuvo tambien las suyas; la primera se publicó en Colonia en 1475, y antes del año 1488 se habian hecho ya cuatro ediciones de ella; otra version apareció en 1518.

En 1488 se publicó en Bohemia una traduccion, y de ella se hicieron tres reimpressiones antes de que saliera la de Lutero. Dejo á un lado las versiones polacas y las orientales. Es bien sabido de todos que ya habia entre nosotros traducciones de la Biblia antes de las de Tyndal y de Wickleff. “Mucho tiempo antes de que existiera Wickleff (observa Tomás Moro) algunos hombres virtuosos y sábios habian vertido al inglés toda la Biblia, que era muy leida por el pueblo fiel, y con mucho respeto, devocion y so-

(1) Recuerdo haber leído hace algunos años, en una Revista inglesa, que la Inquisicion habia suseitado dificultades á mi sabio amigo D. Tomás Gonzalez de Carvajal para la publicacion de su traduccion en verso de los libros poéticos de la Sagrada Escritura. Creo que entonces ya no existia la Inquisicion; en todo caso, el hecho carece enteramente de fundamento.

briedad (1).” Es cierto que estas antiguas versiones tuvieron menos circulacion; pero cúlpese de ello á que aun no se habia inventado la imprenta y que generalmente el pueblo no sabia leer.

Por estos hechos podeis venir en conocimiento de cuán injusto seria atribuir á la Reforma el uso de traducir la Escritura Santa en lengua vulgar, y acusar á la Iglesia Católica de haberla apartado cuidadosamente de las manos del pueblo. Pero ved al mismo tiempo el cambio que hubo de sobrevenir: se habian difundido entre los fieles las Santas Escrituras y se habria seguido esparciéndolas, á no ocurrir las perniciosas doctrinas que entonces aparecieron. Se enseñó al hombre que debia recusar toda autoridad y juzgar por sí mismo de su fé; y nada tiene de extraño que las consecuencias y dificultades de este peligroso principio produjesen algun cambio en la disciplina; tratóse de restringir por algun tiempo la lectura demasiado general de la Biblia, á fin de precaver sus deplorables resultados. Tomás Moro observa oportunamente que, si recorremos las actas del parlamento sobre esta materia, hallaremos que no fué la autoridad eclesiástica, sino el gobierno civil quien intervino primero en esto. En efecto: desde que se habia generalizado mas la lectura de los libros santos, y especialmente desde Wickleff y los Valdenses, algunos sectarios trataron de persuadir á los pue-

(1) Diálogo sobre las heregías.

blós que los magistrados perdian toda autoridad cuando se hacian culpables de algun crimen, porque quien cometia un pecado quedaba privado de toda jurisdiccion eclesiástica y civil. Algunas poblaciones, fanatizadas por semejantes doctrinas, corrieron á las armas, y viéndose amenazado el poder civil, llamó en su auxilio á la autoridad eclesiástica, si bien esta no prohibió desde luego é inmediatamente la lectura de la Biblia.

Luego es evidente que los reformadores no fueron los primeros en divulgar entre el pueblo el conocimiento de la Sagrada Escritura; antes que ellos la Iglesia católica habia permitido su uso á todas las clases sin distincion alguna, sin poner otros límites que la vigilancia de los párrocos y superiores.

Detengámonos aqui por ahora, pues es suficiente lo que ya he dicho. Hasta aqui os he entretenido á la orilla de la cuestion, digámoslo asi, y aun no hemos penetrado hasta el fondo. Al tratar de la regla de fé protestante, me he abstenido de recurrir á la autoridad de la misma Escritura Santa. Hasta ahora he considerado este punto como una cuestion ordinaria de moral y de filosofia. Me he circunscrito á deducir de la naturaleza misma de la regla su valor relativamente á su objeto. Al esponeros las dificultades que la rodean, os he demostrado cuánta necesidad tiene de ser colocado bajo la salvaguardia de la autoridad divina, para justificar su institucion, un principio tan complicado. Y bien: ese principio ¿goza de la sancion di-

vina? Aun no he tocado á esta cuestion; todavia no he examinado los pasages de la Escritura que en favor de él se citan para probar que la Escritura es una regla suficiente de fé; pero lo haré en los discursos siguientes: en ellos atacaré de frente y refutaré delante de vosotros los argumentos que se sacan de la palabra de Dios. El próximo viernes trataré de la parte positiva de mi asunto. Antes era preciso descartar, al menos en parte, las doctrinas de los demas; ahora procederé con mas libertad al exámen de lo que es el verdadero objeto de mis investigaciones, á la demostracion de nuestra fé. Cuando presente á vuestra vista las dos creencias, una al lado de la otra, vosotros mismos decidireis cual es la que lleva en sí impreso el sello divino.

Tal vez el sistema de doctrinas que acabo de esponder, y acerca del cual hubiera podido estenderme mas, os haya sorprendido al primer golpe de vista por cierta apariencia de belleza, de orden y de regularidad. Podria yo compararle á un bello edificio moderno situado á orilla de un camino público: el viagero que presuroso pasa de largo, solo le ve superficialmente, admira su armonia y proporciones exteriores, el arte y la habilidad que han presidido á la construccion de todo su conjunto, la aparente regularidad de las partes entre sí, y de ahí infiere que, en el interior, todo es proporcionado, esacto, conveniente y bello. Pero penetrad en lo interior como hemos hecho hoy, y no descubris mas que pasadizos estrechos,

corredores sombríos y tortuosos, habitaciones mal dispuestas, nada en fin que sea grato y cómodo, nada que agrade á la vista. Pues ahora voy á conducirlos á un edificio de muy otro caracter y del cual el primero no es mas que una débil copia, porque si bien sus arquitectos tenian á la vista las formas exteriores de este magnífico palacio, no podian pasar del dintel de la puerta para dentro. A la primera mirada os parecerá que el tiempo ha deslucido sus paredes, y que los siglos al pasar han dejado impresas sus huellas en la superficie: pero estas mismas manchas, marcas venerables y sagradas de la antigüedad, escitarán vuestro respeto á medida que os acerqueis. Y cuando llenos de asombro vayais viendo el interior del edificio, notareis por todas partes belleza, simetría, grandeza y proporcion, esactitud y apropiacion en las partes para la armonía del todo, riqueza en los adornos; un conjunto, en fin, de todo lo que regocija al corazon del hombre y le hace grata la existencia. Entonces no dudo reconocereis que, si el primer monumento es obra del hombre, el que despues examinais es obra del mismo Dios; y tengo la dulce confianza de que no os contentareis con mirarle y admirarle de lejos, con echar como de paso una ojeada á las perfecciones y bellezas del edificio, sino que os aprovecharéis de las luces concedidas al hombre despues de su caída y que no reusareis entrar en él bajo mi humilde direccion. Sí; yo espero que muchos que se mantienen ahora fuera, pedirán fijar en él su morada, á fin de

sentarse entre los hijos de Cristo á la mesa de este banquete celestial que solo alli ha sido preparado como una fruicion anticipada de lo que Dios nos prepara en sus eternos tabernáculos.





CONFERENCIA III.

EXPOSICION DE LA REGLA DE FÉ CATÓLICA.

Santificad en vuestros corazones á Jesucristo
nuestro Señor, y *estad* siempre dispuestos
para responder á todo el que os pidiere
razon de la esperanza que hay en vosotros.
(1. *Petr.* III, 15.)

LA tarea que me habia impuesto en mi primer discurso tenia pocos atractivos para nosotros; he discutido y combatido las opiniones de los demas; he analizado con toda la imparcialidad apetecible el principio de fé adoptado por los que desechan el nuestro; no he invocado contra él una autoridad espresa; he tratado de presentar clara y esplicitamente sus elementos constitutivos, y le hemos encontrado espuesto

~~á tantas dificultades que se hace absolutamente impracticable en la aplicacion y no puede producir frutos. Porque, de una parte, impone á todo protestante la obligacion de examinar por sí mismo la palabra de Dios, de sacar de ella sus creencias y de no admitirlas sino en virtud de este fundamento; y por otra parte, supone necesariamente para conseguir este objeto una série de investigaciones tan complicadas, tan sábias y á menudo tan abstractas, que solo están al alcance de un número de personas comparativamente muy corto.~~

La ruta que hoy tenemos que recorrer me será mas grata; trátase de esponer nuestra propia fé. Pero seguiré rigurosamente la misma marcha que en el discurso anterior. Por ahora me contentaré con trazaros los grandes lineamientos exteriores de nuestra creencia, y al paso os mostraré cuán sencillo y fácil es nuestro modo de proceder; modo que al tiempo mismo que satisface á los talentos esactos y filosóficos, habituados á profundas investigaciones, nunca deja de estar al alcance de las inteligencias mas limitadas. En cuanto me sea posible, os haré notar la encantadora armonía que une entre sí las partes del todo, y el admirable influjo que la adopcion de nuestra regla de fé ejerce, no solamente en la base y en la naturaleza de la demostracion, sino en todo el cristianismo, cuyo magnifico conjunto y sublime perfeccion hace resaltar.

En el capítulo XXXI del *Deuteronomio* leemos que Moisés, despues de haber acabado de escribir la ley

de Dios, la entregó á los levitas y les mandó la colocasen en el tabernáculo al lado del Arca de la Alianza, como un testimonio permanente contra Israel. Pero no fué sola la ley la que recibió este honor extraordinario. Léemos en otro lugar (1) que algunos envidiosos disputaron á Aaron el soberano Pontificado con que él y sus descendientes habian sido investidos, y quisieron entrar á la parte en sus honores y en su poder. Entonces mandó Dios á Moisés cojiese doce varas, segun el número de las tribus de Israel, y escribiese sobre cada una el nombre del gefe de la tribu. En seguida las puso en presencia del Señor, y luego por la mañana se halló que la vara de Aaron era la única que habia producido flores y frutos. Emblema de la autoridad y testimonio palpable de la direccion espiritual y de la enseñanza del pueblo, confiadas á una familia, esta vara fué depositada de orden de Dios en el tabernáculo con las tablas de la ley y conservada como ellas para servir de testimonio á los ojos de Israel. Por último, en otra ocasion mandó Moisés á Aaron recogiese cierta porcion de maná, de ese alimento espiritual y sagrado que las nubes depositaban todas las mañanas en la árida superficie del desierto para la subsistencia del pueblo y la tratase con la misma distincion. Fué pues metida en un vaso y conservada como

(1) Números, cap. XVII.

la vara y las tablas ante el Señor en el tabernáculo (1).

La ley, la vara y el maná son los símbolos perfectos de los tres elementos que entran en la composición del principio fundamental de nuestra fé. Porque la Iglesia católica reverencia y estima sobre todo al libro sagrado que ha recibido de Dios, y le conserva precisamente en el Sancta Sanctorum, como la piedra angular de sus creencias. Pero al lado está la vara de los hijos de Aaron, el cetro del poder y de la autoridad, el emblema de la dignidad y del mando, puesto por el Señor en manos de los gefes y de los Pastores de su Iglesia, y también ella ocupa una plaza honrosa en el santuario, salvo las distinciones que luego espondré. Por último, reconocemos otro elemento no menos necesario ni menos importante para la formación de la fé individual, y es la gracia eficaz y vivificante que Dios mismo dispensa al alma, que hace germinar la fé como virtud en el corazón y dispone este á que proceda á obrar en consonancia, tan luego como se le presenta el medio para ello. Tal es, pues, el triple principio destinado por Dios para conducir el hombre á nuestra Santa Religión: una revelación divina que tenga su fundamento esencial en la palabra escrita; una autoridad infalible para conservar esta, proponerla y explicarla; un auxilio interior para recibirla y adoptarla. Y los símbolos de estos

(1) Exod., XVI, 33.

tres elementos los colmamos de honores como en otro tiempo los israelitas, y los conservamos cuidadosamente en el *tabernáculo de Dios con los nombres*, que es su Iglesia.

¿Cuál es, por consiguiente, hermanos míos, la regla de fé que nosotros admitimos? La palabra de Dios, única y exclusivamente la palabra de Dios. Pero al punto se presenta aquí una cuestión que establece una diferencia capital entre nosotros y nuestros hermanos extraviados, á saber: ¿cuál es la extensión de la palabra de Dios? Puedo decir que los primeros reformadores ensayaron justificar su separación dirigiendo contra nosotros la siguiente acusación: «La Iglesia católica, decían, ha introducido en el principio de su fé otro fundamento que la palabra de Dios; ella admite las tradiciones humanas, las recibe con el mismo título que la palabra de Dios, les da el mismo nombre, les asigna el mismo rango.»—Es pues necesario que yo haga aquí las distinciones que mas arriba he anunciado. Se nos dice: vosotros, católicos, admitís la *tradición*, ó lo que es lo mismo, lo que llamais *palabra de Dios no escrita*.—Tal vez, hermanos míos, no tengais clara inteligencia de estos dos términos. Vosotros sabeis que tambien se nos habla algunas veces del *poder* de la Iglesia de *decretar* dogmas; de la *autoridad* de los Concilios generales, ó de la Iglesia universal, ó del Papa en las *definiciones de fé* y mil otras espresiones semejantes, todas vagas, y equívocas las mas veces. Ningun católico, dotado de buen sentido y de alguna instruccion, desconoce su verda-

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WASEMAN, Tom. I. 11

dero sentido; pero cuando esponemos nuestras doctrinas ante personas que por diversas circunstancias no están en disposicion de comprendernos tan bien, es menester usar de grande precaucion en las palabras y dar definiciones rigurosas de las cosas. Diré, pues, en primer lugar, que el católico, segun el orden providencial que reina en la tierra, no pide otro principio fundamental de su fé que la palabra de Dios escrita. Porque plugo á Dios, y claro es que podia haber dispuesto las cosas de otra manera; plugo á Dios, digo, dar en su palabra escrita una prueba suficiente de la autoridad de que revistió á su Iglesia. Esplicaré mi pensamiento: ninguna doctrina tiene fuerza á nuestros ojos, sino en tanto que descansa en la autoridad del mismo Jesucristo; sin embargo, aunque nosotros desechemos toda doctrina que no esté contenida en las enseñanzas del Verbo hecho carne, de la sabiduría eterna del Padre, esto no nos impide recibir algunas de ellas, que si bien están basadas en su palabra, tienen con ella una ligazon mas lejana, una relacion menos directa. Cuando se trata de la autoridad que la Iglesia se atribuye de definir las materias de fé, y de esplicar ella á sus miembros lo que les propone crean, no podeis pues poner en duda, ni por un solo instante, que ella haga derivar este poder, y la sancion de este poder, de palabras claras, terminante y esplicitas de la Escritura. Luego en el rigor de la palabra podemos decir que, si los católicos admiten doctrinas que no están espresas positivamente en la Escritura, no las admiten sin embargo sino en virtud

de un principio espresamente contenido en la palabra de Dios.

Por palabra de Dios no escrita entendemos un cuerpo de doctrinas que, en virtud del testimonio formal de la palabra escrita, creemos haber sido, no confiado primeramente á la Escritura, sino revelado por Cristo á sus Apóstoles y transmitido despues por estos á sus sucesores. Nosotros creemos, no ya que la Iglesia tenga derecho de introducir nuevos artículos en su símbolo, sino que toda doctrina que enseñe ha existido siempre en ella, y nunca ha dejado de ser enseñada desde el tiempo de los Apóstoles; que de estos fué transmitida á sus sucesores, y de estos hasta nosotros, bajo la misma garantía que sirve de base á todas nuestras creencias, es decir, la promesa de Jesucristo de permanecer con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos, de asistirle, dirigirla, instruirle y enseñar en ella y por ella. Asi, pues, cuando sometemos nuestro juicio á la Iglesia y recibimos implícitamente todo lo que ella enseña, la sancion de su Fundador sirve de base á nuestra fé, y á la enseñanza de Jesucristo mismo es á la que nosotros nos sometemos.

Ya veis, hermanos mios, que la *tradicion*, ó mas bien las doctrinas de que ella es como canal ó conducto; y la palabra de Dios no escrita, son una sola y misma cosa. Pero no vayais á figuraros que los católicos entienden por esto cierto número de opiniones vagas é indeterminadas, que por un antojo del Papa, de un Concilio general, ó de la Iglesia universal, pudieran

transformarse en otros tantos artículos de fé. Esta expresion «palabra *no escrita*» nunca ha querido decir, en el sentido que la damos los católicos, que estos artículos de fé ó tradiciones no se mencionasen en parte alguna. Todo lo contrario: suponed por un momento que entre los fieles se suscita una dificultad acerca de un punto de doctrina; que unos piensan de una manera y otros de otra, y que se juzga necesario ó prudente decidir cuál debe ser la creencia de todos. En este caso la marcha seguida invariablemente por la Iglesia ha sido la siguiente: examina primeramente con cuidado los escritos de los PP. y de los doctores; se asegura de la creencia de los diferentes paises y de los diferentes siglos acerca de ese punto; despues recoje los sufragios de todos los siglos y del mundo entero, no con el objeto de crear un nuevo artículo de fé, sino para definir cuál ha sido siempre acerca de ese punto la fé de la Iglesia católica. Este método, que es el mismo para todos los casos, es esencialmente histórico, y para llegar jurídicamente á una decision cierta se ponen en juego todos los medios que sugiere la prudencia humana. Pero una vez convocada por la Iglesia con este fin una de sus solemnes asambleas, entonces á consecuencia de las promesas divinas de que mas adelante os hablaré estensamente, entonces, digo, creemos imposible que haya el mas pequeño error en los decretos que espida; porque si la Iglesia llegára á caer en error seria el mismo Jesucristo quien nos habria engañado y sus palabras carecerian de sentido.

Así, pues, nosotros no admitimos otra autoridad que la palabra de Dios, escrita ó no escrita; y sostenemos que el derecho de inspeccion ó de tribunal supremo, tan necesario especialmente para esta última, existe en la Iglesia depositaria de esta palabra, porque Dios la ha encargado vele por la conservacion y pureza de las doctrinas que ella ha recibido la mision de enseñar hasta el fin de las edades y á todas las naciones. Ahora que he definido la regla de fé católica, voy á tratar respecto de ella las cuestiones que hemos examinado relativamente á la regla de fé protestante. Os hablaré sucesivamente de su fundamento ó de su autoridad, de su aplicacion y de sus resultados; y no dudo os llenará de admiracion y asombro la perfecta armonía de sus partes entre sí y su conveniencia para el fin que debe proponerse en toda regla de fé.

I.

Hablemos primeramente de su fundamento ó de su autoridad; y aqui no hablo de las pruchas que vienen en apoyo de la regla, que estas me darán materia para dos ó tres discursos muy estensos. Hoy solo me propongo hablaros de la série de razonamientos con que llegamos á la posesion individual del principio.—Así pues, supongamos que no quisiéramos contentarnos con el sucinto método que, me-

«diante el bautismo y las instrucciones que hemos recibido en nuestra infancia, ha hecho germinar la fé en nuestros corazones, y que deseáramos apreciar el fundamento en que esta fé estriba. Naturalmente comenzamos por la Escritura; cojemos los Evangelios y los sometemos á exámen. Por un momento nos despojamos de nuestra fé en su inspiracion y en su autoridad divina. Los consideramos simplemente como monumentos históricos, destinados á trasmitirnos la memoria de ciertos hechos; como escritos ordinarios que nos disponemos á estudiar únicamente con el objeto de aprender allí conocimientos útiles. Y ya desde el primer paso observamos que estos libros nos presentan así en su sustancia como en su forma todos los motivos apetecibles de credibilidad humana. Allí vemos no hay nada que pueda hacer concebir la mas ligera sospecha de que los autores hayan querido engañarnos ni de que ellos mismos hayan podido engañarse. Los testimonios estrínsecos que acompañan á estos libros bastan para convencernos de que han sido efectivamente compuestos en la época que nos marcan y que las personas cuyo nombre llevan son ciertamente sus verdaderos autores. Y como estos han sido los testigos oculares de los acontecimientos que refieren, y como ademas por su vida y su carácter nos dan una completa seguridad de su veracidad, nos vemos precisados á concluir que todo lo que refieren es necesariamente verdadero. De este modo llegamos á descubrir que, á la par de la simple narracion de los hechos, desenvuelven un sistema de

religion que ellos dicen haber recibido de un hombre que obró los prodigios mas estupendos para demostrar ante los pueblos y confirmar la divinidad de su mision. En otros términos: por sola la evidencia del humano razonamiento nos vemos conducidos á reconocer la autoridad del Mesías como enviado de Dios; somos necesariamente conducidos á dar una fé implicita á todos los puntos de su enseñanza. Hasta aqui la investigacion versa únicamente sobre hechos exteriores y visibles, no exige otras pruebas que pruebas históricas y puramente humanas.

Asentada de este modo la divina autoridad del Mesías, procedemos naturalmente á la investigacion de su enseñanza, de sus doctrinas; y muy luego descubrimos que no se contentó con revelar al hombre principios generales de moral, doctrinas tan sublimes que nadie hasta entonces habia tenido idea de ellas, doctrinas que nos recuerdan los misterios de nuestro origen y de nuestra caida y descorren el velo de nuestro destino; descubrimos, digo, que no se contentó con esto, sino que ademas el Salvador proveyó tambien á que se conservaran entre los hombres. Y aparece bien claro que no trabajó solamente para la época en que vivió, y que no fué solo para sus contemporáneos para los que dispuso fuese provechosa su palabra; sino que quiso se aprovecharan de ella y de sus trabajos todas las generaciones que habian de sucederse hasta la consumacion de los siglos. Su Religion, pues, debia estar asentada sobre una base fundamental, debia igualar en du-

ración á las necesidades de la humanidad, á las cuales ofrecia un remedio. Por manera, que por el encadenamiento lógico de nuestras investigaciones somos conducidos inevitablemente á preguntar por qué medio serian preservados del olvido estos deberes que él imponia al hombre; en qué lugar inviolable serian depositadas estas verdades selladas con su sangre y que no debian perecer; porque si no debian perecer, era preciso atender al medio conveniente de perpetuarlas sobre la tierra.

Entonces encontramos muchos pasages cuyo sentido es incontestable y que nos enseñan que nuestro muy amado Salvador, no contento con prometer la permanencia de sus doctrinas entre nosotros, ó mas bien de imponerlas á la fé de todos los hombres, se empeñó y comprometió él mismo á proveer actualmente á su perpétua conservacion. Con este objeto eligió algunos hombres, los invistió de una autoridad extraordinaria, de un poder igual al suyo, y agregó la promesa de permanecer en medio de ellos hasta el fin de los siglos y de continuarles sus enseñanzas. Lo épito, de este modo el católico se ve llevado por la evidencia misma á concluir que siempre ha existido y debe existir actualmente en el mundo una institucion cuyo destino sea velar por la conservacion de las doctrinas, por la continuacion de los celestiales socorros que al Hijo de Dios plugo conceder al hombre.

Despues de esta série de razonamientos que no tienen otro fundamento que la historia y que basta-

rian para convencer, aunque fuese á un infiel, de la divina mision del Salvador, ya desde entonces nos apoyamos en la palabra misma de Jesucristo, que estos motivos puramente históricos nos obligan á admitir, para reconocer la existencia de un cuerpo, de una corporacion depositaria de las doctrinas establecidas por el Mesías. Esta corporacion ó esta sucesion de personas, constituidas guardadoras de las materias de fé, designadas como herederas de los Apóstoles, y como poseedoras de la garantía de que el Divino Fundador continuará siempre enseñando en medio de ellas; ved ahí lo que nosotros llamamos Iglesia. A contar desde ese momento, el católico está seguro de haber encontrado un cuerpo docente que goza de una autoridad divina, y en sus demas investigaciones no ha menester de repetir sus anteriores pasos, no ha menester de apelar de nuevo al testimonio humano. Porque desde el momento que tiene la certeza de que Jesucristo ha instituido una sucesion de hombres que mediante una asistencia sobrenatural están encargados de preservar de toda alteracion las doctrinas reveladas, forzoso le es admitir toda entera la enseñanza de estos hombres, puesto que están revestidos de esa misma autoridad divina que los milagros del Salvador le habian obligado en un principio á reconocer en su persona. Con efecto: esta corporacion, cuya existencia y autoridad están invenciblemente demostradas, desempeña inmediatamente respecto de él el oficio de la enseñanza; le enseña que el Sagrado Libro que él ha considerado hasta entonces como una

mera narracion histórica, que él ha estudiado con solo el ausilio de sus propias luces, pero con un interés sólemne y profundo; le enseña, digo, que este monumento exige de él un grado de respeto y de atencion que no es posible prestarle por motivos puramente humanos. Asi la Iglesia se presenta á él con la autoridad de que Jesucristo la revistió y le dice: «En virtud de la asistencia divina que me está garantida por las palabras de Jesucristo, en las que tú crees, proclamo que este libro contiene la palabra revelada de Dios, que ha sido escrito por inspiracion del Espíritu Santo y que encierra todo lo que tiene derecho al mismo titulo.» Ved pues, cómo de este modo el católico, por medio de la autoridad de la Iglesia, ha llegado al conocimiento de estos dos puntos fundamentales, cuales son, el cánón y la inspiracion de las Santas Escrituras; y ya en nuestra primera conferencia vimos que es casi imposible, si es que no enteramente imposible, llegar á ese término por medio de simples investigaciones humanas.

Pero tal vez se nos diga: “Vosotros discurrís partiendo de dos testimonios que se sirven recíprocamente de base; probais la Iglesia por el testimonio de la Escritura y creéis en la Escritura por la autoridad de la Iglesia.”

Podria yo contestar que este argumento no es mas que un sofisma. Cuando un embajador se presenta en la corte de un soberano, se le piden sus credenciales, las entrega, y entonces en virtud del testimonio que ellas dan se le recibe con los honores debidos á su

clase. Por manera que el embajador es quien presenta primero el documento en virtud del cual se reconoce su poder y su mision. Vosotros mismos ¿en virtud de qué autoridad recibís las leyes de vuestro pais? ¿No es en virtud de la autoridad de la legislatura que las sanciona y las promulga? ¿Y de dónde tiene esa legislatura el poder de jurisdiccion en virtud de el cual hace esas leyes? ¿No es de ese mismo código, de esos mismos estatutos que ella sanciona? Y en uno y otro caso, ¿no es rigurosa é incontestable la consecuencia? Pues bien : de una manera enteramente análoga es como los católicos proceden. ¿Por qué, pues , Burnet y otros los acusan de incurrir en un círculo vicioso?

Pero de hecho, la objecion se apoya en un dato falso. En el rigor de los términos nosotros no creemos en la Iglesia por la autoridad de la Escritura, sino por la autoridad de Jesucristo. Si las promesas de Jesucristo, de que ella es objeto, se hallaran consignadas en cualquier otro documento, no inspirado, pero cuya veracidad nos fuera demostrada, las recibiríamos con la misma fé, y por consiguiente establecerian del mismo modo á nuestros ojos la autoridad de la Iglesia. Porque no hay que olvidar que en nuestro primer exámen hemos considerado al Evangelio como un mero documento histórico que nos ha conducido al conocimiento de un hombre investido de una autoridad divina en sus actos. De este punto de vista hemos partido para examinar sus enseñanzas, y hemos descubierto: 1.º Que este hombre, apoyado en su di-

vina mision, de la que habia dado irrefragables pruebas, habia concedido su propia autoridad á otros hombres para que enseñasen en su nombre. 2.º Que este cuerpo docente, en virtud de ese poder de que ha sido revestido por su Fundador, nos manda recibir ese libro sagrado como palabra de Dios.

Acaso no falten quienes se imaginen que, salvas algunas pequeñas diferencias, tambien el protestante puede llegar por el mismo camino á la demostracion de su regla de fé. Cierito es que el protestante nos sigue paso á paso hasta cierta distancia; admite como nosotros el Evangelio, en virtud del testimonio de la historia, y esta autoridad puramente humana le basta para dar su adhesion á todo lo que Cristo ha enseñado. Pero al llegar á este punto del camino, nos separamos. Nosotros tomamos entonces por guia los pasages que nos aseguran que la enseñanza está confiada á las manos de la Iglesia; él, por el contrario, parte del supuesto de que la Escritura debe ser la regla de su fé. Hermanos mios, os ruego me presteis vuestra imparcial atencion interin os esplico la diferencia que hay entre estos dos métodos.

Primeramente: cuando, segun el método seguido por nosotros, damos nuestra adhesion á la Escritura, no recibimos solamente cierto número de pasages, sino la Escritura toda, y en todo su contenido; y todo argumento que demuestre que es preciso recibir la Escritura como regla absoluta de la fé, el católico está dispuesto á adoptarle, y adoptarle con gratitud; porque el católico, admitiendo la autoridad de

la Iglesia, para definir lo que es inmutablemente la palabra de Dios escrita, recibe esta palabra como su regla y se propone mantenerla tan fuertemente, como pudiera hacerlo en cualquiera otra confesion religiosa. Pero por otra parte, al mismo tiempo que tiene pasages que prueban que la Escritura es la regla de fé, tiene otros que confieren á una autoridad viviente el poder de enseñar, y estos últimos pasages tienen que ser desechados ó esplicados de otro modo por los que sostienen que la Escritura es la esclusiva regla de fé. A sus ojos, estas dos clases de textos son incompatibles; pero á los nuestros se armonizan perfectamente. Luego al paso que nosotros admitimos sin dificultad todos los argumentos que se aducen en favor de la Biblia, nuestros adversarios se ven en la necesidad de responder á los poderosos testimonios que demuestran nuestro modo de pensar.

En segundo lugar: si la autoridad de la Escritura como regla de fé es perfectamente compatible de ese modo con la existencia de una potestad docente, entonces la existencia de esta potestad docente excluye, no ya la Escritura, sino la suficiencia de la Escritura respecto de la fé. Porque donde quiera que se admite una autoridad suprema y que al hombre se manda la obedezca, es imposible eximirse de su jurisdiccion. Luego no puede recibirse la Escritura sino conciliándola con la existencia de la autoridad suprema de que en materias de fé ha sido investida la Iglesia.

En tercer lugar: se nos deben oponer testimonios

de la Escritura, tan fuertes por lo menos como los que nosotros alegamos en nuestro favor: textos formales que demuestren positivamente, no ya que el uso de la Biblia es útil y provechoso, sino que basta en lo relativo á la fé; no textos que nos esciten á consultar los libros santos en algunos determinados puntos, sino que nos impongan el deber de sacar de ellos todo en materia de doctrina. Deberian aparecer en ellos algunas palabras de Jesucristo ó de los Apóstoles en que se viera clara y terminantemente espresado el precepto de arreglar nuestra fé únicamente por la palabra escrita; porque, al fin, cuando se sanciona una regla ó un principio y se somete á él nuestra conducta, es de primera necesidad espresarle abiertamente y dar de él una definicion esplicita, á fin de que el hombre sepa á qué atenerse en esta parte y nunca se vea en dudas acerca de la ley que debe dirigir y regular su vida. Por eso no nos contentamos nosotros con vagas alusiones á la autoridad de la Iglesia, que esto no seria á nuestros ojos una garantía suficiente de su enseñanza: nosotros creemos tener testimonios irrecusables y positivos en favor de su autoridad como regla de fé, y de la obligacion en que estamos de obedecerla y de conducirnos con arreglo á sus decisiones.

Pero oid todavía una nueva y mas importante diferencia entre uno y otro método y en la que sin duda habreis reparado ya vosotros mismos. Cuando el católico abandona en el curso de sus investigaciones el terreno profano por donde hasta entonces habia,

caminado y pone por primera vez el pie en el terreno sagrado; cuando ha llegado ya á deducir que la enseñanza del Salvador estaba apoyada en una autoridad divina, entonces ya desde ese momento no tiene necesidad de apelar al testimonio del hombre. Para cada paso que dá despues hasta su última conclusion, tiene la sancion del mismo Dios. El Salvador invistió de una autoridad divina á la Iglesia; y esta Iglesia, en virtud de esta autoridad, sanciona como divinos los libros de la Escritura.—Pero someted al análisis el método opuesto; suponed que habeis llegado á reconocer la divinidad de Jesucristo y la autoridad de que los Apóstoles fueron depositarios, y que entonces escojeis las palabras que parecen indicar que la Escritura es la regla de fé. En buen hora: quiere decir que teneis una seguridad todavia vaga de que todos los escritos inspirados deben ser recibidos por vosotros como la guia y regla de vuestras creencias religiosas. Pues bien: en ese caso el primer paso que debeis dar es determinar cuáles son los escritos inspirados. Pero si la Iglesia no goza de una autoridad divina para decidir esta cuestion, tendreis que ir á buscar su solucion en testimonios humanos. Luego en este estudio subsiguiente de la Escritura, abandonais la autoridad del Salvador y de los Apóstoles para volver á nuevas investigaciones históricas, puesto que antes de volver á cojer el hilo de vuestro primer razonamiento, es necesario descubrir todo lo que tiene un título real y verdadero á la inspiracion. ¿Os convenceis pues de que adolece de un vicio esencial y

radical ese método que se nos presenta como paralelo al nuestro y como suficiente para demostrar la competencia y la eficacia de la Escritura como regla de fé?

Hé ahí, pues, el método sucinto que conduce á la fé católica; ahí teneis la marcha que seguiria todo católico instruido, si juzgara á propósito verificar y comprobar por sí mismo los fundamentos de sus creencias; por una série de consecuencias lógicas y perfectamente eslabonadas llegaria al conocimiento de la inspiracion de las Santas Escrituras. Pero antes de terminar esta parte de mi discurso, permitidme que aun cuando despues tenga que desenvolverlo con mas estension, haga un cotejo entre la ley antigua y la ley nueva, consideradas como reglas de fé. De este cotejo resultarán grandes y útiles noticias y aclaraciones que confirmarán sobre manera las consideraciones precedentes. Vemos en efecto que á los judios les fué dada una ley escrita, pero que tambien se dió orden terminante de escribirla: Moisés debió confiar á la Escritura hasta en sus mas pequeños pormenores los preceptos que él recibia directamente de Dios, puesto que cada siete años, durante la fiesta de los Tabernáculos (1), debia leerse esta ley solemnemente al pueblo. Además, esta ley estaba de intento de tal modo ligada á las acciones cuotidianas, á los intereses domésticos de la nacion judáica, que ca-

(1) Deuter. XXXI, 10.

da uno de sus individuos estaba obligado á tenerla continuamente á la vista, á fin de adquirir un conocimiento circunstanciado de sus numerosos reglamentos y estar todos los dias de su vida dispuesto á conformar su conducta á la disposicion legal. Este es, y así lo confieso, el carácter de una ley escrita, que no ha sido formada de documentos diversos, añadidos accidentalmente, por decirlo así, unos á otros; sino que se ha tenido cuidado de completar de una vez y de comunicarla en seguida á aquellos que por ella debian regirse.

Por la misma razon, si el Salvador hubiera tenido la intencion de conducirnos al conocimiento de nuestros deberes por un código escrito de moral y de fé, naturalmente deberíamos esperar que hubiese dado á sus discípulos la orden ó encargo siguiente: “Recojed todas mis palabras y todas mis acciones, y ponedlas cuidadosamente por escrito; y á fin de que estos escritos jamás se vean espuestos á caer en el olvido, multiplicareis su número y los esparcireis entre los fieles para instruirlos y guiarlos, porque lo que vais á poner por escrito formará un Código de leyes, por el cual tendrán que arreglar su conducta todos los hombres, y segun el cual todos serán despues juzgados.” Y bien: ¿hay en la ley nueva una sola palabra que haga sospechar se diese á los Apóstoles orden semejante? ¿Dónde descubris que el Salvador quisiese que se confiara á la Escritura ni una sola de sus palabras?

Si examinamos la historia misma de los escritos

B. del C.—TOMO IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, TOM. I. 12

apostólicos, fácil será convencernos de que todos fueron compuestos con un objeto accidental, de resultas de circunstancias locales y personales que parecían hacerlos necesarios. Es probable que careciéramos de las partes mas bellas del Nuevo Testamento, si desde los primeros días de la Iglesia no se hubieran suscitado errores y abusos. Si el Apóstol muy amado, San Juan, no hubiera sobrevivido, por una especial proteccion de la Providencia, á los tormentos de su martirio, ¿quién habria completado el libro divino? San Lucas y San Mateo escribieron cada cual para una clase especial de lectores, para un pais determinado, ó hasta para ciertas personas. Sabemos tambien que las Epístolas de San Pablo fueron dirigidas á diferentes iglesias, y que el grande Apóstol no tenia otro objeto que responder á dudas, resolver dificultades propuestas por esas iglesias, y á las veces tambien corregir ciertos abusos que accidentalmente se habian introducido entre los fieles. Un exámen mas profundo de estas magníficas cartas muestra que San Pablo, lejos de definir y explicar un gran número de nuestros dogmas mas importantes, no los menciona sino incidentalmente, entre paréntesis, y en forma de aclaraciones ó esplicaciones.

Ahora bien: paréceme que esta marcha es lo inverso de un plan regular y bien definido; y ¿la habria Dios adoptado, si hubiera querido darnos un código completo de leyes? El contraste aparece evidente cuando se compara la manera con que una y otra ley han sido dadas. A Moisés se le dió una orden expresa

de que escribiese la ley que por ministerio suyo daba Dios á su pueblo, y la conservase con el mayor cuidado en toda su integridad, ora multiplicando los ejemplares, ora depositando el original en el Santuario. Pero aún no está toda la dificultad en este contraste, porque todavía con mayor sorpresa observamos que en la ley mosaica en que hemos visto reunidos todos los caractéres de una legislacion escrita, de un código redactado de orden esplicita del Legislador supremo, observamos, digo, que á pesar de todo esto no estaban confiadas á la Escritura las doctrinas mas importantes. Los judíos poseian un conjunto de tradiciones sagradas en cuyo número se contaban dogmas de un orden mas vital y mas elevado que aquellos cuya memoria conservaban los sagrados libros. En apoyo de esto podria citar el testimonio de un autor que ha publicado acerca de este asunto, y aun no hace muchos años, una obra notable por su erudicion y profundidad; autor que es uno de esos hombres de que os hablé en mi primer discurso y á quien la fuerza del razonamiento condujo á la fé católica por las vias mas diversas. Educado en el judaismo, versado en el conocimiento de los escritos rabínicos, abjuró la religion de sus padres para hacerse denodado apologista del catolicismo. El motivo de ello fué, como aparece de todo el contesto de su obra, que habia hallado en su nacion una série de tradiciones antiguas que solo en el catolicismo han tenido su desenvolvimiento, todo un sistema de teología mística que solo nuestra Iglesia ha conservado.

y continuado. Hablo del sábio Molitor y de su obra tan profunda y tan conocida con el título de *La filosofía de la Historia ó de la Tradicion*.

Los que de entre vosotros quisieran averiguar la doctrina de los judios bajo este aspecto, descubrirán, ora por sus investigaciones, ora por un estudio atento de este estimable autor, que desde los primeros tiempos de la nacion, desde el momento en que fué promulgada la ley mosaica, hubo en ella un gran número de preceptos no escritos, confiados á la custodia de los sacerdotes y comunicados poco á poco por estos al pueblo hebreo; preceptos á los cuales apenas si se encuentra alusion alguna en los libros sagrados. No necesitaríais largas investigaciones para convenceros de la verdad de este hecho importante, porque es incontestable que en tiempo del Salvador los judios estaban en posesion de muchos puntos de doctrina de una importancia vital y de los cuales seria sumamente difícil hallar vestigios en la Escritura. No ignorais que un teólogo de la iglesia establecida (la anglicana), Warburton, ha compuesto un tratado para demostrar la divina legacion de Moisés, por el extraño motivo de que este patriarca llegó á fundar una república é imponerla un código de leyes, sin sancionarle con la promesa de una vida futura. Con razones bastante plausibles sostiene que no es posible hallar un testo positivo en los escritos de Moisés ni de los primeros judios en favor de la inmortalidad del alma y de un lugar de recompensa ó de castigo en la otra vida. Vosotros mismos, y os ruego refresqueis vuestra memo-

ría acerca de esta materia, vosotros mismos os veríais muy apurados si acerca de esas verdades fundamentales tuviérais que convencer á alguno con solo el auxilio del Antiguo Testamento, y de modo que pudiérais dar á vuestras pruebas el carácter de una rigurosa demostracion. Pero ¿consiste acaso esto en que los judios no admitian estos dogmas? ¿no los conocian siquiera? Pero esto no puede ser, porque sus propios escritos y sobre todo numerosos pasages del Nuevo Testamento demuestran, sin género alguno de duda, que entre ellos era enseñada y generalmente recibida la doctrina de la vida futura y de la resurreccion. Ahí pues teneis un punto esencial, no de la religion natural, sino de la Religion revelada que no pudo ser trasmitido sino por medio de una enseñanza secreta y de la tradicion hasta la ley nueva que le recibió de la ley antigua, le desarrolló y le sancionó de nuevo. Esto es tan cierto que los saduceos, y despues los karaitas, formaron una secta particular entre los judios, porque no creian en la tradicion, ni por consiguiente en la resurreccion de los cuerpos y en la espiritualidad del alma (1). Tambien vemos á San Pablo unirse á los fariseos, no como á una secta, sino como á la parte ortodoxa de la sinagoga, porque tenian estos dos dogmas importantes: “Yo soy fariseo, y hé hijo de fariseo, y se me quiere condenar por la esperanza que tengo en la otra vida y en la resurrec-

(1) Véase Molitor, tom. 1, cap. 3.

cion de los muertos... Porque los saduceos dicen que ni hay resurreccion, ni ángeles, ni espíritu, mientras los fariseos reconocen uno y otro (1)." Como tales tambien reconoce el Salvador á estos últimos, si bien teniendo cuidado de distinguir entre los principios relajados que habian introducido en la moral, y su autoridad en materia de dogmas; bajo el respecto de la doctrina, los miraba como los legítimos sucesores de Moisés (2).

Cuando el Mesías deducia la sublime doctrina de la resurreccion futura de que Dios era llamado el Dios de Abraham y de Jacob, el Dios de los vivos y no de los muertos, apenas se descubre al primer golpe de vista el enlace que une la conclusion á las premisas. ¿Cómo el titulo de *Dios de Abraham*, que el Todopoderoso se atribuye, puede demostrar el dogma de la resurreccion? Pero ya no nos sorprenderá la impresion que semejante argumento causó en el ánimo de los que rodeaban al Redentor, si reflexionamos acerca del modo de discurrir de los judíos sobre esta materia, de la indisoluble union que á sus ojos existia entre el dogma de la supervivencia del alma y el de la resurreccion del cuerpo (3).

Por la misma razon nos asegura el Salvador que Moisés dió testimonio de él; y por eso tambien con-

(1) Act. Apost. XXIII, 6-8.

(2) Matth. XXXIII, 3.

(3) Matth. XXII, 32.

versando por el camino de Emmaus con dos de sus discípulos, les cita la autoridad de Moisés para probarles que era necesario que él padeciese y de ese modo entrase en su gloria. Pero en vano buscaremos en los libros de Moisés el dogma importante de la necesidad de la muerte del Mesías para la redención de su pueblo. Luego ¿en dónde se habia conservado? ¿Dónde? en las tradiciones de los judios, como se vé por sus obras posteriores.

Otro ejemplo nos presenta el Nuevo Testamento. Cuando el Salvador propuso á Nicodemus el dogma del renacimiento espiritual ó de la regeneracion, y Nicodemus no le comprendió ó afectó no comprenderle, le dijo: “¿Eres maestro en Israel é ignoras estas cosas? (1)” Esta reprension implica necesariamente una cosa, á saber: que Nicodemus, como maestro en Israel, debia tener conocimiento de esta doctrina. Ahora bien: decidme, ¿en qué lugar de la ley antigua habria podido adquirir este conocimiento, á no ser en el tesoro de las tradiciones preciosamente conservado por los sacerdotes y doctores?

En los escritos posteriores de los judios hallamos claramente espresado, y en términos casi semejantes á los que leemos en san Juan, la creencia en la Santísima Trinidad y en el misterio de la Encarnacion. Las primeras obras no inspiradas de los rabinos hablan del Verbo de Dios como de alguna cosa de

(1) S. Juan, III, 11.

igual y coeterna al mismo Dios (1). Estos dos misterios son esencialmente del dominio de la Religión revelada, y de ellos apenas hallais vestigio en la ley escrita. Luego el depósito de ellos se había confiado al sacerdocio y sido conservado inviolablemente por él hasta el tiempo de Jesucristo. No necesito añadir que los judíos reconocen esta transmisión de una doctrina mas importante por el canal de la tradición. El sábio autor de que poco há os he hablado, pone fuera de duda este punto. Yo me contentaré con referiros, que entre los tratados mas antiguos y mas estimados de los rabinos, hay uno que los judíos, al menos los de Italia, ponen en las manos de sus hijos para su instruccion elemental; y en él se dice espresamente que en el Sinaí, ademas de la revelacion escrita, recibió Moisés una revelacion oral y puramente tradicional, que confió á la enseñanza de los sacerdotes (2).

Me he detenido en estos diferentes ejemplos para mostraros la fuerza victoriosa que deberían tener los argumentos que establecieran una regla de fé exclusiva de toda enseñanza tradicional. Así hemos visto que una ley escrita habia sido espresamente impuesta á un pueblo, pero sin escluir una ley no escrita; aún mas, á esta última estaba confiada exclusivamente

(1) Los *targums* ó paráfrasis caldaicas, en que aquellas palabras *Dios se dijo a sí mismo* se traducen por estotras: *Dios dijo á su Verbo*.

(2) Perke Aboth.

la transmision de los dogmas mas importantes. Por consiguiente, cuando llegamos al exámen de las autoridades en que se apoya, tenemos derecho á exigir que se nos den razones enteramente concluyentes para demostrar que la Escritura es, no solo la regla de fé, sino tambien la regla de fé *esclusiva y suficiente por si misma*. De otro modo, cualquiera que fuese el número y la fuerza de los testimonios, difícil nos seria admitir que escluyen la enseñanza de la tradicion, aun cuando viéramos que de órden espresa del cielo se ponia por escrito la ley.

II.

Hermanos mios: acabamos de recorrer juntamente el camino sencillo y cómodo que nos ha conducido al conocimiento de las Santas Escrituras y á la certidumbre de su integridad. Pero tal vez digais: “¿Qué hemos ganado con esto? ¿En qué es mejor nuestra condicion que la de los demas? Aun dista mucho de que hayamos llegado al término de nuestras investigaciones. El método que nosotros seguimos ¿no nos impone el deber de someter á examen la autenticidad de los libros sagrados? ¿Qué fé debemos dar á los acontecimientos que en ellos se refieren? Porque al cabo es necesario asegurarse de lo que Jesucristo ha dicho acerca de su Iglesia.”—Me veo, pues, obligado á es

poneros lo que nuestra regla de fé es en la aplicacion. Es tal la sencillez de la doctrina católica que ante ella desaparecen todas estas dificultades, y se hace mas fácil en su adopcion la regla de fé de nuestra Iglesia y al mismo tiempo puede dar márgen á las profundas investigaciones de la ciencia. La Iglesia católica enseña y cree (notad que no demuestro ahora la verdad de nuestras doctrinas, que no hago mas de esponerlas á fin de daros una idea de lo que mas adelante probaré); la Iglesia católica, digo, enseña y cree que la fé no es producto del ingenio del hombre, ni el resultado de sus estudios é investigaciones, sino una virtud que solo Dios infunde en el alma por medio del bautismo. La creencia de toda Iglesia que administra el bautismo á los niños debiera ser uniforme en este punto. Es verdad que, en el artículo relativo á este sacramento, la iglesia establecida (la anglicana) pretende que por el bautismo *la fé es confirmada, y aumentada la gracia*; lo cual supondria que la fé existia ya en el alma antes de la recepcion del Sacramento. Pero dejando á un lado esta anomalia que dificilmente podria esplicarse, ello es cierto que la idea misma de administrar el Sacramento del Bautismo á los niños, supone que á la persona que le recibe la comunica un principio vivo y vivificante, es decir, la fé de la Iglesia de que se hace miembro. Si, pues, se considera á la fé como un principio comunicado por Dios, síguese de ahí que en el alma purificada del pecado, adornada con las virtudes anejas al Bautismo, este principio vivo y esencialmente

activo, está siempre dispuesto, tan luego como se pone en relacion con el elemento sobre que se ejerce, á producir la plenitud de sus efectos. Por consiguiente, tan luego como las creencias religiosas se proponen al hombre, y la inteligencia capaz de comprenderlas se pone en relacion con ellas, de cualquier manera y por cualquier medio que esto sea, desde ese momento la virtud de la fé ha hallado el objeto propio para que ejerza su actividad; los dos elementos necesarios se ponen á la vista, esto es, la verdad actual y la facultad de recibirla comunicada por Dios. Por consiguiente, la consecuencia inevitable es que el hombre se adhiere á la verdad en virtud de un fundamento sólido, bajo la influencia de un principio vivo y divino. Al contrario, suponed que el hombre no admita nada sino lo que él mismo haya descubierto; que no se adhiera á ninguna verdad que él mismo no haya comprobado; entonces hay que suponer tambien que, antes de su primer acto de fé, hubo un intervalo de infidelidad absoluta, positiva ó negativa durante la cual ni siquiera podria adherirse á la verdad fundamental puesto que aún no la habia descubierto. La manera tan sencilla con que procede el católico, pone al niño que llega á la edad de la razon en estado de apoyarse, al formar su primer acto de fé, en motivos que le son propios. La Iglesia le conduce despues al completo conocimiento de los motivos y razones de sus creencias; le alienta á hacer uso de sus facultades, á dedicarse á las investigaciones de la ciencia á fin de demostrar y confirmar por

todos los medios posibles las verdades que ella enseña y que nosotros recibimos en nuestra primera educacion. Tengo, pues, razon en hacer observar aqui que la regla de fé católica, al paso que está a alcance de los entendimientos mas rudos, presenta tambien á los hombres de ingenio y de ciencia la ocasion de ejercitar sus facultades naturales.—Basta pues lo dicho acerca de la facilidad de su aplicacion: pocas palabras me bastarán tambien para mostrar que es proporcionada á su fin.

III.

En mi última conferencia os dije que el fin natural de toda regla y de toda ley, y por consiguiente de toda regla de fé, es conducir los hombres á la unidad de principio y de accion. Os he hecho observar que por la esperiencia está suficientemente demostrado que la regla de fé protestante produce resultados diametralmente opuestos; que aleja los hombres, en vez de acercarlos y allegarlos á esa union que le es esencial producir; en una palabra, que los conduce á la adopcion de opiniones contradictorias profesadas todas precisamente en virtud del mismo principio de fé. Pues bien: estudiad ahora bajo el mismo concepto el principio de la fé católica y vereis que produce naturalmente la plenitud de sus resultados; que su tendencia nece-

saria es llevar todas las inteligencias y todas las opiniones á la mas perfecta unidad, á la adopción de un solo símbolo. Porque no bien el católico ha puesto en duda, no ya solamente el principio de su fé, sino uno solo de los puntos de doctrina á que sirve de fundamento, uno solo de esos dogmas que la Iglesia ha recibido el encargo de conservar y de enseñar, cuando esta le mira ya desde ese momento como rompedor del lazo que le unia á ella. La Iglesia exige una obediencia de tal modo implicita, que ella corta sin reserva de su cuerpo todo miembro que deje de adherirse á un solo punto de su doctrina, cualesquiera que por otra parte sean sus méritos personales y el celo y talento que en su servicio haya empleado anteriormente. En estos últimos tiempos hemos visto mas de una de estas caídas terribles y lamentables.

Pero, hermanos míos, ¿no es esto una tiranía? ¿No es esto imponer al hombre un yugo de hierro, encorbar contra su gusto esas potencias y facultades que ha recibido del Criador con entera libertad de dirigir él mismo su ejercicio?—Quien así pensase no comprendería el principio de la unidad católica. Yo sé muy bien que se tiene la costumbre de comparar el poder de la Iglesia á la dominación tiránica de un conquistador sobre pueblos vencidos; el ardor con que ella se esfuerza por someter á sus leyes las diferentes partes del universo, al sentimiento de orgullo que hinche el corazón de un potentado cuando recibe los tributos de naciones lejanas, al gozo insensato que experimenta cuando triunfa de las libertades humanas, y á almas

iguales á la suya en dignidad, las ve encadenadas en derredor suyo y por él con las cadenas de la esclavitud. Pero los que conocen los sentimientos que de una y otra parte acompañan á la sumision á la Iglesia, saben muy bien cuán engañosos son estos colores.

En la concepcion de una Iglesia cristiana, nada es tan bello como la idea de una perfecta unidad en las creencias. Esta idea halaga á la imaginacion, porque es la consagracion de los primeros y fundamentales principios de toda sociedad. En efecto: la union social tiene por objeto refundir el sentimiento personal en el sentimiento general, fijar la atencion en toda la raza mas bien que en el hombre individual. A este modo el principio de unidad religiosa nos conduce á amar á los hombres, no ya como á hermanos segun la carne, sino por un motivo mas sagrado y mas divino; á cada miembro de la comunidad le inspira todo lo que puede servir de relacion reciproca entre las almas, todo lo que puede estrechar y santificar los vínculos mas caros é íntimos de la naturaleza. Si solo la idea de una sociedad en que los hombres, unidos entre sí por lazos reales ó imaginarios, hubieran marchado siempre á la par en los campos de batalla, trabajado en comun y con la misma energia por el bien público, pareció á los antiguos una concepcion tan bella, y aun tan celestial, que se habrian puesto de rodillas ante la realizacion de semejante gobierno; ¿qué deberemos pensar nosotros de la union santa que reina entre unos hombres que no se consideran ya como partes diversas de

una comunidad, sino como miembros de un solo cuerpo místico? Y no es el sentimiento de la necesidad mútua lo que les hace obrar de acuerdo; no es el vínculo de la carne ni los intereses mundanos lo que así los acerca; están unidos á su única cabeza, centro de movimiento y de acción, donde el pensamiento toma su sublime vuelo como en su propia esfera. Establécense entre las almas las relaciones mas íntimas; de una en otra circula la vida y se corrobora con su mútua influencia. No se llevan al tesoro comun los tributos ni los dones que la tierra estima, sino que cada cual lleva los mas suaves perfumes de la virtud, ornamento el mas precioso de nuestra naturaleza. El fiel no dirige sus miras á la adquisicion de una gloria que pasa; no está encadenado á su semejante, cual lo están los guerreros en un campo de batalla, por el vínculo del odio, en presencia del mismo enemigo; él levanta mas alto sus miradas, busca en una sonrisa pacífica de los cielos los trofeos y recompensas que le aguardan despues que haya dado su carrera en el combate universal del amor. ¡Unidad magnífica! su influencia triunfa de todo otro sentimiento en el hombre; sobrenada á través de las simpatías y oposicion de caracteres y de nacionalidades; estiende su vuelo mas allá de las montañas, de los rios y de los mares; y en la boca de las naciones mas lejanas, y mas desemejantes en costumbres y en gustos, pone un cántico, un solo y mismo cántico de alabanza, y en su alma un solo símbolo, y en su corazon un solo sentimiento de caridad. Y esas innumerables muche-

dumbres que no tienen mas de un corazon y un alma, caen de rodillas ante un mismo altar, y de todos estos lábios parten otras tantas cadenas de oro cuyo último anillo se confunde en la mano de Dios, centro único de la fé de todos, manantial primitivo de la uniformidad de pensamiento que une las inteligencias en la verdad. De cierto que esta seria seguramente la idea que os complaceríais en concebir acerca de la eficacia de la regla que Dios habria dado á los hombres para conducirlos á la unidad de creencia. Pues bien: esta regla existe en la Iglesia católica: los resultados que acabo de enumerar, los está produciendo ella todos los dias.

Agrada ademas al católico esta idea, porque ella tiende tambien naturalmente á igualar todas las inteligencias cuando están colocadas bajo el escudriñador ojo de Dios. Para nosotros la Religion es un pozo profundo de donde cada cual acude con su propio vaso y saca y lleva una cantidad diferente de agua segun son diferentes sus fuerzas y su capacidad; es una fuente de agua viva, que corre siempre en abundancia y salta hasta la vida eterna; todo el que acerque sus lábios á sus vivificantes raudales, apaga allí su sed con la misma [avidéz. Aquí desaparece en el hombre interior esa distincion que Santiago condenaba en el hombre exterior; este no alcanza un puesto mas elevado porque lleve un anillo en sus dedos, y el pobre no se sienta á los pies de aquel porque lleva sobre sus espaldas un manto de púrpura. Al contrario, vemos acor-

des en unos mismos sentimientos todos los cora-
zones, reducidas y abatidas á la misma simplici-
dad de fé todas las inteligencias, hasta el punto que
la mas sublime y la mas grosera se mantienen unidas
al nivel sobre el mismo fundamento. Pero ¿qué digo,
reducidas y abatidas? Antes bien, ambas se ven lle-
vadas en alas de la misma verdad divina hácia una
esfera de concepciones tan elevadas sobre toda hu-
mana sabiduría, que á aquella altura apenas es per-
ceptible la distancia que en el órden natural separa
á esas dos inteligencias.

Pero esta idea de la unidad religiosa no solamente
satisface por su belleza á nuestra imaginacion; á ella
van ligadas tambien todas las nociones que la razon
nos sugiere acerca del carácter intrínseco de la ver-
dad. La verdad por su naturaleza debe aparecer una
é indivisible, como un reflejo de la ciencia eterna que
reside en la divinidad, reflejo comunicado al hombre
por un mediador único, el Verbo encarnado, la sabidu-
ría del Padre. Así la unidad de fé, asegurada por una
autoridad infalible, da á la verdad religiosa una exis-
tencia realmente objetiva y no subjetiva en el espíritu
de cada uno; el católico fija los ojos en el perfecto pro-
totipo que se le presenta, en vez de andar en busca
de una imagen de él necesariamente rota, refractada
y desfigurada á través del imperfecto medio del exá-
men individual.

Aun percibe todavia mejor el católico la esactitud
de su regla de fé y su conformidad con la idea mis-

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 13

ma de la verdad, cuando considera el motivo por qué ha sido dada; puesto que no puede negarse que los que ella está destinada á dirigir participan de una misma naturaleza y de unos mismos sentimientos, tienen las mismas pasiones que domar, la misma perfeccion que alcanzar, la misma corona que conquistar. ¿Por qué pues no habrian de seguir su peregrinacion por unos mismos caminos? ¿por qué no se les suministraria el mismo alimento y los mismos remedios á sus males? ¿Por qué no habia de ser uno solo y mismo el guia que les mostrase el camino?

Pero esta unidad de fé nos conduce ademas á otro resultado de importancia todavía mayor, á la evidendia de la verdadera Religion; puesto que el Salvador se dignó declararnos que la union que se veria entre sus discípulos seria una de las pruebas mas concluyentes de su mision divina. “Yo no ruego solamente por ellos sino tambien por los que deben creer en mí por su palabra, á fin de que todos sean una misma cosa, como Vos, Padre mio, estais en mí y yo en Vos: *que sean una misma cosa en nosotros, á fin de que el mundo crea que me habeis enviado* (1).” Y para que no creyeran algunos que el Salvador hablaba solamente de la unidad de los corazones por el amor y no de la unidad de los entendimientos en la fé, San Pablo vino á quitarnos toda duda en esta parte.

(1) S. Juan XVII, 20-21.

Segun él, si deseamos conducirnos de una manera digna del estado á que hemos sido llamados, no solo debemos practicar la humildad, la mansedumbre y la paciencia, y sobrellevarnos con caridad los unos á los otros; sino que ademas debemos trabajar con cuidado en conservar la unidad de espíritu por el vínculo de la paz, á fin de no formar mas de un cuerpo y un espíritu, ni tener mas de una fé, asi como no hay mas de un Señor y un solo bautismo (1). Ciertamente no quiere decir el Apóstol que esta caridad, tan bella y tan perfecta, no deba estenderse mas allá del círculo de la unidad religiosa, á la manera que el grato y suave perfume de una flor se disipa á cierta distancia de la planta que le produce. Pero si nuestro amor á nuestros semejantes debe ser universal ¿qué objeto mas noble podríamos presentarle que el de atraer con nuestros votos y nuestros esfuerzos los hombres todos á esta union tan íntima que no puede efectuarse sino en la fé y por la fé? Nuestra caridad no seria digna de su celestial origen, sino trabajara en hacer comprender á los demas, asi como nosotros lo comprendemos, que no hay otra unidad completa y perfecta sino la que está basada en la profesion de una fé comun; pero que no les es dado llegar á este término tan deseable sino por el principio y la regla de fé católica cuya institucion divina será, Dios

(1) Ad Ephes. IV, 2-4.

mediante, el asunto de nuestra próxima conferencia.

“Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros, hermanos míos (1).”

(1) Ad Galat. Vi, 18.





CONFERENCIA IV.

DEMOSTRACION DE LA REGLA DE FÉ CATÓLICA.

Seis días despues, habiendo tomado Jesus consigo á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, los llevó á parte á una elevada montaña, y allí se transfiguró delante de ellos.
(*Matth.* XVII, 1-2.)

LA relacion que leemos en el Evangelio de hoy es un gran motivo de consuelo para el corazon verdaderamente cristiano. Habian sido escuchadas con avidez por las turbas las instrucciones del Salvador, y los milagros que este hacia habian llenado de admiracion y curiosidad á todos; y sin embargo, pocos habian recibido su doctrina y su causa contaba muy pocos partidarios. Pues bien: verle por algunos momentos

retirado en la venturosa sociedad de los que le amaban realmente y sabian honrarle; verle rodeado de los sinceros y espontáneos homenajes de los que él se habia agregado sobre la tierra y de los justos que el cielo habia diputado en esta ocasion; y sobre todo, el verle revestido por su Padre de esa gloria que era la herencia de su sublime dignidad, es sin duda un espectáculo que produce en nuestra alma sentimientos bien gratos, y nos ofrece una especie de compensacion de la dolorosa simpatía que experimentamos cuando seguimos sus pasos en el curso de su penosa carrera.

Empero este incidente de la vida del Salvador envuelve una consecuencia de mucho mayor importancia que los sentimientos de consuelo con que llena nuestras almas. Porque notad conmigo quiénes son de entre sus discípulos los que él escoje para que sean testigos de esta gloriosa escena. Son los Apóstoles mas favorecidos, los representantes en cierto modo y como diputados de los que mas tarde debian predicar su doctrina con una autoridad toda especial y dar los mas poderosos testimonios de la verdad de su mision. Es Santiago, que será el primero de los doce que selle la fé con su sangre; es Juan, que prolongará el siglo de los Apóstoles mas allá de su duracion natural, y que con esta prolongacion de vida parece estar destinado á apoyar con su propia autoridad y con su mision la enseñanza de los sucesores de los Apóstoles; es principalmente Pedro, á quién despues de su caida y de su conversion le será confiado

el encargo de afirmar en la fé á sus hermanos, de abrir las puertas de la salvacion á los judíos y á los gentiles y de llegar á ser el fundamento incontrastable de toda la Iglesia.

Déjase, pues, conocer cuán profunda seria la impresion que causaria en los Apóstoles el testimonio que Jesucristo les dió en esta solemne ocasion. Sabemos por otra parte que los mismos Apóstoles consideraron ese testimonio como la mas espresa y terminante sancion de la enseñanza de su Divino Maestro. Oid los términos en que se espresa San Pedro: “No es no, siguiendo fábulas ingeniosas por lo que nosotros hemos dado á conocer el poder y advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo; sino despues de haber sido nosotros mismos espectadores de su magestad. Porque él recibió de Dios Padre un testimonio de honor y de gloria, cuando desde la nube en que con tanto brillo aparecia la gloria de Dios, se oyó esta voz: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mi complacencia; oidle.» Y nosotros mismos oimos esta voz que venia del Cielo cuando estábamos con él en el monte santo (1).”

San Pedro, pues, apela á los testimonios dados en esta ocasion, como á una de las invencibles pruebas de la autoridad de su mision. Y ¿cuáles fueron estos testimonios? Es evidente que los hubo de dos clases. Porque en primer lugar vemos al lado del Sal-

(1) II. Pet. I, 16, 17, 18.

vador á Moisés y Elías, los dos hombres mas eminentes del Antiguo Testamento, los mas ricamente dotados del cielo, y los vemos rendir homenaje al Mesías, darle testimonio y resignar en sus manos los privilegios y la autoridad de la ley que él habia venido á completar y perfeccionar. Y notad, hermanos mios, que la ley no tuvo por objeto instruirnos solamente con sus palabras, sino tambien con todo lo que ella refiere de sus personages; porque todo lo que les sucedió, sucedióles en figura; por manera que no solamente en los escritos de estos, sino tambien en sus acciones y en su vida encontramos alusiones y relaciones proféticas á lo que despues se verificó. Pero despues del testimonio de Moisés y de Elías, Jesucristo recibió otro testimonio incomparablemente mas poderoso, cuando su Padre mandó á los Apóstoles diesen crédito á lo que le oyeran á él: “Este es, les dijo, mi muy amado hijo, en quien tengo mi complacencia; oidle.” Figuraos, pues, si es que podeis, cuán profundo convencimiento de la autoridad del Divino Salvador produjeron estas solemnes palabras en el ánimo de los Apóstoles. Y cuando Jesucristo trasladó á ellos esta misma autoridad que él habia recibido, cuando les dijo: “Como mi Padre me ha enviado, asi os envio yo á vosotros;” y “quien os oye, á mí me oye; quien os desprecia, me desprecia á mí y á quien me ha enviado;” cuando esto les dijo, repito, ¿concebís cuánta garantía les ofrecieron estas palabras? ¿Cuán seguros debían estar durante el curso de su predicacion, y acordándose de la escena del Tavor, cuán se-

guros, digo, debian estar de haber sido investidos de un gran poder, de haber sido investidos precisamente de la misma autoridad que en aquella solemne ocasion se habia concedido á las palabras del Maestro?

Me propongo , pues , hermanos mios , fijar hoy vuestra atencion en dos clases de testimonios relativos al poder de enseñar que no solamente fué concedido á los Apóstoles, sino perpetuado ademas en la Iglesia de Jesucristo. Examinaremos, pues, primeramente el testimonio de Moisés y de Elías, ó de la ley antigua en su constitucion y en sus profecías, y veremos la forma, carácter y notas distintivas que atribuye á la verdadera Iglesia. Escucharemos despues la voz de Dios , investigaremos qué consecuencias deben deducirse de las palabras terminantes y de las disposiciones del Salvador relativamente á la autoridad de la Iglesia como depositaria infalible de las verdades divinas y considerada como la regla ó principio de fé que os espliqué en mi última Conferencia.

El método de induccion , que uso con preferencia á toda otra forma de argumentacion porque deja menos lugar á vanas sutilezas , exige que mis discursos vayan estrechamente enlazados unos con otros, á fin de que se pueda formar una idea completa y continua del asunto y se vea cómo lo que precede influye en lo que sigue, y cómo lo que sigue confirma á su vez lo que precede. Por eso, y aun á riesgo de parecer pesado, me tomo la libertad de recordaros por unos breves momentos dos puntos que nos han ocupado largo rato en mi último discurso. El primero

es la explicacion que os he dado acerca del fundamento de la autoridad de la Iglesia. Debeis acordaros que no he tocado á ninguna de sus pruebas, que me he contentado con esponeros el sistema completo y mostraros el vínculo necesario que existe entre sus diferentes partes. He procurado daros razon de cada paso que se da en el razonamiento por donde se llega á su entera demostracion. Entonces os dije que hay en la Iglesia un cuerpo docente cuyos primeros miembros escogió Jesucristo de entre sus mas fervorosos discípulos; que les confió ciertas doctrinas y ciertas leyes, añadiéndoles la seguridad de que sus sucesores serian, como ellos, depositarios de todo lo que recibieran de él, y que por consiguiente estos heredarían tambien la promesa que les hacia de enseñar él mismo por medio de ellos en su Iglesia y de dirigir sus consejos hasta el fin de los siglos. De ahí la idea católica de la Iglesia: la Iglesia es el cuerpo de los fieles, unidos á los pastores entre los cuales reside siempre Jesucristo y por los cuales enseña; por manera que es imposible que la Iglesia caiga en el error. Y como al mismo tiempo admitimos que no puede hacerse al hombre una nueva revelacion de doctrinas, creemos que es esencial al poder de la Iglesia el definir lo que se ha creído en todos los siglos y en todos los paises sujetos á su dominacion. Tal es la autoridad de la Iglesia segun los principios católicos.

El segundo punto que quiero recordaros, solo incidentalmente iba enlazado con nuestro asunto principal; pero no tiene menos íntimo enlace con las ma-

terias que hoy nos ocupan. Os he hecho observar que **la ley** antigua habia sido escrita de orden expresa de **Dios**; que, no obstante esta orden, las doctrinas mas importantes profesadas por los judíos en tiempo del Salvador, y que muchas veces tomó el Salvador por base de sus predicciones, no estaban consignadas en los libros de la ley; que de ellas habia apenas algunas muy raras alusiones en los escritos de los profetas, y que por consiguiente el único medio de su transmision ha sido necesariamente una tradicion secreta y no escrita.

Llego ahora á la primera parte de mi asunto, que no es otro que la consecuencia y desenvolvimiento de la misma idea, pues la analogía de la antigua ley va á suministrarnos sólidos argumentos en favor de la constitucion que Jesucristo debió dar á su Iglesia. Pero antes me disimulareis haga todavia algunas observaciones preliminares.

San Pablo describió en los siguientes términos la gloriosa terna de virtudes que conduce al hombre á la union divina: «Ahora tenemos la Fé, la Esperanza y la Caridad, estas tres virtudes.» Si reflexionais atentamente en estas palabras, estoy seguro observareis se descubren en ellas tres estados correspondientes á estas tres virtudes, por los cuales plugo á la divina Providencia cumplir sus designios para con el hombre y llevarle al grado de perfeccion de que es susceptible.

La dispensacion que Dios hizo á nuestros padres no era mas que un estado de esperanza; asi que to-

do se referia al porvenir, durante el triple período de la promesa, de la profecía, y de la silenciosa expectativa; la esperanza lo abarcaba todo, en esta virtud venian á refundirse las demas virtudes. Y si los hombres de aquel tiempo creyeron, su fé, mas bien que una aprehension clara y distinta de lo que nosotros llamamos justamente los grandes misterios de la salvacion, era una firme resolucion de creer en las enseñanzas del Maestro que Dios prometia enviar á su pueblo en la plenitud de los tiempos y por cuyo advenimiento suspiraban los justos como el ciervo por la fuente de aguas vivas. Esto nos explica cómo San Pablo, hablando de la fé particular de algunos de entre ellos y de las dificultades que tenian que vencer, dijo terminantemente que *creyeron en esperanza contra toda esperanza* (1). De la misma manera su caridad venia á resolverse en la esperanza; era como una mirada ardiente hácia el porvenir, el simple deseo de ver la Encarnacion del Verbo y gozar de su divina presencia; era un íntimo sentimiento, una preparacion del alma á estas afeciones vivas que debian estallar en toda su fuerza y energía despues que Dios hubiera puesto el colmo á sus misericordias para con el hombre, y no un conocimiento claro y distinto de la belleza y amabilidad divinas; y no esos suspiros tiernos é inquietos con la impaciencia de unirse á aquel cuya luz inaccesible mas bien los habia deslum-

(1) Ad Rom. IV, 18.

brado hasta entonces y llenado de terror, que atraído y llenado de regocijo. Así es, que sus oraciones y ceremonias religiosas tuvieron por único objeto dirigir sus miradas hácia la aurora de un día mas brillante; su enseñanza fué toda profética, toda típica su historia, y simbólica su adoración y, por analogía, puesta toda en la esperanza su justicia.

La fé se dió despues, y nosotros tenemos la dicha de vivir en este nuevo estado, en el que la mayor parte de las cosas que nuestros padres veían en lonjananza, son ya para nosotros cosas pasadas; estado en que nosotros creemos lo que ellos solo esperaban. Ahora á su vez la fé se ha hecho el principio de toda otra virtud, ella es como su raíz y su alimento; porque hasta la misma esperanza ha sido absorbida por ella en gran parte. Esta virtud no tiene ahora que ocuparse en sombras y tipos misteriosos; tiene su objeto propuesto y definido, aunque todavia con oscuridad, por la fé y en la fé; tiene sus condiciones claras y esplicitas: no está espuesta á variar con los siglos y no puede esperar revelaciones mas esplicitas.

Lo mismo sucede con la caridad; porque si bien solo de una manera confusa entrevemos la gloria de Dios; si, como dice San Pablo, no la vemos aquí sino como en un espejo, ello es cierto, sin embargo, que este espejo tiene tal poder de concentración que los rayos divinos convergen hácia un punto único, y forman en nuestra alma una imágen que la penetra de calor y de luz. En pocas palabras puede espresarse la diferencia que

nos separa de la antigua dispensacion: la revelacion de un estado final en que el alma estará en plena posesion de Dios, pareció á nuestros padres como una luz lejana en un lugar obscuro, hácia la cual podian ciertamente enderezar su carrera, pero que apenas les reflejaba suficientes rayos para alumbrar sus pasos; para nosotros al contrario, no es ya solamente un fanal lejano, es una antorcha; es la alegría, y el sosten, y ademas el objeto de nuestra penosa peregrinacion.

Ultimamente, vendrá el estado final de la bienaventuranza, cuando la esperanza y la fé queden enteramente absorbidas por una caridad sin límites y sin fin; cuando la luz *intelectual exuberante de amor* recojerá y extinguirá en su incomparable esplendor los rayos esparcidos que habia dejado se diseminasen por la tierra, entonces cuando todo bien y toda santidad se abismarán en esta sustancia única que se asimilará todo, que se lo unirá todo; cuando, en fin, sus rayos aunque débiles é imperfectos, sean para nosotros el elemento de un dia infinito en brillo y en duracion, á la manera de esas gotas de rocío que refrescan la mañana, pero que las olas del Occéano arrebatan muy luego al desbordarse sobre la orilla.

Nos hallamos, pues, entre lo pasado y lo porvenir, colocados en un estado intermedio; estando necesariamente destinado á completar el primero y á preparar el último, tipo y perfeccion del que le ha precedido, pero emblema tambien y mas bella imágen del que le ha de seguir. Aho-

ra bien : esta posicion puede dar márgen á interesantes analogías , porque la dispensacion divina forma en su progreso una cadena continuada desde el principio hasta el fin , sin choques violentos, sin súbitas transiciones. Por consiguiente, es menester esperar que en el órden actual se hallen disposiciones y cualidades que correspondan á su doble carácter, es decir, en cuanto perfecciona lo pasado y nos inicia en lo porvenir. Observad á un hábil geómetra en presencia de una sombra; él mide con exactitud su estension, determina sus condiciones, puede decirnos cuál es su altura, cuáles las proporciones del cuerpo que la proyecta; y ademas, por la simple inspeccion de este cuerpo , marca cuál será la sombra que proyecte en una hora dada. A este modo, un estudio atento de la dispensacion que nos ha precedido y de aquella de que la nuestra es figura, puede suministrarnos luces de la mayor importancia acerca de la condicion de nuestro presente estado. Por ahora me circunscribo al estudio de lo pasado; otra vez hallaré ocasion mas oportuna de determinar hasta qué punto el órden actual es una imágen de lo porvenir.

Despues de la sentencia de condenacion , la primera palabra que el Criador dirigió al hombre fué la promesa de un libertador. Esta palabra cayó de los divinos lábios como una semilla en una tierra que la recibio con ánsia. Creció y dió sus frutos , frutos de ciencia sagrada y de regeneracion , únicos que quedaban á los desterrados de la felicidad primitiva, pero que no debian gustarse hasta mas tarde sin peligro

de perderlos. Despues del diluvio la raza humana se dividió en diferentes familias que abandonaron los sitios de su origen; pero, al separarse, cada una cojió un engerto de la planta celestial, como un recuerdo de gloriosos destinos aun no irrevocablemente perdidos para siempre; le llevó consigo á sus nuevos hogares y le legó á sus descendientes como un tesoro inestimable y sagrado. En efecto: no hay una mitologia, por confusa que sea, que no prometa la vuelta de una edad de oro violentamente perdida. Una fábula pagana, espresion de una antigua creencia, nos cuenta que de todos los tesoros que el cielo habia prodigado al hombre al formarle, no le quedó á este en su desamparo mas que la esperanza, despues de haber perdido por su locura todos los demas. Pero ¡con qué prontitud se desfiguraron y corrompieron estas divinas tradiciones! ¡cuán pronto se olvidó su verdadero sentido! Vinieron á degenerar completamente en fábulas groseras, y la ceguedad de los hombres las convirtió ó hizo servir á sus malas pasiones y á sus deseos criminales. Inevitablemente habrian sido perdidas las ventajas, por grandes que fuesen, que de esta promesa debian resultar al género humano; habrian sido desconocidas la misericordia y condescendencia del supremo bienhechor, y habria venido á ser un don inútilmente prodigado la misma promesa, si la sabiduría infinita de Dios no hubiera recurrido á otro medio de prevenir este deplorable naufragio.

De entre todas las naciones escojió Dios una con este objeto: la dió el encargo de velar por la

conservacion del sagrado depósito ; la separó de los demas pueblos , hizo de ella como la casta sacerdotal del linage humano ; la circundó de las prendas de su proteccion y de una especialísima solicitud, y la puso en sus manos las señales permanentes de su mision de enseñar. Luego reduce el resto de los demas hombres, civilizados ó sin civilizar, al estado de discípulos ignorantes, y quiere que de aquella sola nacion privilegiada puedan recibir el conocimiento esacto y cierto de las verdades santas y de las mas puras revelaciones que él la confia. Y á la manera que en la naturaleza animada ó inanimada, los órganos que hacen las principales funciones están á su vez compuestos de órganos semejantes y mas pequeños y estos á su vez tambien contienen otras séries de órganos siempre en disminucion ; así tambien Dios escogió de entre ese mismo pueblo una tribu , y de esta tribu una familia , y en esta familia un hombre y su directa descendencia ; de suerte que cada uno de estos grados está, respecto de aquellos en que fué escogido, en la misma relacion de superioridad. De este modo en el santuario se vé formada del género humano una inmensa y continua espiral ; de este modo el vivificante influjo de las divinas promesas, al derramarse por el mundo , pasará por conductos que irán siempre ensanchándose.

Síguese de aqui que el medio que la eterna sabiduría escogió para conservar las doctrinas comunicadas al hombre durante el periodo de la esperanza, fué el instituir una sociedad visible y compacta, objeto de

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 14

su mas tierna solicitud, y en cuyo seno aseguraba virtualmente la permanencia de estas doctrinas. Vemos tambien que su accion no alcanzaba directamente á cada miembro de esta sociedad, sino mediante unos hombres elegidos especialmente al efecto, formando un orden superior, distribuidos ellos mismos en diversos grados gerárquicos y cuya obligacion era edificar con el ejemplo, purificar con el sacrificio, enseñar con la explicacion de la ley; y en fin, mantenerse entre Dios y su pueblo, sirviendo al uno y al otro, á Dios con las funciones de su sacerdocio y al pueblo con las funciones de la enseñanza. El mantenimiento de la unidad en la adoracion y de la union de los corazones era necesariamente el objeto de esta organizacion interior. Todos los años tenia Ruben que pasar su rio y Zabulon atravesar sus montañas para ir á Jerusalem á adorar con sus hermanos ante el único altar; y esto para que entre ellos no se introdujesen opiniones nuevas y nuevos ritos, y para que no se fuese relajando poco á poco la comunión de las almas, fundamento de la Religion.

Hagamos ahora la aplicacion de esta magnífica constitucion á la dispensacion de que ella no era mas que figura. Ved en primer lugar el íntimo enlace que el Nuevo Testamento establece entre los dos estados, trasladando al Nuevo las imágenes y las palabras de que se sirvieron los profetas para describir el carácter peculiar del Antiguo. La Iglesia, ó la dispensacion de la fe, es el reino que debia ser restablecido con su adoracion por el hijo de David; en ella encontramos efec-

tivamente un sacerdocio y un altar, la autoridad y la subordinacion, la union y la unidad, todo como antes, y hasta los últimos profetas habian hablado siempre de la Iglesia como del renacimiento, de la estension y perfeccionamiento de la dispensacion antigua. Asi pues: 1.º la constitucion antigua no fué abolida, sino cambiada, y perfeccionada por este cambio; el mismo Salvador ha dicho que no habia venido á destruirla, sino á desarrollarla y completarla: 2.º esta constitucion no era mas de una figura, y ha sido absorbida por la realidad; no ha dejado de existir, sino que ha pasado á otra existencia en que el sacrificio sustituyó á la oblacion típica, en que la redencion consumada reemplazó á la expectativa de la redencion, y la certeza á la incertidumbre; en que la esperanza cedió el paso al imperio de la fé. Y por valirme de una comparacion, la religion mosaica era semejante al capullo, el cual contiene en sí un insecto de ricos y vivos colores, que á la hora marcada se apodera de las funciones vitales que otro ejercia por él y emprende su vuelo hácia el cielo, siempre el mismo y diferente sin embargo, no por haber pasado de la nada á la existencia, sino por una mera transfiguracion.

Es, pues, evidente que en las dos sociedades religiosas debemos hallar correspondencias, semejanzas y analogías que muestren claramente que la nuestra es el complemento de la primera; que la forma y las instituciones de que esta se valió para engrandecerse á los ojos de los pueblos, para captarse su atencion y su respeto, y para escitarlos á que se instruyesen

en las verdades de que ella era depositaria, se hallarán entre nosotros en un grado mas eminente de perfeccion; que la nueva sociedad habrá recibido de Dios una garantía mas fuerte de su proteccion, de su amor y de su apoyo; que presentará, y de una manera todavia mas notable, la admirable disposicion de todas sus partes, la simpatía de los sentimientos y la armonía del designio que Dios no negó á un estado puramente figurativo. Si negáis estas consecuencias, no solamente destruiríais toda semejanza necesaria entre ambas revelaciones, sino que rebajaríais infinitamente la segunda respecto de la primera; invertiríais el plan de la Providencia; destruiríais en su desarrollo esa marcha progresiva que es el distintivo carácter de todas las obras divinas en las que no veis interrupciones ni sucesiones violentas, sino que todo se sucede y se engadena con un orden regular y admirable.

La dispensacion de gracias y de verdades que nos ha sido hecha ¿es acaso menos preciosa que la antigua para que la conservacion no exija las mismas garantías ni las mismas precauciones, para que sus disposiciones no tengan necesidad ni del mismo carácter ni de la misma autoridad? ¿O por ventura, han cambiado de tal modo los hombres que lo que antes era necesario para preservarlos del error sea ahora inútil? Todo al contrario, hermanos míos; la esperanza, guardadora de las revelaciones antiguas, es entre todos nuestros sentimientos el primero que germina en nosotros, y el último que se estingue, y el mas peli-

groso tambien, no por su fragilidad, sino por su tendencia á cejar raíces demasiado hondas en el alma. La fé tiene algo de mas severo y reservado; no la adoptamos sin esfuerzo y sin trabajo, y se nos escapan con gran facilidad; exige por consiguiente que se cuide mas de su conservacion. Aun hay otra diferencia mas notable: la esperanza varía en sus formas como la misma imaginacion; para cada uno de nosotros toma sus objetos y vivos colores de aquello que con mas ardor se desea; pero la fé es la impresion, la señal, la marca que las verdades divinas producen en el alma; y esta marca, esta señal, esta impresion es la misma para todos, puesto que la verdad es una.

Estas consideraciones nos dan la clave de lo que al Salvador plugo instituir. Porque si le vemos establecer doctores en medio de su pueblo, pastores al frente de su grey, y determinar así un órden de subordinacion en la doctrina y en la fé; si despues, para asegurar contra todo peligro á los que creen en su doctrina, le vemos prometer su asistencia continua hasta el fin de los tiempos á los que él encarga del gobierno y de la instruccion; si tomamos en su sentido óbvio y natural estos diversos arreglos y estas instituciones y las juntamos en nuestro espíritu como los elementos de una gran comunidad religiosa, en que la unidad de la doctrina es mantenida en su integridad por un cuerpo docente dirigido por el mismo Dios, entonces sucede á las sombras de la antigua dispensacion una realidad tan completa; existe entre todas las partes una correspondencia tan

justa, y estas partes son tan acomodadas á fines análogos, y el todo es de tal manera mejorado, ennoblecido y perfeccionado, y se purifica y espiritualiza de tal modo por la naturaleza de los objetos, de las doctrinas y de las sanciones mas visiblemente divinas, que es imposible vacilar un solo instante y no admitir que es la realizacion mas completa que ha podido darse á las figuras de la antigua ley y que por consiguiente toda otra seria menos perfecta y menos bella.

Por el contrario, si suponeis que la Religion no es mas que una agregacion de individuos con sus medidas y medios particulares de fé, ligados unos á otros con vínculos exteriores, pero sin comunicarse interiormente la sávia vital como las ramas de un mismo árbol; si á los miembros de semejante sociedad, colectiva é individualmente tomados, les quitais toda seguridad contra el error, toda promesa de un socorro permanente; si les negais la existencia de un centro universal, cualquiera que sea, hácia el cual puedan volver sus ojos con la certeza de recibir allí la vida; si les despojais de todos los derechos que imponen veneracion y que solo la autoridad y sancion divinas pueden dar; entonces tendreis indudablemente una sociedad religiosa tan rara, tan diferente de la que desde mucho tiempo antes preparaba Dios á los ojos del mundo, que los que en ella vayan á buscar el cumplimiento de los antiguos tipos y la realizacion completa del primer estado, se verán precisados á confesar que los planes de la Providencia han sufrido estrañas perturbaciones.

Pero acaso digais ¿pues qué? á pesar de las precauciones que Dios tomó para transmitir y conservar íntegras sus promesas, ¿cuántas veces no le abandonó su pueblo? ¿cuántas veces no olvidó lo que le había enseñado? ¿Debemos por ventura suponer que luego haya conservado y sostenido unos medios tan imperfectos y que tuvieron tan tristes resultados?—Pero esto, mas bien que sería objecion, es una confirmacion de lo que yo he dicho. Es cierto que hubo frecuentes infidelidades á estas promesas, pero nunca olvido completo de parte de los judíos. Era necesario que á menudo se pusiesen á prueba sus esperanzas, y siempre lo fueron segun lo exigia la diversidad de circunstancias. Asi es que Dios dejó á su pueblo andar errante en el desierto por espacio de cuarenta años, á fin de que desease la tierra de promision; asi despues le dejó caer de tiempo en tiempo en manos de sus enemigos, á fin de que suspirase por los libertadores que él le enviaba, y para que de este modo no perdiese jamás de vista al Redentor esperado. Este periodo corresponde á los tiempos de las persecuciones generales del cristianismo, en los que la Iglesia suspiraba con el mayor fervor por el reposo y por verse libre de una opresion tiránica. Despues de esta época de sangre, las dos sociedades vieron nacer la de las discensiones religiosas, de los cismas y de las heregias. Muy dura prueba fué para la fé de los antiguos adoradores del verdadero Dios la escision de las doce tribus en dos reinos y la erccion de un segundo altar en Sa-

maria. ¿Cómo conciliar las miras privadas y los sentimientos nacionales ¡con el principio de unidad religiosa que les imponía el precepto de ir á adorar en un templo que se hallaba en tierra ya entonces hecha estrangera? Sin duda que muchos sucumbieron á esta alternativa y sacrificaron á consideraciones políticas intereses mas santos y mas elevados. Y esta clase de pruebas tampoco faltó á los pueblos cristianos, pues San Pablo nos asegura que “es menester ^{que} haya heregías” para que aparezcan con evidencia quiénes son los de *probada fé*. Sin embargo, á pesar de las numerosas defecciones de los israelitas y de los judios, jamás el sagrado depósito de la esperanza fué enteramente destruido entre los hijos de Dios. Sabemos que Jesucristo le halló casi intacto en sus manos, cuando él mismo vino á reclamarle; y sabemos tambien que cuantas veces parecia haber caido en un completo olvido, no hubo necesidad de reformas fundamentales ni de largas instrucciones para recordar al pueblo el conocimiento de todo lo que habia sido divinamente enseñado.

Pero vednos ya llegados á la realizacion de los antiguos tipos. La dispensacion mosaica fué necesariamente imperfecta, pues de lo contrario ¿á qué reemplazarla con otra? ¡Estuvo por consiguiente sujeta á trastornos y defecciones continuas. Dios remedió esta imperfeccion por medio de las profecías, ó sea con esa série de hombres inspirados, mensajeros extraordinarios que él suscitaba tan luego como sobrevenia algun cambio ó se introducía algun error en

la herencia de la fé. Pero la profecía, considerada como disposicion reglamentaria, debia cesar necesariamente luego que se verificó su cumplimiento; era pues preciso que en la nueva dispensacion fuese reemplazada por algun medio capaz de contrabalancear la tendencia del espíritu humano hácia el error. Pues bien: notad ahora con cuán inestimables ventajas ha substituido en esta parte la realidad á la figura. En primer lugar, los profetas eran tipos de Jesucristo; pues bien, el mismo Jesucristo, viniendo á este mundo, les reemplaza; él mismo desempeña su ministerio y promete permanecer en medio de este reino que él ha fundado y enseñar siempre en él hasta el fin del mundo. En segundo lugar, los profetas eran los órganos del Espíritu Santo, y el mismo Espíritu Santo desciende sobre su Iglesia y la dirige por el camino de la verdad. Por manera, que el medio instituido en otro tiempo para combatir el error y destruirle, ha tenido un doble cumplimiento; y es tal el carácter de perfeccion y belleza de este que tendrá por efecto natural el preservar siempre y continuamente de todo extravío á la sociedad religiosa.

Pero, hermanos míos, advierto que mas bien me he detenido en escitar vuestros recuerdos que en demostrar con pruebas especiales la conexion íntima de ambos Testamentos y la correspondencia que os he manifestado entre las instituciones del Antiguo y las del Nuevo, sobre todo en lo que toca á los medios de poner á la Iglesia en guardia contra el error. Si yo hubiera entrado en un menudo exámen de las profe-

cias de la antigua ley, sin duda que habria sostenido por mas tiempo vuestra atencion, habria desenvuelto ante vuestra vista ese magnífico encadenamiento de revelaciones, á cual mas importantes y que iban manifestando por grados las nuevas cualidades del reino de Jesucristo. Al fin, habríamos tenido á la vista un cuadro, no solamente tan completo como el que yo he bosquejado, sino que sobrepujaria tanto en fuerza y claridad á los colores con que yo le he trazado, cuanto superior es á la palabra del hombre la palabra de Dios.

Sin embargo, para que no parezca que mis razonamientos descansan sobre una base sobrado frágil, voy á citar dos pasajes de Isaías que vienen en apoyo de cuanto he dicho y que son mas que suficientes para asegurar la marcha que voy á seguir en el desenvolvimiento de las pruebas. Todos cuantos reconocen la existencia de la profecía confiesan que en esos dos pasajes se hace referencia á la Iglesia fundada por el Mesías. Ved aqui el primero, segun se halla en el capítulo LIV:

“Ensancha el sitio de tu tienda, y extiende las pieles de tus pabellones; no seas escasa, haz largas tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás á derecha é izquierda y *tu posteridad tendrá por herencia las naciones* y poblará las ciudades desiertas. No temas, porque no serás avergonzada, ni sonrojada, pues no tendrás de qué afrentarte, porque te olvidarás de la confusion de tu mocedad y no te acordarás mas del oprobio de tu virjez. Por-

»que reinará en tí el que te crió, cuyo nombre
 »es el de Dios de los ejércitos; y tu Redentor el
 »santo de Israel será llamado el Dios de toda la tierra.
 »Porque el Señor te llamó como á muger desampa-
 »rada y angustiada de espíritu, y como á muger
 »que es repudiada desde su juventud, dijo tu Dios.
 »Por un momento, por un poco de tiempo te des-
 »amparé; mas yo te recogeré con grandes piedades.
 »En el momento de mi indignacion aparté de tí mi
 »rostro por un poco tiempo; mas con eterna misericor-
 »dia me he compadecido de tí, dijo el Señor tu Redentor,
 »Y esto es para mí, esto te lo juro como en los dias
 »de Noé á quien juré que yo no traería mas las aguas
 »de Noé ó sea del Diluvio sobre la tierra, así juré que
 »no me enojaré contigo, ni te reprenderé. Porque los
 »montes serán conmovidos y los collados se estreme-
 »cerán; mas mi misericordia no se apartará de tí, y
 »no se alterará la alianza de mi paz, dijo el Se-
 »ñor compasivo de tí. Pobrecilla, combatida de las tem-
 »pestades y sin ningun consuelo. Mira que yo pondré
 »por órden tus piedras, y te cimentaré sobre zafiros...
 »Todos tus hijos serán enseñados por el Señor, y goza-
 »rán abundancia de paz. Y serás cimentada en justi-
 »cia; ponte lejos de la opresion, pues no temerás; y
 »del espanto, que no llegará á tí. Hé aqui que vendrá
 »el morador que no estaba conmigo; el que en otro tiem-
 »po era extranjero para tí, se unirá contigo..... Todo
 »instrumento que haya sido forjado contra tí, no ten-
 »drá buen suceso; y juzgarás en juicio toda lengua que
 »se resista contra tí. Esta es la herencia de los siervos

»del Señor, y la justicia de ellos está en mí, dice el
»Señor.”

El segundo pasaje contiene las últimas palabras del capítulo LIX: “Esta será mi alianza con ellos, »dice el Señor. Mi espíritu que está en tí, y mis pa- »labras, que puse en tu boca, no se apartarán de tu »boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los »hijos de tus hijos, dice el Señor, desde ahora y para »siempre.”

Es imposible equivocarse en el sentido de estos dos pasajes. En ellos vemos claramente que la Iglesia de Dios, identificada con la Iglesia judaica entonces existente, y á la cual se dirigia el profeta, no permanecería siempre en su estado de abatimiento, sino que Dios la volvería á levantar y extendería sus límites hasta hacerle abrazar todos los reinos de la tierra, las naciones del Oriente y del Occidente; que tendría la potestad de condenar á todo el que se subleva contra sus fallos y sentencias; que el mismo Dios pondría en sus labios las palabras de su enseñanza; que esta potestad nunca saldría de su raza ó de su posteridad hasta el fin de los tiempos; que el Dios Omnipotente, el Señor de los ejércitos, el Dios de cielo y tierra enseñaría en ella, de modo que sus hijos *serían instruidos por el mismo Dios*. Alianza eterna, tan imperecedera como la que se hizo con Noé, y en virtud de la cual las aguas del Diluvio no podían ya volver á cubrir la tierra: alianza por consiguiente que sería la prenda de que no tendría buen éxito ninguna tenta-

tiva dirigida contra la existencia ó prosperidad de la Iglesia.

Hermanos míos: páreceme no se puede exigir mas para demostrar: 1.º la íntima conexión entre la antigua y la nueva dispensación, de modo que la segunda no es mas que la continuación y prolongación de la primera; 2.º la suprema ventaja que pertenece á la Religión fundada por Jesucristo, puesto que sus miembros deben ser instruidos por el mismo Omnipotente, por el Redentor de su pueblo.—Si pues por nadie son contestados los principios que acabamos de asentar, preciso es que, al recorrer el Nuevo Testamento, encontremos una institución á la que sean aplicables los términos de la profecía y que corresponda esactamente á los medios empleados en la antigua ley para enseñar á los hombres y preservar de la destrucción las doctrinas reveladas por Dios. Así yo creo que un exámen atento de los diversos pasajes en que el Salvador establece y describe la constitución de su nuevo reino ó sea de su Iglesia, nos mostrará fácilmente la continuación de este plan de la economía divina. Esto nos conduce á la segunda parte de mi asunto, á la apreciación del testimonio directo de Dios en favor de la enseñanza de su Iglesia.

Pero este testimonio ¿dónde aparecerá mejor que en las palabras mismas de que Jesucristo se sirvió para hacer á sus Apóstoles, y á sus sucesores, depositarios de su autoridad suprema? Al fin del Evangelio de San Mateo leemos que Jesucristo, antes de su As

cension gloriosa, los reunió á todos para dirigirles en aquella solemne ocasion sus últimas palabras y hacerles sus últimos encargos. En la introduccion de su discurso parece aludir al testimonio que os he referido al comenzar esta conferencia, al de su Padre que les habia mandado diesen crédito á lo que él les dijera, porque en él habia puesto sus complacencias. Ruégoos pues escucheis las memorables palabras del Salvador:

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.—Id pues, y enseñad á todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolos á guardar todas las cosas que yo os he mandado. Y hé aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

“Yo estoy con vosotros siempre, hasta la consumacion de los siglos.” Hermanos míos: ¿cuál es el verdadero sentido de estas palabras? Porque dos modos hay de leer la palabra de Dios. Nada hay mas cómodo al leer un pasage que el darle el sentido que mejor se aviene con el sistema ya formado de antemano y que mas favorece las doctrinas que profesamos. Y por lo que hace á este pasage en particular, es evidente que aquellos cuya fé se diferencia de la nuestra, no pueden entenderle como nosotros le entendemos. Asi el católico ve en él una promesa formal, dada por Jesucristo, de asistir á la Iglesia hasta el fin de los tiempos, de alejar de ella hasta la posibilidad de caer en error ó de alterar en lo mas míni-

mo las verdades que ha confiado á su custodia. Los otros dicen que estas palabras nada mas significan que una promesa de simple proteccion, una especie de seguridad de que el conjunto general de las doctrinas y la fé en el cristianismo no perecerán en la tierra. Otros, en fin, pretenden que el Salvador quiso tal vez prometer á cada miembro de la Iglesia que él le asistiría en la elaboracion individual de su fé.

Pero estas diferentes interpretaciones no pueden ser esactas sino en tanto que alguna de ellas contenga á las demas. El sentido que nosotros adoptamos contiene muy bien el que los demas proponen. Estos admiten de parte de Dios una especie de vigilancia y de cuidado providencial; y nosotros tambien le admitimos como ellos. Pero ahí terminan sus deducciones; nosotros añadimos á esto algo mas importante y que ellos desechan formalmente; porque si admitieran la verdad de nuestra interpretacion, veríanse obligados á rendirse á nuestras doctrinas. Debe, pues, haber algun criterio, algun medio seguro de llegar al esacto conocimiento del sentido que el Salvador se proponia; y yo no conozco otro mejor que el que naturalmente se presenta en todo caso semejante y que consiste en analizar y pesar la significacion de cada parte de un testo, para deducir de ahí el sentido de las palabras que le componen; en restablecer despues el testo en toda su integridad, á fin de deducir del sentido de sus diversas partes el pensamiento de aquel de quien es el testo. Aplicando esto al pasage de que ahora tratamos, no podemos tener guia mas segura

que la misma Escritura Santa. Porque si con la confrontacion de muchos textos llegamos á determinar en qué sentido deben entenderse las palabras, habrá de confesarse que habremos escogido el método mas satisfactorio, el mas sencillo y el mas verdadero de interpretar el pensamiento de nuestro Señor.

Asi, pues, nuestra investigacion debe versar sobre dos puntos: 1.º debemos asegurarnos, por medio de diferentes textos, del verdadero sentido de las frases en sí mismas; 2.º determinar su alcance ó la estension de la mision que ellas implican.

1.º En primer lugar, el Salvador dice que *él estará con sus discípulos todos los dias hasta la consumacion ó fin de los siglos*. Ahora bien: ¿cuál es en la Escritura el sentido ordinario de estas palabras, *Dios está con alguno*? Esto quiere decir que Dios mira á aquel hombre con una especial Providencia, que vela mas particularmente por él y por sus intereses que por los demas, y que lo que él emprenda tendrá infaliblemente buen éxito. Tal es siempre en la Escritura el sentido de esa frase. Por ejemplo, en el Génesis (XXI, 22) Abimelech dice á Abraham, “Dios está contigo en todo cuanto haces.” En el capítulo XXVI, versículo 3, dice Dios á Isaac: “Permanece en este pais, *yo estaré contigo*, y te bendeciré.” En el versículo 24 del mismo capítulo le da la misma seguridad: “Nada temas, *yo estoy contigo*.” Mas tarde se dirige tambien á Jacob en los mismos términos (XXXI, 3): “vuélvete á la tierra de tus padres y al seno de tu familia, *yo estaré contigo*.” Y Jacob se es-

presa así (v. 5): “El Dios de mi padre *ha estado conmigo*,” palabras que él mismo explica despues en el sentido de una defensa y proteccion especiales: “Dios no le permitió (á Laban) que me *hiciese* daño.” Los mismos términos, seguidos de una suficiente explicacion, sirven para espresar el cuidado particular con que la divina Providencia veló por José y le hizo prosperar. Dice la Escritura (Génesis, XXXIX, 2, 3): “*El Señor estaba con él*, y todo le salia bien. Moraba en la casa de su amo que sabia muy bien que el Señor *estaba con él* y que le favorecia y bendecia en todas sus acciones.” Y en el versículo 23: “El Señor *estaba con* José y le hacia salir bien en todo.” Esta misma frase tiene igual significacion en el Nuevo Testamento: “Maestro, dijo Nicodemus al Salvador, sabemos que has venido como un doctor enviado por Dios, porque ningun hombre podria hacer los milagros que tú haces, *si Dios no estuviera con él* (San Juan, III, 2).”

Al lado de la mayor parte de estos testos tenemos una paráfrasis que explica su sentido del mismo modo que nosotros acabamos de hacerlo; estar Dios con alguno, quiere decir, que le bendecia y le hacia prosperar en todas las cosas. La antigua version de los Setenta, que es autoridad entre los griegos, traduce todos los citados pasages con las mismas palabras que se leen en el testo original de San Mateo que en este momento estamos examinando.

2.º Por consiguiente, Jesucristo debia velar por sus Apóstoles y protegerlos con una providencia es-

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 15

pecial, y esto todos los dias hasta la consumacion ó fin de los siglos. Pero suscítase una nueva contestacion con motivo de otro término de la misma frase. La palabra griega *aión*, que se traduce indiferentemente por *siglo* ó *mundo*, es susceptible de otro sentido; puede espresar la duracion natural de la vida de un hombre. Y ¿por qué no habíamos de adoptar esta última esplicacion? ¿Por qué las palabras del Salvador no habian de significar que estaria con los Apóstoles todo el tiempo que viviesen sobre la tierra?— Para resolver esta cuestion, nos valdremos del mismo medio que hemos empleado para la primera parte de nuestro testo; y el resultado de este nuevo exámen será que, si bien la palabra de que se trata tiene algunas veces el segundo sentido en los autores profanos, nunca le tiene en el Nuevo Testamento: en este, donde quiera que se encuentra, nunca se la puede traducir mas que por estas dos palabras: el *mundo* ó los *siglos*.

El único pasage que podria parecer favorable al sentido que desechamos, es el en que el Salvador dice que el pecado contra el Espíritu Santo “no será perdonado ni en *este siglo* ni en el *siglo futuro* (Matth. XXII, 32).” Aquí podria decirse que las palabras *este siglo* espresan la duracion natural de la vida de un hombre, durante la cual su crimen no puede serle perdonado en circunstancias ordinarias. Basta empero alguna atencion, por poca que sea, para convencernos de que dicha palabra no tiene en este pasage el sentido que se la supone. Porque la

frase contiene una antítesis y los términos que son los mismos en los dos miembros deben tener una significacion absolutamente idéntica. Ahora bien: el *siglo futuro* no puede espresar la duracion natural de la vida humana, sino que significa claramente el orden ó estado futuro de las cosas. Luego tambien aquella otra palabra *este siglo*, que le es opuesta, espresa el orden ó estado que ahora existe.

Pero ni aun es necesario aquí este razonamiento, porque aun suponiendo que dicha palabra tuviese en este pasage el sentido que se nos propone, no hay analogía alguna para que tuviese ese sentido en el testo de la promesa de Jesucristo. En efecto, está recibido entre los mejores comentaristas que en todos los pasages en que dicha palabra va unida á la de *consumacion*, significa incontestable é invariablemente *el mundo*, es decir, la duracion del estado presente de las cosas. En este sentido se la encuentra en la Epístola á los Hebreos, capítulo I, vers. 2, y cap. II, v. 5; y en la primera carta á Timoteo, cap. I, vers. 17. En San Mateo (XIII, 39, 40 y 49) se la ve con la forma compuesta que poco há recordaba yo, de manera que no puede caber duda acerca de su verdadero sentido. “El tiempo de la siega *es el fin del mundo*. Lo mismo sucederá *en el fin del mundo*; el Hijo del Hombre enviará sus ángeles que separarán á los buenos de con los malos.” De la misma espresion se valen los discípulos cuando preguntan á su Maestro cuál será la señal de su venida y *del fin del mundo*; porque, segun una preocupacion de la nacion

judáica, confundian el fin de todas las cosas con la destrucción del templo que el Mesías debía, según ellos, hacer imperecedero.

3.º Tenemos, ya pues, en el sentido natural de la Escritura otra parte de nuestro testo. Pero todavía se nos objetará diciendo : este sentido ¿no queda necesariamente modificado y limitado á los Apóstoles por aquel pronombre de segunda persona? ¿Por ventura podemos suponer que esta palabra *vosotros* se estendiera á los sucesores de las personas á la sazón presentes?—No hay en ello duda alguna, puesto que á menudo se encuentran en el Nuevo Testamento casos semejantes. Cuando S. Pablo, por ejemplo, habla de los cristianos que vivirán al fin del mundo, se sirve del pronombre de la primera persona que por la estension del sentido corresponde á la segunda, y se explica del modo siguiente en su primera Epístola á los Corintios (XV, 52): “nosotros seremos transformados.” Y escribiendo á los tesalonicenses dice en su primera carta (IV, 17): “*Nosotros*, que estamos vivos, y que habremos sido reservados, seremos arrebatados con ellos en las nubes.” Aquí el pronombre designa los cristianos que vivirán después del trascurso de muchos siglos. ¿Por qué pues no ha de ser lo mismo con las palabras del Salvador? ¿Qué motivo particular hay para que en este caso el pronombre restrinja el sentido que estas palabras *«la consumacion de los siglos»* tienen en toda la Escritura, según acabamos de verlo?

Observad además que nunca se confía á alguno

una mision sin emplear una espresion análoga. Ordinariamente la persona que está presente es la única, investida de una autoridad que debe pasar á sus sucesores. Si nosotros limitamos el sentido en un caso, forzoso nos será estender la restriccion á toda autoridad, á toda jurisdiccion, á todo poder que se arrogan las diferentes iglesias, puesto que á la autoridad de que en el Evangelio vemos revestidos á los Apóstoles es á la que sus sucesores, verdaderos ó supuestos, hacen remontar su propia autoridad, y tal vez la dan por base los mismos términos del testo que examinamos. ¿Por qué la iglesia anglicana, para exigir se obedezca á sus obispos, se apoya en palabras dirigidas evidentemente á los Apóstoles? ¿Por qué las sociedades que se consagran á la predicacion del Evangelio en regiones lejanas, derivan su mision y sus derechos de estas palabras: «id y enseñad á todas las naciones?» Luego es un hecho, que todo el mundo confiesa con nosotros, que el pronombre no restringe de modo alguno el sentido ni en este pasaje ni en ningun otro de la misma clase.

Recompongamos ahora nuestro testo con ayuda de los sentidos parciales cuya legitimidad hemos establecido. No se nos pueden negar las conclusiones siguientes: Jesucristo promete á sus Apóstoles velar por ellos con una solicitud particular y protegerlos con una Providencia muy especial; esta solicitud y esta Providencia no se limitan á la vida de aquellos á quienes se dirigen inmediatamente, sino que se es-

tienden sin interrupcion alguna á sus sucesores hasta el fin de los tiempos.

Pero direis: ¿y cómo deducir de las palabras del Salvador la infalibilidad que la Iglesia se atribuye? Porque todavia no hemos visto nada que nos demuestre deba estenderse hasta ese punto la asistencia especial que él ha prometido á sus discípulos.—Este es el punto importante que aun nos queda que examinar y cuya verdad demostraremos, Dios mediante, sujetándola á la misma prueba.

Si reflexionamos atentamente acerca de la práctica constante de los escritores sagrados, descubriremos muy luego que cuantas veces un hombre recibe una mision que presenta sérias dificultades y que puede mirarla como superior á sus fuerzas, Dios cuida de asegurarlo del resultado, añadiendo estas palabras: *Yo estaré contigo*. Que es como si dijera: «El buen éxito de tu mision es seguro, porque para desempeñarla tendrás mi asistencia especial.» Bastará recordar algunos pasages para poner fuera de toda duda esta verdad.

En el capítulo XLVI del Génesis, vers. 3 y 4, dice Dios á Jacob: “Yo soy el muy Fuerte, el Dios de tu padre; no temas; ve á Egipto, porque yo te haré jefe de un gran pueblo, *yo iré contigo* á Egipto;” es decir, «yo te acompañaré, yo estaré contigo; no temas, pues.» Aqui esta seguridad se da como garantía especial de la promesa de que los hijos de Jacob formarian mas tarde un gran pueblo. Pero obedeciendo á esta orden se hacian súb-

ditos de otra nacion y por consiguiente las probabilidades de llegar ellos á ser una nacion poderosa debian parecerles, sino del todo desvanecidas, por lo menos disminuidas. Sin embargo, Dios empeña su palabra de que los protegerá lo bastante para que su promesa tenga su entero cumplimiento, y de esta proteccion extraordinaria no les da otra seguridad que las siguientes palabras: «*Yo iré contigo.*» Pero la verdadera significacion de esa frase aparece todavia con mas claridad en el libro del Éxodo, donde el Señor manda á Moisés se presente á Faraon y liberte á los israelitas. Y ¿cómo ha de poder cumplir esta mision Moisés, que cabalmente huyó de Egipto bajo el peso de una acusacion capital? ¿Moisés, que no solamente ha perdido todo crédito en la corte, sino que se identifica con una raza proscrita y perseguida cuyo esterminio ha jurado Faraon? Y luego ¿qué adelantará con obedecer, sino correr á su propia perdicion y á agravar con su presencia las cadenas de un pueblo que gemia en la mas dura esclavitud? Sin embargo, á pesar de todos estos obstáculos que se presentaban, Dios le promete buen éxito; pero ¿con qué términos se lo promete? Oidlos: “Moisés dijo á Dios: ¿quién soy yo para ir á Faraon y para hacer salir de Egipto á los hijos de Israel? Y Dios le respondió: *Yo estaré contigo* (1).” Ved ahí toda la garantia; pero Moisés logrará feliz éxito, porque tiene la

(1) Exod. III, 11-12.

mayor seguridad que de lograrlo puede Dios darle. Cuando Jeremías se encargó de hablar al pueblo y se miró como incapaz de desempeñar semejante mision, Dios le tranquilizó con las mismas palabras, y comienza con la misma espresion que el Salvador al dirigirse á sus Apóstoles: *Hé aquí*. ¡Coincidencia notable, pero no es la única! “Ciñe tus riñones, levántate y diles todo lo que yo te mando. Hé aquí que yo te establezco hoy como una ciudad fuerte..... Ellos combatirán contra ti; pero no triunfarán porque *yo estoy contigo*, dice el Señor (1).” Esta mision es absolutamente la misma que la que fué confiada á los Apóstoles; y á una y á otra va adjunta la misma seguridad de buen éxito.

Resulta, pues, del exámen de estos diversos pasajes una regla general que podemos formular de este modo: Cuantas veces confía Dios al hombre una mision que parece imposible de cumplir por los medios puramente humanos, le garantiza su buen éxito y completo cumplimiento por medio de estas palabras: *Yo estoy contigo*. Luego tambien tenemos derecho á concluir del testo en cuestion que Jesucristo ha prometido á los Apóstoles y á sus sucesores una asistencia tal que aseguraba plenamente el feliz resultado de la mision que les confiaba. Ahora bien; ¿cuál era la naturaleza de esta mision? Una vez determinado este punto, queda invencible nuestra demostracion.

(1) Jerem. , I, 17, 18, 19.

«Id, enseñad á todas las naciones,» ved ahí la primera parte. Ella comprende la universalidad de la enseñanza y del gobierno; supone una influencia y una autoridad mayores que las del imperio romano; escede y con mucho las fuerzas de doce pobres pescadores judíos. Pero ¿qué han de ir á enseñar? «A guardar todas las cosas que yo os he mandado.» ¡Cómo! aquellos entendimientos rudos, aquellos hombres ignorantes! Y sus sucesores, separados de ellos por las distancias y por los siglos, ¿pueden esperar conservar esactamente y enseñar con una autoridad siempre la misma *todas las cosas* que originariamente habia enseñado el Señor? ¿Qué poder humano estaria á la altura de esta doble mision? Sin embargo, ella tendrá un éxito completo, porque Jesucristo añade á ella una sancion infalible con estas palabras: *Hé aqui que yo estoy con vosotros*. Luego la Iglesia ha estado siempre, y está, y continuamente estará encargada hasta el fin de los tiempos de la enseñanza universal de todas las naciones. Luego su enseñanza comprende todo lo que su fundador le ha confiado, y escluye todo lo que pudiera viciar el inalterable depósito de sus verdades ó alterar su propia autoridad.

Ahora bien: decidme, ¿no contiene esta mision todas las condiciones que creíamos deber hallar en ella? ¿No instituye un orden de hombres escogidos que han recibido de Dios la seguridad de que serán fieles depositarios de las verdades religiosas? ¿No constituye ella el divino reino al que serán llamados todos los pueblos, y en el que la enseñanza permanen-

te del Hijo de Dios reemplaza á la profecía como medio de impedir penetre el error en ella? Y este reino ¿no debe durar hasta el fin de los tiempos? Pues ahí teneis todo lo que la Iglesia católica enseña, todo lo que proclama y todo lo que tiene como fundamento de su regla de fé. Los sucesores de los Apóstoles han recibido del mismo Jesucristo la promesa de que él *enseñaría perpétuamente* por ellos en la Iglesia; luego no pueden caer en error. Luego esta promesa da á la Iglesia la triple certidumbre: 1.^a de que posee toda la verdad; 2.^a de que no está sujeta á error; 3.^a de que tiene derecho á reclamar de todo hombre y de toda nacion una entera sumision á su enseñanza y á su autoridad.

No quiero, hermanos míos, cansar por mucho mas tiempo vuestra atencion; sin embargo, antes de concluir hoy, deseo haceros ver completamente la correspondencia de las instituciones que hemos analizado al principio de mi discurso. Debo todavia recordaros uno ó dos pasajes no mas. Os dije que para conseguir los fines de la profecía debiamos prometernos ver no solo á aquel de quien eran figura los profetas preservar del error á su Iglesia por un medio mas perfecto, sino tambien al Espíritu Santo, que inspiraba á los profetas, hacia mover sus lábios y dirigia sus predicaciones, sustituir á la enseñanza de estos su enseñanza infalible. Pues bien: encontramos muchos pasajes de la Escritura que tienen una conexion necesaria con lo que acabo de decir y que corresponden evidentemente

te á este designio. En el capítulo XIV de San Juan dice el Salvador (vv. 16 y 26): “Yo rogaré á mi Padre; y os dará otro consolador, á fin de que permanezca eternamente con vosotros; el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce. Pero vosotros, vosotros le conocereis, porque morará con vosotros y estará en vosotros.—Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas.” Y en el capítulo XVI, v. 13: “Cuando viniere este Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad.”

Estas palabras fueron dirigidas igualmente á los Apóstoles. Bien sé que hay quienes lo niegan y ven en ellas una promesa de inspiracion para cada fiel individualmente considerado. Pero seamos consecuentes: si aqui pretendeis que la promesa no se limita á los Apóstoles, sino que se estiende á todos los hombres y á todos los tiempos; ¿por qué limitais al estrecho espacio de tiempo de la vida de los Apóstoles la otra promesa que se les hizo? ¿Por qué no han de tener ambas la misma estension? ¿Por qué solo una de ellas habia de aprovechar á las edades siguientes? Ya os he hecho observar la relacion íntima que existe entre estos dos pasajes, puesto que su objeto es el mismo, el de atender á la enseñanza de la verdad. Aun hay mas: las palabras se dirigen de una manera especialísima á los Apóstoles, porque se dice que el Espíritu Santo suplirá á la enseñanza del Hijo de Dios y acabará lo que él ha comenzado; por consiguiente, se pro-

mete su direccion á aquellos á quienes el Salvador habia ya escojido é instruido por sí mismo.

Ademas, no hay nadie que estienda á todos los fieles la promesa que anteriormente hemos discutido; porque si todos tuviesen la mision de predicar y de enseñar ¿á quiénes se impondria la obligacion de escuchar y de instruirse? Es evidente que esta promesa establece dos órdenes: uno que comprende á los superiores, á los gobernantes, á los doctores y directores; otro que se compone de discípulos y de subordinados. Pues bien: las palabras que ahora examinamos, atendido todo su contesto, conducen á la misma conclusion. El Salvador distingue claramente en el mismo discurso entre los que enseñan la doctrina y aquellos á quienes deben enseñarla (1). Asi las dos promesas reunidas establecen sobre un testimonio invencible la permanente seguridad para la Iglesia de ser preservada de todo error, porque los sucesores de los Apóstoles enseñarán siempre en ella con la misma autoridad y jamás le será retirada la asistencia de Jesucristo y del Espíritu Santo.

El Nuevo Testamento nos ofrece otro pasage que mereceria fijar aquí nuestra atencion; hablo de aquella promesa del Salvador cuando despues de haber establecido el fundamento de su Iglesia, dijo: “Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (2).”

(1) San Juan XVII, 20.

(2) S. Mateo, XVI, 18.

Pero estas palabras tienen mas directa relacion con la autoridad de la Santa Sede; por eso dejaré su discusion para cuando trate de este importante asunto.

Pero se nos dirá: vosotros aducís algunos testos en favor de una proteccion y de una direccion perpétuas que Jesucristo habria prometido á su Iglesia; pero ¿no podriais hallar otros que si no los anulan enteramente, por lo menos contrabalancean su fuerza? ¿No tenemos nosotros que alegar contra vosotros una série de pasages tan fuertes como los vuestros, y qué lejos de asegurar la estabilidad de la Iglesia predicen una apostasia general en ella? ¿No ha enseñado el divino Redentor que habria en las filas de la verdad una defeccion universal y terrible? Aún mas; teólogos sábios y de talento, ¿no han mirado el cumplimiento de estas profecías como una de las pruebas mas fuertes de la divina mision de Jesucristo (1)?

Hermanos míos, debemos estar en guardia contra semejantes objeciones. No ignoro cuán esparcida está la opinion que pretende ver en la Iglesia católica los diversos caractéres atribuidos á los enemigos de Jesucristo por el Apocalipsis y demas libros del Nuevo Testamento. Sin embargo, yo no me detendré en refutarla directamente y esto por muchas razones: 1.^a Porque seria preciso repetir blasfemias y calum-

(1) Hé aquí la introduccion de Horne, tomo I, página 328: "No añadiremos mas de dos ejemplos en favor del argumento sacado de las profecías. El primero es la larga idolatría y la corrupcion general de los que han sido encargados de la enseñanza del cristianismo, tan claramente predichas."

nias que profanarian la santidad de este lugar, y yo me deshonraria á mis propios ojos si imputara tales acusaciones á otras causas que á deplorables preocupaciones ó á una ignorancia verdaderamente digna de lástima; 2.^a porque el método que yo he adoptado me impone el deber de no correr tras adversarios, sino de apoyar mis demostraciones únicamente en argumentos positivos; 3.^a finalmente, porque tengo la grata confianza de que vosotros, hermanos míos, que con tanta religiosidad escucháis mis palabras, no me consideráis como un campeón de la idolatría ni como un abogado del Anticristo.

Dejemos pues á un lado toda aplicacion para examinar si efectivamente se ha anunciado en el Nuevo Testamento una defeccion total de la fé, y sobre todo si esa estraña profecía debe ser contada entre las pruebas del cristianismo. ¿Cómo unos hombres que creen en la divinidad del Salvador han tenido valor de emitir esa proposicion monstruosa y de darla como una de las señales de su mision celestial? Voy á proponer el mismo caso en forma de parábola. —Un rey vivia muy lejos de sus hijos á quienes amaba con mucha ternura. Estos habitaban una tienda de campaña frágil y que amenazaba ruina; ya el príncipe les habia prometido muchas veces reemplazarla con un monumento sólido y magnífico, digno de su grandeza y del amor que profesaba á sus hijos. Habian trascurrido ya muchos dias, cuando se presenta un hombre y les dice: “dejadme, vengo de parte de vuestro padre, y voy á edificar vuestro palacio.” Entonces ellos

le preguntaron: “Y ¿qué prueba nos das de qué el rey nuestro padre te envía y de qué tienes el poder y los medios de edificarnos una vivienda que sustituya con ventajas á la otra, y en la que habitemos sin peligro en adelante?” Y él les contesta: “Yo construiré un bello palacio, grande y suntuoso; sus paredes serán de mármol y de cedro sus bóvedas: por do quiera brillarán en él el oro y las piedras preciosas; yo me esforzaré por hacerle digno de quien me envía y de mí mismo á quien ha escogido por arquitecto; yo daré mi vida por concluir y perfeccionar ese edificio. En cuanto á las pruebas de mis medios y de mi mision, vedlas aqui: Apenas se haya acabado el edificio, las piedras preciosas perderán su lustre, y el oro su brillantéz; todos los adornos se llenarán de manchas; las paredes se abrirán por todas partes y al fin vendrán al suelo; y antes de mucho tiempo una profunda desolacion cubrirá todas sus partes.” “Vete de aquí, replicaron los hijos del rey; eres un insensato ó nos reputas insensatos; ¿es ese el modo que tienes de probar tu aptitud para construir nuestro palacio?”

¡Ah! ¡con qué el Salvador habria venido á vivir entre nosotros para fundar una Iglesia, y para demostrarnos la divinidad de su mision habria prometido que esta Iglesia, lejos de conservar su primitiva pureza, se veria invadida por el error y por el crimen al cabo de algunos años, y enteramente destruida dos ó tres siglos despues, ó lo que todavia es peor, que sería entregada de nuevo á la idolatría (1) y á la cor-

(1) «Todos los clérigos, todos los legos, los sabios y los igno-

rupcion!! Pero esta suposicion es una blasfemia. La Iglesia de Jesucristo convertida á la idolatría...! Pues entonces ¿de qué han servido todas las instrucciones del Salvador? ¿de qué sus padecimientos? ¿de qué su muerte? ¿Habia de ser inútil todo esto? ¿El Hijo de Dios habria luchado cuerpo á cuerpo con el rey de las tinieblas hasta derramar en la pelea la última gota de su sangre, le habria aplastado la cabeza, le habria entregado su vida, y el mónstruo habria vuelto á levantarse? ¿habria invadido de nuevo su heredad? ¿habria llevado la devastacion á la viña que él mismo habia plantado con sus propias manos? ¡Qué! la figura material de la verdad ¿habria sido mas poderosa en la antigua ley que la verdad misma en la nueva? Cuando los enemigos del pueblo de Dios colocaron el arca de la alianza en el templo de Dagon, su poder derribó al ídolo y le hizo tales pedazos que no fué posible volverle á colocar en su pedestal. El falso profeta de la Arabia ¿habria sido mas feliz que Jesucristo en su empresa, puesto que la unidad de Dios es ya un dogma tan poderoso, que la idolatría ha sido desterrada, sin es-

rantes, todas las edades, todos los sexos, todas las condiciones, los hombres, las mugeres y los niños en toda la cristiandad (¡estremece el pensarlo!), fueron absorbidos á la vez en la abominacion de la idolatría, vicio el mas nocivo al hombre, el mas detestable ante Dios, y esto durante ocho siglos y aun mas: *la consecuencia fué la destruccion y subversion generales de todo principio de sana religion.*» Libro de Homilías (hom. 8). Entre los 39 articulos, el 35 proclama que este libro contiene la pura y sana doctrina, y que su uso es necesario.

peranza de retorno, de los países sometidos á las leyes del islamismo? Y el cristianismo, ¿seria menos fuerte que una doctrina mentirosa? ¿solo él retrocederia ante el poder de Satanás? ¿solo el Hijo de Dios habria sido derribado y vencido por su enemigo y no habria proporcionado mas de un palacio efimero á las celestiales verdades que él ha predicado? Lejos de nosotros pensamiento tan sacrilego.

Pero aun suponiendo que esas profecias existan, lo cual yo niego, ¿no deberiamos prometernos hallar en alguna parte la prediccion del acontecimiento glorioso que remediara esa defeccion general? Cuando Dios anunciaba por medio de sus profetas la cautividad de su pueblo, siempre presentaba el bálsamo al lado de la lлага y reanimaba los ánimos con la esperanza de la libertad. ¿Por qué, pues, no se habia de encontrar tambien algo parecido en los anales proféticos; por ejemplo, que la Iglesia seria salvada de esa general idolatría por las islas mas favorecidas del Occidente (1), que de ese modo darian la última mano á lo que Jesucristo y sus Apóstoles habian intentado en vano acabar? ¿No veis que el Señor habria tenido con su Iglesia, que es su Esposa, una conducta mas severa que con aquel antiguo pueblo que tantas veces se rebeló contra él? ¿Qué? ¿la habria abandonado para

(1) Anastasio, hablando de la manera con que el Papa Celestino libró del pelagianismo á la Inglaterra, se espresa del modo siguiente: "*Quosdam inimicos gratiae, solum suae originis occupantes, etiam ab illo secreto exclusit oceani.*"

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 16

siempre á sus tinieblas y á su dolor? ¿No habia de tener ella otra seguridad que la de su abatimiento y su degradacion sin una palabra de esperanza , sin que ella pueda prometerse que mas tarde alumbren luego su horizonte los rayos de la divina misericordia? No, hermanos, no; apartemos de semejantes imágenes nuestra vista para volverla al baluarte inexpugnable que las profecias de la antigua ley y las promesas de la nueva han edificado en derredor de la Iglesia; no, jamás será abandonada por Dios esta Iglesia , asi como no volverán á desolar la tierra las aguas del diluvio; no, no prevalecerán contra ella las puertas del infierno , puesto que Jesucristo y el Espíritu de verdad enseñarán en ella y con ella permanecerán hasta el fin de los tiempos.

Permítidme , hermanos míos , que antes de concluir, os haga notar que la constitucion de la Iglesia, tal como la espuse en mi primer discurso , y tal como la he demostrado hoy , necesariamente aparecerá basada en la naturaleza misma de las cosas á todo el que la examine desapasionadamente. Sin duda habreis observado la marcha invariable que sigue la Providencia cuando quiere colocar al hombre en algun estado que le imponga relaciones mútuas. Parece que no tiene otro medio que el principio de autoridad para preparar los ánimos cuando sea cual fuere la situacion debe haber entre ellos uniformidad de pensamiento y de accion. Y á la verdad, ¿en qué otro principio que en el de la obediencia y sumision descansa la sociedad doméstica? ¿No es por

un sentimiento instintivo , inherente á nuestra naturaleza , por lo que el niño que ha menester instruirse , no puede lograrlo sino sujetándose á una regla ó ley en esa pequeña república que llamamos familia? Y si no es instruido y dirigido por sus padres ó maestros , si no es formado por ellos en las virtudes domésticas que el orden doméstico tiene por objeto instituir y desenvolver en nosotros, ¿no nos prueba la esperiencia que sale mal criado y sin freno y sin las mas caras y dulces afeciones , cual campo abierto en que pueden correr á rienda suelta las pasiones y establecer su imperio todos los vicios? Y pues las virtudes domésticas son el tronco natural en que se enjertan las virtudes sociales, ¿puede esperarse que la juventud adopte los mismos sentimientos en moral, los mismos principios en la sociedad, si no se la sujeta á cierta disciplina que reprima sus caprichos y antojos y que la ejercite en el dominio de sí mismo y en el amor á la regla?

De la misma manera ha velado tambien la Providencia por la conservacion del orden social. ¿Qué sociedad se ha sostenido jamás de otro modo que por el principio y el vínculo de la autoridad y de una legítima jurisdiccion? ¿Concebimos siquiera que los hombres gocen de los beneficios del estado social, que se porten unos con otros segun principios y reglas uniformes, que trabajen de consuno por el bien público, ora en la paz , ora en la guerra , ora en el sufrimiento mútuo de la vida privada , ora en las necesidades mas generales de la humanidad , sin que una autori-

edad conveniente sirva de base á su union? ¿No se necesita que una autoridad viva y competente precava sin cesar las infracciones de la ley y vigile para que no se introduzca en el Estado la corrupcion que resulta inevitablemente de la divergencia de opinion en los hombres?

Y en esta parte no puedo menos de hacer una observacion acerca de la naturaleza particular de nuestra constitucion. Nosotros tenemos una carta de un antiguo Papa dirigida á un soberano de Inglaterra. Su fecha tal vez no sea tan antigua como se supone; pero sin duda debe ser anterior á la conquista. En ella dice el Papa espresamente que los demas gobiernos de Europa tenian por necesidad que ser menos perfectos que el de Inglaterra, porque están en gran parte basados en el Código Teodosiano, Código que en su origen se recopiló de leyes paganas, al paso que la Constitucion inglesa sacó del cristianismo sus instituciones y recibió su principio de la Iglesia misma. Ahora bien; es un hecho digno de notarse que ningun otro pais ha tenido una administracion legislativa mas estable que la nuestra, y precisamente en virtud de la adopcion de ese mismo principio que corresponde al Código no escrito ó á la Tradicion de la Iglesia. Porque nosotros tenemos, además de la ley fundamental del reino (Statute Law), lo que llamamos la ley comun (Common Law), ley formada de usos y costumbres trasmitidos por la tradicion, consignados ahora en las decisiones de los tribunales de justicia y en otros documentos de la mis-

ma clase; á la manera que la Iglesia posee un conjunto de leyes tradicionales, transmitidas de siglo en siglo, consignadas tambien en los monumentos de sus concilios y en los escritos de sus doctores; pero que siempre conservan respecto de la Escritura la diferencia que separa de la ley escrita la ley no escrita. Esta observacion y las reflexiones que á ella nos han conducido, paréceme son suficientes para apartar de la Iglesia Católica esa acusacion, que con tanta frecuencia la hacen algunos, de que tiende por su naturaleza á oprimir los entendimientos y á tener á la razon bajo el yugo de una odiosa tiranía.

Espero , pues , hermanos míos, haber demostrado victoriosamente, y con los datos de una sana razon y con los testimonios de la Santa Escritura, la autoridad de la Iglesia como regla de fé. Espero tambien no se haya ocultado á vuestra vista la belleza de este principio. ¡Qué unidad en su conjunto! ¡qué armonía entre sus diversas partes! ¡Ah! ¡y cómo aparece visiblemente que es obra de Dios! Cuando en medio de una vasta llanura veis un árbol magestuoso cuyas raices se estienden por las profundidades de la tierra, y cuyas ramas se alargan y le redondean y todos los años se cubren, y con la misma abundancia, de hojas y de frutos, ¿decís acaso que ese árbol es ingenioso producto de los hombres á quienes alimenta y cobija? ¡Ah! pues tampoco podeis decirlo de la Iglesia, árbol magnífico , cuyas raices penetran á través de las sombras é instituciones de la antigua ley; árbol que se levanta alto y

derecho en medio de la nueva; que desafía al rayo y al viento, á las escarchas del invierno y á los ardores del estío; que estiende sus ramas, como la viña del profeta, hasta las estremidades de la tierra; que reúne á todos los hombres bajo su follage y los alimenta con los mas suaves y sazonados frutos de la santidad.—Mucho tendria que deciros de su poderoso y saludable influjo, y de las gracias inapreciables que de ella emanan; pero ya podemos repetir aquella esclamacion de San Pedro de que se habla en el Evangelio de este dia: “Señor, bueno es que nos estemos aqui!” Sí, hemos hecho muy bien en levantar nuestra tienda á la sombra de este árbol divino, donde, en compañía de Moisés y de Elias que dan testimonio en nombre de todos los profetas, y en la de Jesus y de sus muy amados apóstoles, columnas del orden nuevo, descansamos en la paz y en la unidad, en el gozo y en la felicidad, en la seguridad de la fé, en la certidumbre de la esperanza y en el vínculo eterno de la caridad.





CONFERENCIA V.

CONTINUA EL MISMO ASUNTO.—AUTORIDAD DE LA IGLESIA.

Sabed cómo debeis conduciros en la casa
de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo,
columna y sostén de la verdad.
(*I ad Timoth. III, 15.*)

HERMANOS míos: si en las manos de un arquitecto
cuyas obras todas llevasen necesariamente un carácter
de perfección, y el cual pudiera ejecutar y llevar á
cabo todo lo que de antemano traza, viérais el plano
de un suntuoso edificio; si supiérais además que la
ejecución de este plano se había encargado á hombres
celosos y competentes bajo la dirección del maestro;
no dudo os parecería casi superfluo averiguar des-

pues si el plan habia sido fielmente ejecutado, si el edificio ya acabado sobrepujaba en belleza á los simples lineamentos que primeramente habiais admirado. Pues bien: ved ahí la posicion en que nos hallamos respecto de las investigaciones que aun nos quedan por hacer.

Recordad, sino, el camino que hasta aqui hemos recorrido. Despues de haber cotejado en mis primeros discursos las dos reglas de fé, he hecho resaltar las numerosas y complicadas dificultades de la una, y la belleza, armonía y simplicidad de la otra. Despues, remontándome con vosotros al origen de las comunicaciones celestiales hechas al hombre, he examinado el plan seguido con regularidad por la Divina Providencia, y con este exámen he mostrado las condiciones que necesariamente se requerian para dar á este plan consistencia y perfecta belleza y una realidad conveniente á los símbolos y tipos antiguos. Tambien, sin otra guia que las palabras claras y explícitas de los profetas, ensayé delinear como de antemano, el edificio de la Religion que el Hijo de Dios vino á fundar en la tierra. Finalmente, hemos abierto el Sagrado Libro, y allí hemos hecho notar, en cuanto nos ha sido posible, la rigurosa correspondencia que enlaza entre sí á las dos dispensaciones; os he mostrado cómo lo que era tan bello en la promesa aparecia todavía mas magnifico en su realizacion; y de aqui hemos concluido necesariamente ser imposible imaginar nada que corresponda tan bien como la constitucion de la Iglesia católica asi á las

profecías del Antiguo Testamento como á las instituciones consignadas en el Nuevo.

Despues de haber descubierto de este modo por via de análisis la naturaleza de las instituciones confiadas á los Apóstoles, la mision encargada á su solicitud y el fundamento sobre que debieron edificar la Iglesia de Jesucristo, parecerá sin duda fuera de propósito investigar cómo estos compañeros fieles del Salvador prosiguieron el plan que les habia sido trazado y le llevaron á feliz cima. Sin embargo, no será inútil ni sin interés para nosotros seguir mas adelante en el camino que habemos emprendido ; considerar por medio de nuevas averiguaciones históricas el complemento final de lo que habia sido predicho por los profetas é instituido por Jesucristo ; demostrar por la conducta de los Apóstoles y de sus primeros sucesores que la regla de fé adoptada por ellos es la misma que la Iglesia católica conserva todavía. Ved ahí el asunto de que hoy me propongo hablaros. Mi tarea consiste únicamente en la discusion de un corto número de hechos. Cuidaré de no apoyarme sino en autoridades competentes á los ojos de todos , y espero no invocar otros principios que los que no dejen lugar á objecion alguna.

Jesucristo, pues , para acabar la obra que habia comenzado , mandó á sus Apóstoles fuesen en su nombre á predicar el Evangelio á todos los pueblos, encargándoles los instruyesen en todas las cosas que él les habia prevenido, y prometiéndoles asistirlos á ellos y á sus sucesores hasta la consumacion de los

siglos. Con el cotejo de esta promesa con otros pasajes de la Escritura, hemos probado que ella garantizaba de una manera absoluta la entera conservacion de las verdades divinas en la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

En mi esposicion de las pruebas de la regla de fé católica, me he detenido principalmente en las palabras de la Escritura que prometen á la Iglesia una asistencia sobrenatural para preservarla del error; pero sentia entonces, y siento todavia, que no habia desenvuelto mi asunto tanto como puede serlo; pero la marcha que me he trazado en estas Conferencias me quita la posibilidad de suplir hoy esa falta. Dejo pues á un lado, aunque con sentimiento, una multitud de pasages cuya fuerza es evidente, y que habrian confirmado cumplidamente los que ya he discutido en nuestra reunion anterior. Por ejemplo, habria debido recordaros las diversas misiones que en diferentes ocasiones fueron confiadas por el Salvador á los Apóstoles, ora cuando los constituia pastores de su rebaño, ora cuando les entregaba las llaves de su reino y los encargaba de atar y de desatar como juzgasen conveniente, y que con este emblema los revestia de la mayor potestad de jurisdiccion sobre los hombres. Hubiera podido mostraros que este principio de autoridad no es solamente la base de la fé en la cristianidad, sino que penetra hasta sus menores partes, descendiendo hasta los órdenes inferiores por una gradacion regular y muy acomodada, y cómo, cuando uno de sus miembros se hace refractario, está sujeto á es-

ta autoridad aun en sus mas ínfimos representantes (1). Sobre todo habria debido discutir estensamente aquellos pasages importantes en que la jurisdiccion suprema es atribuida á uno solo, que asi viene á ser en la Iglesia la raiz y piedra fundamental de la autoridad. Pero este último punto será materia de un discurso especial.

Estos diferentes ejemplos os muestran por lo menos que nosotros podriamos acumular pruebas sobre pruebas en favor de nuestra creencia. Por ahora me contentaré con llamar vuestra atencion sobre uno ó dos pasages en que Jesucristo deposita evidentemente su autoridad en manos de sus Apóstoles, cuando les dice: “Yo os envio como mi Padre me ha enviado (2);” y “quien á vosotros oye, á mí me oye; quien os desprecia á vosotros, á mí me desprecia; y quien me desprecia á mí, desprecia tambien al que me ha enviado (3).” Los Apóstoles conocian indudablemente la autoridad que el Salvador habia recibido de Dios para establecer su doctrina; sabian que su palabra tenia por garantía, no solamente la autoridad de su Padre, sino tambien su propia divinidad. Luego cuando los instituyó representantes ó sustitutos suyos sobre la tierra y, al confiarles el depósito de las verdades que habia traído del cielo, les recomendó las difundiesen y las hiciesen conocer á los hombres, ¿de

(1) Matth. XVIII, 17-19.

(2) Joann. XX, 21.

(3) Luc. X, 16.

qué autoridad no debieron creerse investidos en su enseñanza y en sus decisiones? ¿No podían naturalmente exigir la sumisión de la razón individual á su palabra apoyada en un fundamento divino?

Pues sigámoslos en sus laboriosas escursiones: ¿en qué principio basaron su predicación? Desde luego, no vemos en parte alguna que jamás hayan sugerido á nadie la necesidad del exámen individual respecto de las doctrinas del cristianismo; al contrario, en lo que se esforzaban era en estrechar sus pruebas y reducirlas á un solo punto y á un solo hecho su testimonio. Así, por ejemplo, hacían estribar el conjunto de su enseñanza en la verdad de la resurrección de Jesucristo, y sabemos que para establecer esta verdad se contentaban con decir que ellos mismos habían visto al Salvador después que victoriosamente salió del sepulcro (1).—Es verdad, direis; pero también los milagros que obraban eran un motivo grandemente poderoso para que se pudiese dar fé á su testimonio.—Pero á esto respondo, que éstos milagros probaban la autoridad de que estaban revestidos; pero que no por eso esta misma autoridad dejaba de ser el motivo que conducía á los hombres á someterse á su enseñanza. Y aquí debeis recordar algunas observaciones que acerca de esto os presenté en mi primer discurso. Aunque una gran parte de los primeros fieles se moviese á dar su adhesión á la enseñanza de los

(1) Act. Apost. II, 32; III, 15; V, 30, 32; XIII, 30; XVII, 31.

Apóstoles por los milagros que veían, ello siempre es que la fé no podía tener por base estos milagros, sino únicamente la verdad de las doctrinas que se proponían; porque una vez adheridos por un motivo ó por otro, era preciso que todas las doctrinas que se abrazaban á la vez tuviesen una garantía comun. Y pues no se exigían otras pruebas que un hecho tan limitado como es la verdad de la resurrección, síguese necesariamente que el asentimiento de los nuevos discípulos se apoyaba en algun principio que se extendiese á todas las verdades enseñadas, y ese principio no podía ser otro que la sumisión implícita á la predicación de los Apóstoles ó el principio católico de la autoridad infalible para la transmisión de la verdad.

En segundo lugar, tampoco vemos en parte alguna que los Apóstoles hayan siquiera dado margen á sospechar que todos los cristianos tengan obligación de leer y examinar la Biblia á fin de sacar de ella su fé. Ellos apelaban al Antiguo Testamento cuando hablaban á los judíos, porque en él habia verdades admitidas por sus oyentes, verdades que tenían su cumplimiento en el Evangelio y que por consiguiente debían servir de introducción á la demostración del cristianismo. Pero en ninguna parte hallamos vèstigio alguno de que ellos creyesen en la obligación de confiar á la Escritura la historia del Salvador y las materias de su enseñanza, á fin de proponerlas al exámen individual de cada fiel.

Lejos de eso, obraron con arreglo á un principio

diametralmente opuesto; por donde quiera que iban, instituian hombres escojidos que dirigiesen las congregaciones nuevas que acababan de fundar; y no puede negarse que estos tuviesen la autoridad necesaria para instruir y gobernar su respectiva grey. Se les habia prevenido no permitiesen que se les despreciase por ser jóvenes; se les habia encargado recibiesen las acusaciones que se presentasen contra los eclesiásticos, de tal modo que ya desde aquella época parecen instituidas la forma y condiciones de los juicios eclesiásticos (1). Y aunque estas últimas noticias se refieran mas directamente á la disciplina, muestran sin embargo que la Iglesia desde su origen estuvo enteramente basada en el principio de autoridad ó en los poderes de los que la gobernaban. Los Apóstoles, al alejarse, dejaban ó enviaban por medio de cartas las instrucciones mas minuciosas á los que los reemplazaban y á sus iglesias, y por cierto que lo que les recomendaban no era que leyesen la palabra de Dios en el Nuevo Testamento despues que estuviera compuesto, pues cabalmente nada hacia sospechar que algun dia lo seria, sino que conservasen cuidadosamente las doctrinas que ellos les habian transmitido.

Oid en qué términos se dirige san Pablo á Timoteo, su discípulo favorito: “O Timoteo, guarda el depósito que te ha sido confiado, huyendo de las

(1) I. ad Timoth. IV, 12; V, 19.

«profanas novedades de palabras y de toda doctrina contraria que lleva falsamente el nombre de ciencia, de que algunos han hecho profesion, apartándose de la fé (1).» Como si dijera: «Acuérdate de las doctrinas que yo te he enseñado, para que no lleguen á alterarse ni aun en las palabras; y cuando instruyas á los demas, conserva hasta los términos que has aprendido de mí, á fin de que no corrompan su sentido las doctrinas contrarias.» El Apóstol alude aqui al gnosticismo ó á los primeros errores que se habian propalado entre alguna porcion de fieles. Ahora bien: si hubiera pensado que las creencias religiosas debian fijarse por la Escritura en un libro, y que las palabras de este libro serian el único testo que sirviera de base á la fé; aún mas, si hubiera creido que escribiendo su carta, compondria él mismo una parte de ese nuevo código y que estaba en sus facultades prevenir todo peligro de alteracion, ¿á qué venia recomendar tanto á su discípulo el conservar hasta los términos de lo que le habia enseñado? Observemos además que él no confiaba esta doctrina á cada miembro de la Iglesia, individualmente considerado, ni á toda la congregacion colectivamente; sino á uno solo constituido por él para presidir y gobernar la grey, y que debia dar á Dios cuenta de las almas confiadas á su custodia.

En otra carta escribia al mismo Timoteo lo si-

(1) I. ad Timoth. VI, 20.

guiente : “Y proponte por modelo las sanas instrucciones que has oído de mi boca , tocante á la fé y á la caridad que está en Jesucristo. Guarda por el Espíritu Santo que está en nosotros el escelente depósito que te ha sido confiado (1).” Estas bellas palabras son un reconocimiento práctico de la enseñanza del Espíritu de Dios en la Iglesia y de la asistencia de Jesucristo, asegurada á sus Pastores; ellas nos muestran cómo San Pablo exorta á su discípulo é inmediato sucesor á conservar la forma de su enseñanza tal como la había oído de su boca. Algunos han pretendido que aludía en este pasaje al símbolo de los Apóstoles; pero 1.º, sería preciso probar lo que se dice; 2.º era inútil recomendar á un obispo en términos tan enérgicos la conservación de ese símbolo, y entonces era mas inútil que lo pudiera ser ahora; porque cuanto mas se le enseñaba, cuanto mas se hacía propiedad del pueblo en cierto modo, menos probabilidades había de que se alterase ó se perdiese.—Ahí pues teneis uno de los primeros pasos manifestos en la sucesión de la enseñanza tradicional; es decir, en la transmisión oral de la doctrina por un obispo, que de Dios había recibido su misión, á otro obispo que él delega á su vez para continuar su obra. Veamos ahora el segundo anillo de esta cadena. Un poco mas allá, exorta San Pablo á Timoteo en esta forma: “Guarda lo que has aprendido de mí

(1) II. ad Thimoth. I, 13-14.

ante muchos testigos, dalo en depósito á hombres fieles que sean capaces de instruir en él á los demás (1).” Aquí tampoco, le dice: «Guarda precisamente esta carta como que en ella se contiene una parte de la palabra de Dios y envia copias de ella á los que tengas que enseñar.» Este medio podia ciertamente parecer el mas seguro para conservar las doctrinas contenidas en esta carta; pero lo que el Apóstol hace es recomendar á Timoteo escoja hombres fieles y dignos de su confianza y deposite en sus manos las verdades que él habia recibido á fin de que ellos á su vez las comunicasen á otros.—Y ¿no es esto declarar en términos claros y precisos que el método oral es el medio de enseñanza que ha sido establecido y que se debe seguir en la Iglesia de Jesucristo?

Antes de separarnos de las epístolas de San Pablo á sus favorecidos discípulos, no puedo menos de llamar vuestra atencion acerca de dos pasages que parecen confirmar aún mas la regla de fé católica. En el primero dice á Timoteo: “Al salir para Macedonia, te rogué permanecieses en Éfeso para que advirtieses á algunos no enseñasen una doctrina diferente, ni hiciesen caso de fábulas ni de genealogías interminables, las cuales ocasionan contiendas y cuestiones mas bien que la edificacion en Dios que está en la fé (2).” El Apóstol, pues, no permite las

(1) II. ad Timoth. II, 2.

(2) Ibid.: I, 3-4.

B. del C.—Tome IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 47.

disensiones ni lo que pudiera conducir á disputas ó apartar de la construccion regular del edificio de la fé el espíritu; y este objeto era el principal que él se proponia cuando encargó el gobierno de la Iglesia de Éfeso á Timoteo. Ahora bien: suponed que esta mision es precisamente la misma que ha sido confiada á todos los obispos, y que por consiguiente todos ellos han recibido de Dios los medios para conseguir los mismos fines; preguntemos á la esperiencia de los hechos cuál de las dos reglas de fé que se usan hoy en el mundo cristiano debería ser seguida en la práctica por Timoteo. Pero la esperiencia nos ha probado suficientemente que si él obrara segun los principios y por los medios que están al alcance de los obispos de la iglesia episcopal reformada (1), le habria sido muy difícil conseguir el objeto que el Apóstol le designaba. Pero la misma esperiencia ha probado que la autoridad de la enseñanza es en las manos de los obispos católicos un medio eficaz de conservar la unidad en el rebaño. Y mientras seria en vano que los primeros prohibieran á los eclesiásticos y á los seglares *enseñar de otro modo* ó tratar de materias que conducen á disputas, los segundos ven el peligro lejano del redil que custodian y en el que gobiernan sin turbulencias y sin disensiones. A vista de esta diferen-

(1) Las acaloradísimas disensiones que públicamente han estallado entre los metodistas Wesleyanos darian lugar á muchas observaciones interesantes acerca de la necesidad de una regla y de una autoridad en materia de religion.

cia, conjeturad qué regla de fé seria seguida por Timoteo.

Aun es mas digno de nuestra atencion el lenguaje que usa San Pablo escribiendo á Tito: “Huye, le dice, del que es hereje, despues de haberle amonestado una ó dos veces; teniendo entendido que quien se halla en semejante estado está pervertido, peca y se condena él mismo por su propio juicio (1).” No me detendré en la primera parte de este testo en la que se vé plenamente justificada la conducta de la Iglesia católica con los que inventan el error y alteran la pureza de la fé con temerarias innovaciones; déjoo á vosotros mismos sacar las consecuencias relativas á los corruptores de la doctrina. Pero notad bien la importancia de las últimas palabras que tienen una relacion mas directa con nuestro presente objeto. En aquellos primeros tiempos del cristianismo, en que todavia ninguno podia haber nacido ó sido educado en la herejía, necesariamente entiende San Pablo por hereje al que habiendo hecho antes profesion de la verdadera Religion la abandona despues para abrazar opiniones nuevas, aunque sin recaer en la idolatría, pues en este caso le daria el nombre de apóstata y no el de hereje. Ahora bien: el Apóstol dice que semejante «hombre peca y es *condenado por su propio juicio*;» pero cuando en nuestros dias pasa alguno de las filas del protestantismo á las de otra religion, se está muy lejos

(1) Ad Tit. III, 10, 11.

de mirarle como un pecador que lleve en sí mismo su condenacion; antes bien se piensa que debe ser y que generalmente es justificado por su propio juicio, pues cabalmente este juicio individual es su única guía en materia de religion. Luego el principio del protestantismo es enteramente diferente de la doctrina del Apóstol. San Pablo supone la existencia de algun principio interno que condena necesariamente en su propio juicio al que abandona la verdad; y este no puede ser sino un principio que nos dé la certidumbre de que estamos en la verdad y que todo lo que creemos es verdad; pues solamente el abandono de un principio de esta naturaleza podria condenaros dentro de vosotros mismos por solo el hecho de apartaros de él, por solo el hecho de vuestro cambio ó mudanza. La doctrina del Apóstol es precisamente la de la Iglesia católica. Escepto el caso de ignorancia invencible, el católico que está en posesion de su regla de fé ó del principio que le une á su Iglesia, no puede desechar una sola de sus creencias, sin que su propio juicio le condene como violador de su principio fundamental y le arguya convincentemente de haber cometido una falta grave.

De estas instrucciones, dejadas por el Apóstol de las gentes á los gefes de las iglesias nacientes, volvamos la vista á las exhortaciones que dirigia á esas mismas iglesias. “Por tanto, hermanos míos (declara á los tesalonicenses), permaneced firmes y conservad las tradiciones que habeis aprendido, así por

nuestras palabras como por nuestra carta (†).” Aquí también distingue dos clases de doctrinas, escritas unas, y no escritas otras; ambas, sin embargo, están calcadas sobre el mismo pie, deben ser recibidas por la Iglesia con igual respeto, y han sido confiadas á los sucesores de los Apóstoles. Cuando se reflexiona en estos testimonios, cuando se ve la autoridad de la enseñanza oral basada sobre tales pruebas, cuando reina el mas completo silencio respecto de todo lo que pudiera semejarse á un código escrito del cristianismo, impuesto á todos individualmente, ¿quién dudaría todavía del principio adoptado por los Apóstoles y del fundamento sobre que establecieron sus Iglesias? ¿No resulta de ahí que ellos habian recibido la mision de enseñar con autoridad y que transmitieron esta prerogativa á sus sucesores con el código de las leyes no escritas, y por último, que luego al escribirlas no tuvieron otro objeto que fijar de esta manera una parte de lo que ya poseía la Iglesia?

Pero prosigamos en nuestras investigaciones. Ya os he dicho que en ninguna parte hallamos indicio alguno de que haya sido consignado por escrito un conjunto ó código de leyes cristianas. Por otra parte, en la historia eclesiástica vemos que los Apóstoles predicaron el Evangelio á muchas naciones lejanas, y no solamente en Eu-

(†) II. ad Thessal. II, 15.

ropa, sino hasta en las estremidades del Oriente. Santo Tomás, por ejemplo, llevó la antorcha de la fé á la Península indica; San Bartolomé á una parte de la Scitia; San Tadeo á la Mesopotamia; y otros Apóstoles á lo interior del Africa. Hay varios y escelentes tratados, entre ellos uno del actual obispo de Salisbury, cuyo objeto es probar que San Pablo estendió sus escursiones apostólicas hasta nuestra isla y convirtió á los bretones.

Y bien; ¿con arreglo á qué principio procedían los Apóstoles en la conversion de estas naciones lejanas? Indudablemente que basaban sus doctrinas en la regla legítima de fé, y que tomaban las medidas necesarias para propagarlas y perpetuarlas en sus iglesias respectivas. ¿Y hallaban esas medidas y esa regla en la Escritura ó sea en la palabra escrita? Si así fuese, deberíamos tener los libros santos traducidos en los varios idiomas que entonces se usaban en aquellas diferentes naciones, así como han llegado hasta nosotros algunas obras escritas antes de la venida del Salvador y en varios de aquellos idiomas, el de la India, por ejemplo. Porque ¿es acaso creíble que el primer cuidado de los Apóstoles no hubiese sido traducir la Escritura en aquellas lenguas? ¿No las hablaban todas por una gracia especial del espíritu de Dios? Luego podían desempeñar esa tarea sin temor de error y sin dificultad alguna. Si la Biblia fuese para cada uno de nosotros el paso primero, el principio vital del cristianismo; si el exámen individual fuese el único fundamento de nuestras creencias, de seguro

que no se hubiera debido descuidar el único medio de lograr este esencial objeto. Sin embargo, las únicas versiones del Nuevo Testamento que han llegado hasta nosotros, son la version siríaca, y en Occidente la version latina llamada vulgata (1). No conocemos el origen de esta. Es verosímil fuese compuesta durante el primero ó segundo siglo; pero hay poderosas razones que nos mueven á creer que durante los dos primeros siglos no se usaba de ella sino en Africa (2); por manera que Italia, Francia y España, que se servían de la lengua latina, no poseían mas que el testo griego del Nuevo Testamento y la traduccion griega del Antiguo; por consiguiente, el pobre no podia entender la Escritura ni podían leerla la mayor parte de los cristianos. La version siríaca tampoco fué conocida mas que de un corto número de los primeros pueblos convertidos al cristianismo por los Apóstoles, y ni aun podemos afirmar que existiese antes del siglo III. Así, pues, se habrían pasado dos siglos antes de que la Biblia, y aun el mismo Nuevo Testamento, anduviesen en las manos de los cristianos orientales.

¿Y qué diremos de la Gran Bretaña, separada en cierto modo del resto del universo? Se nos ha repe-

(1) Omíto hablar de la version copta, porque es menos importante y porque probablemente no es tan antigua como las otras dos.

(2) Véanse dos cartas sobre algunos puntos de la controversia relativa al capítulo primero de San Juan, v. 7, por el Dr. N. Wiseman.

tido muchas veces que los cristianos de este país rehusaron desde el principio toda comunión, toda relación con la Silla de Roma; y que siempre opusieron una fuerte resistencia á las órdenes que de Roma emanaban; porque, se nos dice, la iglesia bretona permaneció tal como habia sido fundada por los Apóstoles, libre y pura de los errores y de la corrupcion que con el tiempo se introdujeron en la Iglesia romana. Pero ¿cómo explicar esta permanencia de la pureza primitiva de las doctrinas religiosas en su seno? Ella no tenia traduccion de la Escritura en lengua vulgar; por consiguiente, el pueblo no podia entender las que entonces habia. Luego esas doctrinas, que se supone haber sido conservadas tan puras solamente allí, habrian sido trasmitidas por el canal de la tradicion. Pero cabalmente esta consecuencia excluye hasta la idea de que las Santas Escrituras sean el cimiento ó fundamento sobre que los Apóstoles edificaron sus Iglesias.

En apoyo de estas consideraciones voy á citaros las palabras de uno de los mas antiguos PP. de la Iglesia. El ilustre obispo de Leon, San Ireneo mártir, que vivió en el siglo III, se espresa en los términos siguientes acerca de la necesidad ó no necesidad de la Biblia, como regla de fé: “Aun suponiendo que los Apóstoles no hubiesen dejado escritos, no por eso dejaríamos de seguir la regla de las doctrinas que ellos confiaron á los primeros pastores, encargados por ellos del gobierno de sus iglesias. A esta regla se someten aun naciones bárbaras que ni siquiera conocen el alfabeto; y se someten, porque llevan grabadas en sus co-

razones las palabras de salud y guardan cuidadosamente las verdades que les han sido anunciadas (1). Hé ahí un testimonio de una antigüedad muy respetable que nos muestra que en el siglo III muchas iglesias profesaban las doctrinas apostólicas sin que de modo alguno pudiesen tener conocimiento de la palabra de Dios escrita.

Por otra parte, ¿en virtud de qué principio abrian los Apóstoles el gremio de la Iglesia á los que creian en su palabra? En los Hechos apostólicos leemos que un dia tres mil y otro cinco mil se convirtieron de una vez y entraron por el Bautismo en la sociedad cristiana (2). Y ¿podremos suponer que todos estos neófitos hubieran recibido instrucciones detalladas acerca de los misterios de la Religion? Sin embargo, por el bautismo entraban en perfecta comunión con los fieles; pero ¿habian tenido tiempo de hacer un minucioso exámen de todas las doctrinas que les habian sido presentadas? Mas las palabras mismas de la Escritura rechazan semejante suposición, porque en ellas se nos representan como instantáneas esas conversiones. Por consiguiente, era menester que el principio en virtud del cual se conferia el título de cristiano á aquellos nuevos convertidos fuese mas fácil, pronto y espedito, é implicase la entera aceptacion de todo cuanto les fuera enseñado

(1) *Adv. Haeres.* lib. III, c. IV, p. 205.

(2) *Act. Apost.* II, 41; IV, 4.

por los autores de su conversion. Estos debian exigirles una compendiosa pero completa profesion de fé, que les garantizase de su subsiguiente adhesión á las doctrinas que ellos les presentasen; de lo contrario, se habria profanado el sagrado rito del Bautismo, confiéndole á hombres á quienes se hubiera dejado en completa libertad de retirarse luego de las filas del cristianismo, si no hubieran podido convencerse por sí mismos de cada una de sus verdades. Suponed cuantas hipótesis querais, nunca dareis á esta dificultad una solucion satisfactoria, mientras no apeleis á una sumision implicita á la enseñanza de los pastores de la Iglesia (1); lo cual, en materia de Religion, equivale á la creencia en la infalibilidad del poder docente. Y con efecto, esa fué la práctica de aquellos primeros tiempos: cuando los Apóstoles hacian un decreto ó publicaban una ley acerca de alguna práctica de la Iglesia, cuando daban alguna decision en materias de disciplina ó de fé, vemos á los fieles someterse á ellas y reverenciar á sus autores, no solamente como á maestros, sino como á superiores, á cuya autoridad estaban obligados á obedecer. De esta manera la dificultad está resuelta, y aparece evidente el principio

(1) Este método fué practicado, no solamente por los Apóstoles que habian recibido su mision directamente de Dios, sino tambien por aquellos en quienes ellos habian delegado una parte de su autoridad, y que por consiguiente no participaron de las elevadas prerogativas del Apostolado; por el diácono Felipe, por ejemplo (*Act. VIII, 12*). Esta observacion es importante, porque muestra que el principio era universal, y no una mera consecuencia de la infalibilidad personal de los Apóstoles.

que estaba en uso en los primeros tiempos de la Iglesia. Los nuevos convertidos eran recibidos, dando la suficiente garantía de que abrazarian todas las doctrinas del cristianismo, no porque hicieran de ellas un menudo exámen, sino porque convencidos ya de la autoridad de los Apóstoles, se obligaban voluntariamente á adherirse implícitamente á todo lo que oyeran de su boca.

Confrontad ahora en este punto las dos reglas de fé. Suponed que un misionero llega á un pais extranjero donde es desconocido el nombre de Jesucristo, ¿sentará desde luego como regla fundamental que todos están obligados á leer la Biblia y á convencerse por sí mismos de la verdad de lo que deben creer? Yo os pregunto, no ya si es posible decir, propiamente hablando, que millares de hombres han sido convertidos por un solo discurso con semejante principio, sino si el misionero, suponiendo que él mismo crea en su principio, puede abrir en un dia á esos millares de convertidos la entrada en la Iglesia por el rito del Bautismo. ¿Habrá seguridad de que las conversiones efectuadas sean verdaderas y de que muchos no volverán atrás de la resolucion que primeramente habian tomado? Todo el que haya saludado la historia de las misiones en los tiempos modernos habrá podido convencerse de que solo el misionero católico se contenta con una instruccion tan sumaria para admitir nuevos fieles á la comunión de su Iglesia, y que solo él tiene la seguridad de que perseverarán en esta comunión. Asi es como nuestros

misioneros se están conduciendo todos los dias ; así es como se han conducido siempre. San Francisco Javier, á imitacion de los Apóstoles, convirtió y bautizó en un solo dia miles de personas que permanecieron constantemente adheridas á la fé de Jesucristo. Esto consiste en que el catolicismo tiende sus brazos á todo el que renuncia á su juicio particular para adoptar su principio vital ; es decir, que se somete implícitamente á la verdad de todo lo concerniente á la enseñanza de la Iglesia.

Asi en todos los documentos que nos ponen en estado de juzgar de la conducta observada por los Apóstoles en las predicaciones , nada hay que indique que la Escritura ó el Nuevo Testamento haya servido de regla de fé ; al contrario , todo demuestra el principio católico de la autoridad ó de la enseñanza infalible en la Iglesia.

Examinemos ahora el período que siguió inmediatamente á los tiempos apostólicos y veamos si en aquellos bellos dias del cristianismo continuó estando en vigor el mismo principio. Derecho tendríais indudablemente á estrañar el que para probar mi tésis adujera la autoridad de la tradicion ; pero no , no quiero aducir numerosas citas en comprobacion de mis asertos ; nuestras investigaciones son puramente históricas. Unicamente si supongo que los obispos que sucedieron á los Apóstoles , conservarían naturalmente el método practicado por estos , y que de los mismos hombres que les habian transmitido la fé habrian aprendido la manera de enseñar en la Iglesia de Jesu-

cristo. Pues bien: su conducta en esta parte vendrá en confirmacion de nuestras primeras investigaciones; pero esta vez será necesariamente mas estensa nuestra conclusion, porque de ella resultará la solucion de estotra cuestion: el método practicado por los Apóstoles, ¿dependia de privilegios y de una autoridad que les fuesen personales, ó era el resultado de una institucion permanente en la Iglesia? Si descubrimos que los sucesores de los Apóstoles exigieron la misma sumision á la autoridad de su enseñanza y que los fieles les pagaron voluntariamente este tributo, preciso será confesar que este principio era una parte constitutiva del cristianismo y que la regla de fé que hemos supuesto no era una consecuencia temporal del carácter apostólico, sino el fundamento esencial de toda creencia.

Estudiemos el segundo y tercer siglo, la era de los confesores y de los mártires, cuando por confesion de todos ninguna mancha afeaba todavia la belleza original de la Iglesia, y su moral conservaba su pureza primitiva, y su dogma su integridad.

Si en esos remotos tiempos examinamos la marcha seguida para la enseñanza privada, el uso que se hacia de las Santas Escrituras y las disposiciones relativas á la autoridad de la Iglesia, hallaremos precisamente el mismo método y las mismas ideas que anteriormente hemos notado.

I.

Desde luego es un hecho reconocido por todos que durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia no se acostumbró iniciar en las doctrinas mas importantes del cristianismo á los nuevamente convertidos antes de que estos recibieran el Bautismo, pues esta iniciación se dejaba por una ley, llamada comunmente *Ley del secreto*, para despues de la recepcion del Sacramento. Las personas que solicitaban ser recibidas en la sociedad cristiana, estaban sujetas á dos años de pruebas por lo menos. Durante todo este tiempo, solo se les permitia asistir á una parte del oficio divino; y en el momento en que iba á comenzar la celebracion de los santos misterios, se les mandaba salir y quédarse fuera. De este modo se tenia á los catecúmenos en la ignorancia de los principales dogmas cristianos. Mucho se ha disputado acerca de hasta dónde se estendia esta reserva. Unos, y son la mayor parte, suponen que los dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion se enseñaban antes de la recepcion del bautismo; otros sostienen que estos dos puntos eran igualmente sustraídos al conocimiento de los nuevos convertidos hasta su entrada efectiva en la Iglesia, mediante la recepcion del Sacramento; por manera, que antes de esta

venturosa época no se exigia mas de una creencia implícita en el cristianismo. No digo yo que esta sea mi opinion; pero os mostraré muy luego que esta es la opinion de teólogos protestantes muy distinguidos.

Examinemos ahora los motivos que hubo para adoptar semejante ley. Supónese tuvo su principio en muchos pasages de la Escritura; por ejemplo; en aquel en que el Salvador recomienda á los Apóstoles *no arrojen las perlas á los puercos*; es decir, que no se comuniquen los adorables misterios de la Religion á los que de ello no son dignos. Tambien en las Epístolas de San Pablo hallamos muchos vestigios de esto, cuando el grande Apóstol habla de ciertas doctrinas destinadas á servir de alimento á los fuertes, al paso que compara otras á la miel, que son las que hay que dar á los *niños* en la fé; porque en el language de los primeros cristianos se llamaba *niños* á los catecúmenos, en contraposicion de los *adultos*, de los *perfectos*, de los fieles. Pero sobre todo se juzgó conveniente, y aun podria decir necesario, ocultar la doctrina verdadera del cristianismo al conocimiento de los perseguidores paganos, no porque se temiese una severidad mayor de su parte, sino porque se temia sobremanera que profanasen ó convirtiesen en objeto de mofa los Santos Misterios.

Ahora bien: si este era el objeto de la ley ¿en virtud de qué principio podria conseguirse? Suponed, por un momento, que los mismos fieles hubiesen sido responsables de sus creencias, que no debiesen

admitir ninguna de las doctrinas enseñadas por los Pastores sin haberla comprobado antes por medio del exámen individual de la palabra de Dios, ¿pensais que semejante regla de fé seria compatible con la ley del secreto? Esta ya hemos dicho tenia por objeto impedir que los santos misterios fuesen traidoramente descubiertos por los que de ellos habian de ser instruidos. Pero en este caso, la misma precaucion era un peligro todavía mayor. Cuando un candidato se presentaba para el Bautismo, en vez de someter desde luego á su exámen la doctrina á fin de que se retirase si no le satisfacía, la Iglesia le admitia en su comunión dejándole la libertad ó mas bien la necesidad de salirse en seguida, si su espíritu no podia aceptar las verdades que despues del Bautismo se le proponian. Mas esto hubiera sido indirectamente contra el objeto de la ley, porque si aquellos nuevos cristianos hubieran apostatado, habrian sido ya miembros prácticos de la Iglesia y familiarizados con sus ritos y sus sacramentos; y por consiguiente, el crimen de la profanacion habria acompañado siempre al de la apostasía. A menos, pues, de que no hubiese seguridad de que humanamente hablando habia imposibilidad moral de que los nuevos convertidos se mostrasen poco satisfechos de las creencias del cristianismo y de que manifestasen el deseo de abjurar la religion que abrazaban, la ley del secreto tendria resultados diametralmente opuestos á su objeto. Aún mas: la sumision á semejante ley habria sido una injusticia atroz; no hay moralista que en circunstancias

ordinarias no condenase como esencialmente injusto comprometer á los hombres en un sistema desconocido, y exigir de ellos desde el primer paso su adhesion á creencias y prácticas que ellos no conocen y de las que no se les permita juzgar. Si no admitis la existencia de un principio adoptado por los catecúmenos antes de su bautismo, y que diese á la Iglesia una gran garantía de que perseverarian, cualesquiera que fuesen las doctrinas, las prácticas y las leyes que se les impusiesen despues, por sublimes ó incomprensibles que les pareciesen los dogmas, y por grande que fuese el sacrificio que se exigiese de sus pasiones y de sus sentimientos; en suma, sin una mútua seguridad de una y otra parte, su admision en la comunidad religiosa seria un acto de los mas injustos y soberanamente inmoral. Seria aún mas; seria un sacrilegio, porque la Iglesia se hacia cómplice de la profanacion del sacramento, confiriéndole á personas que podian no tener la fé que se requería para su recepcion, puesto que esas personas no habian cumplido con la obligacion capital del exámen de sus creencias ó de la comprobacion de las doctrinas, que les proponia la Iglesia, con la Escritura.

No hay, pues, mas de un principio que pueda explicar y justificar semejante ley; y ese principio es la conviccion en que las personas que á ella se sometian estaban de que no podian ser engañadas ni estraviadas por la autoridad encargada de instruir las, y que haciéndola depositaria de su adhesion futura, confiaban esta al mismo Dios, porque antes de conocer los

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 18

misterios de la Religion, tenian de su verdad un testimonio inalterable y divino. Al mismo tiempo, solo este principio podia asegurar á la Iglesia de que los nuevos cristianos, despues de su bautismo, no se volverian atrás. Luego la admision de este principio, como fundamento de las verdades cristianas, es el único que explica la antigua disciplina de la Iglesia, y justifica la costumbre que habia de conferir el bautismo á personas que aun no estaban completamente instruidas.

En confirmacion de lo que llevo dicho, os citaré una autoridad contemporánea y cuya ortodoxia no puede negar la iglesia anglicana. Es un pasage de una obra publicada hace dos años por el señor Newman, teólogo de Oxford, con el título de “*El Arrianismo en el siglo IV;*” obra que tengo entendido ha sido muy aplaudida y recomendada por personas notables del protestantismo y muy familiarizados con sus doctrinas. El pasage que voy á citar es de los mas importantes porque va aun mas allá de mis aserciones y afirma lo que ya os he hecho notar, esto es, que, en sentir de algunos, á los catecúmenos no se les enseñaban los dogmas fundamentales del cristianismo. En la página 49 se espresa así dicho autor: “Hasta el último momento no se daba á los catecúmenos mas de una idea general y obscura de los artículos de la fe. El conocimiento exacto y completo de los dogmas de la Trinidad, de la Encarnacion, y sobre todo del sacrificio expiatorio, consumado en la Cruz, y renovado luego y aplicado en la Eucaristia, era privilegio esclusivo de los cristianos ya formados.”

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WILKINSON, Tom. I. 81

dos y prácticos. Por otra parte, según vemos en las obras de San Cirilo, los puntos principales de que se trataba en las catéquesis eran la doctrina del arrepentimiento y del perdón, la *necesidad de las buenas obras*, la naturaleza y uso del bautismo y la inmortalidad del alma, según los habían enseñado los Apóstoles." A creer, pues, á dicho teólogo, lo que se enseñaba á los catecúmenos era la inmortalidad del alma, la necesidad de las buenas obras, el uso del Bautismo, el arrepentimiento y el perdón; pero todo esto no constituye mas que una idea general del cristianismo. Solo después que estaban bautizados, era cuando se les hablaba de dogmas mas importantes, y aun puedo decir, de los mas importantes; porque se me figura que nadie negará este carácter á los dogmas de la Trinidad, de la Encarnación, y sobre todo al que hoy particularmente se considera como el dogma vital, la expiación obrada en la Cruz. Pero esta distinción suscita una dificultad. Escuchad: "¿Cómo, se me dirá al punto, cómo podía ser practicable el secreto, estando abiertas las Santas Escrituras para todo el que quisiera consultarlas?" Es decir, puesto que la Biblia andaba en manos de los fieles y que se supone que la leían ó que se les recomendaba la leyeran, á fin de fundar en ella sus convicciones, ¿cómo se podría impedir que descubriesen en ella ciertas doctrinas?

Oíd la respuesta: "Las personas que solamente están familiarizadas con los escritos que circulan hoy por el pueblo, tal vez se admiren de esto,

• paréceme sin embargo que un exámen mas profundo de la materia nos demuestra que las doctrinas de que se trata jamás han sido recibidas por solo el conducto de la Escritura. Es cierto que el libro sagrado nunca estuvo destinado á instruirnos de nuestro símbolo, y no ha sido adoptado como tal, aunque pueda muy bien servirnos para probar nuestro símbolo cuando acerca de él estamos ya instruidos; y esto, no obstante las escepciones particulares que puedan alegarse contra la regla general. La regla tuvo desde el principio la fuerza de un hecho consumado y se reconoció en la Iglesia la misión de enseñar la verdad, salvo el recurrir luego á la Escritura para buscar en ella las pruebas de su enseñanza. Este fué tambien desde el principio el error de los herejes, el descuidar este manantial abierto para todos y emprender una obra de que no eran capaces, cual era la formacion de un cuerpo de doctrinas por medio de vestigios desparramados en la Escritura. Hicieron en punto á los solemnes intereses de la Religion el papel del filósofo de la naturaleza que, queriendo bastarse á sí mismo, desechara el bello sistema de Newton acerca de la gravitacion, y con un talento sobradamente mediano para tamaña empresa se empeñará en esplicar el movimiento por una teoría que él mismo hubiera inventado. La insuficiencia de la Escritura, como objeto de un estudio individual para llegar al perfecto conocimiento de la verdad que realmente contiene, está bastantemente demostrada por el hecho de que los símbolos y los hom-

•brés encargados de enseñarlos siempre han sido di-
•vinamente instituidos; lo está por la divergencia de
•opiniones donde quiera que falta este doble medio;
•lo está, en fin, por el mismo carácter de la Biblia.
•De todo lo cual se sigue, que aun cuando los ca-
•tecúmenos y los neófitos hicieran uso de los li-
•bros inspirados para conocer sus preceptos de mo-
•ral é instruirse en los rudimentos de la fé, toda-
•vía sin embargo tenían necesidad de la enseñanza
•de la Iglesia. Esta enseñanza era la clave que les
•servía para entender los pasages relativos á los
•misterios del Evangelio, pasages necesariamente
•oscuros á causa de la necesidad de combinarlos en-
•tre sí y de recibirlos igualmente todos.”

Ved, pues, ahí á un sabio teólogo de la iglesia establecida (la anglicana) (a) que reconoce que los cristianos de los primeros siglos no conocían hasta después de recibir el Bautismo los dogmas importantes de la Religion, y que cuando se le objeta que la Escritura era la única regla de fé, afirma positivamente que la Iglesia, si bien apelaba al testimonio de los Libros Santos para confirmar su enseñanza, estos libros nunca fueron considerados como el único fundamento en que debía apoyarse la fé. Y no solamente admite las premisas que yo habia sentado, sino que saca de

(a) Ahora lo es de la Iglesia católica; pues, como recordarán nuestros lectores haber leído en la *Introducción* de estas Conferencias, el Dr. Newman es uno de los muchos que en estos últimos años se han convertido al catolicismo. (N. del T.)

ellas todas las consecuencias que pudieran desearse. Esto ya basta y sobra para el objeto que nos habíamos propuesto.

II.

Es pues incontestable que en los tres primeros siglos del cristianismo toda la instruccion religiosa descansaba enteramente en el principio que he explicado en la conferencia anterior. Veamos ahora en virtud de qué principios se recibia durante esos mismos siglos la palabra de Dios. Los fieles ¿miraban la Escritura Santa como el fundamento único de la fé, ó la recibian como nosotros por la autoridad de la Iglesia dejando á esta misma Iglesia el cuidado de explicarla? Vosotros mismos podreis juzgarlo á vista de un corto número de testimonios que voy á escojer de entre los documentos de aquella época; y digo corto número, porque no pienso hacer mas que tocar ligeramente esta parte de la cuestion. Acerca de esto tenemos un dicho muy célebre de San Agustin. Disputando este insigne doctor contra un maniqueo, es decir, contra uno de esos herejes entre los cuales se contó él en su juventud, se espresaba del modo siguiente al hablar del camino por donde habia llegado al conocimiento del cristianismo: “Yo, dice, no hubiera creído en el Evangelio, si á ello no me hubiese impelido

«la autoridad de la Iglesia (1).» Con estas pocas palabras declara esta lumbrera de su siglo cuál fué el principio que le condujo á la fé; sin la autoridad de la Iglesia católica no habría podido recibir las Santas Escrituras.

Ya os he hablado de San Ireneo, y ahora vuelvo á invocar su testimonio, oídle: «En cuanto al que cree que hay un solo Dios y se une á su cabeza que es Cristo, para ese todo es fácil cuando lee la Escritura, remitiéndose á la direccion y guía de los que han recibido el sacerdocio en la Iglesia y que, segun ya hemos demostrado, son los que conservan la doctrina de los Apóstoles (2).» Que es como si dijera: «Se puede leer la Escritura y su estudio será fácil y seneillo con la asistencia de aquellos á quienes los Apóstoles han confiado la ley no escrita, como una clave sin la cual no se puede penetrar su verdadero sentido.»

Aún es más esplicito el language de Tertuliano. Este Padre, que vivió en el mismo siglo que el anterior, es el primero que trató de las materias del cristianismo en lengua latina, y por consiguiente el primero que nos da á conocer el modo de proceder en

(1) Contra Epist. Fundament., op. t. VI, p. 40, ed. París 1614: «*Evangelia non crederem, nisi me catholica Ecclesia commoveret auctoritas.*» Heraldus observa que en estas palabras hay un africanismo, que *crederem* está en lugar de *credidissim.* Vid. *Disiderii Heraldii animadv. ad Arnobium*, lib. 4, p. 54; y las dos cartas del Dr. N. Wiseman, p. 66.

(2) Adv. Haeres., lib. IV, c. 52, p. 255.

la Iglesia de Occidente en los puntos de fé y de disciplina. Su libro de la *prescripcion contra los herejes*, que parece haber sido compuesto para las necesidades de los tiempos actuales, nos muestra cuál era el fundamento en virtud del cual se juzgaba entonces y se condenaba á todos los que se separaban de la Iglesia universal. Allí el autor prueba especialmente que los herejes no pueden apelar á la Escritura, porque esta no tiene autoridad como libro inspirado sino por la sancion de una Iglesia infalible, y por consiguiente que encuentran desde el primer paso un obstáculo insuperable y no pueden seguir adelante en su razonamiento. Ellos no tienen derecho alguno á la palabra de Dios; esta no les pertenece, no pueden invocarla en su favor, si desechan la autoridad de la Iglesia, puesto que de la Iglesia es de quien ella recibe su autoridad; y si admiten la autoridad de la Iglesia, obligados están á creer todo lo que ella enseña. “Id, les dice, consultad á las iglesias fundadas por los Apóstoles en Corinto y en Éfeso, ó si estais en el Occidente, no teneis tan lejos Roma; fácil os es recurrir á su autoridad y aprender de ella lo que debeis creer.”

Podria leerlos todo el libro, y acerca del asunto que nos ocupa no hallaríais un solo punto que se diferenciase de lo que llevamos dicho. Me contentaré con citar el pasaje siguiente: “¿Qué adelantais, pregunta Tertuliano, qué adelantais con acudir á la Escritura, cuando el uno niega lo que el otro afirma? Tratad mas bien de saber quién es el que posee

» la fé de Cristo, á quien pertenecen las Santas Es-
 » crituras, de quien, por quien y cuándo ha sido
 » transmitida esta fé en virtud de la cual somos
 » cristianos. Porque allí donde encontréis la verda-
 » dera fé, allí encontrareis también las verdade-
 » ras Escrituras y las interpretaciones que de ellas
 » se han hecho y todas las tradiciones cristianas.
 » Cristo escogió á los Apóstoles y les encargó de
 » instruir y enseñar á todos los pueblos. Los Após-
 » toles fundaron Iglesias á las cuales confiaron la doc-
 » trina; de estas Iglesias se formaron otras, y de ellas
 » recibieron la misma doctrina, segun está sucediendo
 » todos los dias; por manera, que son también apostó-
 » licas estas últimas, hijas de las Iglesias fundadas por
 » los Apóstoles. Luego para conocer lo que los Após-
 » toles enseñaron, ó mas bien lo que recibieron de
 » Jesucristo, hay que acudir á las Iglesias que ellos
 » fundaron y enseñaron por su propia boca y con sus
 » cartas. Porque es evidente que toda doctrina confor-
 » me á la fé de estas iglesias-madres, es verdadera,
 » puesto que es la misma que recibieron de los Após-
 » toles, estos de Cristo, y Cristo de Dios;—y que to-
 » da opinion que de ella difiere es necesariamente nue-
 » va y falsa (1).”

Y ¿no es esta cabalmente la misma regla de fé
 que aun hoy dia enseña la Iglesia católica? ¿No veis
 ahí todos los principios que os he explicado? Pues la

(1) *De Præscrip. hæretic.*, p. 334, ed. 1682.

doctrina de Tertuliano no es diferente de la de los demas Padres. Despues de él viene una multitud de escritores en las dos Iglesias griega y latina, y no hay uno que no haya procedido de la misma manera. Sin embargo, me contentaré con dos testimonios, uno de cada Iglesia.

El primero es de Orígenes, el hombre mas instruido de los antiguos tiempos del cristianismo, el mas versado en las investigaciones filosóficas; y el mas capaz de descubrir el menor vislumbre de sofisma, si es que le hubiera habido en la série de argumentos empleados para llegar á la demostracion de la Religion cristiana. “Como hay muchos, dice, que hacen profesion de creer lo que Jesucristo enseñó y algunos difieren de otros, se hace necesario á todos atenerse á la doctrina que nos ha sido trasmitida por los Apóstoles y que la Iglesia ha conservado. Solo es verdadero aquello que en nada se aparta de la tradicion eclesiástica y apostólica (1).” Y en otra parte: “Desdeñe quien quiera la ensenanza apostólica, esto es propio del orgullo. Por mi parte yo ereo que es preferible esecuchar la voz de los Apóstoles que es la voz del mismo Dios y de su Cristo, y no dar á las Santas Escrituras otro *sentido* que el que ellos mismos las dieron. Si siguiéramos la letra sola de los Libros Santos, si interpretáramos la ley del modo que los judios, me avergonzaria de confe-

92

(1) De princip., lib. 4.

»sar que el Señor hubiese dado semejantes leyes; pero si
»entendemos la ley de Dios en el sentido de la Iglesia,
»entonces supera en perfeccion á todas las leyes hu-
»manas y es realmente digna de quien la ha da-
»do (1).”

»Y en otro lugar: “Todas las veces que los he-
»reges hablan de las Escrituras canónicas, recibidas
»por todo el mundo cristiano, parecen decir: «Mirad;
»¡la palabra de verdad está con nosotros! Pero en esto
»no merecen ningun crédito, porque nosotros no pode-
»mos separarnos de la tradicion eclesiástica. Unica-
»mente debe creerse lo que ha sido trasmitido en la
»sucesion de las Iglesias de Dios (2).”

El segundo testimonio que yo invoco está sa-
cado del tratado de San Cipriano acerca de la
unidad de la Iglesia. Esta obra tiene por objeto
establecer que la unidad de fé es la nota fundamen-
tal de la Iglesia, y que la unidad de fé, la unidad de
gobierno y la unidad de comunion no pueden ser con-
servadas sino por la unidad de la regla. Hé aquí las
palabras del gran obispo de Cartago: “Los hombres
»están espuestos al error, porque no vuelven sus
»ojos hácia la fuente de verdad, porque no se man-
»tienen unidos á la cabeza y no guardan la doctrina
»del Padre celestial. Para todo el que en ello refle-
»xione detenidamente..... la prueba es fácil. Jesu-

(1) Hom. VII in Levit.

(2) Tract. XXIX in Matth.

»cristo dijo á San Pedro: *Yo te digo, tú erés Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* ¿Y se le figurá tener fé el que no conserva la unidad de la Iglesia? »Quien se opone á la Iglesia ¿cree estar en la Iglesia (1)?» La Iglesia de que aquí habla es la que está en comunión con San Pedro, es decir, segun se ve en otros pasages de sus escritos, la Iglesia que está en comunión con la Silla de Roma.

Queda pues demostrado que el método practicado en la instruccion privada y en la enseñanza general de la primitiva Iglesia, por lo menos en lo tocante á los motivos de creencia en la Escritura, era el mismo que conservamos todavía, la infalible autoridad de la Iglesia asistida de Dios.

III.

Otro punto estrechamente unido á los dos precedentes y que mas directamente se enlaza con la enseñanza pública de la Iglesia, era su manera de proceder cuando se reunia para definir un artículo de fé. Este es un hecho muy notorio: la conducta de la Iglesia fué invariable, todas las veces que llegaban á manifestarse en su seno opiniones que ella juzga-

[(1) De Unit. Eccl, p. 194-195.

ba erróneas. La Iglesia entonces recogia las autoridades de los siglos precedentes y se servia de ellas como de base para dar un decreto ó una definicion de fé. Despues, sin permitir á los adversarios del dogma definir, discutir ó defender sus opiniones, les mandaba suscribir una fórmula de fé, contraria á sus errores. El primer Concilio general celebrado despues de los Apóstoles, es un brillante ejemplo de esto; fué reunido para condenar la doctrina de Arrio. Y debe notarse principalmente que el concilio hace preceder de las siguientes palabras sus cánones ó reglas de disciplina: “Nos ha parecido conveniente decretar lo que sigue;” pero cuando llega á las definiciones de fé, dice: “la Iglesia de Dios,” no la palabra de Dios, ni la Escritura, sino “la Iglesia de Dios enseña esta doctrina;” y porque la Iglesia de Dios la enseña, todos los que están aqui presentes, todos los obispos de la tierra deben suscribirla.

Difícilmente me persuadiria que este concilio de la Iglesia universal se haya reunido sin la conviccion de que tuviese la potestad de dar una decision final y obligatoria. No puedo concebir, ni por un solo instante, que trescientos diez y ocho obispos, embriagados todavia con el cáliz de Jesucristo, llevando las gloriosas cicatrices de la persecucion que habian atravesado, se hubieran reunido del Oriente y del Occidente, con grandes gastos y con mucho trabajo, sin ningun otro designio que el de manifestar una opinion, sujeta despues al juicio privado de cada fiel, sin creerse ellos mismos mas competentes para

desempeñar la misión para la que estaban convocados, que el último individuo de la grey; ó para conseguir cualquier otro objeto que este quedaria en la obligacion de alcanzar por sí mismo. Empero los teólogos que desechan la infalibilidad de la Iglesia por sostener la responsabilidad del juicio individual, se ven precisados á admitir todas esas suposiciones insostenibles, puesto que cada miembro de la Iglesia juzga en última apelación por sí mismo de esas decisiones colectivas. No son raros los ejemplos de semejante lógica; hé aquí el de Milner, el historiador de la Iglesia protestante. Despues de haber hecho la narracion del concilio general de Nicea, añade el siguiente comentario: "Al que desea conocer simplemente la intencion de Dios por su palabra le importa determinar por sí mismo hasta qué punto su interpretación de la Escritura era verdadera (1)." Así pues, cada fiel tuvo que decidir si el concilio tenia razon ó no: es decir, que le quedaba que hacer precisamente todo lo que él habria hecho si no hubiera habido tal concilio, esto es, determinar por medio del examen de las Santas Escrituras, si debía adoptar ó desechan la doctrina de Arrio. Por cierto que semejante teoría pareciera bien extraña si se aplicara á una Asamblea legislativa en el orden civil.

El concilio de Nicea fue el modelo de todos los que le siguieron y cuya memoria nos ha conservado

(1) Hist. de la Iglesia de Cristo, tom. II, p. 59, edic. de 1810.

la historia: en todas partes se procedió de la misma manera, se siguió el mismo principio. En todos se admitió que desde el momento que las tradiciones de las diferentes Iglesias estuvieran acordes acerca de un punto de fé, este quedaba fuera de toda duda y no se podia ya apelar de su decision. Nunca hallareis en parte alguna el menor indicio de que jamás se haya puesto en duda este principio de autoridad.

Por lo demas, entre los que osaron separarse de la Iglesia universal durante los primeros siglos, hallamos muy pocos que no se esforzasen en demostrar que les era favorable la Tradicion y que habian pensado como ellos los PP. de los siglos que les precedieron. Durante el IV y V siglo, era gloriosa de las Letras cristianas; los escritores eclesiásticos se tomaron el trabajo de comprobar, recoger y conservar las opiniones de sus predecesores.

Que nuestra regla de fé haya sido universalmente admitida en aquella época, podriamos probarlo con innumerables testimonios de estos escritores. Tal es, por ejemplo, el de San Juan Crisóstomo en su comentario sobre la Epistola de San Pablo á los tesalonicenses: “Es, pues, evidente, dice, que no todas las cosas fueron confiadas á la Escritura; sino que una parte de ellas, que ha llegado de otro modo hasta nosotros, es igualmente digna de nuestra creencia. Por tanto adherámonos á las tradiciones de la Iglesia. Es la tradicion: y esto basta (1).” Tal es tambien el

(1) Hom. IV. in II. ad Thessa.

de San Epifanio cuando dice: “Los límites, el fundamento y el edificio de la fé están determinados. Nosotros tenemos las tradiciones de los Apóstoles, las Santas Escrituras y la sucesion de la doctrina y de la verdad, esparcidas por toda la tierra (1).” Pero dejo á un lado estos pasages sueltos, y omito los victoriosos escritos de San Vicente de Lerins sobre esta materia, para fijar vuestra atencion en un principio sentado por San Agustin y por los demas PP., principio que no permite dudar de su creencia. Ellos no pensaban estar obligados á seguir las huellas de cada punto de doctrina hasta el tiempo de los Apóstoles; sino que creian que si se vela un artículo de fé, profesado por toda la Iglesia, en su tiempo y en los siglos anteriores, sin que pudiera descubrirse su origen, era preciso deducir de ahí que habia sido enseñado por los Apóstoles. Hé aquí cómo se expresa San Agustin: “Lo que toda la Iglesia observa, lo que siempre ha sido creído, sin haber sido definido por los Concilios, es reputado justamente de origen apostólico (2).” Y este principio ¿no supone en estos hombres eminentes la conviccion de que la Iglesia no puede caer en error?

Así, alejándonos del tiempo de los Apóstoles, llamamos que la Iglesia así en su enseñanza privada como en su enseñanza pública, ora cuando pro-

(1) Hæc. LV, tom. 1, pág. 471.

(2) De Baptismo contra Donat., lib. IV, c. 24.

ponia las Santas Escrituras, ora cuando definia su fé, se ha conducido siempre con arreglo á un principio invariable, al principio de una autoridad infalible que nosotros le reconocemos todavia.

Llegamos despues á un período no menos notable bajo otros conceptos; pero que es llamado por algunos siglo de tinieblas, de error y de supersticion. Entonces, se nos dice, en aquel tiempo la corrupcion habia penetrado todas las partes del cristianismo y la Iglesia no podia ya hacer alarde de las promesas que el Salvador hizo á los Apóstoles. Bueno es observar, sin embargo, que durante este periodo fueron mas numerosas que nunca las conversiones, porque por la historia eclesiástica sabemos que, entre los siglos VII y XIII, la fé estendió su imperio sobre todo el Norte de Europa y sobre paises inmensos del Asia; y quizá solo con una escepcion, fueron misioneros enviados de Roma los que llevaron el Evangelio á esos diferentes paises.

El exámen de estas misiones nos conducirá á una conclusion que no será ni la menos fuerte, ni la menos interesante, en favor de la regla de fé. Jesucristo habia mandado se enseñase á todas las naciones; y ¿quiénes fueron los manifestos ejecutores de este mandato? O mas bien; ¿quiénes fueron los instrumentos de la gracia en el cumplimiento de la mision mas importante que haya sido confiada á los Apóstoles? Sin duda tendremos alguna razon en deducir que gozaba realmente del beneficio de la pro-

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 1

mesa divina y que habia conservado la integridad de su enseñanza la Iglesia, á la que veremos conseguir los mas ópimos y felices resultados en el ministerio de la predicacion, porque la promesa y la gracia especial que á ella va aneja, son correlativas; por manera que si la gracia se muestra en alguna parte, es preciso admitir que de esa misma parte estaba la promesa. Pero esta materia es tan importante á mis ojos y ofrece tanto interés en sus pormenores que la dejo por ahora á un lado, porque me servirá de asunto de dos discursos especiales, en los cuales hablaré del método practicado para la conversion de los pueblos por las dos Iglesias, por la Iglesia católica y por las diferentes sectas protestantes, y manifestaré los resultados obtenidos por una y por otra. Me limitaré, pues, por hoy á las aclaraciones necesarias al asunto que nos ocupa.

Hasta aqui os he hablado de la manera con que procedia la Iglesia en la instruccion de sus hijos y velaba por la conservacion de su fé; pero tal vez se os ocurra una dificultad; tal vez nos digais: «¿Y quién nos responde de la eficacia del método que entonces se usaba? Verdadero ó no, vuestro principio católico ha podido muy bien estar en vigor desde los primeros siglos de la Iglesia, pero ¿qué importa esto? Aun tenian todavía bastante energía para producir su fruto, aun á despecho de un principio erróneo, las semillas de cristianismo sembradas por los Apóstoles. Por otra parte, ¿no ha sido con el trascurso del tiempo una consecuencia inevitable de este principio el ha-

berse introducido en la Iglesia de Jesucristo los errores mas groseros? ¿Negareis que particularmente la Iglesia de Roma ha caído en un estado monstruoso de apostasía, y que ha desfigurado el cristianismo añadiéndole doctrinas absurdas é impías? Ved ahí, con pequeñas variaciones, los términos en que se nos presenta esta objecion en las obras que se divulgan en el pueblo.

En mi discurso he querido preveniros contra este género de ataques. Os he dicho que lo que hay que discutir son los principios, no los hechos, que al cabo y al fin hay que referirlos á los principios. Os he demostrado que los argumentos que se aducen para acusar de supuestos abusos á la Iglesia, son cabalmente de ordinario el punto mismo en cuestion. Permitidme tambien haceros observar que no hay terreno mas fecundo que este para la ignorancia ó la mala fé. Los que tratan de este asunto se olvidan generalmente de hacer en sus discursos ó en sus escritos una distincion, y distincion fundamental, entre las materias de fé y las de disciplina. A multitud de prácticas que la Iglesia ha introducido segun las circunstancias de los tiempos y que puede variar al dia siguiente, se las representa cómo otros tantos artículos de fé, y se pretende que ella las sostiene á toda costa, no como simple resultado de la conveniencia y de la necesidad, sino como tradiciones apostólicas y divinas. Tened, pues, muy presente esta distincion cuando se os hable de las supuestas alteraciones de que se acusa á la Iglesia Católica. Insistid entonces y

exigid se os pruebe que esta Iglesia mira todos esos puntos como artículos de fé, ó que los enseña cual si tuvieran el mismo fundamento que los dogmas de la Trinidad, de la divinidad de Jesucristo, y de la Encarnacion. Y si no se os dan razones plausibles, que no se os darán, cortad el argumento, y no permitais se quiera deducir de él que la Iglesia Católica ha perdido alguna parte del depósito de la fé que originariamente se le habia confiado.

Os he dicho despues que en todos los casos análogos se daba por prueba el punto en cuestion. Por ejemplo, si se ataca la doctrina de la confesion auricular, se dice que de ella no se hace mencion en la Escritura, y que por consiguiente la Iglesia se ha engañado adoptando una doctrina contraria á la fé. —Pero á este argumento ¿no sirve de base lo que cabalmente es el objeto de la discusion? Quereis demostrar que la tradicion no es una regla de fé suficiente, y decís: «la tradicion es causa de que se hayan introducido en la Iglesia numerosos errores.» Se os pide especifiqueis algunos de esos errores, y nos citais un ejemplo. Os instamos á que probeis el principio en que os fundais para sostener que esa doctrina en particular es un error, y nos volveis á salir con que «es un error, porque no tiene otro fundamento que la tradicion.» El sofisma no puede estar mas patente. El hecho es que todas las cuestiones de diferencia entre nosotros y las demas iglesias estriban en un solo punto, giran sobre este solo eje: ¿Ha dado Jesucristo á su Iglesia el poder de enseñar, y prometido que á la

sombra de este poder se conservaría íntegra la verdad hasta el fin de los tiempos? Si se demuestra la afirmativa, estamos obligados rigurosamente á recibir en todo el trascurso de los siglos como una verdad todo lo que esta Iglesia enseñe; y por consiguiente no hay motivo que pueda justificarnos cuando nos separamos de su comunión. Por el contrario, ¿hallais que vuestra regla de fé es tan clara y tan explícita como la que yo sostengo, y que los pasages que combaten la autoridad de la Iglesia y establecen que la Escritura sea la regla única de fé sean tan concluyentes y tan irrefutables como los que yo alego en mi favor? Pues entonces permitido os será suponer que nosotros somos los que estamos en el error en todos los puntos que no están claramente definidos en la palabra escrita. Pero el resultado es que todo el quid de la dificultad, el punto cardinal de la controversia, es este: ¿es verdadero nuestro principio? Pues si lo es, ya no me inquieta la cualidad de los que se separan de nosotros; me importa poco la estrañeza de nuestras doctrinas; vosotros las desechais, luego desechais también la autoridad de Jesucristo.

Sigamos mas adelante en esta cuestion. Se dice que la Iglesia de Roma ha caído en una profunda degradacion, que era menester reformatla y quizá separarse de ella. Pero hé aquí una reflexion que no carece de importancia. Habeis visto cómo en la antigua ley se sucedieron los profetas desde Moisés. Dios habia anunciado espresamente que de tiempo en tiempo enviaría sus profetas para atajar el error

y dar á su pueblo reglas de conducta. De este modo proveyó á que el error no llegase á preponderar y que fuese prontamente reformado todo abuso peligroso que se introdujera en su reino. Pues bien: negad la existencia de una autoridad infalible en la Iglesia cristiana; recusad el principio católico de la enseñanza de Jesucristo en su Iglesia, principio que, como ya he probado, corresponde esactamente á la institucion de la profecía; en una palabra, no admitais medio alguno de rechazar el error, y necesariamente venís á colocar el cristianismo en un grado de perfeccion muy inferior al de la ley antigua; le despojais de lo que era necesario en otro tiempo y de lo que no ha dejado de ser necesario todavía hoy. Y ¿concebís que el Omnipotente nos haya hecho la última revelacion, nos haya dado la única Religion que debíamos seguir hasta el fin de los tiempos, sin proveerla de los medios de atajar el error, si este llegara á alterar la pureza de sus doctrinas? ¿Concebís que el cristianismo haya sido condenado en los juicios de la Providencia á caer en una completa degradacion, sin que su fundador haya indicado el medio para salir de ella, ó asegurado al hombre individual la facultad de evitarle? Recorred el Nuevo Testamento; mostradme, si podeis, que en parte alguna se haya pensado en un objeto tan importante; y si la Iglesia debiera permanecer tanto tiempo en ese estado de degradacion moral que algunos escritores tanto se complacen en describir; ¿creeis que pueda estar abandonada sin remedio en semejante estado, y que ni siquiera se

la haya dejado sospechar cómo por un medio ó por otro, una vez caída hasta el fondo del abismo, podría librarse y salir de tan miserable situación? En el Evangelio no hallais una palabra de semejante remedio; no encontrais siquiera vestigio alguno de ello. De modo que deberíamos pensar que en la antigua ley se habían tomado las medidas convenientes para rechazar el error; y que estas medidas, que eran doblemente necesarias en la nueva, han sido enteramente omitidas en su constitucion.

Pretendeis ademas que en una época dada cayó a Iglesia en graves errores en punto á la fé y á la moral; pero servíos fijarme bien la fecha de eso. En esta parte no hay mas que dos modos de pensar que presenten alguna apariencia de razon. Unos hacen subir las primeras aberraciones de la Iglesia hasta el concilio de Nicea, en el que se definió la divinidad de Jesucristo, y dan de ello una razon bastante consistente con su sistema, á saber, que entonces se definieron dogmas en virtud de la autoridad de la tradicion, y que por este hecho se introdujo una regla de fé diferente de la Escritura. Pero segun este modo de pensar, será preciso suponer que tres siglos despues de Jesucristo se vió la Iglesia impregnada de error y de corrupcion, y que le fué menester permanecer en ese estado miserable por espacio de doce ó trece siglos hasta que apareciesen Lutero y Calvino á remediar el mal hecho por los trescientos diez y ocho obispos de aquel venerable concilio, y que a Reforma restableció la verdadera regla de fé! Y

¿cómo admitir semejante hipótesis? ¿Cómo? ¿Dios habria al fin coronado de gloria á su Iglesia, la habria concedido el reposo y la paz despues de tres siglos de persecucion; y ella en retorno, en vez de mostrarse agradecida, ¿habria ido á escojer ese mismo tiempo, ese mismo momento para abandonar su ley y seguir las necias invenciones del hombre? ¿Cómo? ¿se habria ella congregado para vengar el honor del Hijo de Dios, para proclamar su divinidad; y entonces y con este mismo acto habria renegado de él, y entonces y con este mismo acto habria alterado en su fuente sus verdades fundamentales?

Otros colocan esta época en el otro extremo de la cadena, y pretenden no poderse asignar razonablemente á la apostasia de la Iglesia romana una fecha anterior á la del concilio de Trento, es decir, al momento en que ya habia comenzado la Reforma: por manera que, cualesquiera que fuesen antes sus errores y su degradacion, todavia era la verdadera Iglesia de Jesucristo. Ahora bien: todos los adversarios de nuestros dogmas, cualesquiera que ellos sean, reconocen que del siglo XII al XV no se introdujeron en la Iglesia nuevas doctrinas; luego deben reconocer tambien que haría ya tres ó cuatro siglos por lo menos que se hallaba en un estado completo de error, sin poseer en sí misma el poder de salir de él. Pero si este poder vino tres siglos despues, ¿cuál fué su origen? ¿cuál su principio? ¿Estaba basado en un nuevo desenvolvimiento del principio de fé establecido por el Salvador? ¿Es de él de donde sacó la energía

suficiente para sacudir los errores humanos? Pero entonces era un poder inherente á la Iglesia; ¿cómo pues se pasaron tres ó cuatro siglos sin que la fuese posible ejercerle á fin de recobrar su pureza? ¿La Divina Providencia tenia acaso cerrada la fuente que daba á ese poder la eficacia necesaria? Pero torno á preguntar, ¿y por qué le habria sido negada esta eficacia, toda vez que hacia ya tanto tiempo que la corrupcion habia llegado á su colmo? Empero si ese poder permaneció durante tantos siglos en un estado latente, cuando tan necesario era ponerle en activo ejercicio; luego no era inherente á la Iglesia. Admitís por consiguiente, y este es el único partido que os queda, que en aquella época fué concedido de lo alto un poder extraordinario. Pero si afirmáis que una cosa de esta naturaleza era necesaria á la Iglesia, sin que de ella se haga mencion en la Biblia, déjase conocer que yo exigiré de vosotros un nuevo orden de pruebas, porque cuando algunos hombres privilegiados salen de la linea comun establecida por la Providencia, siempre tienen á su disposicion los medios de probar su mision. Luego si decís que en aquella época fué concedida á algunos hombres una autoridad particular, mostradme el fundamento de esta autoridad.

Asi veis, hermanos mios, que estas dos opiniones vuelven mutuamente en nuestro favor el argumento. De una parte se afirma que el primer concilio general despues de los Apóstoles fué el primero en alterar ó en abandonar la regla de fé verdadera, y se dice á los otros: «Si no fijais como nosotros la de-

feccion de la Iglesia en el primer concilio general, si no admitís que desde entonces comenzó ella á atribuirse esa autoridad, tan fatal á la doctrina, ¿dónde os detendreis? ¿Le concedereis la potestad de definir los artículos de su fé en el primer concilio? Pero y entonces, ¿cómo negársela en el segundo y en el tercero? De esta manera los católicos os seguirán paso á paso hasta el concilio de Trento. Y pues que este mismo ha sido convocado segun las mismas reglas que los precedentes, ya no teneis mas razones para condenarle y desecharle que para condenar y desechar los concilios anteriores.»

Los otros replican: «Pero es muy duro admitir que la esposa de Jesucristo se haya hecho culpable de un divorcio tan precoz; que los siglos siguientes, los bellos dias de los Agustinos, Gerónimos, Crisóstomos y Basilius, hayan sido tiempos de error y de pecado; que la Iglesia visible haya tenido una existencia tan pasagera; que tan pronto se hayan agotado en la tierra las gracias de la salvacion, y sobre todo que se hayan ido á agotar en el momento en que la Providencia parecia haberlo dispuesto todo para su difusion general.» De este modo, no sabiendo en qué época fija acaeció la defeccion general de la Iglesia romana, estos últimos sostienen que á pesar de su corrupcion ella fué la verdadera Iglesia hasta que hubo sancionado sus doctrinas erróneas en el concilio de Trento.

Dos palabras añadiremos acerca de esta última hipótesis que ha estado en voga de algunos años á

esta parte. Generalmente se renuncia á representar á la Iglesia católica como enemiga de la verdad y residencia del Anticristo durante tantos siglos. Se la concede haber sido la verdadera Iglesia hasta el día en que su último concilio dió una sancion definitiva á los deplorables errores que hasta entonces habian permanecido en su seno en un estado flotante. Entonces, se dice, todos los que recibieron las decisiones del concilio, se separaron de la verdadera Iglesia para caer en el cisma (1). Pero no se advierte que la mayor parte de los dogmas definidos en Trento, tan fatalmente en sentir de nuestros adversarios, lo habian sido ya por otros concilios; no se advierte que los libros que ellos miran como apócrifos, los siete sacramentos y otros puntos habian sido claramente reconocidos por el concilio de Florencia en 1439; la confesion auricular, por el concilio de Letrán; la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, por los sínodos que condenaron á Berenger; y otros muchos puntos de doctrina, por la célebre carta del Papa Nicolao I á los Búlgaros, carta recibida por toda la Iglesia. Ahora bien: si

(1) Newman, «el Arrianismo en el siglo IV»; conclusion.—O. Sullivan, en un discurso *anticatólico* pronunciado pocos días há en la Iglesia de S. Clemente de los daneses, se esforzó en mostrar que el *Papismo ó sea la Religion romana* no fué constituida hasta la Bula de Pio IV. Esta doctrina no puede menos de edificar y consolar á los protestantes actuales, cuando recuerden las innumerables veces en que se les ha ensordecido sus oídos gritándoles que el Papa era el Anticristo y la Iglesia enteramente corrompida muchos siglos antes; ó tambien cuando comparen las aserciones de este discurso con las del libro de Homilias.

la definicion de estas doctrinas constituye el supuesto cisma de la Iglesia católica, en concepto de los que no han aceptado sus decretos, es decir, de una pequeña parte del Norte de Europa, resultará de ahí que la totalidad de la Iglesia habia ya apostasiado por el hecho de estas decisiones anteriores, sin que pudiese ser reemplazada por otra sociedad cristiana, puesto que de unánime consentimiento todos se sometian á sus decretos. Luego la Iglesia habria cesado de existir enteramente mucho tiempo antes del concilio de Trento; pues bien, esta es cabalmente la dificultad que los partidarios de esta última hipótesis querian evitar á toda costa.

Asi, pues, á cualquier lado que os volvais, os encontráis frente á frente con dificultades insolubles. La única hipótesis racional y consistente consigo misma es admitir con nosotros que el principio adoptado por los Apóstoles se ha conservado siempre en la Iglesia, y que en la Iglesia vive y reina el espíritu de verdad, Jesucristo enseña por sus Pastores, y los preserva de todo error que sea fatal á la fé.

Cuéstame trabajo el creer que un hombre que lleve el nombre de cristiano, si se le rogara bosquejase la historia del cristianismo á fin de mostrar que un Dios soberanamente sábio ha velado por su conservacion como por cosa que le es muy grata y digna de su sabiduría y de su poder; cuéstame, digo, trabajo creer que se aventurase á trazar un cuadro tan pobre y tan miserable como el que resulta mirándole bajo el punto de vista protestante. Él describiria sin

confusion y sin rubor la vida de su divino Fundador; su infancia espuesta al frio , á la pobreza , á las privaciones de todo género , á las persecuciones de un cruel tirano ; su vida, pasada en la obscuridad, en el dolor y las miserias ; el fin de su carrera marcado con los desprecios de los hombres , con la derision, los tormentos, la muerte ignominiosa de la Cruz; pero ¿qué importa, puesto que su gloria y su magestad habrian de brillar en los dias de su resurreccion y de su ascension y con los esplendores incomparables de su presente estado ; puesto que con sus padecimientos mostró ser el santo y justo por excelencia ; puesto , en fin, que su Padre se los ha recompensado con una posteridad sin fin y una herencia sin límites? Pero ¿cómo se atreveria á poner en paralelo con la vida de Jesus la vida de su Esposa la Iglesia? Es cierto que se la veria, como se le vió á él, débil en los principios , pobre , perseguida y mirada con desprecio; se veria á los príncipes beberla su sangre y despedazarla sus entrañas , y á los profetas llevándola en sus brazos , y á los santos suspirando por la plenitud de su manifestacion ; pero no tomaba incremento sino para al punto sumirse en los escesos de la prostitucion , para cubrirse con un vestido de abominaciones á las que no llegaron á igualar ni aun los horrores del paganismo ; y despues de muchos siglos de abatimiento y de corrupcion , volveria á levantarse , pero no ya como su autor , con los miembros llenos de agilidad, de vigor y de belleza; no ya con la frente or-

lada con una corona inmarcesible de gloria, no ya con una juventud renovada como la del águila, sino semejante mas bien á esa desmirriada vegetacion que en las costas de Africa brota de troncos ya podridos. O bien ¿habria que representarla tambien como un rio anchuroso y magestuoso, saliendo de un manantial cristalino y puro, rodando tranquilamente sus aguas á lo largo de sus riberas, creciendo en fuerza, derribando los gruesos obstáculos con que el hombre ó la naturaleza pueden estorbar su curso; trasportando sobre sus olas las artes de la dicha y de la paz de pueblo á pueblo; estableciendo comunicaciones entre paises que no se conocian; y luego sumergido de repente por las ardientes arenas del desierto y trasformado en un pantano pestilencial, de donde despues de un largo trascurso de tiempo se ve salir un arroyuelo que tiene la pretension de continuar el rio primitivo, porque corre por una parte de la tierra habitable?

Pero no; el cristiano preferiria representar á la Iglesia bajo la forma de un noble edificio, ricamente aderezado, cual conviene al templo de Dios. Podrá muy bien haberse empañado un poco por la negligencia de los ministros el brillo de su oro y de sus pedrerías; la limpieza de sus colgaduras habrá podido resentirse de la humedad y de la herrumbre; pero sus cimientos estriban en las colinas eternas, y jamás serán conmovidos por los temblores de tierra ni por los huracanes y tempestades.

Tal hemos considerado en todos los siglos á esta

Iglesia universal que desde su altura domina todo cuanto la rodea; á la manera que en nuestra patria veis esas antiguas catedrales erguiendo sus magestuosas cúspides sobre millares de edificios sagrados y profanos, edificados y reedificados en torno de su base , mientras ellas elevan hasta las nubes , lo mismo hoy que antes , su inalterable frente , y forman siempre el mas bello ornamento de los lugares en que fueron edificadas.

Los resultados mismos de la esperiencia, si los consultáramos, nos mostrarían de qué parte debe hallarse el sello de la institucion divina entre dos reglas de fé , de las cuales una priva al hombre de toda guía y le abandona á los estravíos de su razon privada; al paso que la otra, por el contrario, reviste de formas exteriores y permanentes las verdades religiosas y las pone bajo la salvaguardia de una corporacion siempre infalible y viva. En efecto: si deseais conservar algun perfume precioso, no esponeis al aire la pura esencia, porque se evaporaria y se consumiria muy pronto; sino que la amasais con alguna materia mas compacta á fin de que no forme mas de un cuerpo con ella y puedan respirar mucho tiempo sus deliciosas exhalaciones los que á ella se acerquen. Esto mismo sucede con una constitucion religiosa. La esperiencia ¿ no ha enseñado á los hombres de nuestro pais, al menos, cómo los esfuerzos que han hecho para espiritualizarla hasta el extremo , y despojarla de su forma exterior , y el abandono del principio de autoridad la han ido debilitando por grados é inevita-

blemente la conducirán por último á su total destrucción?

¿No conocemos todos una Iglesia que dispone materialmente de medios de acción los mas poderosos, que posee los mas bellos templos del mundo, admirablemente á propósito para ser otros tantos teatros de una ilimitada influencia sobre innumerables muchedumbres? Si por cierto; esto es lo que fueron en otro tiempo esos monumentos suntuosos; y vedlos ahora vacíos y abandonados. ¿No se diria, al verlos ahora, que eran los soberbios mausoleos de un culto que fué, pero que ya no existe, mas bien que los templos de un culto vivo? Y ¿cómo se ha obrado este lamentable cambio? La Iglesia que en otro tiempo los edificó era hermana de muchas otras y todas obedecian á una misma madre. Durante siglos y siglos reinó por la autoridad espiritual y eclesiástica, y su reinado fué pacífico y fecundo. Pero un dia hizose indócil su espíritu, y en el orgullo de su corazón exclamó: «Yo no necesito que los hombres me honren, ni me cortejen, ni me obedezcan; estas prendas de mi poder y de mi autoridad son tambien las muestras de mi servidumbre. Yo no deseo otros homenajes que los que me granjee mi propia belleza. No quiero ninguno de esos piadosos recuerdos que me rodean. ¿Qué me importan el sepulcro de los mártires ó la belleza rival de las santas imágenes? ¿Qué tengo yo que ver con la memoria de los tiempos pasados? Yo desdeño esas ricas y suntuosas vestiduras y las patéticas proce-

siones de los ministros , y el humo de su incienso, y la viva luz de sus cirios. Voy á sentarme solitaria en la desnudez de mi morada , como una vírgen con blanca vestidura ; y los hombres me amarán , me servirán y honrarán solo por amor de mí. » Asi fué durante algun tiempo , durante todo el tiempo que se recordaron los dias de su gloria , porque se la amó como un residuo y un recuerdo de lo que habia sido,

Pero despues de esa generacion vino otra que no habia conocido los dias antiguos. Estos eran hombres de austera y amenazadora mirada ; presentáronse ante ella con los brazos cruzados sobre el pecho, porque á ejemplo suyo habian aprendido la rebelion y recogido de sus lábios las palabras de desprecio y de infamia con que ella habia afligido á su propia madre. Y ellos á su vez la derribaron á ella , y la pisotearon en el polvo , y en su angustia la hicieron devorar su propio corazon. La mano del poder volviola á poner en pié ; pero era para que se prolongase su desfallecimiento , para que sufriese penas aun mas amargas , para que viese á sus adoradores ir la abandonando de dia en dia y desertando de sus templos , y á sus odiosas rivales crecer en número y en poder. Aún hoy mismo ¿ no se están sorteando sus despojos , á pesar de sus quejas por la manera de repartirlos? No hay quien de ella no hable irreverentemente , quien no pese su utilidad en la comun balanza , quien no valúe á precio de plata las almas que aun conserva entre sus manos. Los que ella llama sus hijos ¿ no son los

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 20

primeros en tratarla ignominiosamente y aun en reducir hasta su misma existencia á una simple cuestion de exigencia temporal y mundana?

Y cuando los oficios públicos de nuestras catedrales se ven relegados al lugar antes reservado á las personas especialmente consagradas al servicio de Dios; cuando los fieles reunidos en corto número ocupan apenas una parte del santuario reparado, mientras no es mas que un monton de ruinas el resto de la nave; y cuando se piensa en el cambio que se ha efectuado desde los días en que esos ricos y espaciosos edificios fueron contruidos, se arrasan de lágrimas los ojos á vista de tan triste espectáculo. ¿Quién al visitar esa bella Iglesia del otro lado del rio (1), nuevamente restaurada, y detenerse ante aquel suntuoso aparato, ante aquella magnífica gradería que da sombra al altar, para admirar aquella multitud de nichos y delicadas molduras, no siente que el objeto principal al que todos esos adornos servian de accesorios, no existe ya, y que el hombre no habria trabajado de ese modo, no habria gastado el tiempo y sus facultades en preparar un lugar conveniente á esa mesa ordinaria á la que se vuelven las espaldas cuando allí se va á orar; sino que allí habia en otro tiempo un altar que se amaba y se reverenciaba y que se tenia á mucho honor embellecer con el fruto de sus vigiliass? Y la manera con

(1) Santa María Overbury, en S. Salvador.

que ahora se celebra el culto, y todos aquellos recuerdos de prácticas antiguas; y aquellos ricos manantiales de emocion, privados de su efecto por la desaparicion del motivo que los habia hecho brotar, y esa mezquina y ridícula pretension de llenar de magestad religiosa el vasto edificio con los acentos del órgano mas bien que con los emblemas de la presencia de Dios ó por el acuerdo del sentimiento que hacia vibrar únisonamente los corazones de una multitud innumerable! Quien haya sido testigo de todo esto, no podrá menos de deplorar, y deplorar amargamente sin duda, que una nacion como la nuestra haya sido indignamente frustrada de las partes mas bellas y mas patéticas de su religion, en vez de gloriarse de que aun conserva todavia algunos miserables pedazos.

Por mi parte, cuando reflexiono todo esto y oigo ponderar la liturgia anglicana, cual si no tuviera igual en sublimidad y belleza; cuando sé que toda esa liturgia se ha tomado de otra liturgia que sus autores han abolido; que todo lo que ella ha conservado, lo que en ella forma la parte esencial del servicio público, no es entre nosotros mas que una parte secundaria y la preparacion de un rito mas solemne; que sus sublimes colectas, su epístola y su evangelio no son entre nosotros mas que el prefacio de misterios infinitamente mas sublimes; cuando veo á esa misma Iglesia cuidar con esmero y preservar de la destruccion lo accesorio de nuestro culto, y estimar en tan alto precio la corteza exterior de nuestra liturgia, ¿no puedo menos de compararla á una pobre muger heri-

:

da por la mano de Dios, cuya razon estuviera turbada, pero permaneciendo siempre sensible su corazon, la cual estrechara contra su pecho y cubriera de besos el objeto vacio que contenia la imágen de todo lo que ella mas amaba en el mundo y continuara meciendo la cuna del hijo que habia perdido!

Empero si ante esta escena de inconstancia, de mudanza y de ruina deseamos presentar un cuadro que contraste agradablemente con ella, no es difícil encontrarlo. ¡Oh! que no pudiera yo trasladaros con las alas de mis afectos á esa ciudad santa (1) donde todo lo que es cristiano muestra las señales de una duracion eterna! Allí no puede dar un paso el católico sin encontrar una prueba invencible de la eficacia y de la universalidad que son el alma y la vida de su divina Religion. ¿Y cuál no será la tenacidad de esta Iglesia romana en la conservacion de sus doctrinas, cuando tanto trabaja y tanto se afana por librar de la destruccion de los tiempos los mas pequeños monumentos que la recuerdan las edades anteriores, ó que perpetúan la memoria de sus dogmas ó de su disciplina, resto precioso de un siglo mas querido y mas afortunado? Allí os mostraria multitud de iglesias, aun en pié, que nada tienen de comun con los ricos monumentos de nuestra arquitectura, humildes y pobres construcciones, intactas en todas sus partes, diseminadas en inmensos terrenos en otro tiempo qui-

(1) Roma.

zá los mas poblados de la tierra, adornados en otro tiempo con suntuosos edificios, hoy asolados y desnudos, ó cubiertos de montones de ruinas; ¡temperosos templos, que es lo único que ha quedado en pie, y que no tienen otra grandeza que la de su soledad, oyeron los ruegos de los primeros cristianos. Sin duda me preguntareis por qué se conservan asi esas iglesias de los primeros cristianos en sitios donde ya no hay fieles que las frecuenten; porque notariais muy luego que en nuestros mas poblados barrios no están mas próximos unos á otros los edificios religiosos que esos monumentos primitivos en los despoblados campos de Roma. Sí, deseariais saber por qué la mano fatal del tiempo, que convierte en desiertos las ciudades mas populosas, deja inhabitados los palacios de los reyes y sepulta en el polvo los monumentos de los imperios, ha perdonado esas débiles construcciones. Os admirariais de que aquellos que tanto costó levantar, que se levantaron con materiales que parecian eternos, unidos fuertemente á las rocas sobre que estaban abiertos sus cimientos, y cuyos muros y paredes estaban cubiertos de bronce, hayan venido á tierra despues de un corto tiempo, mientras los edificios cristianos en que todo era frágil y perecedero hayan resistido á tan fuertes embates. Pero yo os diria que la Religion los ha embalsamado con los mas deliciosos aromas de la santidad; por eso la herrumbre y la polilla no han hecho mella en ellos; y cuando los bárbaros sembraron en su derredor el destrozo y la desolacion, ella marcó sus puertas con

la sangre de sus mártires, y los destructores se inclinaron y siguieron su camino, dejándolos al paso como asilos sagrados para todo el que quisiera refugiarse en ellos en aquellos días de mortandad y de ruina.

Y desde aquella época la Iglesia no ha perdonado esfuerzo alguno por mantenerlos en toda su integridad; vosotros mismos podeis convenceros de que ella ha dejado subsistir todo lo que en esos templos venerables suponía un orden de disciplina diferente del nuestro; en una parte los pórticos á donde se retiraban los catecúmenos; en otra, las gradas donde las diferentes clases de penitentes esperaban é imploraban las oraciones de los fieles; aquí veis el púlpito donde los santos leían el Evangelio; allí la cátedra en que San Gregorio el Grande acostumbraba predicar; por do quiera en esas piadosas Basílicas respirais el aroma de la antigüedad religiosa, esa calma y esa solemne majestad y esos sentimientos de paz y de unidad que presidieron á su construccion. Y ¿de qué principio de fé es el recuerdo que estos edificios conservan? ¡Ah! ellos no solamente recuerdan los acontecimientos de los siglos pasados, no solamente hacen revivir en nuestros corazones esos sentimientos de union que nos ligan á dias mejores que los nuestros, sino que ademá atestiguan visiblemente que el mismo espíritu que vela por ellos ha debido conservar intactas las doctrinas que antiguamente se enseñaban en su recinto y que en cierto modo fueron grabadas en cada una de sus piedras.

Y notad tambien la enérgica actividad que este poder conservador saca del mismo principio cuando se trata de hacer salir de ruinas momentáneas lo que él habia edificado. Os he mostrado hace pocos momentos los síntomas de decadencia en la frente de la iglesia anglicana; habeis visto cómo ella cede forzosamente al gusano que la va corroyendo sordamente, á su principio anárquico y destructor; ahora contemplad la ciudad en medio de la cual os he llevado con el pensamiento; recordad que apenas han transcurrido veinte años desde que cayó el imperio del gran asolador de los tiempos modernos, desde que el tiempo devoró á esos hombres orgullosos que despojaron de su esplendor la Religion y aherrojaron sus ministros. Pero ella estaba ya muy acostumbrada á sufrir esas cosas, para que fuera á temer las consecuencias de estos accidentes; porque en los siglos anteriores se habian sucesivamente estrellado contra su seno las periódicas invasiones de enemigos bárbaros, y sus oleadas, á manera de las inundaciones del Nilo, habian renovado su fecundidad, y el fango que habian dejado á su tránsito, amasado por ella, se habia convertido en un suelo fértil en el que la doctrina celestial habia producido sus mas bellos frutos. ¿No veis cómo ella ha reemplazado prontamente sus urnas saqueadas, restaurado sus desfigurados monumentos, y reedificado sus templos medio arruinados? ¿No veis sus templos abiertos gratuitamente á los grandes y á los pequeños, desde el amanecer hasta la noche, y á un inmenso gentío acudir á sus solemnidades?

Aun no ha pasado una generacion sobre sus ruinas; y bien : ¿dónde están ya los vestigios de la tempestad que ha turbado su fé y derribado sus altares? Y ¿de dónde le viene este privilegio? ¡Ah! es porque al paso que ejerce una soberana inspeccion y autoridad sobre el juicio y la fé de sus miembros, sabe ella hablar á sus corazones y á sus sentidos. Sí, hermanos míos; es una ciudad que hace ya mucho tiempo está acostumbrada á reinar; pero solo reina por el afecto. Ella se cree, y lo digo con fiadamente, ella se cree, y con justo título, investida de las divinas promesas y de la mision de enseñar á todos los pueblos, y por esta razon emplea su autoridad en conservar todos estos hijos en la unidad de la fé y en enseñarles el mismo símbolo; por esta razon predica hoy el mismo Evangelio en la América y en la China, el mismo que predicó en otro tiempo en Africa y en Bretaña. Pero al paso que lleva en la mano, sin temor de comprometerse, el mismo cetro á los ojos de todos, no teme adornarlo con ricas joyas. Ella sabe que el oro y la plata, todas las sustancias preciosas, son para el Señor y que las ha criado para su casa; así es que las prodiga en su servicio; invoca todas las artes que embellecen la vida; ella misma se adorna con todo lo que puede aumentar su esplendor, y se reviste de toda su belleza, y de este modo se hace amar de los humildes y respetar de los grandes. Inalterable sobre la roca de la eterna promesa, no teme ni las revoluciones de la tierra, ni las violencias del infierno; tiene una garan-

tía contra las primeras en su constitucion exterior; realizacion sublime de las antiguas formas típicas necesariamente menos perfectas porque pertenecian á un estado de esperanza; y contra las segundas en que ella es el símbolo y la imágen de ese reino para siempre bendito en el que la caridad tiene el cetro de la eternidad.



CONFERENCIA VI.

RESULTADOS PRACTICOS DE LA REGLA DE FÉ PROTESTANTE RELATIVAMENTE A LA CONVERSION DE LAS NACIONES IDÓLATRAS.

Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. (S. Marc. XVI, 13.)

IMPORTANTISIMA mision era esta que el Salvador confiaba á los Apóstoles. Ella, hermanos mios, estaba intimamente ligada á aquélla otra de que ya os he hablado: "Id, instruid á todas las naciones, enseñándoles á guardar todo lo que Yo os he mandado; y hé aqui que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos." El exámen de este último testo os ha mostrado que esta mision fué

acompañada de una promesa de buen éxito, tanto que Jesucristo empeñó formalmente su palabra con los Apóstoles y sus sucesores de proveerles de los medios necesarios para poner en ejecución sus órdenes. Por consiguiente, si quereis una nueva prueba de la verdadera Iglesia y del principio que debe servir de base á la fé, buscad de qué parte ha sido desempeñada con buen éxito esa mision, y todavia está produciendo su efecto la promesa del Salvador.

Porque indudablemente, en virtud de esta promesa se repartieron por toda la tierra los Apóstoles, predicaron á todos los hombres el Evangelio y los convirtieron y en tan crecido número. En virtud de la misma mision sus sucesores continuaron su obra, anunciando á Jesucristo, y Jesucristo crucificado, á pueblos que ni siquiera habian oido pronunciar su nombre, y está tambien fuera de toda duda que ellos igualmente fueron deudores de su buen éxito á estar en posesion de la divina promesa, y por consiguiente á que asentaban la doctrina sobre el principio al que iba aneja la promesa de buen éxito. En otros términos, probar que la predicacion del Evangelio en una Iglesia ha ido constantemente acompañada de las bendiciones divinas y de los socorros de lo alto, prometidos á los Apóstoles, es demostrar invenciblemente que la regla de fé vigente en esta Iglesia es la verdadera; del mismo modo que la total falta de buen éxito prueba que su regla de fé no satisface las condiciones puestas por el Salvador.

Tal es, hermanos míos, el asunto que me propongo tratar en este discurso y en el siguiente. Os mostraré sucesivamente al protestantismo y al catolicismo en sus gestiones con las naciones idólatras para atraerlas al conocimiento y á la práctica del Evangelio; y apreciaremos los resultados obtenidos por una y otra parte. Hoy os hablaré de las diversas instituciones fundadas en el Reino-Unido y en los demás centros de la Reforma con el objeto de hacer brillar la luz de la fé entre los pueblos sentados todavía en las tinieblas y sombras de la muerte. Y desde luego os advierto que me obligo á no apoyarme sino en autoridades, cuya competencia y valor por nadie podrán ser recusadas; salva una ó dos escepciones, evitaré recurrir á fuentes católicas; en cuanto me sea posible, me limitaré á los testimonios de hombres que han tomado una parte activa en cada mision y á las relaciones publicadas por las sociedades que sostienen y dirigen sus esfuerzos.

La conversion de los pueblos idólatras ha seguido una marcha progresiva y continua desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros días. Jamás se ha pasado un siglo, ni aun medio siglo, sobre todo en esos siglos que se llaman por algunos de ignorancia y de supersticion, sin que una ú otra poblacion haya sido convertida á la fé de Jesucristo. Y cuenta que por conversion no entiendo yo simplemente el establecimiento y sostén de misioneros en un país bajo la proteccion y direccion de otro país, sino una implantacion tan completa de la fé, efectuada en el espacio

de muy pocos años, que pueda allí mantenerse el cristianismo independientemente de socorros estrafños. Ordinariamente estas nuevas sociedades cristianas conservan sus relaciones y permanecen en comunión con la Iglesia madre que les ha presentado la leche de la fé; pero deben tener su gerarquía nacional, su gobierno particular, sus congregaciones y sus iglesias organizadas con regularidad; en una palabra, es menester que la fé esté allí tan sólidamente establecida, que los errores que ella ha espulsado no vuelvan á aparecer de nuevo y á recobrar su perniciosa influencia. Ved ahí la idea que yo me formo de una conversion completa; ved ahí por lo menos la idea que de ella se formaba en los siglos á que poco há aludia yo. No os figureis que este espíritu de conversion fué estinguiéndose en las edades posteriores; todo lo contrario, y cuenta que esto es muy de notar; mientras la Reforma parecia partir en dos el imperio del catolicismo, abriase al celo de los misioneros un campo mas vasto que nunca y era cultivado por ellos con felices resultados en las Indias Orientales y entre los habitantes de América.

La religion reformada, no bien se hubo establecido en Inglaterra y en algunos puntos del Continente, cuando sus autores se creyeron en la necesidad de mostrar que habian heredado las promesas de Jesucristo, haciendo participasen de las luces que ellos pretendian haber recibido los pueblos que no gozaban de esa dicha. Asi es que desde el año 1536 se fundó en Ginebra una mision para la conversion de

los infieles que aun no habian recibido de modo alguno el cristianismo. Nada puedo deciros acerca de la historia de esta mision; pero todos convienen en que la empresa fracasó por todas partes y hubo que abandonarla muy luego por sus malos resultados. Por consiguiente, la empresa formal del protestantismo relativamente á las misiones podemos fijarla á principios del último siglo. El rey de Dinamarca Federico IV fundó en 1706 una mision que todavia goza de gran celebridad y de la cual os daré mas adelante una razon mas circunstanciada. Floreció especialmente á mediados del último siglo bajo la direccion de Ziegenbelg, de Schultze y de Schwartz; y es la primera empresa de este género que parece haber conseguido alguna apariencia de éxito.

En Inglaterra apareció en 1701 la primera sociedad de misiones, *la sociedad para la difusion de la ciencia cristiana*, reconocida en un Real diploma; casi por el mismo tiempo se formó y comenzó sus operaciones la *Sociedad para la propagacion del Evangelio en paises estrangeros*. Pero desde esa época hasta fines del siglo XVIII no se emprendió cosa importante respecto del mismo objeto, hasta que en 1792 se instituyó y organizó la *Sociedad de las misiones anabaptistas*, que despues se hizo tan célebre por las numerosas versiones de la Escritura en lenguas orientales que publicó en Serampore, que era su cuartel general. En el año 1795 tuvo origen la *Sociedad de las misiones de Lóndres*, formada por la congregacion de los independientes, y seguida en 1796 de la Sa-

ciudad de las misiones escocesas. En 1806 se puso en actividad la *Sociedad de las misiones de la iglesia establecida*. Desde el establecimiento de esta última se han visto surgir un gran número de asociaciones secundarias, formadas por los miembros de las diferentes sectas religiosas que cubren nuestro país, tales como los wesleyanos y otros que no hay á qué mentar aquí. Además de estas sociedades, todas las cuales pertenecen á la Inglaterra, la América, la Francia y la Alemania han creado otras semejantes y con el mismo objeto. Por consiguiente, puedo afirmar que las naciones de la tierra mas ricas y mas ilustradas, humanamente hablando, han trabajado de consuno con un celo y unos esfuerzos extraordinarios en proporcionar á los pueblos idólatras el conocimiento del Evangelio.

Y bien, ¿qué medios tienen para llegar á tan importante resultado? Esos medios son tales que jamás desde el tiempo de los Apóstoles los hubo tan poderosos en mano del hombre, no digo ya para convertir los pueblos, sino para conseguir cualquier objeto moral. Como no siempre he tenido proporcion de consultar los documentos mas recientes que sobre esta materia se han publicado, me ha sido preciso limitarme á los que he podido haber á la mano. Hago esta confesion para que al ver que no cito los documentos que hayan podido recibirse en estos dos últimos años, no se me acuse de querer evitar lo que fuera contrario á mis asertos. Yo habria examinado con mucho interés la historia de cada mision desde su origen hasta nues-

tros dias , si me lo hubieran permitido otras ocupaciones , ó si hubiera podido lograr los datos necesarios. Sin embargo, me he proporcionado todo lo que acerca de esas misiones se ha publicado antes de estos dos ó tres últimos años ; y esta es la única razon que me obliga á entresacar de este período los hechos que voy á referir. Los cuadros que trazaré serán lo bastante exactos para pintaros el principio protestante en accion y los resultados que ha obtenido ; y ora estendamos nuestras investigaciones á un largo espacio de tiempo , ora las limitemos á un corto número de años, siempre tendremos las mismas conclusiones ; porque para apreciar en su justo valor la exactitud y verdad de este principio , basta probar que no es tiempo lo que le ha faltado para hacerle producir su efecto, sino que se ha frustrado por la impotencia de los medios que se han empleado.

Segun los documentos auténticos publicados por el *Christian Register* para el año 1830, los fondos recogidos solamente en Inglaterra por cinco sociedades entre las cuales no se cuentan las mas influyentes (1), ascendieron á la suma de 198,151 libras esterlinas (unos 19.815,100 rs.) (a) ; y por consiguiente debe quizá calcularse en un duplo esta suma , si á proporcion de esas cinco sociedades fué lo recaudado por

(1) Se ha omitido la sociedad para la difusion de la ciencia cristiana y la sociedad de las misiones escocesas.

(a) Hemos calculado á razon de unos cien reales cada libra esterlina,
(N. del T.)

las otras (1). Agréguese á esa cantidad los fondos de las sociedades extranjeras, particularmente las de América, cuyos ingresos llegaron tambien á una suma considerable.

Ved ahora otro modo de hacer este cómputo. En 1824 se hacia alarde de que se habian empleado cada dia 1,000 libras esterlinas (unos 100,000 rs.) en la conversion de los infieles, lo cual compone al año la

(1) Hé aquí la reparticion de los fondos entre las diferentes sociedades:

Misiones Wesleyanas	55,565 lib. esterl.—unos 5.556,500 rs. vn.	
Misiones de la Iglesia establecida . .	47,328	4.732,800
Misiones de la Congregacion de los independientes .	48,226	4.822,600
Misiones anabaptistas	17,185	1.718,500
Sociedad para la Propagacion del Evangelio	29,847	2.984,700
Total	<u>198,151</u>	<u>19,815,100</u>

Los fondos de la sociedad para la diffusion de la ciencia cristiana pueden calcularse, sin temor de exageracion, en . .	50,000	5.000,000
Los de la sociedad de las misiones escocesas, en . .	45,000	4.500,000
Total	<u>203,151 lib. esterl.</u>	<u>29,315,100 rs. vn.</u>

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 21

suma de 365,000 libras (unos 36.500,000 rs. vn.) consagrados al mismo objeto (1). Muy luego vereis que esta suma está muy lejos de llegar á la actual:

Justo es no olvidar en este cálculo los inmensos socorros suministrados á estas diferentes sociedades por la que se mira como la mas importante de todas y que ha encontrado las mas vivas simpatías en este pais, hablo de la *Sociedad biblica*. La mayor parte de los fondos de esta pasan indirectamente por mano de las otras, pues las surte de ejemplares de la Escritura, instrumento sin el cual no podrian desempeñar su mision con arreglo á su principio. Pues bien: el XXXI informe anual de la *Sociedad biblica*, que es el último publicado (1.º de marzo), da por ingresos del año 1835 la suma líquida de 125,721 libras esterlinas y 14 schillings (unos 12.572,170 rs. vn.) (2). El mismo informe nos enseña que los gastos totales de la Sociedad durante los treinta y un años de su existencia, ascienden á 2.121,640 libs. esterl. 18 schil. 11 d. (unos 212.164,100 rs. vn.) (3). Sábese ademas que esta Sociedad ha hecho imprimir *nueve millones ciento noventa y dos mil novecientos cincuenta* ejemplares de la Biblia ó del Nuevo Testamento. Añadid á esto 6.140,376 ejemplares, procedentes de otras sociedades de Europa y de América, y tendreis la enorme suma de *quince millones trescientos treinta y*

(1) *Quarterly Review*, junio 1825, p. 29.

(2) Informe XXXI, Lóndres 1835, p. 156.

(3) *Ib.*, p. 142.

tres mil ciento treinta y ocho ejemplares de la Escritura, número que en cualquiera otro siglo nos parecería increíble (1). Forzoso será, pues, confesar que si la difusión de la palabra escrita es el mejor medio de obrar conversiones, habremos de prometernos una abundante cosecha de ellas por el tiempo presente, porque la semilla se ha sembrado con profusión en el campo del Padre de familias.

Pero la evaluación de la renta líquida de estas diferentes sociedades no da la suma total de sus recursos, porque indudablemente hay muchas omisiones en la lista que os he presentado. El *Missionary Register* contiene un estado del progresivo aumento que ha habido de año en año desde 1823 hasta 1855 en los ingresos de las sociedades protestantes; y vemos por él que durante este período la renta anual ha ascendido de 367,373 á 778,035 librs. esterl. (ó sea de 36.737,300 á 77.803,500 rs. vn.), que es la cantidad del último año (2).

En esta suma tampoco están comprendidas las asignaciones generales y particulares hechas por el gobierno. En las Indias, por ejemplo, hay una iglesia establecida, cuyos miembros, obispos, arcedianos y capellanes, reciben grandes rentas, y á cubierto de

(1) Informe XXXI, p. 143, 142.—Yo no sé si los ejemplares comprados en el extranjero por la sociedad, é incluidos en los nueve millones, deben quitarse del número atribuido á las demás sociedades.

(2) Lo cita el R. E. Bickersteth en sus Observaciones sobre los progresos del Papismo, p. 66.

toda penosa contingencia pueden consagrar su tiempo y su celo á la difusion de la fé en aquellos inmensos paises. En la Nueva Gales del Sud el gobierno local, en virtud de órdenes emanadas de aquí, paga anualmente 500 lib. esterl. (50,000 rs.) á dos misioneros enviados por la sociedad de las misiones de la Iglesia establecida para emprender la conversion de los naturales de aquel pais (1). Yo no dudo que en otras colonias, por ejemplo, en el Canadá, se hayan otorgado iguales asignaciones; y es menester que se concedan socorros de la misma clase á las misiones de Africa para el sostén de los esclavos emancipados. Repito, pues, que estas sociedades para alcanzar su objeto, poseen todo el poder de accion que pueden dar unos recursos casi ilimitados.

Estos recursos están destinados naturalmente al sostenimiento de personas que se dirigen á todos los puntos para emprender en ellos la obra de las misiones. Y ¿cuántas son estas personas? Acerca de esto son tan contradictorios los diferentes documentos que

(1) Actas del Parlamento relativas á las tribus aborígenas, impresas de orden de la Cámara de los Comunes el 14 de agosto de 1834, p. 148.—Las instrucciones dirigidas por la sociedad á uno de los misioneros parecerian muy mal sonantes á oídos católicos. Hé aquí cómo comienzan: "Instrucciones dadas por la junta de las misiones de la iglesia establecida al R. W. Watson y á la Sra. de Watson, al salir ambos para la Nueva Gales del Sud con la mision de convertir á los naturales de la Nueva-Holanda.—«Queridos y muy amados en el Señor: La junta se dirige á vd., Sr. Watson y á su señora de vd. con paternal solicitud.» ¿Tiene acaso la sociedad alguna jurisdiccion episcopal ú otra cualquiera que la confiera derechos paternales sobre los ministros sagrados del Evangelio, ó los misioneros son enviados por la sociedad?"

no puedo fijarle positivamente. Un periódico científico hacía subir su número á cinco mil (1), y esto hace ya algunos años. Este guarismo es exagerado; sin embargo, debe ser considerable á juzgar por las enormes sumas que con este objeto se perciben y se gastan. Solo la sociedad de las misiones de la iglesia establecida tenia 419 agentes en 1824, y 623 la sociedad wesleyana (2). De modo que solo dos asociaciones nos darian ya 1042 misioneros. Si ahora formamos una proporcion entre este primer dato y las rentas de las demas sociedades, llegaremos al número de 3000, sin incluir en él los misioneros americanos y los de otros países extranjeros que son tambien muy numerosos. Como quiera que sea, no vacilo en decir que su número es triplicado ó cuadruplicado del de las personas que la Iglesia católica emplea para el mismo objeto.

Dichos misioneros salen provistos de todo; no tienen motivo alguno de temor para el porvenir; pues no solamente les está asegurada su subsistencia, sino que ademas se les da lo bastante para que se pongan en estado de adquirirse por su posicion, en los lugares donde predicán, toda la preponderancia y dignidad que pueden resultar de la misma posicion. Las sumas que se les dan varían segun el lugar á que se destina á los misioneros. Algunos de estos,

(1) Nuevo periódico asiático, 1828, tom. II, p. 32.

(2) *Quarterly Review*, junio de 1825, p. 29.

como los de América, reciben 100 lib. esterl. (unos 10,000 rs.) al año; en otros países, particularmente en Asia, esta renta sube hasta á 240 lib. (24,000 rs.), con un suplemento de 40 lib. (4,000 rs.) cuando el misionero es casado, y otro de 20 (2,000 rs.) para cada uno de sus hijos. En el cabo de Buena-Esperanza, la dotacion es de 300 lib. est. (30,000 rs.); y 500 lib. est. (50,000 rs.) para cada uno de los dos misioneros ocupados en la mision de la Australia, de que poco há hablaba. Es evidente que tales rentas ponen á cubierto de toda inquietud respecto de la subsistencia, y que el misionero protestante puede consagrarse esclusivamente á la conversion de las tribus en medio de las cuales reside. Notaré de paso lo que despues demostraré, á saber: que no hay misionero enviado por Roma ó por las congregaciones de misiones católicas, que reciba mas de 25 á 30 lib. est. al año (unos 2,500 á 3,000 rs.).

Se hallan, pues, reunidos aqui en las misiones protestantes todos los elementos materiales que pueden deseafse para producir grandes resultados, y deberíamos encontrar en ellas todo lo que puede hacerse por la educacion y por medio de recursos abundantes é inagotables.

Para probaros que no hay exageracion en lo que digo, voy á citaros las observaciones del doctor Buchanan, acerca de las Indias, uno de los campos mas vastos en que se ejercita hoy el celo de los misioneros; y cuenta que Buchanan habia residido muchos años en aquel pais, y á sus enérgicas representacio-

nes se debe especialmente la ereccion que alli se hizo de una silla episcopal. Hé aqui pues cómo se expresa: “Ninguna nacion cristiana poseyó jamás para la propagacion de su fé un campo mas vasto que el que se nos ha abierto en el Indostan por nuestra influencia sobre sus cien millones de habitantes indígenas. Ninguna nacion poseyó jamás para la estension de sus creencias tan grandes facilidades como las nuestras, resultado que son de nuestro gobierno sobre un pueblo sumiso que reverencia nuestros principios, baja voluntariamente la cerviz bajo un yugo, cuya dulzura y suavidad ama, y mira nuestra dominacion como un favor del cielo (1).” El misionero protestante emprende pues su marcha con la seguridad de ser sostenido en sus esfuerzos y de encontrar todas las facilidades apetecibles para su empresa. Su condicion nada tiene de comun con la de un Apóstol que arribara á playas desconocidas y libres, que se metiera por entre tribus salvajes y bárbaras, cual tierno corderillo por entre lobos, sin otra defensa que su propia inocencia y su confianza en Dios, y que predicara una doctrina directamente opuesta á los sentimientos de aquellos pueblos, á sus intereses y á sus hábitos.

Examinemos ahora los resultados de estos inmensos preparativos. Para mejor apreciarlos hablaré su-

(1) Memoria acerca de la necesidad de un establecimiento eclesiástico en las Indias inglesas, 2.^a edicion, p. 48.

cesivamente de todas las misiones algun tanto notables. Comenzaré pues por las de Indias.

Debo dejar á un lado, y lo siento, una de las faces mas importantes de mi asunto. De las diferentes relaciones de los misioneros y de las sociedades, durante muchos años, habia recojido un gran número de pasages que os hubieran mostrado, por una coincidencia de las mas singulares, cómo siempre se habla de esperanzas y de promesas, de lo que está á punto de hacerse, de lo que ha de realizarse muy pronto; pero nunca de lo que se ha hecho, de conversiones efectuadas, ni de personas á quienes se haya convencido para que abracen la fé de Jesucristo. De este modo seguiríamos paso á paso á los misioneros en todos los paises, y nuestras investigaciones nos darian en todas partes los mismos resultados; pero la estension de las materias de que he de tratar, me obliga á prescindir de esta reseña bajo ese punto de vista, por mas que seria muy interesante.

Se han fundado en el Indostan muchas congregaciones religiosas que allí se consagran á la propagacion de la fé cristiana y á la conversion de los naturales idólatras. La primera que merece fijar nuestra atencion es la que está unida á la iglesia establecida (a), porque tiene á su disposicion todos los ausilios que pueden ser suministrados por un establecimiento muy rico ó por lo menos bien provisto. ¿Queremos,

(a) La Iglesia establecida es la iglesia protestante anglicana.
(N. del T.)

pues, conocer el resultado de estas misiones? Pues nos bastaría para ello el consultar las relaciones ó informes del activo y celoso obispo de Calcuta, el doctor Heber, que recorrió una parte de la India para ver por sí mismo el estado de la Religion y las esperanzas que podian concebirse de los trabajos de los misioneros. Es verdad que en alguna que otra parte nos hace mencion de personas convertidas y ministros de las iglesias que él habia establecido en diversos puntos; por ejemplo, nos dice que en Benares, cuya poblacion es de 582,000 almas, confirmó catorce; y que segun su cálculo el número total de cristianos era de unos ciento; á vista pues de esto podria suponerse al pronto que aquellas personas eran convertidas en todo el rigor de la palabra; es decir, naturales del pais á quienes los sermones ó las instrucciones de los misioneros habian movido á abrazar las doctrinas del cristianismo; pero el mismo obispo tiene buen cuidado de sacarnos de este error, diciendo al hablar de Chumar, lo siguiente: “Al cabo los misioneros se han circunscrito en sus trabajos á *las mugeres de los soldados ingleses, espulsadas ya de sus castas por haberse casado con estos*, y á algunos indios ó musulmanes que movidos, segun ellos mismos confiesan, por la curiosidad ó por algun motivo mejor, han frecuentado las escuelas ó las iglesias.” Y no vayais á creer que por estos últimos entiende personas realmente convertidas, nada de eso; oid lo que acerca de esto dice: “El número de *estos buscadores de la verdad* parece no deja de ser bastante considerable ahora y va cre-

ciendo de dia en dia. *En cuanto á conversiones positivas y reales, son muy pocos los ejemplares que he encontrado, á no ser entre las mugeres de los soldados, y todas ellas han sido obra del arcediano Corrie (1)."*

Asi en un vasto distrito, cubierto de ciudades populosas, entre 582,000 indígenas solo unos ciento han abrazado el cristianismo; y aun en ese número apenas se comprenden mas personas que las mugeres espulsadas de sus castas ó razas por haberse casado con europeos, y que naturalmente se han movido á abrazar la religion de sus maridos, mas bien por esa circunstancia que por los trabajos de los misioneros.

En otro parage dice el mismo obispo: "El número de estos cristianos indígenas, individuos de la iglesia establecida no pasa en la provincia de Bengala de 500 adultos, repartidos principalmente entre las estaciones de Benares, Chumar, Buxar, Murut y Agra; y en su mayor parte son mugeres de los soldados europeos (2)." Notad bien esta confesion: Ahí pues, teneis reducido á quinientos adultos el número de cristianos indígenas, en una poblacion, como la de la presidencia, de muchos millones de almas, y aun esos quinientos ya sabeis á qué clase pertenecen. Y no digo yo esto porque quiera hacer poco favor á estas personas ó porque valgan menos á mis ojos por haber perdido

(1) Relacion de un viage por las provincias superiores de la India, tom. I, p. 395, 2.^a edic.

(2) *Ib.*, tom. III., p. 338.

sus derechos de casta entre sus compatriotas y contraído matrimonio con europeos; estoy muy lejos de pensar que el mas pobre y el último de la casta mas vil tenga menos estima ante Dios que el príncipe ó personaje mas distinguido de los brachmanes; lo que quiero decir es que cuando se nos habla de la eficacia de una regla de fé, nos es preciso juzgar de ella por el influjo que ejerce; y es evidente que el Dr. Heber atribuye estas raras conversiones, mas bien que á las predicaciones de los misioneros, á que aquellas pobres mugeres indias habian sido espulsadas de sus propias familias por haberse casado con europeos.

He tenido la paciencia de entresacar de la obra de este autor las noticias esparcidas en ella acerca de conversiones, y en todas he visto confirmadas estas dos cosas: 1.^a que el número de naturales convertidos era muy corto; 2.^a que estos eran espulsados de su propia religion. Asi se hace mencion de una persona convertida en Buxar por el señor Corrie, y de otra por el señor Palmer; pero tanto una como otra eran mugeres de sargentos (1). Habíase formado en Agra por el arcediano una pequeña congregacion de unas veinte personas (2); pero el autor añade mas abajo que *todos los cristianos de aquel pais eran descendientes de europeos* (3). En otro lugar habla de

(1) Relacion de un viaje por las provincias superiores de la India, t. II, p. 334.

(2) *Ib.*, p. 339.

(3) *Ib.*, p. 342.

dos personas convertidas (1); y en otro dice: “hé aquí el tercero ó cuarto cristiano de que he oído hablar en las provincias de las montañas (2).”

Pero no es difícil entresacar de las páginas de este escritor testimonios suficientes para probar que las misiones del Indostan han fracasado completamente. En una parte escribe á Sir W. Horton que *son muy raros los casos de efectivas conversiones al cristianismo* (3). En otra dice en su carta á los señores Douglas que *hasta ahora son poquitos los indios que hayan abrazado el cristianismo* (4). Y en otra ocasion añade que apenas se ha convertido el número suficiente de musulmanes y de indios para mostrar la posibilidad de su conversion (5).

El obispo Heber miraba el Sud de la península como el centro principal del protestantismo en la India y, segun cuenta su capellan, tenia costumbre de decir: “Allí está la fuerza de la causa protestante (6).” Y tan firme estaba en esta idea, que antes de haber visitado el país, enviaba á Inglaterra las relaciones mas exageradas acerca de su estado. Una vez escribia: “Todos sabeis el considerable número (creo asciende á 40,000) de cristianos protestantes despar-

(1) Relacion de un viaje por las provincias superiores de la India, p. 10.

(2) *Ib.*, p. 257.

(3) *Ib.*, p. 253.

(4) *Ib.*, p. 264.

(5) *Ib.*, p. 284.

(6) Informe de la sociedad para la difusion de la ciencia cristiana, 1827, p. 25.

ramados por los diferentes puntos de la península, hijos espirituales de Schwartz y de sus sucesores (1).” En otra carta escrita once días después, decia: “Su número va siempre en aumento; en el Sud de la India hay como doscientas congregaciones protestantes; algunas veces se ha hecho ascender á 40,000 el número de fieles; pero yo dudo que llegue á 15,000; y aun este guarismo, si bien se considera, todavia es muy exagerado (2).”

Si por cierto; este número es muy exagerado, y no vacilo en decir que lo es mucho, muchísimo; voy á probarlo. Estas misiones se fundaron en 1706, y por consiguiente contaban mas de cien años de existencia. Pero sin remontarnos mas que al tiempo de Schwartz tendremos una duracion de cincuenta y seis años de lo que respecto de ellas puede llamarse su estado floreciente. Schwartz gozó de ventajas particulares, llegó á ser el favorito del príncipe reinante; fué quien educó á su sucesor y sobrino, el Rajah actual, Maha Rajah Sambagi, si bien este príncipe no abrazó el cristianismo; muchas veces le sirvió de mediador para con el gobierno de la Gran Bretaña, salvó dos veces á Tanjore; en diferentes ocasiones estuvo empleado en la recaudacion de impuestos en las provincias rebeldes; y como tenia un carácter conciliador y una vida ejemplar, el príncipe le decia: “De eso que hagais cristianos á todos mis súbditos, á fin de

(1) Tomo III, p. 444.

(2) *Ib.*, p. 460.

apartarlos, si es posible, de sus prácticas abominables (1).” Grandísimas ventajas eran estas ciertamente, y así lo confiesa el citado obispo, el cual reconoce que Schwartz ha hecho mas en la India que ninguno de sus sucesores. Pues ahora bien: ¿cuál fué el resultado de sus trabajos? Se cuenta que convirtió siete mil indios (2). Pero vais á ver que su mision, en vez de ir á mas, decayó considerablemente despues de su muerte, y que deben hacerse nuevas deducciones del mencionado número de 15,000 cristianos.

El obispo visitó esta parte de la India en el último período de su vida, puesto que murió durante esa visita, y nos ha dejado una exacta relacion de los cristianos que en ella encontró. Primeramente fué á Tanjore, cuartel general de Schwartz, á donde no le habia precedido obispo alguno; y allí encontró *cincuenta* personas dispuestas á recibir la Confirmacion, y toda la congregacion no presentó mas que *cincuenta y siete* personas que comulgasen (3). De allí fué á Trichinópolis, otra mision muy importante, y allí confirmó *once* personas (4). Por manera, que en vez de 40,000 cristianos, en vez de 15,000 con que despues se contentaba, no halló en los lugares mas poblados en que Schwartz habia trabajado, y despues

(1) Buchanan, p. 77.—Memoria del R. H. Martyn, 1825, p. 327.

(2) Heber, *ibi*.

(3) Carta de Kohloff, el misionero, *ib.*, tom. III, p. 495.

(4) Pág. 499.—El capellan dice fueron 15. Véase *informe* etc.

de él los otros gefes de la mision; no hallo, digo, mas de cincuenta en una parte y once en otra que confirmar. Ahora bien; calculad como os plazca en vista de la poblacion, y deducid los cristianos que en proporcion podria haber en las demas estaciones, y muy difiicil os será llegar á alguna cosa que se acerque ni con mucho á 15,000. Ademas, el obispo Heber, lejos de creer progresasen esas misiones, y que fuera en aumento el número de cristianos; lejos de considerar á ese pais como la mas bella esperanza del protestantismo, confiesa él mismo que alli todo se halla en un estado de decadencia y de dilapidacion. Hé aquí lo que escribia: “Entretanto las misiones se hallan en un estado que exige muchos socorros y desvelos para restaurarlas; los fondos, tan considerables en otro tiempo, han sido dilapidados desde la muerte de Schwartz por los hombres piadosos (pero sin ninguna esperiencia de mundo) que le han sucedido, y aun cuando yo haya encontrado en ellos mucha piedad y buenos deseos, desearia mas energía en su conducta (1).”

Pero acerca de esto mismo tenemos todavia otro documento muy curioso; y es el informe de una comision que se envió *ex professo* á aquellos puntos, para que examinase el verdadero estado de aquellas misiones. Ese informe, firmado por Kohloff y por Sperschneider, que estuvieron al frente de la mision

(1) Tome III, p. 455.

desde 1820 á 1823, dice que hay por junto doce congregaciones de indígenas; que cada congregacion se compone de cinco á doce pueblos; por manera, que no pasan de ciento once los pueblos con que cuenta el protestantismo. Y bien: ¿cuántos cristianos os parece habrá en esos ciento veinte pueblos ó aldeas? Admiraos: 1,388, en el año 1823!! Por manera, que el número de esos cristianos que primeramente se hizo subir á 40,000, y luego á 15,000, está reducido, segun el informe de los misioneros, á 1388! Y notad que estas misiones habian sido fundadas en el intervalo de 1730 á 1744. Los mismos informes hacen mencion de algunos progresos que habia habido desde 1820 á 1823; habia habido en aumento de 83 personas en toda la congregacion. Y bien: si comparamos los nacimientos con las defunciones en el mismo espacio de tiempo, hallaremos que los primeros esceden á las segundas en 74 individuos; por manera que solo nueve idólatras se habrian convertido en el espacio de cuatro años; y con efecto: el informe habla en otra parte de nuevas conversiones efectuadas en ese intervalo de tiempo (1). Hé ahí pues una mision, considerada por un obispo como el principal baluarte del protestantismo en la India; una mision, que cuenta mas

(1) Informe de la sociedad para la difusion de la ciencia cristiana; Londres 1825, p. 110.—En él se fija del modo siguiente el número de cristianos:

de un siglo de existencia y en un estado floreciente despues de cincuenta ó sesenta años ; es decir, despues de la muerte de un hombre que habria hecho maravillas dignas de los tiempos apostólicos, y que al fin y postre nos da por resultado una pequeña congregacion de 1300 cristianos diseminados entre ciento once pueblos , y presentando un escedente de 74 individuos en el número de nacidos sobre el de los muertos en el espacio de cuatro años. Agregad á esto nueve personas que durante ese mismo tiempo, es decir, unas dos personas por año , que abandonaron los errores de la idolatría; y tendreis una idea de los progresos del Evangelio propagado entre los indios por el protestantismo. Y bien: decidme ¿tiene nada de seductor este cuadro?

Pues escuchad ahora los ayes y lamentos de los mismos individuos de la comision por el estado deplorable en que hallaron la mision al hacer su vi-

En 1820.	1305
En 1823.	1388
	<hr/>
Aumento en 4 años.	83
	<hr/>
Niños Bautizados.	223
Defunciones.	149
	<hr/>
Esceso en nacimientos.	74
	<hr/>

Las nueve conversiones están repartidas en esta forma: en 1820, tres ; en 1821, una ; en 1822, una ; en 1823, cuatro. El número de bautizos, segun las reglas ordinarias del cálculo, daría el mismo resultado en cuanto al número de la congregacion, es decir, unos 1650.

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 22

sita. Ellos confiesan que han sido muy pocas las conversiones; y sin embargo, todavia, segun ellos, es digno de atencion su número, si se tienen en cuenta las desventajas y dificultades á que están espuestos los cristianos de aquel pais (1). Se quejan tambien de abusos muy graves; en Vatistergoudy observaron que los niños están tan mal enseñados, que no es de esperar sean despues dignos del nombre de cristianos, si no se acude con algun remedio á este mal; y que todavia viven en la bigamia algunas personas de aquella congregacion: en Serfajirasahpouran notaron que se habian conservado los usos y prácticas de la idolatría; en Manickraman, que la ignorancia de los deberes religiosos era llevada hasta el último esceso; en Taram y en Kawastalam, que eran tantos y tales los escándalos, que se vieron en la necesidad de escomulgar á muchas familias (2). Muchas citas podria yo aducir para presentar en toda su desnudéz la triste decadencia de esas misiones; pero os remito al informe XX del *Missionary Register*, donde se hallan consignados estos amargos contratiempos de la causa protestante. En Tranguebar manifestaba un misionero el deseo de poder citar un ejemplo de conversion obrada por la divina gracia, y se lamentaba de la lentitud de los

(1) Informe de la sociedad para la difusion de la ciencia cristiana, p. 103.

(2) *Ib.*, p. 4, 8.—El obispo Heber se queja tambien de las disensiones sobrevenidas entre los pastores y su respectiva grey, y de la tiranía y fanatismo de los primeros: tom. III, p. 444.

progresos que hasta entonces habia habido en las *antiguas y venerables* misiones de las costas de Coromandel (1). Otro se quejaba en Travancor de que los esfuerzos de los misioneros en el año anterior habian obtenido pocos resultados (2).

Aún hay mas ; y es que todavia me veo precisado á modificar los datos precedentes, porque una autoridad de gran peso asegura , y tengo razones para creerlo , que las conversiones de Schwartz y de sus sucesores fueron principalmente en las castas mistas ó entre los descendientes de los europeos.

Esa autoridad es la del misionero Martyn, al cual ya he aludido antes. El carácter estimable de este hombre, y la franqueza con que hablaba de los demas y de sus propios defectos , ponen fuera de toda sospecha su testimonio. Oid, pues, lo que escribia en su diario privado: “Schwartz (y despues de él Kohloff y Jonecke) tenia una escuela para los niños de las castas mistas, á cosa de una milla y media de Tanjore; pero iba todas las noches á la iglesia de Tanjore, donde reunia sesenta ó setenta soldados del regimiento del Rey para sus prácticas de devocion ; en seguida leia el oficio en portugués para sus mugeres y sus hijos (3).” Tal es el verdadero carácter de los trabajos de Schwartz y de sus sucesores ; y por cierto que no

(1) Informe de la sociedad para la difusion de la ciencia cristiana, p. 153.

(2) *Ib.*, p. 165.

(3) P. 334.

se asemeja mucho al que los otros han trazado; no digo yo que estos hayan tenido intencion de engañarnos ; pero ello es evidente que por un motivo ú por otro se ha publicado en Inglaterra y en otras partes una pintura muy exagerada de las misiones de la India.

El mismo obispo Heber tiene algunos pasages muy notables acerca del estado religioso de la India y de los resultados que pueden esperarse para el porvenir. Los que no creen en la solidéz de sus miras, no pueden negar, sin embargo, que las ha hecho en virtud de lo que él mismo habia observado con sus propios ojos ; y que cuando representa casi como imposible la conversion de aquellos pueblos, era sin duda en virtud de lo que le enseñaba la esperiencia de lo pasado. Oid cómo se espresa con motivo de un impostor mahometano que viajaba por el pais: “Pero ¿cuánto tiempo no habrá de pasar todavía antes de que á un misionero cristiano se profese ese amor y se le hagan semejantes honores? Sin embargo, el éxito de semejantes hombres en la India son un buen agüero para el ministro del Evangelio , confiando en su paciencia y en su laboriosidad ; porque en esos mismos lugares donde otros monopolizan ahora la atencion de los pueblos , la Divina Providencia hará ciertamente brillar dias en que nuestros esfuerzos producirán su fruto, en que nuestra iglesia , hasta ahora estéril , tendrá tambien su corte y cual gozosa madre se verá rodeada de numerosos hijos (1).” Y en otro pasage : “Por

(1) Tom. III, p. 337.

lo que hace á la conversion de los indígenas , ya se ha comenzado ; y aun cuando no se haya hecho mas que comenzar, yo creo que promete mucho (1).”

Indudablemente bastan estos pasages para mostrar los sentimientos de este obispo acerca de la esterilidad ó fecundidad de la iglesia de la que era uno de sus gefes. Pero no son menos respetables los testimonios que nos suministran las varias relaciones que se han publicado acerca de las misiones de la iglesia *establecida* en la India. El Informe ó Memoria de la sociedad para la propagacion del Evangelio, relativa al año 1827, contiene el extracto de una carta en que el profesor Craven asienta que en punto á conversiones aun no se habia hecho nada que pudiese satisfacer á un celo ilimitado que, no atendiendo mas que á su objeto, no hace caso de los obstáculos que encuentra; que esto no debia sorprender á la sociedad á quien él tenia el honor de servir, pero que por el momento habia sido *intentado* por el señor Cristian, uno de los misioneros de la sociedad, todo lo que es posible hacer con la gracia de Dios (2). En una carta publicada en la Memoria del año siguiente, pág. 149, habla él mismo de una mision abierta por el señor Cristian entre los naturales de las montañas, y que parecia prometer mas que las otras, porque los habitantes de aquel pais se hallan libres de

(1) P. 144.

(2) *Ibid.*

las preocupaciones de castas; “preocupaciones, dice, que hasta hoy no han podido ser vencidas, ni por el celo ni por las virtudes de los misioneros.” Aquí, pues, se confiesa haber un obstáculo insuperable á todos los esfuerzos de los misioneros, aun los mas capaces y celosos, de la iglesia *establecida*.

“Escepto en Calcuta y sus cercanías, dice el obispo Heber, no hay congregacion religiosa que merezca ser nombrada, fuera de la iglesia *establecida* (1).” Aquí no habla mas que de protestantes; porque en nuestra próxima reunion os mostraré que en varios distritos se encuentran numerosas congregaciones compuestas de indígenas católicos, y espero convendreis conmigo que allí en algunas ciudades hay mas católicos que prosélitos cuentan en toda la provincia los misioneros protestantes, y eso que tanto interés tienen estos en no disminuir el número de sus conversiones en los informes, memorias ó relaciones publicadas. Pero al lado de la Iglesia anglicana en las Indias está la secta de los anabaptistas, no menos celosa ni menos activa; ya os he hablado de su establecimiento en Serampore, establecimiento que se ha hecho célebre por la multitud de traducciones de los libros Santos que allí ha impreso y circulado. Pues bien: hace algun tiempo, que en un escrito que llegó á publicarse demostró el abate Dubois (el cual habia residido treinta años en la

(1) Tom. III, p. 377.

India) que el protestantismo no habia hecho allí una sola conversion verdadera. Muchos misioneros que habian visitado el mismo territorio, respondieron á esa acusacion capital; era en efecto la ocasion, y nunca podria presentarse otra mas oportuna, de aducir pruebas de ejemplos de conversiones, á fin de pulverizar aquella atrevida asercion. Oid sin embargo primeramente cómo contesta á ella el señor Hough, uno de los mas célebres y celosos abogados de las misiones del Indostan; hablando de las misiones de la iglesia establecida, dice lo siguiente: “Despues de haber espuesto los *medios* que están al alcance de los misioneros protestantes para la conversion de los indígenas indios, y sostenido, contra el aserto del abate Dubois, que son mas á propósito para el objeto que se intenta que todos los que estuvieron al alcance de los jesuitas, reconozco sin embargo con él, que sin la gracia divina el éxito *no depende* de ningun medio. Sí, lo confieso ingenuamente, en las circunstancias actuales no es posible, humanamente hablando, convertir á los indios.” Esta confesion es bastante esplicita. El Sr. Hough habia vivido mucho tiempo entre aquellos pueblos, y sin embargo concede á su adversario que humanamente no hay posibilidad de convertirlos. Y ¿habria usado este lenguaje si hubiera habido conversiones? ¿No se hubiera detenido y complacido en enumerarlas, cuando respondia. expofeso á un mentís tan formal?

En nombre de los anabaptistas contestó el Sr. To -

ronley; voy á citar un pasage suyo que es de los mas interesantes porque nos dá á conocer lo que se ha hecho por las demas sociedades de misiones: “No tanto me propongo contar el número de las conversiones de cuya sinceridad tengamos garantía, cuanto mostrar por mi propia esperiencia que actualmente está ya comenzada en la India la obra de las conversiones.” ¡Actualmente *comenzada* en la India, y habla de los años 1823 y 1824; es decir, “despues de mas de treinta años que la sociedad habia comenzado sus trabajos! No tiene la pretension de hablarnos de conversiones reales; solo trata de mostrar que la obra está comenzada, y lo prueba asi: “Yo he referido tres casos de conversiones entre los indígenas, que han llegado á mi noticia personal, y de cuya sinceridad hablo con confianza. Cuando en el mes de noviembre de 1822 salí de Bengala encontré allí un indio que daba grandes esperanzas á los misioneros de Calcuta y que estos esperaban con fundamento entraria muy pronto en su iglesia; y con efecto, estas esperanzas se han realizado, porque ahora ha recibido el bautismo. Así la sociedad de misiones de Lóndres y la sociedad anabaptista han obtenido ambas de la misma manera su primer resultado. El primer indio convertido por los misioneros anabaptistas, fué ganado á la cruz de Cristo siete años despues de haber comenzado la sociedad sus trabajos en la India; y al cabo de igual tiempo consiguieron tambien la primera conversion los misioneros de la sociedad de Lóndres, establecidos en Calcuta. Puede añadirse que la sociedad de la

iglesia *establecida* recogió sus primeros frutos en Burdwan, despues que durante un periodo igual de duracion fueron puestas á prueba la paciencia y la fé de sus misioneros. (1)''

Reconoce, pues, este misionero, que *tres* sociedades estuvieron trabajando durante siete años antes de efectuar una sola conversion; y luego no añade que esta obra, una vez ya comenzada, haya tenido incremento; lejos de eso, el primer pasage que os he leído no nos permite ni aun suponerlo. Una revista periódica, consagrada especialmente á los intereses de la iglesia *establecida*, toma nota de estas observaciones y se admira jústamente de que semejantes confesiones salgan de boca de esos mismos hombres que de cuando en cuando recorren la Inglaterra, y describen en términos pomposos los resultados de sus trabajos para las misiones, induciendo así á sus oyentes á suponer que los indios se hacen cristianos á centenares y á millares. “Los señores Hough y Toronley, dice el crítico, responden que no han llegado á su noticia mas que diez ó doce casos de verdaderas conversiones. Y ¿es este el lenguaje que usa Toronley en los sermones que tanto le gusta predicar en todas las ciudades del reino? ¿Era ese el lenguaje de Parsons cuando en el verano último arengaba á los meetings para las misiones de la iglesia establecida? Lo que podemos nosotros decir es que no hemos encontrado uno solo de

(1) British. Crit., enero 1835.

sus oyentes que vea las cosas bajo el mismo aspecto (1).”

Indudablemente no es esa la impresion que han producido en los ánimos las relaciones que se han esparcido entre el pueblo; se estaba muy lejos de sospechar que la obra de las misiones viniera á tener tan exíguos resultados, que los mismos misioneros se vieran obligados á confesar que quedaban completamente burladas sus esperanzas; que despues de tantos años todavía fuera problemático el resultado; y en fin, que una sola conversion fuera para cada sociedad la recompensa de sus trabajos, de gastos enormes y de las diuturnas fatigas de sus misioneros.

En 1823 un tal Ware de Cambridge escribió una carta á un célebre Brahma, conocido despues entre nosotros con el nombre de Ram-Mahoun-Roy. Háse hablado muchas veces de él como de un notable caso de conversion al cristianismo, aun cuando hay mas de un motivo para creer que nunca se limpió enteramente del afecto á la Religion de sus padres. Entre otras preguntas, pues, Ware le hacia la siguiente: ¿qué resultado han conseguido los esfuerzos que se han hecho para hacer adoptar el cristianismo á los indios? Su respuesta lleva la fecha de 2 de febrero de 1824 y en ese mismo año se publicó en Calcuta por el R. Adams. Voy, pues, ahora á presentar los hechos no con mis palabras, sino con las de otra persona;

(1) British. Crit., enero 1835.

y como es un misionero, un ministro de la iglesia *establecida* quien las ha dado publicidad, os parecerán revestidas de un carácter de autoridad capaz de satisfacer á todo el que exija la prueba de lo que se afirma. “Es un punto muy delicado, dice el Brahma, el contestar á esa pregunta, porque los misioneros anabaptistas de Serampore han resuelto formalmente contradecir á los que manifestasen la mas ligera duda acerca del buen éxito de sus trabajos; y en muchas ocasiones han dado á entender al público que sus prosélitos no solo eran muchos, sino que ademas estaban bien dirigidos. Pero los jóvenes misioneros anabaptistas de Calcuta, que no ceden á las demas clases de misioneros ni en ciencia, ni en capacidad, ni en celo por la causa cristiana, han tenido la franqueza de confesar públicamente que sus prosélitos, al cabo de seis años de infatigables trabajos, no pasan de *cuatro*. Los misioneros *independientes* de la misma ciudad, que cuentan con medios aun mas poderosos que los anabaptistas, confiesan tambien con la misma franqueza que, despues de siete años empleados en estas misiones, no han podido conseguir hacer mas de un prosélito (1).”

Este es, pues, el resultado obtenido por otra de las sociedades mas importantes que han emprendido la conversion de los indios. Y para no tener que volver á ocuparme en esta parte de sus trabajos, añadiré algunas

(1) Nuevo diario asiático, tom. II, p. 38.

palabras acerca de la mision que ha tratado de fundar en el imperio Birman por ministerio del Sr. Judson y de su señora. Estos residieron allí muchos años y publicaron su diario. El resultado de sus trabajos fué que al cabo de siete años aun no habian hecho ni una sola conversion; que despues del año sétimo recibieron un prosélito, que este trajo otro, de modo que al fin contaban con cuatro; pero estallando de repente la guerra puso fin á sus resultados y á su mision. Pero ved tambien aquí este número misterioso de siete años que parece marcar el período de esterilidad para cada sociedad. Otros siete años de trabajos sin fruto; luego la pequeña iglesia cuenta un individuo y hasta cuatro en los dos ó tres años siguientes. Judson y su muger cuentan ingénuamente en su periódico la manera con que procedian á la conversion de los indígenas; les presentaban la Biblia y les rogaban la leyesen, imaginándose que esto bastaba para inducirlos á profesar el cristianismo (1).

Aun hay otra sociedad que ha trabajado en la destruccion de la idolatría en la India, pero de la que todavia no he dicho una palabra; hablo de la sociedad de las misiones escocesas fundada en 1794. El folleto que tengo en la mano, contiene un mensaje elocuente y muy sensato, enviado en el mes de mayo del año pasado á la sociedad escocesa por el señor

(1) Véase su periódico ó la *Quarterly Review*, diciembre de 1825, p. 53.

Duff, su primer misionero en las Indias. Allí entra en curiosos pormenores acerca de la impotencia del sistema que se ha seguido hasta entonces, y hace notar las dificultades á que está espuesto el misionero que intente predicar el Evangelio. ¿De dónde sacará sus pruebas? ¿á qué tribunal apelará? No lo sabe; porque si habla de la evidencia intrínseca de las Santas Escrituras, el Brahma le presenta al punto sus vedas y se esfuerza en establecer su divina autoridad sobre un tan sólido fundamento. Si el misionero cristiano apela á los milagros de la Escritura, el Indio tiene una provision de ellos que oponer á estos. Asi que todo argumento flaquea por su base, y si se llega á destruir las propias convicciones de esos hombres, ¿cuál es la consecuencia de esto? Es, por servirme de las espresiones de este autor, es plantarse de un salto sobre el cristianismo, de la idolatría en el ateismo. Estos motivos han obligado á la sociedad escocesa á adoptar otro plan, el de educar desde su infancia en las ideas cristianas á los indigenas. El tiempo nos dirá si este nuevo método produce resultados mas felices. Pero en fin si se renuncia al principio practicado hasta entonces por esta sociedad y por las otras, forzoso es que la esperiencia haya demostrado su ineficacia; y de hecho, las relaciones de los misioneros suponen y prueban que de su aplicacion no ha resultado fruto alguno.

Como conclusion general respecto de las misiones de la India voy á citar aún algunos pasajes en que considerando estas misiones en su conjunto, sin distin-

cion de secta ni de sociedad, confirman lo exiguo de sus resultados. En una obra publicada en Edimburgo en 1822 con el título de *Reflexiones acerca de la situacion de la India inglesa*, su autor nos presenta en los siguientes términos el resultado de su propia esperiencia acerca de la conversion de los indios: “Las conversiones estraordinarias publicadas por la *Quarterly Review* pueden muy bien ser ciertas; pero el hecho es que son desconocidas en los puntos donde se dicen ocurridas. Los que han abrazado el cristianismo son mirados en su mayor parte como personas espulsadas de sus castas ó razas á causa de sus crímenes, y atraídas á otra religion con la mira de una moral menos severa (1).” Aqui, pues, recibe nueva confirmacion aquello de que ya hablamos, á saber: que todas las personas convertidas habian perdido ya antes sus derechos de casta; pero no solo se confirma esto, sino que su autor añade mas, y lo que añade es de la mayor importancia: añade que el motivo que ha inducido á esas personas á inclinarse al cristianismo ha sido el habérseles predicado un código de moral mas relajado que sus leyes paganas.

Oid ahora lo que leemos en otra publicacion de la misma época y cuyo color está muy distante de ser hostil á las sociedades de las misiones: “Este hecho

(1) P. 42.—Como yo no he podido proporcionarme esta obra, cito el sentido mas bien que las palabras.

no será muy del agrado de los que cuentan presuntuosamente con la conversión del Indostan; pero es un hecho innegable: hasta ahora han sido casi nulos los progresos del cristianismo en ese pueblo. Treinta años han pasado ya desde que los misioneros comenzaron sus trabajos en la India, y aseguramos con confianza que en todo ese tiempo no se han hecho mas de trescientas conversiones; y aún seria muy difícil citar el nombre de un solo Brahma ó Rajah (1).”

Por último en el *Diario asiático* de Londres para 1825 leemos el siguiente pasaje: “Las dificultades que en las actuales circunstancias se oponen á los progresos del cristianismo entre los Indios, son absolutamente insuperables; y no hay razon alguna para creer que las dulces y saludables verdades del cristianismo hagan renuncie ese pueblo á sus errores.” Es de notar que ordinariamente este periódico bebe sus noticias en buenas fuentes; y esto no obstante declara que, en cuanto puede juzgarse por la esperiencia, no hay razon alguna para creer posible la conversión de los Indios y que los esfuerzos que para lograrlo se han hecho hasta aqui han tropezado con obstáculos insuperables (2).

(1) *Monthly Review*, tom. XCIX, p. 223.

(2) P. 158.—Con la lectura de obras mas recientes puede uno convencerse de que las misiones de la India no han hecho progresos desde la época en que fueron publicados los documentos que acabo de citar. Consúltese, por ejemplo, *Hooler's Personal Narrative of a Tour in The South of India*. Fácilmente po-

Y notad , hermanos míos, que en todo cuanto os he dicho de las misiones de la India , no he citado ni un solo testimonio de escritores católicos. Con el testimonio de personas de todo rango interesadas en el buen éxito de la causa protestante y que contaban con todos los medios apetecibles para tener noticias exactas, os he probado que hasta ahora no se ha hecho en esas misiones cosa alguna que pueda mostrarnos que los favores del cielo han acompañado á los trabajos de los obreros evangélicos. De hecho, estos trabajos han sido completamente estériles , porque al fin y al cabo, ciento , doscientas y aun quinientas conversiones , no son cosa que deba estrañarnos en caso alguno ; porque los intereses locales y personales bastan siempre para en una poblacion inmensa comprometer á algunas personas en tal ó cual sistema religioso. De seguro no es ese el progreso prometido por Jesucristo á su Iglesia, y no es asi como en siglo alguno ha comprendido la Iglesia la conversion de los pueblos idólatras. Volvamos ahora la vista á otro campo, á otro teatro; porque si la fijamos en el Norte de América descubriremos alli hechos de diferente carácter, pero de un interés no menos importante.

Hagamos desde luego una distincion capital: no hay que confundir la obra de la conversion de los in-

driamos demostrar con pruebas negativas y positivas, sacadas de este autor, que todo lo que ha podido tender á la conversion de los Indios ha fracasado completamente.

fieles, emprendida sola y por los medios que le son propios, con la misma obra íntimamente ligada á la de la civilizacion. Estábamos en el primer caso respecto de los habitantes de la India; estos pueblos se hallan en posesion de las artes de la vida, pueden contentarse con su actual condicion y mirar quizá la civilizacion europea como inferior á la de su pais; ellos además tienen su literatura, sus libros sagrados y otros monumentos cuya autoridad les parece suficientemente demostrada. Es pues difícil en extremo convertirlos de otro modo que por la evidencia intrínseca de la verdad; es pues preciso que la verdad, considerada en sí misma, les parezca preferible á las opiniones que han recibido en su educacion. Pero cuando vais en medio de tribus salvages para ofrecerles no solamente vuestras doctrinas, si que tambien con ellas las artes que forman las delicias de la vida; cuando el misionero lleva en una mano la Biblia y con la otra les presenta el arado; cuando les proporciona ventajas que las colocan de repente al nivel de esos mismos pueblos cuya superioridad sobre ellas se veian obligadas á reconocer hasta entonces; en ese caso los sentimientos que el misionero escita son de una naturaleza tan complexa, resultan de elementos tan diversos que es difícil decidir cuál es el motivo que influye en tales hombres: ¿son acaso las doctrinas que les predicais? ¿ó es mas bien el resultado de esas doctrinas, la mejora de su condicion material? Añadid tambien que esas poblaciones se componen de pocos individuos, y que á menudo son batidas

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 23

y cercadas y aun en cierto modo absorbidas por naciones de costumbres y carácter diferentes, y á quienes solo esta diferencia ha puesto en disposicion de subyugarlas y de imponerles sus leyes. ¿Deberemos pues admirarnos de que esas poblaciones, ante una civilizacion que da la superioridad á sus enemigos, y que á su vez se les presenta á ellas y que entre sus principales elementos contiene una religion nueva, cedan al fin á su influencia despues de haberla combatido obstinadamente durante muchos años y se despojen de sus antiguos hábitos y con ellos de sus opiniones y de sus sentimientos religiosos? Estas importantes reflexiones nos harán apreciar en su justo valor el éxito que las misiones protestantes parecen haber conseguido en dos paises; vosotros juzgareis de ello por la rápida reseña que voy á trazar de su historia.

La sociedad para la propagacion del Evangelio no bien se fundó cuando resolvió establecer una mision entre los naturales de la América. La primera tentativa se hizo entre los Indios del Norte de la Carolina, y fracasó completamente. Algunos años despues el arzobispo Tennison la renovó de órden de la reina Ana, y envió allí misioneros para comenzar de nuevo la obra. Uno de ellos, llamado Moore, fué allí en 1704; pero no tardó mucho tiempo en apercibirse de que todos sus esfuerzos eran inútiles, y así se volvió á embarcar de regreso á Inglaterra y falleció en la travesía. Atribuyóse esta falta de éxito al influjo de los misioneros católicos que, al decir del *Christian*

Remembrancer, habian ganado la confianza de los indios (1).

En 1709 volvió á la carga el misionero Andrews; era el hombre mas capaz de salir bien con la empresa, porque hablaba la lengua de los naturales y podia socorrerse con una traduccion del Nuevo Testamento, hecha por un eclesiástico aleman de Schenectady, señor Freeman, que tambien se habia familiarizado con el idioma de aquel pueblo. La mision, fundada en 1709, fué abandonada por segunda vez en 1719, y se dió por motivo de ello que la sociedad no podia ya proveer á los gastos enormes que ella necesitaba. Sin embargo, se habia emprendido á peticion de cuatro gefes que habian venido á ratificar un tratado en Inglaterra. Emendióse de nuevo otra vez algunos años despues, y entonces al menos con una apariencia de buen éxito. Pero aqui es necesario tomar nota de ciertos hechos que están enlazados con la historia de estas tribus.

Los misioneros de que he hablado fueron enviados á los Mohawks, que habitaban entonces en las cercanías de Nueva-York y formaban una parte de las seis naciones, mas conocidas con el nombre de Iroqueses. Esta confederacion, escepto dos tribus, abrazó durante la guerra de América el partido de Inglaterra, y las tropas de los Estados-Unidos la hicieron sufrir en 1770 una sangrienta derrota, de que

(1) Tom. III, p. 302; Londres, 1825.

fué una consecuencia la caída de la confederacion. Los Mohawks y la mitad de otra tribu emigraron en 1776 del territorio de Nueva-York al mando de sir Juan Johnson; y Jorge III les asignó sobre las orillas del Ouse ó Rio Grande una porcion de terreno de cien millas de longitud. Resulta de estos hechos que las misiones seguidas en estos pueblos durante su establecimiento en su nueva morada no son otra cosa que la continuacion de las que se habian comenzado en las cercanías de Nueva-York. Asi, que podemos asignar un siglo de duracion á los trabajos de los misioneros entre ellos; y una prueba de la sucesion no interrumpida de las dos misiones es que los Mohawks conservan todavia los vasos de iglesia que les fueron enviados por la reina Ana cuando ocupaban su primer territorio. Aqui, pues, tenemos una mision establecida hacia ya mucho tiempo entre los naturales de América.

La primera autoridad que citaré respecto de ella es la de Brown, autor de una historia de las misiones entre los pueblos indígenas de la América. Yo no quiero espresaros directamente la impresion que produjo en mí la lectura de esta obra; prefiero referiros las palabras de otro escritor protestante: “Esta historia, dice, contiene la narracion de una série de reveses que tanto menos debian esperarse, cuanto que diversas circunstancias concurrían á representarnos esas naciones como especialmente preparadas para recibir el Evangelio. Ellas creen generalmente en la unidad y espiritualidad del Ser Supremo; no son idó-

latras; su culto no está manchado con esos ritos obscenos y sangrientos, que ordinariamente acompañan á la supersticion; en medio de los vicios que son el producto natural de la ignorancia y de pasiones sin freno, conservan una gravedad de costumbres, un profundo sentimiento del bien, capaces de avergonzar aún á naciones mas civilizadas y que miran con negligencia ventajas que ellas no tienen. Debíase, pues, esperar que el cristianismo fuese un huésped bien recibido en semejantes pueblos; y efectivamente, estos siempre han recibido muy bien á los misioneros y escuchado con atencion y respeto sus palabras. En muchas partes las primeras apariencias como que hacian présagiar un establecimiento duradero del cristianismo; sin embargo, nuestras esperanzas salieron fallidas *en todas partes* (1).”

Alí teneis la conclusion que puede sacarse de la Historia de Brown respecto del estado de esas misiones hasta principios del presente siglo. Pero entremos ademas en algunos pormenores. En 1826 la sociedad para la propagacion del Evangelio publicó en su Informe ó Memoria una carta del Sr. Leeming, misionero que residia entonces entre los Mohawks en el Rio Grande. “Tengo, dice el autor de la carta, tengo un gran placer en decir que están muy atentos durante el oficio divino. Tengo *veintidos* que comulgan, y en un año he bautizado cincuenta ni-

(1) Monthly Review, tom. LXXXIV, p. 143.

ños. El maestro de escuela Hess, es un hombre excelente y que se va haciendo muy útil; rara vez tiene menos de *veinticinco* estudiantes (1).” En esto han venido á parar los trabajos de los misioneros durante tantos años: *veintidos* que comulguen y *veinticinco* estudiantes!!

El R. Stewart, elevado despues á la Silla de Quebec, hizo en aquel mismo año una especie de visita á aquella mision, y refiere que encontró allí un nuevo pueblo ocupado por los ingleses, donde el 5 de junio bautizó doce niños y administró la comunión á veinte y cuatro personas; es decir, dos mas que el número anteriormente citado (2). En otro pueblo, habitado por los Tuscaroras, que es aquella porcion de tribu que habia emigrado con los mohawks, bautizó cinco adultos y ocho niños. Hace notar en seguida que esta tribu se hallaba en un estado de decadencia en lo relativo al conocimiento y práctica de los principios cristianos; en otro tiempo era ella entre los mohawks la edificacion de las demás tribus por su asiduidad á los oficios públicos, por su fidelidad á sus religiosos deberes y por su vigilancia en la educacion de sus hijos, al paso que hoy va amortiguándose de dia en dia en sus manos la antorcha del Evangelio y parece estar á punto de apagarse. Sin embargo, el autor espera que con los auxilios y socorros necesarios

(1) Informe ó Memoria, 1826, p. 131.

(2) *Ibid.*, p. 23.

se reanimará esa antorcha y volverá de nuevo á despedir sus rayos de luz sobre las naciones que la rodean (1). Aquí como en las Indias, las misiones antiguas van decayendo, va perdiéndose el cristianismo, y está á punto de apagarse la luz del Evangelio.

Tenemos otra relacion ó Memoria en la que Hough, con fecha 27 de setiembre de 1827, en el pueblo de los Mohawks, habla en los términos siguientes de algunos pueblos en que habia residido muchos meses: “He estudiado cuidadosamente en estos diversos lugares el carácter de los indios que hacen profesion de cristianos, y tengo la confianza de que algunos son realmente dignos de este nombre; pero temo tambien, y siento decirlo, que muchos sean indignos de él; están dados á la borrachera que es su vicio dominante, y á algunos de ellos los ha reducido ya á un estado miserable (2).” Tal es la verdadera situacion de las misiones mas antiguas que las sociedades inglesas fundaron en América. En cuanto á las tribus que no han emigrado del territorio de los Estados-Unidos y que la sociedad de las misiones de Nueva-York ha continuado instruyendo, oid cómo el R. Dr. Morse nos pinta su estado religioso en una obra publicada en América: “Estas tribus, dice, no han practicado el rito del matrimonio en todo un siglo, y por consiguiente han vivido mas

(1) Informe ó Memoria, p. 124.

(2) Memoria de 1828, p. 174.

bien como bestias de los bosques que como hombres civilizados (1).”

Quiero conceder que de cuatro á cinco años á esta parte haya habido alguna mejora importante en esta parte de las misiones, porque en esas tribus ha sido servida la causa de la Religion por mestizos, que han recibido una educacion europea y poseen á pesar de eso la confianza de sus conciudadanos. El mas célebre de estos es el misionero wesleyano Jones. Logró hacer abrazar el cristianismo á un gran número de indios; y probablemente es la primera vez que los trabajos de un misionero protestante han tenido algun resultado. Sin embargo, no olvidemos la posieion de aquellos pobres salvages en medio de los europeos. Se les han quitado los inmensos terrenos en que vivian de la caza, y han tenido que fijarse en un sitio particular, acomodarse á un género de vida conforme á su nueva posicion; en suma, imitar en todo á los hombres que les rodean. Por consiguiente, no se les ha presentado simplemente el cristianismo, se les han puesto ejemplos á la vista, se les ha provisto de medios para establecerse, para proporcionarse comodidades y plegarse á los usos y hábitos de la civilizacion. El gobierno les ha hecho construir casas, les ha distribuido los aperos para la labranza y les ha provisto de todo lo que les era necesario para culti-

(1) Geografia universal de América; Boston, 1812, tom. I, p. 367.

var y fecundar sus tierras. Se les ha presentado, pues, el cristianismo como una parte integrante de la civilizacion que ellos han adoptado. No es esto decir que no les sean provechosos todos estos cambios; pero es lo cierto que no puede apreciarse la energia propia de un principio, cuando se le hace seguir de ventajas materiales y cuando al hombre á quien se le presenta se le coloca en circũstancias de tal modo inevitables, que no le queda otra alternativa que aceptar el cristianismo ó renunciar á toda civilizacion.

Tampoco debemos omitir aqui otra observacion hecha por personas experimentadas, á saber: que lo que se hace ahora es absolutamente lo mismo que se hizo en otro tiempo, y asi que en uno y otro caso el resultado será el mismo. Un viajero que últimamente ha recorrido la América, y que está muy apegado al protestantismo, espresa lo que él llama su satisfaccion por lo que ha visto en esos nuevos establecimientos cristianos. Deplora, sin embargo, haber hallado personas experimentadas, y particularmente las que conocen á fondo el carácter de los indios, que no experimentan completamente esa satisfaccion; pues dicen que ya se obtuvieron resultados semejantes por la influencia y actividad de ciertos individuos sin que de todo eso haya quedado ya vestigio alguno; y que esto consiste en que los indios se vuelven á su primer género de vida tan luego como se retira la mano que los conduce (1). Parece-me

(1) Viages por la América septentrional en 1827 y 1828 por el capitan B. Hall; Edimb. 1829; tom. 1., p. 260.

puede considerarse esta reflexion como el primer resultado de la esperiencia. Por lo demas, el porvenir nos dirá hasta que punto están apegados al cristianismo estos nuevos convertidos, y si continuarán profesando una religion que han abrazado por el influjo de ciertos hombres, despues que esos hombres hayan desaparecido (1).

Ademas de estas misiones principales hay otras menos importantes que serian de muy mediano interés para nosotros, y cuya historia es siempre la misma. Bajo los auspicios y proteccion de la emperatriz Catalina de Rusia, los Móravos establecieron en 1765 una mision en Sarepta, entre los Kalmucos del Wolga. El Sr. Henderson, misionero inglés, que visitó aquellos parajes en 1821, declara que despues de cincuenta y seis años de trabajos, todavía no han hecho un solo prosélito. Todo lo de que podrian gloriarse, segun él, es de que algunas doncellas dan esperanzas de que el Espíritu Santo ha movido su alma; pero no se descubre el menor indicio de conversion entre las personas de una edad madura (2). Lo mismo podria decirse de la mayor parte de las misiones que ellos han fundado; mas bien son colonias agrícolas

(1) Temiendo cansar vuestra atencion omito, aunque con sentimiento, las diversas tentativas de misiones que se han hecho en las Indias occidentales, pues nos habrian ofrecido una série de reveses y derrotas no menos notables que las que hemos visto en las demas partes.

(2) *Investigaciones bíblicas y Viajes á Rusia*; Lóndres, 1826, p. 411.

y manufactureras que establecimientos religiosos; y ellos formaron crecido número de ellas durante el último siglo, en Sajonia en 1735; en la costa de Guinea, en 1737; en Georgia, en 1738; en Argel, en 1739; en Ceilan, en 1740; en Persia, en 1747; y en Egipto, en 1750; pero todos estos establecimientos han caído ya sin dejar rastro alguno.

No quiero terminar lo relativo á los Móravos sin llamar además vuestra atencion acerca de una observacion hecha por muchos viajeros, y aun por el mismo Klaproth, á saber, que la mision de Sarepta y otras se han convertido en meros establecimientos de comercio (1). El caballero Gamba, residente francés, cónsul de Astracan, cita un ejemplo notable de esta misma transformacion de los establecimientos móravos, en los cuales no ha visto otra cosa que pueblos industriales sin que siquiera pueda sospecharse haya allí principios religiosos (2).

En 1802 los señores Brunton y Paterson abrieron con auxilio de una escolta de cosacos una mision entre los tártaros de Karass; pero Henderson nos asegura (3) que ha fracasado completamente asi como otra intentada en el mismo pueblo por el señor Blythe. El emperador Alejandro puso fin á todas estas misiones y prohibió renovarlas en adelante; pero

(1) Viage al monte Cáucaso y á Georgia, París, 1823; tom. I, p. 261.

(2) Viage á la Rusia Meridional; París, 1826, tom. II, p. 370.

(3) Obra ya citada, p. 420.

está bien averiguado que cuando salió el úkase imperial no habian producido fruto alguno.

Recojiendo confesiones de un carácter mas general demostraria fácilmente que las tentativas de misiones, ensayadas por las numerosas sociedades protestantes, han fracasado en todas las partes del mundo. Asi el R. Bickersteth, secretario de la sociedad de las misiones de la iglesia *establecida*, declaró públicamente en un discurso pronunciado en York en el mes de mayo de 1823 que “en el curso de los diez primeros años, jamás habia oido decir la sociedad que *una sola persona* hubiese pasado de la idolatria al cristianismo (1).” El *Missionary Register*, despues de diez años de trabajos, reconoce que no es necesario un *feliz éxito actual y visible* para probar que los esfuerzos de la sociedad son agradables á Dios. La sociedad de las misiones de la iglesia *establecida* confiesa, despues del mismo período de esfuerzos inútiles, que ella no puede dar pruebas de buenos resultados, pues los obtenidos hasta ahora, respecto de la conversion de los infieles, son muy limitados. Hablando un misionero en el mismo periódico de un jóven que presentaba síntomas de conviccion, sin estar todavia convertido, entona un cántico de alegria, se compara á un desgraciado viajero que se estravía en las tinieblas, y que salta de gozo al divisar á lo lejos una luz; saluda pues con placer este primer indicio

(1) *York-Herald* de 31 de mayo de 1823.

de buen éxito y augura que los *hijos de nuestros hijos* verán quizá el fruto de estos trabajos (1). Cerraré estos testimonios con las palabras de una Revista periódica que ya otra vez he citado: “La desesperacion y el engaño nos harían abandonar esta historia de la propagacion del cristianismo entre los infieles, si en esta parte nuestras esperanzas dependieran de empresas semejantes á las que hemos relatado en estas páginas (2).” Acababa de hablar de los trabajos emprendidos para propagar la Religion cristiana entre los naturales de América.

Todavía existe otra mision que parece haber tenido grandes resultados. Los esfuerzos hechos en la Océanía han producido resultados tan estensos y aun mas que aquellos de que se ha hecho gozar á algunas tribus americanas. Es este un hecho muy notable; pero es tambien un hecho notorio que los habitantes de esas islas son el primer pueblo que haya pedido por sí mismo el cristianismo y que por consiguiente estuviese enteramente dispuesto á recibirle bajo cualquier forma que se le presentase. Habian observado la superioridad que sobre ellos daba esa religion á los comerciantes de todas las naciones, y especialmente á los de América, que les visitaban á menudo, y así les rogaron que les enviasen misioneros. Pero este solo hecho nos im-

(1) Lo cita el *Catholic Miscellany*, de enero de 1823.

(2) *Monthly Review*, tom. LXXXIV, p. 152.

pide considerar el establecimiento del cristianismo en aquellas islas como el resultado de un principio de fé que se hubiera sometido á la adopcion de aquellos pueblos; porque ellos habian ya deducido que el cristianismo valia mas que su propia religion, por cuanto daba la superioridad que veian de costumbres y de carácter; y el buen sentido, que les es natural, bastó para conducirlos á abrazarle. Pero, lo repito de nuevo, yo no veo aqui un ejemplo de buen éxito que pueda atribuirse únicamente á las doctrinas protestantes, predicadas á naciones infieles é ignorantes de toda civilizacion; y seria injusto considerar bajo otro punto de vista la historia de estas misiones. De una parte, yo les concedo todas las apariencias de buen éxito; convengo en que han hecho pasar al cristianismo un gran número de indígenas; pero por otra parte, las escluyo formalmente del objeto que nos ocupa y sostengo que ellas no pueden decidir de la fuerza comparativa de las dos reglas de fé. En verdad, sentiria hasta ocuparme en su historia, porque me parece descubrir en ella uno de los ejemplos mas lamentables que pueden concebirse de los efectos producidos por un celo sin guia y sin freno. Tengo en mi poder extractos de autores que han descrito el estado de aquellas islas, despues que han sido, no ya convertidas, sino sometidas al yugo de los misioneros. Toda la dominacion temporal de las islas ha pasado á mano de estos últimos; los reyes y los pueblos se han hecho sus esclavos, y al mismo tiempo han perdido aquella admirable ingenui-

dad de carácter, tan amable antes en ellos. Hermanos míos, ¿creeríais que unos hombres, cubriéndose con el escudo de la palabra de Dios y haciendo profesion de enseñar la doctrina de Jesucristo hayan tenido una conducta tan indigna que hayan reducido aquellos países á tal estado de miseria que, por confesion de los viajeros que despues los han visitado, el establecimiento de la nueva Religion ha sido para ellos no una felicidad, sino un gérmen fecundo de ruina? ¡Ah! si me preguntais qué efectos ha producido el cristianismo en los desgraciados habitantes de la Oceanía, os diré que una corrupcion de costumbres mil veces mas desenfrenada; mirad á la doblez, la indolencia y la traicion carcomiendo á poblaciones en otro tiempo activas, generosas y hospitalarias; y á ese suelo antes tan rico, hoy estéril, olvidándose de cubrirse con sus ricas mieses, y á punto de acabarse en muchas partes el cultivo de todo lo que es necesario á la vida. Ved esas contiendas, divisiones y guerras, yendo tan en aumento, que un príncipe, el mas entendido del pais, uno de los primeros en abrazar el cristianismo cuando llegaron los misioneros, ha emigrado de sus Estados con una parte de sus súbditos, porque no podia ya soportar el yugo de hierro que se hacia pesar sobre él. Y cuenta que nada digo que no sea conocido del público (1); pero tal vez vuel-

(1) Véase el viage de H. M. S. Blonde á las islas Sandwich; Londres, 1827.—*Quarterly Review*, tom. XXXV, pag. 400; y LXX, p. 609.—Rotzebue, segundo Viage alrededor del mundo; y Augusto Toole, Relacion de nueve meses de residencia en la Nueva Zelandia.

va á hablar de este asunto en otra ocasion y entre en nuevos pormenores acerca de estas islas, cuando trate de las misiones católicas que hace pocos años se fundaron alli.

Tales son en general los resultados que han acompañado al principio protestante, aplicado á la conversion de los infieles. No he omitido, que yo sepa, ni un solo hecho; no he dejado olvidado ni un solo testimonio que pudiese debilitar mis aserciones. He tenido cuidado de sacar mis citas de los documentos originales, pero no me he servido ni aun de la mitad de los materiales que tenia acopiados al examinar este punto. Sin embargo, los que os he hecho conocer han bastado para convenceros de que todas las misiones protestantes han fracasado, todas sin que apenas se pueda esceptuar ni una sola; donde quiera que se ha intentado hacer prevalecer el Evangelio por la regla de fé protestante, á saber, que la Biblia basta por sí sola, que la Religión no tiene otra sancion ni descansa en otra autoridad. Pero todavía hay un punto que requiere particular atencion; porque á pesar de lo que acabamos de ver, las sociedades no cesan en sus relaciones ó Memorias de entretener á sus lectores acerca de inmensas muchedumbres que todos los dias estaban convirtiéndose á la fé. Debo pues asentar aquí algunas reglas muy importantes y que os servirán para apreciar en su justo valor estos relatos de conversiones.

En primer lugar, no hay que dejarse engañar de las aserciones de esos relatos, cuando nos hablan

de la multitud de ejemplares de la Biblia y del Nuevo Testamento que se han repartido á los naturales de los países idólatras; nada hay que haga suponer que la consecuencia de ese repartimiento hayan sido conversiones en aquellos pueblos, ni que se prepare un número proporcionado de conversiones cuando los misioneros piden se les envíen grandes cantidades de Biblias; porque estas Biblias se envían á cargas y se amontonan en almacenes extranjeros, ó se reparten á hombres que de ellas no hacen uso alguno, ó que las emplean en cualquier otra cosa, como vereis por algunos ejemplos que voy á referiros. “Los misioneros (dice el general Hislop en su Historia de la campaña contra los Mahratars y los Pindaris), los misioneros se figuran conseguir con la distribucion de los Evangelios en chino, en sanscrit, etc. el objeto que se proponen; y como envían estos libros á los agentes y á los magistrados ingleses de los diversos puntos, calculan el número de sus conversiones y el de los resultados de sus trabajos por el número de ejemplares distribuidos.” Yo conozco muchas residencias dice tambien el mismo autor, donde nunca ha llegado un buque sin un cajon ó paquete de Biblias. Los residentes las envían á centenares en todas direcciones. Los chinos las examinan y pretenden que sus libros contienen historias mucho mas bonitas; ademas ignoran si aquellos libros se les dan para que se diviertan ó para que se instruyan; los echan á un lado despues de haberlos leído y asi ponen á los

B. de C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Toir. I. 24

residentes en la imposibilidad de distribuirles otros. Pero el celo del misionero de Malaca es infatigable, cada navio deposita su cargamento, tan considerable algunas veces, que no puede tenerse sino en los almacenes! “Este mismo misionero es, añade el citado general, quien escribió á la sociedad bíblica que podía enviarle un millon de Biblias; y efectivamente, de esa manera no le era difícil disponer de ellas (1).”

Tengo tambien una carta escrita hace algunos años por el vicario apostólico de Siam, y la voy á citar aunque sea una autoridad católica, porque precisamente hace mencion de los mismos hechos: “Han llegado aquí dos emisarios de la sociedad bíblica, y han repartido Biblias en todas direcciones. El pueblo se ha servido de ellas para envolver especias en las tiendas; y algunos no sabiendo qué hacer de ellas se las han llevado al clero católico.”—“Así es, observa en seguida, cómo se envían relaciones en que se calcula el número de conversiones por el número de Biblias que se reparten. Puedo atestiguar que no han hecho ni una sola conversion (2).”

(1) *Monthly Review*, n.º 94.

(2) Esta carta, fechada el 20 de junio de 1829, me fué comunicada por el cardenal Cappellari que hoy ocupa tan dignamente la primera dignidad del catolicismo (Gregorio XVI). Voy á copiar íntegro el pasaje, porque contiene otros hechos no menos curiosos. “Duo emissarii societatis Biblistarum húc venerunt a decem circiter mensibus: immensos libros Bibliorum lingua sinica scriptos sparserunt inter sinenses. Alii illis utuntur ad fumandum tabacum, alii ad involvenda dulciaria quae vendunt, alii denique tradiderunt nostris, qui ad me detulerunt tamquam inutilēs. Numerant isti biblistae libros sparsos, et postea scribunt in

El *Journal Asiatique*, revista francesa, cuenta con referencia á una carta escrita de Macao, que los ejemplares de la Biblia del doctor Morrison, introducidos en China, fueron luego vendidos en pública subasta, y los compraron personas de diferentes oficios, sobre todo los fabricantes de calzado, que las aprovechaban para hacer forros. Es penoso, y aun diré mas, es humillante mencionar semejantes hechos; pero son importantes, porque harán abrir los ojos á las personas que, no conociendo el uso indigno y casi sacrilego que se hace de la palabra de Dios, se imaginaran todavía eran utilizados tantos ejemplares de los libros santos (1).

Efectivamente, en algunas circunstancias particulares pueden los indígenas recibir estas Biblias con cierta avidez. En prueba de ello os citaré el pasaje siguiente del diario de Martyn: “Se me bajó muy temprano á la ribera para ir á ver una fuente de agua caliente, y allí me encontré con muchos brahmas y fakires. Como yo no podia entenderlos, les distribuí algunos tratados, y á muchos de ellos que me

»Europam, dicentes, tot esse gentiles factos christianos quot sunt
»libri sparsi: at ego qui sum testis ocularis, dico, ne unum qui-
»dem factum christianum. Voluit ab initio rex Siam expellere eos,
»significatum est illis nomine regis ut abirent, petierunt ut si-
»mul expellerentur missionarii apostolici. Respondit Barcalo, pri-
»mus regni minister, sacerdotes Gallos habere confidentiam re-
»gis ab initio, etc. Videtur mihi rex timuisse ne nationem illorum
»offenderet, et mediante pecunia, ut puto, usque modo rema-
»nent.”

(1) Nuevo Diario Asiático, 1828, tom. II, p. 40.

siguieron mas allá, les distribuí otros tratados y algunos Nuevos Testamentos. Llegué por la tarde á Monghir, y por la noche algunos vinieron á pedirme libros, principalmente los que habian ido á la fuente, porque se les habia dicho que yo daba *copias del Ramayuna*. No querian creerme cuando les decia que no era el Ramayuna. Les distribuí todavia siete ú ocho ejemplares (1).” Ahora bien; conviene notar que la palabra Ramayuna significa las aventuras del Dios Ramah que aquellos pobres índios suponian estar contenidas en la Biblia. Ya veis cuán fácil es á misioneros que ignoran la lengua del pais, equivocarse acerca de las intenciones de los habitantes, y declarar solemnemente que estos, deseosos de adquirir la Biblia, los habian seguido muchas millas para conseguir un ejemplar. Prosigamos: “Un hombre me siguió á lo largo de las murallas del fuerte; y aprovechándose de una ocasion favorable, fué á bordo con otro para pedir un libro creyendo tambien que era el Ramayuna (2).” El mismo misionero nos dice en otro lugar que envió un ejemplar de la Biblia á una princesa del pais; y por cierto, que con semejante procedimiento bien poca probabilidad habia de conseguir una conversion. La princesa de Daudnagar, que era á la que habia enviado ese ejemplar á través del Pundit, le dió gracias por ello y le rogó le enseñase

(2) Ubi Suop., p. 260.

(3) *Ibid.*

el modo de sacar provecho del libro, si debería dirigirle oraciones ó hacerle el salam (saludarle); por manera, que en su concepto aquel libro no podía servir sino para recibir un homenage supersticioso. A estos ejemplos podria yo añadir otros varios de la misma clase. El abate Dubois refiere una anecdota divertida., relativa á la version del Evangelio de San Mateo en dialecto telinga, de la cual vino á depomer á sus pies gravemente y en silencio un ejemplar una diputacion de católicos indígenas. Le habian recibido de un misionero protestante, y los lectores de muchos pueblos se reunieron con grande perplejidad en una especie de concilio; pero no comprendieron siquiera una sílaba. Le presentaron, por último, á un astrólogo célebre de las inmediaciones. Este hizo como que le estudiaba, y para disimular su ignorancia, les dijo muy formal que el libro era un tratado completo de mágia, y que debian hacerle pedazos á fin de evitar las desgracias que semejante libro atraeria sobre ellos. Por eso le llevaron en seguida, metido en un barril, al sacerdote católico, para preguntarle cómo habian de ejecutar la sentencia (1).

Por otro conducto sabemos que á los tártaros del Cáucaso se repartió una traduccion de la Biblia, que se *suponia* escrita en su lengua: pero no pudieron comprender una sola palabra, y de enfado hicieron

(1) Obras citadas, p. 240.

pedazos los libros y se sirvieron de ellos para cargar sus armas de fuego. El caballero Gamba certifica que se habian enviado á Astracan numerosos ejemplares de la Biblia para convertir á los habitantes; pero que la mayor parte, no pudiendo leerlas, desecharon el regalo como enteramente inútil (1). Ya veis por estos ejemplos, escogidos de entre muchos otros, que seria un grave error juzgar de las conversiones y de la propagacion del cristianismo por el número de ejemplares de la Biblia distribuidos á las naciones infieles.

El segundo origen de error contra el que conviene estar en guardia, es el número de las escuelas y de los que á ellas concurren. Los misioneros confunden siempre en sus escritos su congregacion con su escuela; pero conviene hacer dos observaciones importantes acerca de esta parte de sus trabajos. La primera es que muchos pueblos idólatras, particularmente los indios, no ponen dificultad alguna en enviar sus hijos á esas escuelas y en frecuentarlas ellos mismos, sin que esto sea para ellos un motivo de convertirse. En una obra publicada en Calcuta en 1824, el señor Lushington da grandes pormenores acerca de esto. “Está probado, dice, y bien probado, que hasta cierto punto estos pueblos no se niegan á instruirse por medio de nuestros libros religiosos; pero si consienten leer el Nuevo Testamento, no por eso hay que figurarse se ami-

(1) Diario Asiático, ib.

noren sus preocupaciones contra el cristianismo. Por muchos concurrentes que se vean en sus escuelas, nada importa, porque su asiduidad no dura mas que el tiempo necesario para aprender á leer, á escribir y á llevar las cuentas, pues esto les proporciona un medio de ganarse la vida. De lo cual deduzco yo, que en el estado actual de su inteligencia, no debemos prometernos mejores resultados, porque si la lectura de los libros que se dan en las escuelas produce en su ánimo una impresion pasagera, se borra al punto por no renovarse (1).”

El doctor Heber confirma la misma asercion. Refiere que un misionero anabaptista habia fundado en Decca veinte y seis escuelas, frecuentadas por unos cien muchachos, todos los cuales leian el Nuevo Testamento sin que á ello se hiciese la menor oposicion; y añade: “La verdad es que muy pocos de ellos se convirtieron (2).” El misionero americano Gordon-Hall, conviene tambien en que esta educacion de los niños no es coronada con el éxito de su conversion (3). Un agente de la sociedad de la iglesia establecida escribia que se encuentran chicos que lean su leccion siempre que haya un pedazo de pan que darles (4).

(1). Historia, objeto y actual estado de las instituciones religiosas, de beneficencia y de caridad, fundadas por los ingleses en Calcuta y en sus cercanías; p. 217.

(2). Relacion, tom. III, p. 299.

(3). Memoria del R. Gordon-Hall, Amberes, V. S. 1825, p. 258. —El cree que solo para convertir la India se necesitaban 30,000 misioneros. En verdad que no calculaban asi los Apóstoles.

(4). *Catholic Miscellany*, *ut supra*.

La segunda observacion que tenemos que hacer no es menos importante ; es la siguiente : el cristianismo está escluido cuidadosamente de la enseñanza de esas escuelas. La prueba de ello la tenemos en la obra del obispo Heber. Este halló en Benares una escuela frecuentada por 140 indios. Despues de haberla visitado fué á ver una de las mas célebres pagodas de los alrededores, y se encontró allí con uno de los muchachos mas aplicados de la escuela , que estaba empleado en el servicio de los Brahmas y que le enseñó sus diferentes objetos con tanta solicitud é interés como hubiera podido hacerlo el indio mas escrupuloso que jamás hubiera recibido leccion alguna de un maestro cristiano. “Las observaciones que hice con motivo de aquel muchacho , prosigue el obispo , me abrieron forzosamente los ojos ante la inminencia de un peligro que ya habia yo previsto: los chicos que nosotros educamos en las escuelas se harán unos hipócritas consumados ; con nosotros harán el papel de cristianos y entre los suyos se mostrarán como celosos sectarios de Brahma, ó por lo menos se verán en una especie de compromiso entre las dos creencias: ellos admitirán que se puede ser cristiano con nosotros, pero que la idolatría es necesaria y conviene mas á la gente de su raza. De esto hablé por la mañana á los señores Frazer y Morris, y me respondieron que ese mismo peligro habia previsto el señor Macleod, y que á consecuencia de sus representaciones habian cesado de enseñar á los niños el símbolo y los diez mandamientos, creyendo valia mas dejar que la luz fuese pene-

trando poco á poco en su inteligencia y cuando esta se hallara mejor preparada para recibirla (1).” De seguro, que con semejante sistema no faltará afluencia en las escuelas; verdad es que en ellas no se aprenderá el cristianismo, pero tambien lo es que se ha acordado no enseñarle.

El tercer origen de error seria calcular el número de cristianos por el de los que concurren á los sermones. Los misioneros hablan á menudo de muchos centenares de personas que acuden á oírlos; pero ¿han convertido siquiera á una sola de ellas? Martyn tenia ordinariamente un auditorio bastante numeroso; y sin embargo, él mismo confiesa que el fruto de todos sus trabajos en la India se redujeron á dos ó tres conversiones, cuya sinceridad le parecia dudosa. Efectivamente, no es posible deje de llamar la atencion el sentimiento de contratiempos y chascos que trasciende á través de las palabras de su periódico: “Yo, dice, celebré á las dos el oficio divino en lengua india, y asistió á él un ciento de mugeres todo lo más; y les espliqué el capítulo tercero de San Mateo. A pesar de la apatía general que se notaba en sus semblantes, me pareció que dos ó tres comprendian lo que oían y que les hacia alguna impresion. A escepcion de esas mugeres, no asistió alma viviente, ni indígena ni europeo (2).”

(1) Tom. II, p. 379.

(2) P. 253.

Esto pasaba en Dinapour, y muy poco despues escribió al arcediano Corrie que todas le habian abandonado, porque habia reprendido á una su poco decoroso comportamiento durante el oficio público.

En otra parte habia reunido una congregacion regular; pero habiendo predicado un dia acerca de los errores del Papismo, al domingo siguiente observó que no volvió mas de uno de sus oyentes. “A otro domingo, escribia, ya no va á venir nadie (1).”

Y estas observaciones no se limitan únicamente á las misiones de la India. El misionero establecido en Kiskey (Africa) escribe que está rodeado de una congregacion de trescientas personas; pero que hasta ahora nadie tiene oidos para oir, ni corazon para comprender. En seguida nos da la clave del misterio, informándonos de que tiene bajo su inspeccion quinientas personas, cuya subsistencia depende enteramente de una asignacion diaria que les da el gobierno. Por lo demas, espera que disponiendo asi de la vida de

(1) P. 278, 387.—Entre los misioneros protestantes, Martyn es el que ha trabajado con mas ardor, y conciliándose mas estimacion personal; por eso juntó en un solo cuadro todos los triunfos que él ha conseguido: al cabo de algun tiempo, una muger que queria casarse fué á pedirle el bautismo; pero no la encontró bastante bien dispuesta, y no quiso admitirla (p. 233). Y hé ahí el único ensayo de conversion que él haya observado en Dinapour. Otra muger, á la que todos sus sermones la hacian llorar á lágrima viva, se negó á tener con él conferencias (p. 279). En Campour, cuenta su biógrafo, que á pesar de sus escrúpulos administró el bautismo á una vieja india, muy ignorante, pero de grande humildad (p. 314). ¡Una conversion! Hé ahí todo el éxito que sus panegiristas le atribuyen en el curso de sus misiones en Persia y en la India (p. 483.)

este pueblo, logrará al fin sea bendecida por el Señor su palabra, aunque no sea probable que él logre ver realizados estos deseos (1). “Una numerosa concurrencia oye atentamente mis sermones, escribe el de Digah; pero no hay uno solo de quien pueda decir: miradle cómo está orando (2).”

Pero pongamos fin á estos pormenores, y démonos prisa á concluir.

En toda esta discusion he tenido gran cuidado de descartar las autoridades que hubieran podido parecer hostiles á las sociedades de las misiones: apenas si he invocado el testimonio de un solo autor católico, y generalmente tampoco he querido referirme á las palabras de aquellos de quienes hubiera motivos de creer opuestos al proselitismo religioso. He tomado mis citas de los mismos misioneros; las he sacado de sus relaciones ó de los escritos de sus abiertos partidarios. Vosotros sois testigos de que no me he desviado de esta ley que yo me habia impuesto. Ahora bien: si se comparan los resultados con los medios que se han empleado, con los inmensos recursos materiales y morales de que se disponia, con las riquezas y sobre todo con las cualidades superiores de los que han puesto manos á la obra, esos resultados, digo, ¿no justifican lo que dije al comenzar mi discurso? Porque si Jesucristo ha prometido que su gracia sería

(1) Citado por el *Cath. Miscell*, *ut sup*.

(2) *Missionary Register*, XX Memor., p. 56.

la compañera inseparable del principio, segun el cual quiso que su ley fuese propagada, y si el éxito actual de los que prosiguen su obra es la manifestacion necesaria de esta gracia; si ademas la promesa de la asistencia divina se estiende á los sucesores de los Apóstoles, en lo que se refiere, no solo á su ministerio y á sus doctrinas, sino tambien al principio fundamental originariamente prescrito, es evidente que no ha sido unida la gracia ni hecha la promesa á la regla de fé que acabamos de seguir en su aplicacion.

La traduccion de los Libros Santos en lenguas vulgares, ¿es el medio divinamente instituido para propagar el Evangelio? El principio en que os fundais, ¿es la regla legitima de fé? Pues entonces mostradnos algun buen resultado; que despues de haber esparcido quince millones de Biblias por el mundo ya es tiempo. Es verdad que en la divina estimacion nada son el tiempo y la cantidad; pero cuando vemos al Salvador trazar en su origen vías tan sencillas y tan cómodas, ¿cómo explicar hoy la enorme desproporcion que existe entre los medios empleados y los resultados obtenidos? ¿Quién podrá figurarse jamás que el mandato de ir á enseñar á todas las naciones envolvia en sí, no solo el de imprimir la Biblia, sino de imprimirla por millones de ejemplares antes de que ella pudiese producir algun fruto? Si pues la falta de resultados prueba la impotencia de los medios, tenemos derecho para concluir, á vista de haber sido distribuidos en vano millones de Biblias,

que esta distribucion no es el medio por el que Dios ha provisto á la conversion de los pueblos, y que por consiguiente no ha bendecido la empresa, ni aprobado el principio de la suficiencia de la palabra escrita como regla de fé. Es cierto que “el labrador animado de la esperanza de recojer el fruto precioso de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias de la primera y última estacion (1)”; pero si de año en año siembra en vano la simiente, si despues de haber puesto en planta todos los medios que su paciencia y su esperiencia le sugieren, no ve recompensados sus trabajos sino con una florecencia engañosa, ó con frutos amargos, deducirá de ahí infaliblemente que ó su simiente es mala ó que él no entiende de labranza.

Y aun será mas inevitable esta conclusion, si vé á los demas vecinos suyos recibir todos los años y de la misma tierra, aunque por un método opuesto al suyo, una abundante cosecha de sanos y maduros frutos. A propósito de esto, en mi próximo discurso vereis la rigurosa exactitud de esta comparacion.

Vosotros tambien sois testigos de que constantemente me he abstenido de todo cuanto pudiera tender á desacreditar y vilipendiar el sistema; no ha salido de mis labios una palabra siquiera que pudiera directamente ofender el carácter de los misioneros. No he seguido el ejemplo de otros muchos, y aun de

(1) Jacob., V, 7.

narradores oficiales ; así que no he aludido á la ignorancia , á la falta de educacion en unos , á la incapacidad de otros , á su impotencia para la obra que emprendian. No he manifestado la mas ligera sospecha acerca de sus cualidades morales, ni de los motivos que los hacen obrar. Tampoco he hecho mérito de los intereses personales que pueden influir en algunos agentes de las sociedades. He espuesto simplemente los hechos , tales como ellos mismos los han revelado ; porque he querido creer que el establecimiento inglés y las demas sociedades de misiones conocen mejor que nadie los instrumentos mas á propósito para la ejecucion de sus designios.

Aún voy mas allá : quien reflexione acerca de la naturaleza de los documentos que yo he citado y en los pormenores interesantes que encierran , lejos de concebir sentimientos de desprecio hácia las personas que se consagran á la propagacion del protestantismo , está obligado á reconocer que todavia domina en nuestra patria un gran fondo de espíritu religioso, el cual para producir maravillas no há menester otra cosa que ser dirigido por sus verdaderas vias. Sí, siempre queda entre nosotros, y lo dicho hasta aquí lo prueba suficientemente, siempre queda entre nosotros una chispa de aquel espíritu que en otro tiempo inspiró á tantos hombres apostólicos el generoso proyecto de abandonar su pais natal para ser en otra parte instrumentos de misericordia en las manos de la Providencia, y para hacer par-

ticipantes de los beneficios del cristianismo á tierras salvages y lejanas.

¡Ah! ¡ojalá que el mismo principio que guiaba en sus trabajos á aquellas legiones de Apóstoles recobre su benéfico imperio sobre nuestro pais! ¡Ojalá que el manto de los Bonifacios y de los Willibrods, y su doble espíritu de fé católica y de caridad, caiga de nuevo otra vez en manos de esta gran nacion, y los ríos suspenderán su curso á la voz de sus misioneros, y los mares se abrirán para dejarles paso, y los mismos tesoros de gracias acompañarán su palabra, y esta ilustre isla volverá á ser, lo que ya fué durante mucho tiempo, un manantial de salvacion y de verdad, cuyas aguas saltarán sobre todos los pueblos de la tierra.





CONFERENCIA VII.

RESULTADOS PRACTICOS DE LA REGLA DE FÉ CATÓLICA APLICADA A LA CONVERSION DE LOS INFIELES.

Pero si en el dedo de Dios lanzo yo los demonios, de seguro ha llegado á vosotros el reino de Dios. (S. Lucas, XI, 20.)

EL Evangelio de este día nos refiere que el Salvador lanzó al demonio del cuerpo de un hombre que era ciego, sordo y mudo. Las palabras de mi testo contienen la conclusion que el mismo Hijo de Dios sacó de aquella curacion milagrosa. Vosotros, decia á los judíos, vosotros confesais que semejante poder no pertenece al hombre, ni á ningun agente terreno, sino que no puede provenir sino de Dios; luego tam-

bien debeis reconocer que el reino de Dios ha llegado á vosotros en la persona del Mesías. El venerable Beda, al explicar este pasaje, hace notar que lo que en esta ocasion se obró en el cuerpo, se está obrando todos los dias en el alma en la Iglesia por la conversion de los hombres á la fé; porque por la predicacion del Evangelio se pone en fuga el demonio del error, ábrense á la luz celestial de la verdad los ojos del hombre, se desata su lengua y su voz se une á la voz de sus hermanos para cantar las alabanzas del Altísimo. Ahora bien : á la manera que el Salvador presentaba su poder sobre los demonios como una prueba de que el reino de Dios estaba realmente con él y él le ofrecia á la libre opcion de sus oyentes, así tambien nosotros debemos sacar una conclusion semejante del poder análogo de la Iglesia, y decir que allí donde ese poder existe, allí tambien existe el reino de Cristo.

Este, hermanos mios, es el asunto de que hoy voy á hablaros, y que es el complemento de las materias que he tratado en nuestra anterior Conferencia. En efecto: presentándoos allí como infalible piedra de toque para toda regla de fé el poder de obrar conversiones en los pueblos que no conocen el nombre de Jesucristo, he sujetado primeramente á esta prueba la regla opuesta á la nuestra, el principio fundamental del protestantismo. Y bien habeis visto que, á escepcion de una ó dos ocasiones en que yo no tenia otro objeto que confirmar lo que ya estaba suficientemente demostrado, me he reducido á los testimonios

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 25

de personas naturalmente interesadas en el honor de los diferentes establecimientos fundados entre los pueblos idolatras. El resultado de nuestras investigaciones ha sido que hasta ahora han sido estériles los inmensos trabajos de las sociedades protestantes, que ni en Oriente ni en Occidente ha ido acompañado de la mas ligera sombra de éxito la predicacion del Evangelio basada en el principio de la reforma, sin otra sancion que la que de él recibe. Os he prometido despues presentaros el contraste de este primer cuadro, esponeros los resultados maravillosos que han tenido y están teniendo todos los dias los esfuerzos del mismo género intentados por los misioneros católicos, y probar con esto que ha ido aneja á sus trabajos la divina gracia, que han logrado fecundizar un suelo que los otros cultivaron en vano, y que hasta sus mismos adversarios lo confiesan asi.

Ved, pues ahí, las cuestiones que voy á examinar en esta Conferencia. Al principio tuve intencion, segun os anuncié en otra ocasion, de remontarme á una época mas lejana; queria tomar la historia de las misiones católicas desde aquellos mismos siglos en que por confesion de todos estaban bastante sólidamente establecidas las doctrinas particulares (segun las llaman) de la Iglesia de Roma, para probar la identidad de la Iglesia que enviaba entonces los misioneros con la Iglesia católica romana actual. Probablemente entonces habria comenzado mi relacion por el séptimo ú octavo siglo. Pero muy pronto me convencí de la imposibilidad de encerrar en un discurso, por

estenso que fuese, todos los hechos que naturalmente habrian de presentarse en el cuadro que iba á ponerlos á la vista. Por otra parte, si bien la omision de un argumento de esta importancia parece perjudicar en cierto modo á la plenitud de mi demostracion, no dudo que en cambio algunos acontecimientos mas recientes nos ofrecerán mayor interés y formarán mejor contraste con los hechos que he presentado en mi anterior discurso. Porque en otros tiempos pudieron no ser las mismas las circunstancias; se han podido poner en juego causas secretas y ahora ignoradas; y por consiguiente tal vez se supondria que los triunfos obtenidos por los antiguos misioneros de la Iglesia, ó mas bien de la Silla de Roma, especialmente en el Norte de Europa, dependieron de circunstancias particulares que ya no existen.

Estos diferentes motivos me han obligado á circunscribirme á los tiempos mas modernos. Sin embargo, hay un hecho que no debo pasar en silencio; hablo de la segunda conversion de la Inglaterra al cristianismo, despues de la conquista sajona. Seria verdaderamente interesante para todo hombre dotado de un espíritu recto y reflexivo y que tuviera la paciencia de examinar minuciosamente las circunstancias del hecho, el investigar los medios con que los misioneros, diputados por San Gregorio, llegaron á un resultado casi instantáneo, pero tan general y duradero. En aquella época se creyó, y los misioneros fueron los primeros en confesarlo, que esta conversion no podia atribuirse á otra causa que al don

de milagros que especialmente con este objeto les habia Dios concedido. Recientemente un profesor de teologia decia á la universidad de Oxford: “Cuando algunos predicán el Evangelio y se hallan en condiciones semejantes á las en que estaban los Apóstoles, puede admitirse sin dificultad que Dios no les niegue los medios de salir bien que él concedió en los primeros tiempos, y que les dé el poder de obrar prodigios tales que la conversion de un pueblo sea su consecuencia (1).” Efectivamente, no hay razon valedera para negar que este poder sea concedido con un objeto precisamente análogo al que le hizo necesario en la persona de los Apóstoles. Para quien conoce la vida, carácter y escritos del ilustre Pontifice, tan justamente llamado el Grande, que envió misioneros á nuestro pais, no creo sospeche ni por un solo momento que haya usado de artificio y tratado de engañar á su siglo y á la posteridad. Tampoco creo que cuando se consideran las circunstancias en que aquellos hombres llegaron á nuestras playas con el Evangelio en la mano, las ventajas á que renunciaron, los peligros que los rodeaban, las pocas probabilidades que, humanamente hablando, tenian de salir bien con su empresa, en un pais cuya lengua desconocian, en un pueblo que los miraba con desconfianza, no creo, digo, que se les acuse jamás de no haber sido impulsados por los motivos mas laudables y puros, emprendiendo una tarea tan ingrata y tan penosa.

(1) Lecciones de Historia eclesiástica; siglos II y III.

Pues bien: San Agustín escribía al gran Pontífice, que los milagros y prodigios con que Dios había glorificado su ministerio habían movido á los habitantes de la isla á abrazar la fé de Jesucristo; y el Santo Pontífice por su parte le exortaba en una carta á estar en guardia contra el orgullo, á no envanecerse á causa de la posesion de este don sobrenatural. Estaba tan convencido de la realidad de estos milagros, que en otra carta los refería á los obispos de Oriente, como una nueva prueba de que el Salvador asiste siempre á su Iglesia en punto á la conversion de los gentiles. Estos dos testimonios llevan el sello de la sinceridad; no hay razon alguna para pensar que hubiera motivo alguno para fingir ó engañar; porque la conversion efectuada de la Bretaña era un motivo de mérito y de consuelo bastante grande para dispensar á sus autores de ingeniosas supercherías, dado que hubieran sido posibles. Los escritores mas opuestos á la doctrina católica acerca de los milagros, se han rendido á la evidencia de este razonamiento y no han podido menos de atribuir la conversion de los sajones á prodigios de esta naturaleza. En apoyo de este aserto me contentaré con citar las siguientes lineas de Fuller: “Esta admonicion de Gregorio es á mis ojos y á los de toda persona libre de preocupaciones un argumento irrecusable; y aunque un hombre reservado no deba dar crédito á todos los milagros que las relaciones de los monjes atribuyen á Agustín; tendria por ignorante, raro y poco caritativo á quien sostuviera que no obró ninguno.”

Al detener tanto tiempo vuestra atención acerca de este hecho, he querido mostraros cómo los hombres que antes se dedicaban á las misiones estaban íntimamente seguros de la asistencia divina: cómo creían que el dedo de Dios obraba prodigios por medio de ellos á fin de convencer á las naciones de la tierra de que el reino de Dios había llegado hasta ellas. Si luego seguimos el trascurso de los siglos, no hallaremos caso alguno en que no sea preciso admitir la existencia de semejante poder. ¿Quién se le negaría á un S. Francisco Javier, el grande Apóstol de las Indias y de las mas remotas playas del Oriente? Yo no quiero entrar en el exámen de este último hecho ni establecer un paralelo entre él y el que acabo de discutir, ni mostraros la inconsecuencia de los que admiten la verdad de antiguos milagros en la conversion de los pueblos y desechan los mas modernos. Y pues los trabajos de este Apóstol moderno, á quien nadie ha igualado despues, han producido tantos frutos, y tan duraderos y tan permanentes como los de Agustín en Inglaterra, ó como los trabajos de los Apóstoles en las provincias que ellos evangelizaron, no hay motivo alguno para suponer que Dios no haya podido conceder en su favor el don de milagros. Pero esto nos sugiere otra reflexion no menos importante: mientras entre los teólogos protestantes unos reconocen que los Apóstoles de nuestra isla obraron milagros, otros sostienen que ellos predicaron la doctrina de la Iglesia romana. En efecto; algunos, y entre ellos un prelado que todavía vive, han ensayado probar en escritos particulares

que la iglesia bretona no estuvo en comunicacion con la Silla romana hasta que aquellos misioneros llegaron. Y al terminar estas observaciones os haré notar que tres escritores protestantes, bastante modernos, Hackluyt, Tabernier y Baldeus, han sido conducidos por sus propias observaciones á reconocer que entre los naturales de la India meridional es una creencia sólidamente establecida que los milagros obrados por San Francisco Javier los indujeron á hacerse miembros de la Iglesia de Jesucristo.

Hechas estas observaciones preliminares, entremos ahora en nuestro asunto principal; examinemos el estado actual de las misiones fundadas en las diferentes partes del mundo bajo la direccion y por la autoridad de la Santa Sede. Ante todo hablaré, aunque muy ligeramente, como lo hice en la conferencia anterior, de los instrumentos, de los recursos y medios empleados para esta magnífica obra.

En primer lugar, vemos en Roma una congregacion compuesta de los primeros dignatarios de la Iglesia, dedicada espresamente á la alta direccion de las misiones católicas y bien conocida con el titulo de Congregacion de la Propaganda. Esta Congregacion posee un vasto establecimiento para la direccion de sus negocios con un colegio en el que reúne sobre unos cien alumnos de todas las naciones que hay bajo del sol. Posee en Nápoles otro colegio para los chinos y tiene bajo su dependencia otros establecimientos de órdenes religiosas que le sumi-

nistran la mayor parte de sus misioneros. El número de estos es muy limitado, y estoy seguro no pasan de cuatro ó seis todos los años. Además, la Propaganda recibe á su servicio las personas seculares ó regulares que se destinan á las misiones de los países extranjeros. Pero á pesar de este aumento de personal (hablo de lo que yo mismo he visto), el número de los misioneros que en cada año salen de su seno no llega á diez.

En Francia hay una asociacion formada con el objeto de proporcionar socorros á las misiones lejanas, y París posee un seminario consagrado esclusivamente á preparar las personas que se sientan con vocacion para este sublime apostolado. Esta asociacion, de que ahora hablo, se divide en dos distritos, dirigidos por dos consejos, de los cuales uno reside en Lyon y otro en París. Nada mas sencillo, ni mas bello: las suscripciones se recojen con pocos gastos; la mayor parte no pasan de dos cuartos cada semana, y un recaudador las recibe gratuitamente en cada centena de suscriptores. Se me ha dicho que el mérito principal de esta obra es debido á una señora caritativa que, enferma y no pudiendo salir de su habitacion, dedicó los ocios de su soledad á arreglar su organizacion. El total importe de sus suscripciones en Francia y en sus colonias, ascendió en 1834 á unos 1.618,900 de reales; 10,000 reales menos que la renta de la mas pobre de las sociedades protestantes desde hace muchos años. Los cimientos de esta asociacion se

echaron en Lyon en 1822 (1). Ella no ha menester ni de asambleas públicas, ni de predicadores ambulantes para sostenerla, para conciliarla el interés de las poblaciones; el principio de unidad y de subordinación católicas es un agente sobradamente poderoso para asegurarla la cooperación modesta y tranquila de las personas caritativas.

Se cree muy á menudo por algunos que la Congregación de la Propaganda dispone de riquezas inmensas y se han esparcido noticias exageradas acerca de las cantidades que ella distribuye á las misiones católicas de todas las partes del mundo. Pero ella es pobre si se la compara con nuestras sociedades inglesas; y si bien en estos últimos años (2) tres ilustres cardenales la han legado todo su patrimonio, no vacilo en decir que toda su renta anual no llega á 3.000,000 de reales; y aun de esta suma hay que rebajar los gastos necesarios para la educación de cien alumnos de la Congregación (3).

Por otra parte, nada prueba mejor la exiguidad relativa de nuestros recursos que las asignaciones que se dan á las personas empleadas en las misiones.

(1) Estado comparativo de la obra de la Propagación de la fé durante el año 1834, Lyon, p. 4.

(2) Los cardenales di Pietro, Della Somaglia, y el gran hombre de Estado, Consalvi.

(3) Nada diré de la institución leopoldiana en Viena. Veo con placer que su contribución anual va recibiendo progresivo aumento. Pero su objeto no tanto es proveer á la conversión de los infieles como suministrar recursos á las pobres diócesis de la América Septentrional.

El abate Dubois que estuvo treinta años en la India como misionero, presentó en 23 de junio de 1832 una Memoria á uno de los comités de la cámara de los Comunes. En ella se queja de que los misioneros católicos en la India, que están al frente de muy numerosas congregaciones, carecen de los medios de subsistencia, y ruega al gobierno los ponga en estado de poder tener una posicion honrosa en medio de su grey. Propone se dé á cada obispo 6,000 reales al año; á cada sacerdote europeo, que dirija una congregacion de 3,000 almas, 3,000 reales al año; á los catequistas y maestros de escuela, de 500 á 700 reales: y en su concepto estos eran ya unos recursos muy grandes, atendido el estado actual de miseria (1). Me acuerdo haber leído la relacion de una visita al obispo representante de la Santa Sede en Mesopotamia, escrita por un viajero francés. El prelado habitaba una miserable choza, incapaz de protegerle contra la intemperie, no tenia con qué comprarse zapatos ni medias, y todo su vestido consistia en una sotana tan raída ya, que se caía á pedazos.

Por lo demas, esta diferencia de recursos materiales entre los misioneros católicos y los misioneros protestantes, aparece tambien de documentos oficiales. En 6 de agosto de 1833 mandó el parlamento imprimir un Informe acerca de los socorros concedi-

* (1) *British Catholic colonial Quaterly Intelligencer*, n. II, p. 151, Londres, 1834.

dos por el gobierno de la India al culto y clero de las diferentes comuniones. Hé aquí el resumen de estas dotaciones, calculadas en rúpias (la rúpia viene á equivaler á unos doce rs. y medio).

A la iglesia establecida. . .	811,430 rup. . .	10,142,875 rs. vn.
A los presbiterianos.	53,077.	663,462
A los católicos.	10,163.	127,037

Por manera, que el establecimiento episcopal, cuya esterilidad os he demostrado en mi último discurso, recibe 811,000 rúpias al año, al paso que solo se conceden 10,000 á los católicos cuyo número asciende á muchos cientos de miles.

Todavía tengo que presentaros algunas otras reflexiones preliminares. La primera se refiere á las catástrofes que han sufrido nuestras misiones. Las misiones católicas no sacan sus recursos, como las misiones protestantes, de una nacion en estado de prosperidad permanente. A escepcion de algunos sacerdotes indígenas, las misiones de Oriente reclutan casi esclusivamente su personal en Francia, en España y en Italia, y de estos mismos paises sacan sus recursos pecuniarios. Pues bien: recordad que las órdenes religiosas fueron suprimidas por la revolucion francesa y que fueron envueltos en la misma ruina sus establecimientos para las misiones extranjeras. No pudo, pues, enviarse de ese pais socorro alguno de hombres ó de dinero desde los diez últimos años del siglo XVIII hasta 1822. Algunos años despues, cuando la invasion de la Italia, fué tambien suprimida la Propaganda, y fueron confiscados todos sus bienes por los invasores; igual suerte cupo á las órdenes religio -

sas, y desde entonces cesaron⁷ de enviar socorros y refuerzos á sus misioneros. Como resultado de estos desastrosos acontecimientos podria yo mostraros multitud de congregaciones cristianas privadas de sus pastores y de toda direccion espiritual.

La supresion de los jesuitas fué otro golpe no menos funesto á las Misiones. No trato yo ahora de entrar á examinar la justicia ó injusticia, la oportunidad ó inoportunidad de esta medida, sino únicamente sus consecuencias en la parte relativa al asunto que nos ocupa. Bien sé que hay personas á quienes este nombre no inspira mas que sentimientos de desconfianza y de aversion, porque á sus ojos es inseparable de las ideas de dobléz, de hipocresía y de los vicios mas degradantes de la humanidad. Pero ¿es posible considerar todo lo que este orden ha hecho para la propagacion del cristianismo; es posible ver á sus individuos volar á cientos á la muerte, durante los tres últimos siglos, arrostrar tormentos cuya simple relacion hace estremecer, antes que renegar de su fé, recorrer el mundo en todas direcciones y con tanto fruto á fin de proporcionar á los pueblos infieles la dicha de conocer á Jesucristo; es posible, digo, considerar todo esto sin considerarlos como instrumentos escogidos y especialmente formados por la Providencia para el cumplimiento y ejecucion de sus grandes designios? Sin duda que entre sus individuos habria algunos defectuosos é indignos de su carácter; no hay institucion humana que pueda pretender una perfeccion absoluta; pero no es menos cierto que los jesuitas

conservaron su primitivo fervor y su celo por la conversion de los idólatras en un grado tal, que aun no se ha visto en ninguna otra corporacion religiosa. Y ya no me admira que el célebre Lalande, inmediatamente despues de los horrores de la revolucion francesa, dijera, hablando de la órden de los jesuitas, que jamás se le ha asemejado ninguna otra institucion humana y que ella seria objeto eterno de su admiracion, de su reconocimiento y de su dolor (1). A menudo tendré que hablar de las misiones de estos celosos predicadores del Evangelio, y como ante todo deseo descartar toda prevencion que pudiera inspirar á algunos el solo nombre de jesuita, voy á referir la opinion de un escritor, cuyo objeto era probar que el método de los misioneros protestantes es muy superior al nuestro. “Los felices resultados conseguidos por los jesuitas en sus misiones, dice terminantemente, deben atribuirse á los ejemplos que han dado de la mas heróica caridad cristiana (2).” El mismo autor refiere en seguida una anécdota muy interesante. El emperador del Japon mandó un dia llamar al P. Necker, prefecto de los misioneros de sus Estados, y le dijo: Vamos, confesádmelo en secreto, que yo os prometo no haceros jamás traicion: ¿creeis de verdad vosotros en las doctrinas que predicais? Yo he preguntado á mis bonzos, les he rogado me digan con

(1) El *Bien informado* de 3 de febrero de 1800.

(2) *Quarterly*.

»toda sinceridad lo que piensan de sus propias doctrinas; y me han confesado abiertamente y sin rodeos que lo que ellos enseñan al pueblo no es más que un tejido de mentiras y de absurdos, á las que ellos jamás han dado el menor asenso.» El misionero, señalando entonces con el dedo el globo terráqueo que se hallaba en la habitacion, rogó al príncipe midiese la estension de los mares que él habia atravesado para llegar á él, y le dijese qué provecho habia sacado de su abnegacion y qué utilidad podia prometerse para el porvenir. «Vuestros sacerdotes, añadió, son ricos y felices; el pueblo los respeta, y poseen todo lo que el hombre puede envidiar sobre la tierra. Pues por mi parte, yo todo lo he abandonado: todo, por venir hasta este país á predicar mis doctrinas. Y bien, decidme ¿habria yo acometido tamaña empresa, si no estuviera convencido de la verdad de estas doctrinas y de la necesidad en que estais de creerlas como yo?» —Respuesta ciertamente digna de un ministro del Evangelio! Pero sigamos adelante.

Los recursos con que se sostenian estas misiones lejanas quedarón pues reducidos á la nada con la caída de las corporaciones religiosas, y de su rechazo debieron resentirse grandemente aquellos lugares. Muchas misiones no se han vuelto todavia á levantar de esta desastrosa interrupcion, y otras muchas no se levantarán en mucho tiempo. Las calamidades que pesaron sobre el Sud de Europa, hicieron desaparecer, con los recursos pecuniarios, los semilleros y plante-

les de obreros. Es, pues, preciso que las misiones vayan recobrando poco á poco lo que han perdido, y que heroicos esfuerzos las vayan reponiendo lentamente al estado próspero en que antes se encontraban. Ni aun las mismas órdenes religiosas han reparado enteramente las ruinas ocasionadas en sus filias por un choque de treinta años.

Ahora diré dos palabras de las Relaciones ó Memorias referentes á las misiones católicas. La Propaganda no las imprime, y jamás ha apelado á la caridad pública. La Congregacion se reúne en secreto; y aunque las personas que quieran tomarse este trabajo puedan adquirir cuantas noticias deseen, nunca se ve aparecer nada que se asemeje á un documento oficial, ó cuyo objeto sea presentar á los ojos del mundo los trabajos de los misioneros. Yo mismo he solicitado muchas veces y con las mayores instancias se me permitiese publicar documentos de la mayor importancia que se habian recibido; y la respuesta siempre ha sido la misma: “Nosotros no queremos hacer ostentacion de estas cosas; el bien se hace, y esto basta; esto es todo lo que nosotros deseamos.” Bien podeis conocer que la razon de todo esto es que la Iglesia católica, en trabajar por estender los dominios de la fé entre los pueblos idólatras, no se imagina salirse de sus deberes ordinarios y mas indispensables; y por otra parte, considera sus felices resultados como lo que realmente son, una consecuencia natural de aquella promesa de bendicion, estable é inherente á la

orden que ha recibido de predicar el Evangelio. Por eso todo se hace en ella sin ruido y sin jactancia; ella marcha con serenidad y calma al cumplimiento de sus eternos destinos, cual si no hiciera alto ni reparo en los efectos extraordinarios que produce, y semejante á esos globos celestes que ruedan sin fin en sus inmensas órbitas y derraman los brillantes rayos de su luz en las llanuras incommensurables del espacio. A los que solamente miran la obra de las misiones como una cosa nueva, que hablan de ella en sus escritos como de un reciente adelanto, como de una experiencia que hay que intentar; á esos digo, corresponde consignar cada uno de sus esfuerzos en sus relaciones anuales, recoger con cuidado aun la mas ligera de sus esperanzas, llamar en su auxilio los recursos de la retórica y las emociones pasajeras de las asambleas populares, á fin de sostener boyante su vocacion al apostolado.

Es verdad que la asociacion francesa para la propagacion de la fé publica relaciones periódicas; pero estas nada tienen de comun con las de las sociedades protestantes. Allí no se ve, como en estas, un conjunto confuso de materias heterogéneas. Publicanse de dos en dos meses, y apenas contienen otra cosa que cartas escritas por los misioneros, y generalmente están impregnadas de un perfume de piedad sencilla y amable. Al leer aquellas líneas edificantes, siente uno que los que las han escrito han heredado realmente el carácter y espíritu de los primeros apóstoles de las naciones. Allí no encontráis esas espresio-

nes afectadas, esas frecuentes preferencias de unos dogmas y esa exclusion de otros, que por do quiera se ven en las ampulosas relaciones de los agentes de la reforma. Aun hay otra diferencia entre estas relaciones ó memorias, si es que asi pueden llamarse, y las que se publican entre nosotros; pues estas no abrazan todo el conjunto de las misiones católicas, sino que únicamente se concretan á las que reciben socorros de la asociacion francesa (1).

Grande trabajo por tanto me ha costado reunir los materiales de este discurso. He consultado todos los documentos que tenia á la mano y otros que me he proporcionado despues de grandes investigaciones. Empero tomaré mis noticias de un conducto que tiene un valor particular. Ya os acordareis que al hablaros de las misiones protestantes, me apoyé en autoridades protestantes, y principalmente en el testimonio de los mismos misioneros. Asi, pues, con toda imparcialidad podria servirme de testimonios católicos al hablar de las misiones católicas; pero deseo renunciar á esta ventaja en cuanto me sea posible; tambien aqui voy á invocar el testimonio de autoridades protestantes y las confesiones de esos mismos misioneros que no se recatan de manifestar que ellos han fracasado en el mismo terreno. Este proceder apartará de nuestras investigaciones toda sospecha y dará nuevo crédito y mayor peso á las relaciones de

(1) Anales de la Asociacion para la Propagacion de la Fé.
B. de C.—Tome IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. 1. 26

nuestros misioneros cuando los cite. Sin embargo, forzoso nos será contentarnos con el testimonio de estos respecto de aquellos países en que solo ellos han penetrado; es decir, respecto de todos aquellos países en que está pendiente sobre sus cabezas la espada de la persecucion, en que el edificio de la fé no se va levantando sino á fuerza de sangre. Pero aun este testimonio le vereis confirmado por los que no han entrado en rivalidad con ellos.

Comencemos por la India, segun hicimos con las misiones protestantes. La primera autoridad á que he recurrido ha sido la del obispo Heber. Recordareis que este autor consideraba el Sud de la India como la fuerza del protestantismo y que en un principio suponía ascender á 40,000 el número de sus correligionarios; luego bajó ese número á 15,000, y estos á su vez desaparecieron tambien despues de un maduro exámen. Pues bien: ese mismo obispo Heber reconoce que los católicos de esos mismos distritos son mucho mas numerosos: “Los católicos romanos, dice, son incomparablemente mas numerosos que los protestantes, pero pertenecen á la última casta de los indios; ellos han conservado muchas de sus preocupaciones de casta, y *se dice* son estremadamente inferiores á los nuestros en punto á ciencia y á moralidad. *Se acusa* á esta inferioridad, degradante para el carácter general de la Religion, de haber dado lugar á la manera desfavorable con que son vistos por el gobierno de Madrás los cristianos indígenas (1).” Este pasage

(1) Tom. III, p. 460.

contiene dos ó tres aserciones que examinare mas adelante: 1.^a ¿Es cierto que los católicos pertenezcan á la casta ínfima y que sean inferiores en moralidad á los cristianos protestantes? 2.^a ¿Ha sido por esta inferioridad moral de los católicos por lo que se dió la ley que hace ó hacia á los nuevos convertidos incapaces de ocupar ningun puesto en el gobierno? Por ahora contétemonos con levantar acta de aquella confesion de que en el Sud de la India, donde sin razon ni fundamento alguno se suponía haber numerosas congregaciones protestantes, son incomparablemente mas numerosos los católicos.

En otro lugar, hablando del Norte de la India, dice: “Se me ha dicho que los cristianos indígenas de la Comunion Católica ascienden á muchos millares (1).” Muchos millares de católicos en ese mismo distrito en que, como ya sabeis, no habia encontrado ni un ciento de protestantes! Y en otra parte, hablando de la ciudad de Tannah, dice: “Esta ciudad está habitada principalmente por los cristianos católicos, así portugueses como naturales convertidos (2).”

Ved ahí un reconocimiento bien esplicito de los felices resultados de los misioneros católicos. Pero todavia podemos especificar mejor los guarismos, recurriendo siempre á documentos auténticos. Uno que hace pocos años se presentó en la cámara de los co-

(1) P. 338.

(2) P. 89.

munes decia que el número de los indígenas católicos en una diócesis de Malabar ascendia á 35,000, y en otra diócesis á 127,000. Un misionero escribe en una relacion ó informe de la iglesia *establecida*, que solo en la ciudad de Tinevelli habia 3,000 católicos romanos, y habla de otra pequeña ciudad cuyos habitantes han sido convertidos á la Religion Católica (1).

Otro testigo ocular, cuyo testimonio no puede ponerse en duda, el misionero Martyn, se expresa así: “El coronel N. que está formando el censo de este establecimiento, me ha dicho que la poblacion del territorio portugués es de 260,000 almas, de las cuales 200,000 se cree son cristianos,” es decir católicos; y calculando que la mitad de estos sean descendientes de portugueses, nos queda la otra mitad como número de los indígenas convertidos. “Hemos pedido al gobernador de Bombay se interese por nosotros y nos suministre cuantas noticias pueda acerca de los cristianos indígenas, y ha prometido hacerlo. En Bombay, hay 20,000 cristianos; en Salsetta, 21,000; y aquí 41,000, *que hablan* el Mahratta (2)”, y por consiguiente indígenas, y todos católicos.—Hasta aquí vemos á personas interesadas en las misiones protestantes, y que en ellas toman una parte activa, declarar que las conversiones á la fé ca-

(1) Citado por el *Catholic Miscellany*, tom. III, p. 278.

(2) P. 330.

tólica son muy numerosas en la India y que se cuentan por 20, 30, y 40,000 en cada lugar. Estas confesiones forman notable contraste con lo que de los mismos escritores hemos citado en nuestra anterior reunion. Ahora voy á confirmar su testimonio con otras autoridades ; que despues de haber demostrado con los escritos de autores protestantes el triunfo de nuestras misiones, derecho tengo de recurrir á documentos católicos, los cuales nos darán sobre los mismos puntos mas circunstanciados pormenores.

El abate Dubois, ordinariamente mas propenso á aminorar que á exajerar el número de conversiones, porque en esta parte tenia su teoría particular que se esforzaba en hacer prevalecer ; el abate Dubois, digo, en su Memoria al comité de la cámara de los Comunes, calculaba en 1.200,000 el número de indígenas que profesaban el catolicismo en toda el Asia, y asignaba una mitad, ó sea 600,000 á la península índica (1). De paso os advertiré que esta

(1) Véase el *Colonial Intelligencer*, ubi supra, ó el *East India Magazine*, junio de 1832, p. 564. Este último periódico opone la franqueza del abate Dubois á la prudente reserva de los agentes de la sociedad de Londres, como aparece de una nota del secretario de esta sociedad del 2 de agosto de 1832: "Ningun agente de la sociedad de los que se hallan actualmente en Inglaterra se someterá á una informacion, si no es requerido á ello por su propio comité." El abate Dubois hace notar que el número de los católicos en la India ha disminuido desde fines del mismo siglo. Las causas que ya hemos asignado y la caída de la potencia portuguesa que proveia á las misiones de su territorio, esplican bastante bien este decrecimiento. Asi es, que los obispados de Cochín y de Cranganor han per-

porcion de la Iglesia católica posee un doble gobierno, porque tiene cuatro obispados, é igual número de vicarios apostólicos, es decir, de obispos cuyo título va anejo á otra parte de la Iglesia.

El abate Dubois reparte del siguiente modo la poblacion católica de la India: en la costa que se estiende desde Goa al cabo Comorin, incluso Travancor, 330,000; en las provincias de Mysore, de Decan, del Madure y de Carna, 120,000; y 162,000 en la isla de Ceylan, acerca de la cual presentaré muy en breve algunas observaciones.

Ahora, para mostraros que la obra de las misiones sigue en aquel pais una marcha progresiva, voy á presentaros algunos extractos de las relaciones enviadas por los misioneros y de sus cartas particulares. En 1825, el señor Bonnard, misionero francés, llegó á Pondichery é inmediatamente se le señaló por residencia á Bandanaidoupole. Bastáronle seis ó siete meses para superar las dificultades de la lengua Telinga y se puso á predicar á los infieles, y al año y medio despues de su llegada, ya habia bautizado treinta y tres de ellos (1).

“Las misiones del interior, escribe otro, ofrecen interés, no solo á causa del fervor de los cristianos, sino especialmente á causa de los frutos que todos

manejado vacantes en los cuarenta últimos años por haber sido privados de los socorros que recibían del gobierno de Portugal, antes de caer en las manos de Inglaterra.

(1) Anales de la Asociacion, n.º XX, abril de 1830, p. 147.

• los dias están recogiendo nuestros hombres apostó-
• licos entre los infieles. No pasa año alguno sin que
• se vea á cierto número de ellos renunciar al culto de
• de sus ídolos para abrazar nuestra Santa Religion.
• Hace unos dias me escribió un misionero que habian
• sido regenerados en el bautismo diez y ocho familias
• muy considerables (1).” Otro nos dice que diez me-
ses de sus tareas apostólicas en Darmabourg han sido
coronados con el bautizo de cien adultos (2). El señor
Bonnand nos asegura que la mayor parte de los cató-
licos indigenas pertenecen á las castas mas dis-
tinguidas (3). Y en otra ocasion se espresa asi con
fecha 12 de octubre de 1828: «He celebrado las fies-
• tas de Pascuas en Piramguipouram y plugo al Señor
• aumentar algunas nuevas fatigas á los trabajos de
• esta época; pero me ha sido muy grato. He conferi-
• do el Bautismo á veinte y dos adultos Sudras. Du-
• rante mi viaje por el Sud, he bautizado quince de
• ellos, de los cuales casi todos pertenecen á las cas-
• tas mas distinguidas (4).»

Esta última observacion me hace volver natural-
mente á las aserciones del doctor Heber, acerca de
la condicion de los católicos de la India. ¿Es cierto
que estos pertenecen á la casta mas vil y que sus
costumbres depravadas hayan dado márgen á esa

(1) *Id.* p. 170.

(2) *Id.* p. 154.

(3) N.º XIV, marzo de 1828, p. 83.

(4) N.º XX, p. 158.

ley que voy á esplicar y por la que hasta los mismos protestantes han tenido que sufrir? Segun esta ley, toda persona que profesa el cristianismo no puede, ó al menos no podia, hace dos ó tres años, desempeñar ningun cargo bajo el gobierno de la India. Observemos desde luego que semejante disposicion no existia bajo el reinado de los principes indigenas; por consiguiente, los indios, los enemigos de la fé cristiana, estaban bastante satisfechos de la conducta de los católicos para creerlos aptos para todos los cargos. Y efectivamente, no estaban escludos de ellos, porque el abate Dubois refiere que ocupaban los puestos mas distinguidos en la corte de los principes indios y mahometanos y que gozaban de completa libertad en el ejercicio y práctica de su Religion. Ahora bien; si fuera cierto, como Heber afirma, que los católicos pertenecen á la casta mas vil, esta sola circunstancia los hubiera escludido de todo puesto de confianza bajo el gobierno de su pais. Luego hay contradiccion en decir que los católicos son de la última casta del pueblo y que, sin embargo, se ha hecho una ley para escluirlos de los destinos. Esta restriccion no se remonta en la realidad mas allá de la toma de posesion del pais por los ingleses, y por consiguiente ha sido dirigida únicamente contra las personas que desde aquella época se han convertido.

El gobierno de Madrás fué quien la espidió en 1816:
“Los jueces de Zilla recomendarán á los tribunales
provinciales las personas que juzguen dignas de des.

»empeñar el cargo de *mounsif* del distrito; pero nadie »será elevado á esta dignidad sin la autorizacion del »tribunal provincial y si no pertenece al culto índio ó mahometano.” Así el gobierno inglés exige que las personas hagan profesion de una de las religiones nacionales para conferirles cargos públicos en el pais. El mismo obispo reconoce este hecho, porque en su última carta á su muger, la pregunta si hubiera podido creer que en tiempo de los Rajahs fueran elegibles para los cargos del Estado los cristianos indígenas (que eran ciertamente católicos), cuando ahora existe una orden del gobierno que los escluye de todo empleo (1).

Ademas escribia lo siguiente : “En presencia de »unas veinte personas fué destituido el Nalk ó cabo de »escuadra, por el gobierno, de una manera absurda, »por no decir injusta, porque habia abrazado el cristianismo. Se le separó del regimiento, si bien conservándole su sueldo (2).” Pero este último hecho prueba al menos que semejante conducta no tenia por móvil el temor de chocar á los naturales, porque el gobierno se esponia mas á escitar sus celos, dispensando del servicio al caporal á quien conservaba su pension, que conservándole en su puesto. “He recibido, decia en otra parte, la interesante visita de un viejo cubierto de canas, que fué convertido al cristianismo

(1) Tomo II, p. 280.

(2) Tomo III, p. 463.

por el señor Corri en Agra, y se llama Nour Musseih (luz del Mesías). El objeto principal de esta visita era rogarme hablase en su favor al recaudador y al señor Halhed, á fin de que no le separasen de un pequeño destino que temia perder á causa de su nueva fé (1).”

De todos estos hechos resulta que la ley en cuestion no ha sido hecha contra los católicos, sino que ha salido de la dominacion inglesa en una época muy reciente.

Vengamos ya al segundo capítulo de acusacion. ¿Las costumbres de los católicos son mas depravadas y abyectas que las de los demas habitantes de la India? Es verdad que el doctor Heber solo se sirve aquí de las palabras “*se dice, se los acusa;*” pero este lenguaje rara vez conviene, y aquí menos que en ninguna otra ocasion: hacer una acusacion tan grave y tan general contra muchos millares de personas, pretender que su carácter está degradado y corrompido, que es un oprobio para la Religion que ellos han abrazado, y todo eso sin otra prueba que un *se dice*, un *se ale-*

(1) Es un hecho muy conocido que los nuevos cristianos en la India son llamados *Cristianos del arroz* ó *cristianos de la Compañía*, porque sus compatriotas atribuyen su conversion al deseo de proporcionarse protecciones y socorros. Por un protestante de condicion que ha residido muchos años en la India, he sabido la siguiente anécdota: Un misionero necesitaba criado, y él le recomendó un indio, y tales elogios hizo de él, que el ministro se decidió á tomarle. Por una malhadada inspiracion, el protector creyó poner el colmo á sus elogios, añadiéndole: «Si es convertido vuestro!» «Pues en ese caso, replicó el ministro, no puedo fiarme de él; yo no puedo meter en mi casa un cristiano indígena.»

ga; esto, digo, no muestra sentimientos de caridad cristiana, y en todo caso no convenia enviar á Europa acusaciones de ese género, sin asentarlas antes en mejor cimiento.

El misionero Martyn, á quien ya conoceis, habla de los católicos en términos muy diversos: “Ciertamente, escribe, ciertamente que reina entre los católicos romanos una disciplina infinitamente superior á lo que nosotros vemos entre los nuestros; si yo llego alguna vez á ser cura de cristianos indígenas haré lo posible por gobernarlos con la misma regularidad (4).” Estas palabras prueban que aun no tenia congregacion de fieles que gobernar, y que si algun dia la tuviera, se propoñdria por modelo á los curas y pueblos católicos. Pero ¿veis por ventura aqui ese carácter envilecido y esas costumbres depravadas que ahora poco habeis oido se atribuian á los católicos? Seguramente que nadie se propone por modelos á hombres cuya condicion moral fuera un oprobio para el cristianismo. Habiendo visitado con mucho interés en otra ocasion á un misionero católico el P. Antonio, y á su pequeña iglesia de Magliapore, se espresa del siguiente modo Martyn: “Me leyó en Indostan algunos pasages de los Evangelios y me sorprendió la belleza de la traduccion; y le rogué leyese tambien las Epístolas. Ultimamente tradujo el Misal con igual felicidad. Me ense-

(4) P. 287.

hó una version persa de los cuatro Evangelios que está muy pobremente hecha. Aunque no siga el mismo camino que nosotros, le manifesté abiertamente mi satisfaccion por tanto celo. El Señor bendiga sus trabajos (1)!” Ved ahí lo que Martyn pensaba de esos hombres que Heber decia que apenas eran dignos de nombre de cristianos.

Respecto del carácter de los católicos de la India voy á invocar todavía otra autoridad, la del doctor Buchanam: Hé aquí lo que escribe: “La Iglesia Romana en las Indias es tan antigua como los imperios portugués y español en Oriente: estos dos imperios se [han debilitado bajo su propio peso; pero la Iglesia está siempre en pié. Sus propiedades no han sido lastimadas por las diferentes revoluciones; porque entre los asiáticos es un principio común respetar las instituciones religiosas. Las rentas son módicas, como en los países católicos occidentales; sin embargo, los sacerdotes viven casi en todas partes en una posicion honrosa. El oficio divino se celebra con regularidad, y las iglesias se llenan generalmente de una numerosa asistencia. La disciplina eclesiástica conserva allí su vigor, allí se ven todas las ceremonias europeas, y el pueblo se muestra liberal con sus ministros. Se ha notado que los católicos romanos resisten mejor que los ingleses á la influencia corruptora de las costumbres de la India,

(1) P. 321.

•y que el clima les causa menos daño. En mi concepto deben esta ventaja á que su juventud está •tan cuidada como en Europa en sus establecimientos públicos, y sometida á la vigilancia y á la direccion de hombres , cuyo religioso carácter se les •enseña á venerar. Ademas de las iglesias organizadas con regularidad, se cuentan un gran número •de misiones romanas fundadas en todos los puntos •del Asia. Pero el celo por la conversion de los infieles parece haberse amortiguado durante el último siglo; ahora permanecen estacionarios los misioneros, respetados por los naturales por su saber y su ciencia médica, se han asegurado una existencia •grata y dulce que los coloca en posicion de ejercer los deberes de la hospitalidad con los extranjeros. Cuando se considera á la Iglesia Católica Romana bajo un punto de vista general, se reconoce •fácilmente que ademas de su principal objeto que es la conservacion de la fé entre sus miembros, •posee tambien un gran influjo civilizador sobre las poblaciones de Asia; y que no obstante su austeridad natural, su intolerancia y su repulsion, si se la •compara con los principios generales del protestantismo, ella ha arrancado muchas almas á las tinieblas de la idolatría (1).”

En este pasaje tenemos el reconocimiento de dos hechos: 1.º el carácter elevado del catolicismo en la

(1) Memorias, p. 12.

India, la regularidad de sus miembros, su moralidad y el respeto que se les profesa; y 2.º la eficacia de su doctrina para desterrar los errores de la idolatría. Parece que lo dicho hasta aquí es ya muy bastante respecto de la condicion moral de los católicos en las Indias.

Así, pues, queda probado por confesion de los misioneros protestantes, confrontada con los documentos oficiales del parlamento inglés, y con las estadísticas de los misioneros católicos, cuya veracidad jamás se ha puesto en duda, que nuestra Iglesia cuenta actualmente 600,000 miembros entre los indigenas de la India; es decir, muchos mas de medio millon. Y ya habeis visto que este cálculo es de personas mas propensas á rebajar que á exagerar el guarismo general.

Tal vez no carezca de interés el notar que una gran parte de los católicos del Malabar pertenecen al rito siríaco. Los portugueses á su llegada encontraron en aquella costa una comunidad cristiana que hasta entonces no habia tenido relaciones con ningun pueblo civilizado, pero que estaba en comunión con el patriarca nestoriano de Mossul, cuya autoridad reconocia. Tenemos tambien la carta que estos cristianos le escribieron para hacerle la descripcion de los navíos y de los extranjeros que habian arribado á sus costas, y para manifestarle su satisfaccion porque los habian hallado acordes con ellos en todos los puntos de doctrina. En seguida se tuvieron conferencias con ellos, y se discutieron las diferencias peculiares de su secta. El resultado fué que la mitad de estas iglesias,

que comprenden hoy de 30 á 50,000 almas, abrazaron la fé católica y á ella han permanecido adheridos desde entonces. Ellas tienen sus obispos y sus sacerdotes, su liturgia propia en lengua siríaca, y forman así un cuerpo separado, pero en comunión con nosotros, como las iglesias unidas, griega y siríaca del Asia occidental.

Aquí debo rectificar una equivocación muy singular, porque quiero llamar así el siguiente pasaje que se lee en una relación de misioneros: “Los cristianos protestantes de la costa de Malabar son 60,000 y poseen cincuenta y cinco iglesias (1).” ¿Y sabéis quiénes son esos 60,000 protestantes? La mayor parte de los nestorianos que han permanecido fuera del catolicismo, es decir, unos hombres que creen en la transubstanciación, practican la confesión, conservan los siete Sacramentos, invocan á los ángeles y á los santos, veneran las imágenes; en una palabra, admiten todos los puntos de la doctrina católica, excepto la supremacía de la Santa Sede y la unidad de persona en Jesucristo. Pero ¿qué importan todas estas diferencias de con el protestantismo? Conviene mirarlos como protestantes, darlos como tales en las relaciones ó Memorias, y en número de 60,000, á pesar de que hasta ahora hayan fracasado todas las tentativas hechas para apartar á uno siquiera de la fé de sus padres!

(1) *Cristian Remembrancer*, tom. VII, p. 643.

Aun veo con bastante frecuencia en los relatos de los misioneros una observacion, que tambien necesita ser rectificada. ¿Qué mucho, dicen, que la Iglesia católica haya obtenido tantos y tan felices resultados en las Indias? ¿No han protegido su establecimiento los gobiernos español y portugués? ¿No le han provisto de todo? Tanto, que ella no tenia mas que permanecer en pie sobre el cimiento en que ellos la habian edificado, cuando ellos mismos desaparecieron de aquellos paises. Y ¿no explica esto suficientemente la permanencia de esta Iglesia en la India?—Podria yo leerlos un pasaje en que el Dr. Heber opone la conducta de los católicos á la de los ingleses; los primeros levantaron con grandes gastos bellos monumentos de su culto, al paso que si mañana viniera abajo el imperio de los segundos, no quedarian mas que unos miserables edificios para atestiguar que una nacion cristiana habia dominado en aquel pais (1).

Pero en primer lugar, la comparacion que yo hago entre las misiones de las dos Iglesias tiene por objeto descubrir las que han sido favorecidas con las bendiciones divinas. Ahora bien: reconocer que el catolicismo se ha conservado en la India es reconocer que nosotros hemos sido capaces de hacer alli conversiones y de fundar alli una Iglesia. Este es el punto en cuestion; y esta confesion de nuestra sabiduria para la conservacion de lo que habemos fundado, es-

(1) . Tom. III, p. 91.

tá muy lejos de arguarnos ni de convencernos de impotencia en materia de conquistas espirituales.

En segundo lugar, el valor de esta objecion resaltarà mejor de algunos detalles relativos á una parte de la iglesia india; hablo de la isla de Ceylan. En ella veremos una enfrente de otra ambas reglas de fé. Hé aqui pues primeramente cómo se introdujo en esa isla el cristianismo. Los habitantes oyeron hablar de las maravillas que San Francisco Javier obraba en el continente, y le enviaron un mensajero, ó mas bien una embajada, para suplicarle fuese á ellos. El Santo, detenido por la mision de Travancor, no pudo ir por entonces, pero envió otro misionero el cual bautizó muchos indígenas. Sin embargo, dos años despues fué él en persona y acabó la obra comenzada. No tardó en levantarse una persecucion; el rey de Jaffnapatam hizo matar en un solo año seiscientos cristianos, en cuyo número estaba su hijo mayor; por manera que esta Iglesia recibió desde su nacimiento la consagracion del martirio.

Los holandeses se apoderaron de la isla en 1650, é inmediatamente la emprendieron de dos modos contra el catolicismo. Primeramente, como lo refiere en sus viajes (1) el Dr. Davies, permitieron á Wimaladarm, hijo de Raja Singh, hacer venir de Siam doce sacerdotes bouddhistas, del órden mas elevado. Llegados estos á Candi confirieron á doce naturales del pais

(1) Viajes por la isla de Ceylan, p. 308.
B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tomo. I. 27

su propia dignidad, y á muchos otros el grado inferior de su sacerdocio. De este modo fué restablecido en la isla el culto de Bouddha, como medio de estirpar de ella con mas seguridad el catolicismo. Al mismo tiempo los holandeses desterraron del pais á los obispos y á los sacerdotes católicos, prohibieron á los indígenas reunirse para cosas de religion, construyeron una iglesia protestante en cada parroquia de la isla, obligaron á los habitantes á asistir á sus oficios religiosos, y por último, escluyeron de los cargos y empleos á todos los que no querian suscribir una fórmula de fé protestante.

Vemos, pues, aqui una Iglesia, fundada desde menos de un siglo, profundamente arraigada en la isla. Para derribarla se introdujo una fé nueva, y se emplearon todos los medios capaces de destruir lo que se habia hecho en su favor. De una parte, se permite á los que fueran propensos á la idolatría volver á ella; se les protege, se les ayuda á propagar sus antiguas supersticiones; y de otra, se proscribe el catolicismo, y se hacen esfuerzos por sustituirle las doctrinas protestantes. Y este estado de cosas duró 150 años, hasta que la isla pasó á la dominacion inglesa. Durante este largo período, los católicos de Ceylan no tuvieron otros socorros espirituales que los que recibian de sacerdotes portugueses del oratorio de San Felipe Neri. Estos celosos misioneros iban de tiempo en tiempo á la isla con peligro de su vida, y yendo de casa en casa administraban en secreto los sacramentos. El misionero don Pedro Cubero Sebastian re-

fiere acerca de este asunto una anecdota interesante, y de la que él mismo fué el héroe. Habiendo penetrado en la isla, ocultando cuidadosamente su carácter, se presentó al gobernador Pavellon y consiguió el permiso de permanecer algun tiempo en la ciudad de Colomba. Sin embargo, el emperador que le miró como sospechoso, le dió este permiso con la condicion de que constantemente le habia de acompañar una guardia de soldados. El misionero supo burlar la vigilancia de sus espías; en medio de la noche reunió á todos los católicos del pueblo y les distribuyó los socorros de la Religion. Pero su conducta fué descubierta inmediatamente; mandado á llamar por el gobernador, recibió la orden de salir inmediatamente de la isla. Obedeció, y sin desalentarse se fué á parar á la costa opuesta. Habíase enviado allí por tierra un correo á Hoblaut, gobernador de aquel distrito, para que estuviese con cuidado. Don Sebastian, pues, se vió vigilado con mayor rigor que la vez primera. Sin embargo, logró tambien reunir los fieles durante la noche y les administró los Sacramentos (1).

Estas atrevidas tentativas no tenian siempre el mismo feliz éxito. Mientras el P. José Vaz, celoso misionero portugués, oratoriano, celebraba la misa en la noche de Navidad en presencia de 200 católicos, de repente unos soldados asaltaron á la pequeña congre-

(1) *Peregrinacion del mundo*, por el Dr. don Pedro Cubero Sebastian, predicador apostólico. Nápoles, 1682, p. 277.

gacion y los llevaron á todos á la cárcel sin distincion de edad ni de sexo. Tratóseles con la mayor crueldad, y por la mañana fueron conducidos ante el juez holandés Van-Rheede, el cual dejó en libertad á las mugeres y condenó á los hombres á pagar una multa, reservando ocho de ellos para castigarlos con mas severidad. Uno de ellos, que recientemente habia abjurado el protestantismo, fué castigado con pena de muerte, cuya sentencia se ejecutó con la mas refinada barbarie. A los otros se les condenó á cadenas y trabajos forzados perpétuos, despues de haberlos azotado (1).

Tales fueron los medios empleados para sofocar en aquella isla la Iglesia que alli habia fundado San Francisco Javier. En todo el trascurso de 150 años no se aflojó en nada esta severidad, hasta que los ingleses tomaron posesion del pais en 1795. Y aun hasta 1806 no fueron revocadas las leyes que alli proscribian el catolicismo; lo fueron en dicho año, cuando sir Alejandro Johnson, que tan bien ha merecido de los católicos de aquella parte del mundo, obtuvo la igualdad para todos los cultos, y por consiguiente el libre egercicio del nuestro.

Y bien: ¿sabeis cuál fué la primera consecuencia de esta libertad? Pues oid al doctor Buchanan: “El censo de 1801, dice, daba 342,000 protestantes á la isla de Ceylan. Es un hecho notorio que 50,000 y

(1) Vida del P. Vaz, por F. Sebastian Dorego.

• mas han pasado ya á la Religion católica, por falta de
• ministros para su propio culto.” Asi á los pocos años de
restituirse la libertad de conciencia á los naturales de
aquel pais, mas de 50,000 católicos habian ya vuelto á
la fé que primeramente se les predicó y que en vano se
habia intentado ahogar con la persecucion (1). “Las
• antiguas iglesias protestantes, continúa, ordinaria-
• mente espaciosas y que llegaban á 32 en sola la pro-
• vincia de Jaffnapatam, están ocupadas por los sa-
• cerdotes católicos del oratorio de S. Felipe Neri, que
• van tomando pacífica posesion de la isla. Si pronto
• no se acude á remediario, me parece que dentro de
• pocos años la proporcion de los católicos y de los
• protestantes será alli la misma que en Irlanda. De-
• bo añadir, por sensible y penosa que sea esta re-
flexion, que la desercion á la idolatría es muy rápida
• en muchos distritos (2).”

Ved ahí en qué han venido á parar los esfuerzos
del protestantismo; se han edificado y dotado iglesias,
se ha hecho precisamente lo que los católicos habian
hecho en la Península de la India. Pues bien, ved el
resultado: la reforma habia llegado á contar 340,000

(1) El *Britisch Critic* de enero [de 1828, pág. 215, observa que los holandeses efectuaron en Ceylan una conversion *nomi-
nal*.—En cuanto á las quejas del doctor Buchanam respecto de la
escasez de ministros protestantes, conviene observar que son
alli mucho mas numerosos que los sacerdotes que mantuvieron la
fé católica por espacio de 150 años de persecucion, mas numero-
sos todavia que el clero católico actual.

(2) Memorias; Dedicatoria de la IV edic., p. 3.

adeptos en esa isla vecina del continente; pero tan luego como se ven libres de la opresion de la ley, 50,000 vuelven á entrar en el gremio del catolicismo y gran parte de los restantes torna de nuevo á sus antiguas supersticiones. Pero no será malo invocar acerca de esto otros testimonios. Tambien el obispo protestante Heber visitó esta parte de su diócesis; y hé aquí lo que dice: “Los habitantes de esta isla todavía infieles profesan esteriormente el bouddhismo; pero la mayor parte nada adoran, escepto al diablo á quien ofrecen sacrificios nocturnos para que no haga daño (1). Entre los que llevan el nombre de cristianos, muchos participan de la misma supersticion. Los misioneros no los reconocen por suyos; de otro modo en lugar de 500, que son los que yo he confirmado, se habrian presentado muchos miles de candidatos (2). Tanto en la costa como en nuestros establecimientos, dice la Sra. de Heber que continuó la relacion de su marido, el número de cristianos debe aproximarse á medio millon; indudablemente muchos de ellos solo son de nombre, no tienen dificultad en ir á la Iglesia y hasta tomarian parte en nuestros sagrados ritos si se les permitiera; y tal vez aquella misma no-

(1) Este hecho es literalmente esacto: ademas del Bouddhismo, hay en Ceylan una demonología real, ó culto de los seres maléficos, con el nombre de *Capuismo*, de *Capua*, encantamiento. Upham habla de él en su Historia del Bouddhismo. Véase tambien la traduccion del Yakkun Nattannawa por el señor Callaway, publicada por *Oriental Translation Committee*. Lóndres, 1829.

(2) Tom. III, p. 400.

»che ofrecieran al demonio su sacrificio propiciatorio. Sin embargo, el número de los cristianos sinceros es muy considerable; las iglesias reúnen una asistencia compacta y el número de los confirmados (y cuenta que á nadie se admite de cuyas disposiciones no estén seguros los ministros) ha sido un motivo de consuelo; creo que el obispo ha confirmado mas de trescientas personas.” Y despues añade: “Despues del servicio divino su señoría recorrió la iglesia para examinarla, y manifestó el sentimiento que le causaba ver el estado ruinoso en que se hallaba y la penuria de la mision (1).”

“No podemos dudar, dice el *Missionary Register*, que las congregaciones protestantes hayan sido tan numerosas como pretende Baldeus; porque las ruinas de un vasto edificio en cada parroquia atestiguan todo lo que se habia hecho para desarraigar la idolatría y para plantar allí una nueva Religion.”—“Todavía se encuentran, prosigue, muchos indígenas que profesan el protestantismo; pero la mayor parte han vuelto á la infidelidad.”—“Los idólatras, los mahometanos y los católicos, se asegura en otra carta, permanecen supersticiosamente apegados á su respectiva fé; pero los protestantes muestran en general la mayor indiferencia para con la Religion de Cristo (2).”

Tales son los resultados de dos establecimientos

(1) Tom. III, p. 194.

(2) XX Informe, p. 353, 354.

fundados de la misma manera: el primero por la Iglesia Católica en el continente indio; el imperio y dominacion de los católicos han caído; pero el pueblo ha permanecido inalterable en su fé: el segundo por el protestantismo en Ceylan por los mismos medios y con las mismas ventajas; pero apenas se retiró la nacion que sostenia con poderosa mano el edificio, cuando una parte del pueblo se volvió á echar de nuevo en los brazos del catolicismo, y la otra volvió á caer en su antigua idolatría.

Y notad que el número de católicos en este último pais va creciendo de dia en dia y de una manera la mas consoladora. Varias relaciones oficiales presentadas al gobierno nos enseñan que ese número era de 66,830 en 1806, de 83,595 en 1809; de 130,000 en 1820; y en 16 de agosto de 1826 el vicario general lo hacia subir á 150,060. Por manera que desde 1806 á 1826, ó lo que es lo mismo en solo el trascurso de 20 años, el número de católicos subió desde 66,000 hasta 150,000. Esto prueba seguramente que la Religion gana terreno; y que de sus triunfos no es deudora á la proteccion ni á los favores del gobierno. La isla posee 250 iglesias, y sin embargo en 1826 no contaba mas que con veinte y seis sacerdotes. Se siente un placer divino y un santo embeleso al leer en las relaciones la manera con que se distribuyen los socorros espirituales. Cada parroquia tiene un catequista que instruye al pueblo, reza las oraciones y hace lecturas piadosas en los domingos. Cuando el

sacerdote, cuya solicitud se estiende algunas veces á muchos distritos, llega á una parroquia en una época fijada, encuentra á los fieles ya preparados para recibir los consuelos que la Religion católica jamás deja de proporcionar á los que la practican.

Acerca del actual estado de la Religion en la isla he tenido la satisfaccion de ver un estado completo y recientemente formado de órden del gobernador actual, sir Wilmot-Horton. En él se encuentran consignadas todas las escuelas y todas las capillas con el número esacto de los asistentes á cada una. De una parte manifiesta un aumento progresivo y continuo; y de otra el mismo celo y buen órden reinando en todas partes. He sabido con el mas profundo sentimiento de gratitud, desde mi llegada á Inglaterra, que se ha nombrado para aquella isla un obispo con el título de vicario apostólico, en adelante pues cuenta ya con todos los medios de proveer á la sucesion de los pastores. Si yo hubiera previsto que habia de tener que tratar de este asunto, me habria proporcionado documentos aun mas interesantes que los que ahora tengo; pero al presente tengo que limitarme á lo que tengo á la mano. Con todo, puedo demostraros que las conversiones que se efectuan en la isla no son puramente nominales, leyéndos el testimonio que acerca del carácter religioso de los católicos da sir Alejo Johnson, primer jefe que fué de la justicia en el pais. Oid lo que en 1807 escribia al arzobispo de Goa: “La seguridad de su conducta (habla de los católicos) hace mucho ho-

nor á los PP. del Oratorio de San Felipe Neri, encargados de su instruccion. Recientemente no he podido menos de afectarme al recorrer la isla para el desempeño de mis funciones, viendo que ni un solo católico era citado á juicio ante mí." En otra ocasion repite lo mismo: "Las actas de la visita que el tribunal supremo hizo en la isla en 1806 muestran que, en todo el curso de este año, no hubo ni un solo individuo de vuestra religion que fuese acusado de la mas ligera falta de conducta." Finalmente en el tercer pasaje dice que el clero romano da á todo el Oriente un magnifico ejemplo de celo por las disposiciones que toma para la educacion de la grey y por la liberalidad con que atiende á ella, y que de ese modo muestra cuán convencido está de que el cristiano debe distinguirse de los demas por la inteligencia y superioridad de educacion. Por mi parte no conozco historia de una iglesia particular, que sea mas consoladora que la historia de la de esta isla y que mejor pruebe que la gracia de Dios habita en ella y fecundiza los trabajos de los que la cultivan (1).

Pero hasta ahora no hemos hablado mas que de unos paises á donde tambien envia sus misioneros el protestantismo; he podido seguir á estos, sino como guias, al menos como garantes de la verdad de mis

(1) La mayor parte de estos pormenores acerca de los progresos del catolicismo en la isla de Ceylan, los he tomado de un interesante artículo inserto en el *Catholic Miscellany*, tom. VII, p. 273.

aserciones; y sus mismos testimonios nos han suministrado un bello contraste entre lo que nosotros hemos hecho y lo que ellos han efectuado. Ahora vamos á tratar de países en que el protestantismo no ha penetrado, ó por lo menos, si para ello ha hecho algunas tentativas, han fracasado completamente sus esfuerzos. Comencemos por la China, cuya mision fué fundada en 1583 y aun mas tarde, cuando los jesuitas, admitidos en la corte, obtuvieron de ella el permiso de predicar el catolicismo y edificar iglesias.

Sin embargo, antes de ir mas lejos voy á daros acerca del carácter de estos misioneros dos extractos que tomaré de un hombre profundamente versado en el conocimiento de la China y de su historia. Dice pues así: “Todos ellos pertenecian á diferentes sociedades religiosas de la comunión romana, fundadas en los diferentes puntos del continente europeo. Eran hombres inspirados de un celo ardiente por la propagación de sus principios y de su fé y á quienes sus superiores respectivos enviaban con este objeto á naciones lejanas. Muchos de los que llegaron á China adquirieron grandes riquezas y considerable influjo, sea por su ciencia y sus talentos, sea por la pureza poco comun de su moral, por su desinterés y por su humildad. Con semejantes medios, no solamente ganaron prosélitos para su Religión, sino que además hicieron concebir una ventajosa idea de los países de donde habian ido (1).”

(1) Relacion auténtica de una embajada enviada por el rey de

“Espectáculo singular, dice en otra parte, debe parecer á todos los que de ello fueron testigos, el ver á unos hombres escitados por motivos muy diferentes de los móviles ordinarios de las acciones humanas, que abandonando su familia y su patria, se consagraban á la obra difícil de cambiar las creencias de un pueblo que jamás habian visto; es- poniéndose para llegar á su objeto á todos los peligros, á la persecucion, al sacrificio de todas las comodidades de la vida, insinuándose en todas partes, ganando protecciones con su habilidad, su talento, su perseverancia y su humildad; venciendo las preocupaciones anejas á los extranjeros en un pais cuyas fronteras están cerradas á todos los extranjeros; y fundando con el tiempo establecimientos para la propagacion de su fé, sin valerse jamás de su influjo para su utilidad personal (1).”

Pasemos ahora á la historia de estas misiones. Apenas la Iglesia puso el pié en la China, cuando vió levantarse una persecucion parcial que terminó con el martirio de muchos sacerdotes así extranjeros como indigenas. A pesar de estos destrozos ella se mantuvo en un estado muy próspero hasta principios del último siglo. Entonces la persecucion se ensañó mas contra ella, y hasta nuestros dias no ha templado sus furores. Desde aquel momento cada

la Gran Bretaña al emperador de la China por sir G. Stamton. Londres 1797, tom. I, p. 3.

(1) *Ib.* tom. II, p. 160.

obispo, cada sacerdote cultiva el campo del Señor con el hacha suspendida sobre su cabeza, cada instante le está amenazando con el destierro á Tartaria y las mas de las veces con una muerte cierta. Tal es hoy el estado de las misiones de la China. “Las misiones católicas, tanto tiempo há fundadas en China, dice un misionero protestante, se hallan en un estado verdaderamente crítico. Allí se espiden decretos sobre decretos contra las creencias europeas; y europeos y chinos son conducidos al martirio. Dícese, sin embargo, que á pesar de tantos obstáculos el catolicismo va ganando terreno aun en medio de la persecucion (1).”

¿No os parece estar leyendo la historia de la primitiva Iglesia? ¿No os recuerda esto los primeros siglos en que la persecucion se desencadenó contra la Iglesia naciente; en que todo cristiano era llamado á sellar su fé con la muerte; en que la Religion, lejos de extinguirse en la sangre, se acrecentaba y de dia en dia iba floreciendo mas?

Pues esa es tambien la historia del cristianismo en la China, puesto que se reconoce que allí se conserva en un estado comparativamente floreciente. Una de las misiones mas interesantes y mas importantes de aquel imperio, es la de la provincia de Sou-Chuen. La dirige un obispo francés, asistido de un numeroso clero europeo é indígena. Allí es donde la persecucion ha

(1) *Missionary Register*, *ut supra*, p. 43.

hecho en nuestro siglo sus mas terribles destrozos, y nada iguala al valor con que los cristianos sostuvieron sus asaltos. Comenzada en 1814, sus primeros golpes fueron marcados por el glorioso martirio del Ilmo. Dufresne, obispo de Tabraca, y vicario apostólico de la provincia. Este generoso atleta se mostró digno de los antiguos confesores de la fé; dobló la cabeza bajo el hacha del verdugo con aquella dulce firmeza que hizo derramar lágrimas de simpatia aun á los mismos infieles. La muerte del pastor tuvo por resultado la dispersion de las ovejas; pero estas se metieron gozosas en el espinoso sendero en que él las habia precedido. Muchos sacerdotes fueron agarrotados, y otros desterrados á Tartaria dondê aún se les tiene. Los tormentos que se hicieron sufrir á los catequistas no ceden en barbarie á los tormentos inventados por un Diocleciano (1). Se habla de dos catequistas á quienes se golpeó cruelmente con correas, y luego con palos; despues se les hizo estar arrodillados sobre sus cadenas tres dias con tres noches, impidiéndoles cambiar de postura; luego se les colgó de los dedos pulgares y se les azotó de

(1) A causa del corto número de sacerdotes fué necesario, como en Ceylan, confiar á los catequistas el cuidado de instruir al pueblo. Hay dos clases de catequistas: 1.º los catequistas residentes, hombres casados ó viudos, escojidos de entre los mas instruidos para presidir en la Iglesia en ausencia del sacerdote y para bautizar á los niños en peligro de muerte; 2.º los catequistas *ambulantes* que acompañan á los sacerdotes y están obligados al celibato durante todo el tiempo en que están dedicados á estas funciones.

nuevo; por último, durante toda una noche se les puso en tortura hasta que tuviesen molidas las piernas entre dos cilindros. La madre de un sacerdote indígena consintió en que la azotasen hasta espirar, antes que descubrir el lugar donde se hallaba oculto su hijo. (1). El seminario en que se educaba á

(1) No puedo menos de citar el extracto de una carta del Ilmo. Magdinier á un amigo de Lyon. Está escrita en el colegio chino de Pulo-Pinang, isla situada en el estrecho de Malacca.

“Es mucha fortuna el encontrarme en este querido seminario. Todos los alumnos parecen abrasados en el amor de Dios; y no dudo que despues serán buenos y celosos misioneros, no menos que buenos confesores y mártires. Aunque naturalmente tímidos ellos no temen el martirio. Muchos tienen parientes que han confesado la fé y muerto por ella. El padre de uno de ellos lleva ahora la canga, y os aseguro que el hijo es un santito digno de tal padre.

»Un dia que yo me paseaba con mis queridos seminaristas, me puse á preguntarles acerca de la persecucion: y supe que uno de los mas jóvenes, cuyo rostro angelical habia llamado muchas veces mi atencion, contaba diez individuos de su familia que habian padecido últimamente por la fé. Dos murieron despues en la cárcel; seis fueron desterrados á Tartaria; y su padre, con el otro restante, llevan actualmente la canga. El mismo iba contando estos pormenores á sus condiscípulos con una sencillez inconcebible; y despues me dijo á mí en particular que se habia visto inundado de gozo cuando recibió estas noticias.”

Pulo-Pinang pertenece á los ingleses. y por consiguiente ha sido visitada esta isla por los misioneros de diferentes sociedades. Tiene una escuela libre para los huérfanos, fundada por una sociedad anglicana, y otra con una iglesia fundada por los anabaptistas. Se han distribuido Biblias en abundancia; pero estamos seguros de que no se ha efectuado una sola conversion, al paso que hace algunos años llegaban á 500 los indígenas católicos. Algunos chinos, arrojados de su propio pais por la persecucion, han servido ventajosamente á la Religion en esta isla. El señor Boucho refiere que un ministro protestante se vió obligado á mandarle llamar, y eso que él era sacerdote católico, para administrar el bautismo á uno de sus esclavos moribundo, que no queria recibir este sacramento de manos de su amo, porque no era ca-

los jóvenes eclesiásticos, fué reducido á cenizas y los que le habitaban apenas tuvieron tiempo para salvar su vida.

El emperador Kia-King murió en el mes de setiembre de 1820. Su hijo que apenas estaba mejor dispuesto en favor de los cristianos, fué sin embargo impelido por diversos motivos á suspender momentáneamente la ejecucion de las leyes penales. La Iglesia, que jamás se ha detenido en su mensaje de gracia por la oposicion del mundo, habia ya provisto á la Sede vacante, elevando á ella al ilustrísimo Fontana y dándole por coadjutor al Ilmo. Perrocheau. En 1822, comenzaban á repararse los destrozos de la persecucion. En solos dos meses de aquel mismo año, se confirió el Bautismo á 254 adultos y se comenzó la instruccion de otros 259. El año siguiente el cambio que hubo en el vireinato produjo un retorno de persecucion que solo sirvió para producir nuevos ejemplos de heroismo cristiano (1).

En una carta de 22 de setiembre de 1824, el Ilmo. Fontana da las noticias siguientes: Desde el

tólico, sino un *Orang-Pote* (inglés).—*Annales*, núm. XV, p. 241. El mismo refiere que un misionero metodista, despues de muchos esfuerzos y gastos, habia llegado á atraerse un auditorio de siete personas; pero un día llegó un catequista, el cual despues de una breve discusion, arrastró tras sí los siete discipulos al colegio católico, donde entraron como catecúmenos. *Ibid.* núm. XX, abril de 1830, p. 243.

(1) Estos pormenores están sacados en gran parte de un artículo del *Catholic Magazine* (1833) acerca de las noticias publicadas en los *Andes*.

mes de setiembre del año anterior habian sido bautizados 355 adultos, y se estaban preparando 1547 para recibir este sacramento. El número total de los católicos era de 46,387 (1). Segun otra carta de 18 de setiembre de 1826 ascendia á 339 el número de adultos que habian sido bautizados, y á 285 el de los que se estaban instruyendo para recibir este sacramento. Nos dice ademas que en su distrito ó diócesis habia veintisiete escuelas para niños, y sesenta y dos para niñas (2). Se ha calculado que el número de adultos admitidos al bautismo, desde 1800 á 1817, era de 22,000 (3).

Ademas de la provincia de Sou-Chuen, los misioneros franceses evangelizan tambien los dos distritos de Yunnan y de Kouei-Tcheou; los franciscanos de Italia, las provincias de Chensi, de Kansiou y de Koukouan; los dominicos españoles, las de Fokien y de Kiansi; y los portugueses, Canton y el Kouansi. Segun las noticias publicadas por los dominicos de Roma, en 1824, sola su provincia contiene 40,000 católicos indígenas.

Al lado de la China, al extremo de la Asia Oriental, se halla otro imperio en el que los ministros del Evangelio son llamados á dar testimonio de su fé en las cárceles y en medio de suplicios; y cuyas misio-

(1) *Anales*, núm. XI, agosto de 1827, p. 257.—En 1767 el número de católicos no llegaba á 7,000.

(2) *Anales*, núm. XI, agosto de 1827, p. 269.

(3) *Anales*, núm. XIII, p. 5.

B. del C.—TOMO IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 28

nes, por consiguiente, están esclusivamente á cargo de los católicos. Hablo del imperio unido de la Cochinchina y del Tong-King. Notamos desde luego que las misiones del Tong-King se dividen en dos distritos: el Tong-King Oriental, bajo la direccion de los dominicos españoles y de un obispo de su órden con el título de vicario apostólico; y el Tong-King Occidental, á cargo de un obispo francés, auxiliado de algunos eclesiásticos de su nacion, y de mas de ochenta sacerdotes indígenas.

Por lo que hace á la mision española, contenia en 1827 cerca de 780 iglesias, 87 monasterios ó conventos, y 170,000 (a) católicos indígenas (1). Las noticias relativas á las misiones francesas en aquella misma época, no son menos satisfactorias. De ello es una prueba el siguiente estado comparativo de los tres años siguientes: 1824 (2) 1826 (3) 1827 (4)

Bautizos públicos de hijos de cristia- nos	2,434	3,236	2,050
--	-------	-------	-------

(a) Segun la *Guia* eclesiástica de España y de sus dominios, correspondiente al año de 1830, y con referencia á los datos proporcionados por la procura en 26 de octubre de 1848, ascendia el número de almas de que estaba encargada esta mision á 220,547. En El Católico hemos publicado tambien diferentes cartas de dicha mision.

(N, del T.)

(1) Estado en que aparece el número de almas que están á cargo de la provincia del Smo. Rosario, del órden de Predicadores.

(2) *Anales*, núm. X, abril de 1827, p. 195.

(3) *Ib.*, núm. XVII, mayo de 1829. p. 443.

(4) *Ib.*, núm. XXI, julio de 1830, p. 319.

Id. privados de id.	(no hay		
idem	noticia.)	5,375	6,439
Total de bautizos.		8,611	8,489
Confesiones	165,164	177,436	165,943
Comuniones	75,467	78,692	81,070

El número total de cristianos se calculaba aproximadamente en 200,000; porque la persecucion, de la cual referiré algunas particularidades, habia impedido visitar muchas partes del imperio. Este distrito posee tambien dos seminarios que contienen, ó mas bien contenian 200 estudiantes, dos colegios y muchos establecimientos monásticos donde vivian 700 religiosos.

La provincia de Cochinchina presenta un aspecto no menos floreciente, siquiera no tengamos acerca de ella documentos tan circunstanciados. Bastará decir que en 1826, á pesar de una persecucion de las mas crueles, hubo 106 conversiones y se administró el bautismo á 2,955 niños, lo cual, segun los cálculos ordinarios, daria unos 88,650 cristianos indígenas.

Ahora os daré á conocer algunos pormenores relativos á la persecucion que ha pesado sobre este pais. El emperador Minh-Menh, hostil en todo tiempo á los cristianos, se habia abstenido de derramar su sangre durante muchos años; y se dice que esto era en cumplimiento de una promesa que hizo á su padre moribundo, al cual le habia conservado el trono y la vida el Ilmo. Pigneau, vicario apostólico. Sin embargo, ya

hacia algunos años que los habia empezado á perseguir de todos modos, escepto por la espada. Desde 1825 fué dispersado el clero; por una órden se mandó enviar á la capital los misioneros extranjeros, á pretesto de que el emperador habia menester de sus servicios y de alistar para el ejército á los clérigos y catequistas indigenas. Una carta del obispo español, publicada en Madrid en 1826, contiene interesantes pormenores acerca de este primer período de la persecucion (1). Este mismo venerable prelado escribió otra

(1) "Dos cartas: una del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Ignacio Delgado, vic. ap. en el Tong-King; y otra del coadjutor del mismo Sr. obispo; ambas relativas á la persecucion que se ha suscitado contra la Religion cristiana en los reinos de Cochinchina y del Tong-King." Nada es mas tierno que el espíritu verdaderamente heróico que ha dictado estas cartas.—Este venerable obispo, despues de 76 años de edad y de un laborioso episcopado, y su coadjutor Domingo Henares, que tenia entonces 73 años y llevaba 38 de obispo, fueron presos en 1838 y cargados de cadenas. Fué decapitado el coadjutor; pero el venerable vicario apostólico, rendido por sus trabajos y por los tormentos que se le habia hecho sufrir, murió en su jaula la noche anterior al dia señalado para darle la muerte en el suplicio. Su cadáver fué decapitado y su cabeza arrojada al rio. Un pescador cristiano encontró todavia intactas las dos cabezas de los santos obispos, y esto despues de una larga inmersión bajo el clima de los trópicos: la cabeza del obispo habia estado cuatro meses dentro del agua. El 19 de junio de 1840 derogó Gregorio XVI lo que estaba prevenido respecto del tiempo que se exigia antes de que pudiera introducirse un proceso de beatificación y canonización; y permitió introducir la causa de estos dos obispos y de otros muchos mártires, de algunos de los cuales hemos hecho mención en este Discurso, y les confirió el título preliminar de venerables siervos de Dios. El título de obispo de Mellipotamos, *in partibus infidelium*, habia quedado vacante por la muerte del Ilmo Delgado; pocos dias antes del decreto del Soberano Pontífice, el autor de estas Conferencias, habiendo sido nombrado obispo-coadjutor en Inglaterra, pidió y obtuvo la reversion de este título, esperando hallar en aquel, cuyo martirio habia glorificado á la Iglesia, un patron y un modelo, y adquirir así un título especial á su intercesión.

carta mas circunstanciada, y que he tenido la fortuna de leer, á la Congregacion de Propaganda de Roma. En esta nos dice que vivió un año entero en una caverna, sin otra luz que la escasa que podía penetrar por una hendidura natural, sin otro alimento que el que le llevaban algunos fieles que sabian el sitio en que estaba oculto. Desde su escondite continuó gobernando su diócesis, especialmente por medio de su clero indígena que, abrasado en santo celo, estaba pronto á arrostrar todos los peligros por la causa de la Religion. El jueves Santo salió de la caverna á media noche y á rastra, y se dirigió á su casa que encontró saqueada y medio destruida. Allí se le agregaron algunos sacerdotes del pais, á quienes habia citado de antemano, y bendijo los Oleos necesarios para la administracion de Sacramentos. Nada mas consolador y edificante que ver en estas cartas ese espíritu de resignacion y de gozo que sale al encuentro de las aflicciones, que juzga honrosos todos los padecimientos, porque se sobrellevan por el nombre de Jesucristo.

Pero este estado de cosas fué de muy corta duracion. Minh-Menh dejó muy luego á un lado toda reserva, y en 6 de enero de 1833, espidió contra los cristianos un edicto de esterminio que comenzaba del siguiente modo:—“Yo el rey Minh-Menh digo lo que sigue:—
»Muchos años hace que vinieron de Occidente
»algunos hombres para predicar la Religion de
»Jesus y engañar al vulgo, enseñándole que
»existe un lugar de suprema felicidad y una

»cárcel de espantosa miseria. Ellos no tienen
»respeto alguno al dios Phat, y no honran á
»los antepasados, lo cual constituye seguramente
»dos grandes crímenes contra la Religion (1). En su
»consecuencia, mandamos que todos los que sigan
»esa Religion, desde el mandarin hasta el mas íni-
»mo de mis súbditos, la abandonen sinceramente.
»Encargamos á los mandarines averigüen con la ma-
»yor solicitud si en sus respectivos distritos se dis-
»ponen los cristianos á conformarse á nuestras órde-
»nes. Los obligarán á que pisen la Cruz y no los de-
»jarán en libertad hasta despues que asi lo hayan he-
»cho en su presencia. Los mandarines cuidarán de
»que sean derribadas las casas de oracion y las vi-
»viendas de los sacerdotes; porque, á contar des-
»de este dia, todo el que sea convencido ó sola-
»mente acusado de tomar parte en esas prácticas
»abominables, será castigado con la mayor severidad,
»á fin de que sea estirpada de raiz de nuestros Esta-
»dos esa Religion, y queden fielmente cumplidas nues-
»tras órdenes.”

Publicado este edicto, los cristianos se prepara-
ron al combate; las iglesias de madera y todos los edi-
ficios sagrados van desapareciendo como por encanto

(1) Siguen contra la Religion cristiana acusaciones ridículas, semejantes á las que los paganos inventaron contra los cristianos de los primeros siglos; entre otras las de arrancar los ojos á los moribundos, para lo cual sin duda han tomado pretexto de la uncion que se hace en los ojos de los enfermos al administrarles el Sacramento de la Estremauncion.

y sin ruido. Los sacerdotes se ocultan en las cabañas y chozas mas humildes, á fin de consolar y sostener á su tímida y dispersada grey; sus cartas siempre respiran el mismo espíritu de mansedumbre, de confianza y de gozo, digno de los primitivos tiempos. Todo el pais es recorrido en distintas direcciones por partidas de soldados que buscan sin cesar nuevas víctimas; y los apóstatas y los falsos hermanos venden á sus amigos. Los desgraciados cristianos, unos andan errantes por los montes y bosques, otros abandonan su patria, no sabiendo dónde hallar un asilo. Son destruidas cuatrocientas iglesias, y una multitud innumerable de fieles confiesa el nombre de Jesucristo en las cadenas y en medio de tormentos, y muchos sellan la fé con su sangre.

Pedro Tuy fué el mártir mas célebre del Tong-King en 1853. Era un sacerdote indigena no menos venerable por sus virtudes que por su avanzada edad. Con una mentira se habria salvado ante sus jueces, pero persistió en declarar su título de sacerdote; únicamente cuando se le leyó la sentencia de muerte declaró que él no se habia reputado digno de tamaño favor. Cenó con santa alegría, pasó la noche en oracion, y marchó al suplicio con tanto gozo que admiró á todos los espectadores. Llegado que hubo al lugar del suplicio, se postró en el suelo, oró algunos momentos, y él mismo presentó su cabeza al hacha del verdugo. Este glorioso mártir reanimó el valor de los fieles; fueron nuevamente presos algunos á quienes se habia puesto en libertad, y los llevaron á la cárcel y los carga-

ron con la canga, ese horrible collar chino. Entre ellos habia mugeres y niños. Omito la triste al par que consoladora relacion de tantas muertes heróicas, y las cartas rebosando caridad que aquellos ilustres confesores escribian entre los hierros de su jaula; únicamente haré mencion de dos ^{casos} particulares de la persecucion en Cochinchina.

Esta provincia, residencia del cruel tirano, fué el teatro de sus mas sangrientas atrocidades. Dos mártires, uno europeo y otro indígena, se distinguieron particularmente en ella. El primero es el abate Gage-lin, de la diócesis de Besanzon. Hallábase en la cárcel, cuando en 12 de octubre de 1833 su amigo y hermano por el martirio, el señor Jaccard, le anunció su próxima muerte en el siguiente billete: “Creo de mi deber informaros, afortunado hermano mio, que habeis sido condenado á muerte por haber predicado en diferentes provincias. Estoy seguro de que si Dios os concede la gracia del martirio que habeis venido á buscar desde tan lejos, no os olvidareis de los que dejais aquí.” El santo confesor no se atrevia á dar crédito á semejantes noticias, creyéndolas superiores á sus merecimientos, y asi contestó que solo seria condenado á destierro. Jaccard le aseguró de nuevo que estaba irrevocablemente decidida su muerte, y entonces le respondió lo que sigue: “La noticia que me dais me hace saltar de gozo hasta lo mas íntimo de mi alma. No, no habia experimentado jamás tanta alegría. *Alegrado me hé por las cosas que se me han dicho,*

»entraremos en la casa del Señor. La gracia del martirio, de que soy enteramente indigno, ha sido el objeto de mis mas vivas ánsias desde mi niñez ; lo he pedido con las mayores veras todas las veces que en el Santo Sacrificio de la Misa elevaba el cáliz de la sangre preciosa de Jesucristo. Dejo un mundo en que nada tengo que echar de menos: la vista de mi dulce Jesus crucificado me consuela y despoja de toda la amargura á la muerte. Toda mi ambicion es abandonar prontamente este cuerpo de pecado para unirme á Nuestro Señor Jesucristo en la bienaventuranza eterna.”

El 17 del mismo mes fué conducido el santo sacerdote desde la carcel hasta el lugar del suplicio atravesando por entre una terrible fila de soldados que tenian su cimitarra en la mano, y precedido de un pregonero con un cartel en el que se leia que era condenado á ser degollado por haber predicado la Religion de Jesus. Ejecutóse al punto la sentencia, y los cristianos rescataron de manos de los soldados el cuerpo del santo mártir. Todavía, sin embargo, no estaba satisfecha la venganza del príncipe; así que este hizo averiguar el lugar de su sepultura y mandó quedasen á la intemperie por algun tiempo los restos del santo mártir.

El representante de los indígenas en este glorioso combate fué un seglar, Pablo Doi-Buong, capitan de la guardia Real. Ya habia pasado un año en la cárcel con seis soldados de su compañía que soportaron con un valor igual al suyo los acostumbrados horrore

de la prision en aquellos paises y los tormentos adicionales que ademas aumentaban los verdugos. Inmediatamente despues del martirio del señor Gagelin, mandó el emperador que fuese decapitado sobre el sitio en que estaban las ruinas de una Iglesia y que durante tres dias quedase insepulto su cadaver. La carrera que habia de seguir hasta el lugar del suplicio era larga y penosa, y la recorrió con el corazon lleno de gozo; solo si pidió permiso de padecer el martirio sobre las ruinas del altar. Prosternóse alli, hizo una breve oracion, y levantando en seguida dulcemente su cabeza, consumó su generoso sacrificio.

Católicos hermanos mios, permitidme preguntaros si no espermentais un justo sentimiento de orgullo en presencia de estos nuevos testimonios de la verdad de nuestra fé. ¿No es un consuelo para vosotros el ver cómo esta fé, aun en la undécima hora del dia, despide sus rayos con tanto esplendor y fuerza cual nunca, y cómo hace germinar en los corazones tímidos y débiles el heroismo de los tiempos apostólicos? Y al estaros yo contando la historia tan tierna de aquellas tierras lejanas ¿no se os ocurrió la idea de que los siglos mas bien que la distancia os separaban de esos gloriosos mártires y que yo no hacia mas que repetir la tan sabida historia de las crueldades de un Diocleciano? Pero permitidme tambien preguntaros, si en este mismo sentimiento no hallais alguna cosa que nos condena; si nuestra indiferencia, cuando nuestros hermanos soportaban tan acerbos tormentos, y si aun nuestra ignorancia de lo

que ellos tenían que sufrir, no es un motivo de justa reprehension. Porque si la simpatía que debe reinar entre las partes de un cuerpo requiere que aun los miembros mas distantes sufran mutuamente los dolores de los otros; si en los primeros tiempos, cuando las comunicaciones de país á país eran raras y difíciles, solo el rumor de una persecucion lejana en que la Iglesia iba á ser glorificada con nuevas pruebas de valor, vibraba á través de todo su cuerpo con una santa emocion, y tocando los lazos de su unidad cual otras tantas cuerdas armoniosas, sacaba una nota simpática y universal que los ecos de la tierra parecían hacer resonar hácia los cielos; ¿no es cruel el pensar cuán poca parte hemos tomado con el espíritu y aun cuán poco hemos conocido los triunfos contemporáneos, pero penosos, de nuestra Religión divina?

La mayor parte del tiempo hablamos de los habitantes de esos remotos países como de unos pueblos bárbaros con cuyos sentimientos nada tenemos de comun; y sin embargo, ¡cuán poco caso hacemos de que allí tambien tenemos no solamente hermanos en Jesucristo, sino ademas venerables mártires, á quienes no somos dignos de desatar la correa de su zapato, herederos verdaderos de las promesas del Redentor, legítimo orgullo de la Iglesia y su mas pura gloria! ¡Cuántas veces hemos deplorado la tibieza y cobardía de nuestro siglo en punto á creencias, mientras el espíritu de fé llena con sus ardores y rayos de luz el pecho de un humilde misionero en Oriente, ó el corazon de una pobre muger china;

mientras los ángeles apartan quizá sus miradas de nuestra indiferencia, y las vuelven hácia los desiertos de la Tartaria, ó á los horribles calabozos del Tong-Kin (1).

Pero abrigo la grata confianza de que no mereceremos ya por mas tiempo esta amarga reconvenccion; no faltarán en adelante á nuestros afligidos hermanos nuestras simpatías y nuestras oraciones y aun, si necesario fuere, socorros de otra naturaleza.

Despues de esta penosa digresion vuelvo á mi asunto: ¿No podemos, hermanos mios, desafiar al protestantismo á que presente algo que pueda ponerse en paralelo con el cuadro que acabo de trazaros? Que nos muestre, entre sus misioneros, hombres que en vez de distribuir Biblias y de viajar cómodamente en litera con sus mugeres, por paises en que saben están completamente seguras sus personas (2), penetren osadamente en el suelo inhospitalario en el que sepan les aguardan cadenas y suplicios y donde hayan menester regar con su sangre la miés que cultivan: que nos muestre millares de cristianos, convertidos por sus agentes, y que todo lo sacrifiquen antes que renunciar á su fé; que estén prontos á sufrir tormentos, la prision y hasta la muerte por el nombre de Jesu-

(1) Desde la publicacion de estas Conferencias, la fé ha recibido en el Tong-King testimonios todavia mas gloriosos.

(2) Asi es como en una carta de 5 de marzo de 1828 se representa á un misionero metodista residente en Pulo-Pinang. *Anales*, n.º XX. p. 213.

cristo (1). Por lo demas, estos ejemplos no son los únicos que podemos presentar. Hará unos cuatro años que el Ilmo. Florens, vicario apostólico de Siam encargó á los señores Vallon y Berard de establecer una mision en Pulo-Nias; isla situada al oueste de Sumatra. El primero murió pronto, despues de haber obrado ya muchas conversiones; el segundo, fué muerto de una puñalada por un indigena, cuando estaba administrando el bautismo á algunos nuevos cristianos; y aun me parece que su martirio fué seguido de el de todos ó casi todos los individuos de la recien establecida iglesia.

Hace unos años se publicó en Inglaterra una obra en que se pretendia que la estabilidad del catolicismo está subordinada á su establecimiento esterior y social; al paso que las conversiones obradas por la Biblia son necesariamente duraderas é indelebles (2); pero la manera con que acabais de ver á

(1) Paroce sin embargo que se está á punto de hacer una tentativa para introducir el protestantismo en la China. Los doctores Reid y Matheson nos dan á conocer la resolucion tomada por la iglesia episcopal de Nueva Yock *de hacer alguna cosa por la China*. Y poco despues añaden que se habia efectuado la ordenacion del señor Parker, misionero destinado á la China. Como de costumbre, no se hace mérito alguno de las misiones católicas con sus gloriosas listas de mártires. *Relacion de una visita á las iglesias de América*, Lóndres 1836, tom. 1, p. 56.

(2) *Quarterly Review*, n. LXIII, p. 3.—Los hechos que el crítico aduce por prueba son una brillante muestra de lógica en materia de controversia. Demuestra la perseverancia de las conversiones obradas por medio de la Biblia citando el ejemplo de una vieja del Cabo de Buena Esperanza, que habiendo recibido una Biblia, cuando era jóven, la guardó y leyó toda su vida y

las conversiones católicas resistir á la prueba de la sangre es un solemne mentís dado á semejante asercion. Y aun si se pensara que la persecucion no es tan destructora de la fé como la negligencia y el abandono, todavia se probaria con hechos que tambien nuestras misiones han pasado por esta clase de pruebas. Ceylan es de ello un notable ejemplo; y la Corea, que durante tanto tiempo careció de socorros religiosos y que todos los años repetia sus instancias pidiendo misioneros hasta que al fin pudo conseguir uno. Y este mismo misionero, Yu, en una carta que recientemente escribia de Macao, consignaba otro hecho todavia mas estraordinario, porque nos manifestaba que continúa existiendo en el Japon la Religion católica; y téngase presente que los últimos misioneros que penetraron en esta isla fueron cinco jesuitas que en 1642 sufrieron el martirio inmediatamente despues de su llegada; y se suponía que la espada habia arrancado de raiz del suelo de aquel imperio el catolicismo, porque tambien esta iglesia ha tenido sus mártires (1).

No lejos de aquellos paises están las islas Fili-

buscaba á los misioneros muchos años despues. La inestabilidad de las conversiones católicas pretende probarla por el estado del Paraguay desde la supresion de los Jesuitas. Pero el caso es que el Paraguay continúa siendo católico, si bien haya desaparecido su admirable organizacion con la corporacion que la creó. El escritor confunde la Religion con la forma particular de gobierno que en este caso particular fué su feliz consecuencia.

(1) Véase la noticia referente á ellos en las *vidas de los Santos* de Butler, en el dia 5 de setbrero.

pinas, cuya poblacion católica la calcula el señor Dubois en dos millones, colocada bajo la direccion de los dominicos españoles. Mas como tal vez se creería demasiado exagerado ese número, voy á citar algunas líneas de una muy docta obra del Dr. Prichond; obra que ciertamente no tiene relacion con nuestro asunto, pero en la que su autor habla incidentalmente de nuestras misiones en Filipinas. Dice asi: “Se ha enviado á Filipinas gran número de misioneros. La primera tentativa la hicieron los agustinos en 1565; y en los años siguientes llegaron muchos reclutas eclesiásticos pertenecientes á varios institutos religiosos. Estos trazaron entre sí los límites de sus provincias espirituales y se dedicaron á propagar los beneficios de la fé católica entre los idólatras y salvages de aquellas islas, cuya total poblacion se calculó en tres millones. No tardaron en familiarizarse con los diversos idiomas de aquellos pueblos, y sus trabajos parecieron coronados con el éxito mas feliz. A creer las relaciones de estos honrados y celosos misioneros, el cielo habia obrado milagros en su favor (1).” Reconoce pues este escritor que nuestros trabajos han tenido felices resultados. Segun un estado oficial, en una sola provincia se cuentan 150,000 cristianos (2).”

Mas allá del Ganges hay otro pais en que el pro-

(1) Investigaciones acerca de la historia física del género humano, 2.^a edic. Lóndres 1826, tom. 1, p. 455.

(2) Véase *Plan* etc., *ut supra*.

testantismo ha trabajado en vano, al paso que nuestros esfuerzos han sido y son coronados con el éxito mas feliz. Hablo del imperio Birman, que se compone de los reinos de Ava y de Pegu. La mision del señor Judson y de su muger, ya sabeis, porque ellos mismos lo han confesado, que ha fracasado completamente; pero tal vez ignoreis que ya entonces habia en aquel pais una numerosa comunidad de católicos indigenas. Hagamos un ligero bosquejo de su historia. En 1719 el Papa Clemente XI envió al Ilmo. Mazzabarba en calidad de embajador al emperador de la China Kan-ghi (1). La mision no tuvo buen resultado; el embajador volvió á Europa, pero dejó en diferentes puntos de Oriente los sacerdotes que le acompañaban. Dos de ellos fueron destinados á los reinos de Ava y de Pegu, el R. José Vittoni, y el P. Calchi, individuo de la congregacion de barnabitas. Despues de algunas dificultades que al principio hubo que vencer, lograron permiso para predicar y erigir iglesias. El rey envió al R. Vittoni con regalos para el Papa, y el P. Calchi edificó una Iglesia en Siriam, capital del reino de Ava; pero rendido de trabajo murió en 1728, á la edad de 43 años. La mision habia prosperado de tal modo, que Benedicto XIV se apresuró á enviar á aquel pais al P. Gallezia, elevado á la dignidad epis-

(1) Auber dá en su *China* una relacion parcial de esta embajada. Londres 1834, p. 48.

copal con el título de vicario apostólico. Sin embargo, el P. Nerini fué el grande Apóstol de aquellos pueblos. Las ceremonias del culto se hacian públicamente; las procesiones y entierros atravesaban las calles sin que á nadie le chocaran y con toda la pompa que se acostumbra en las naciones católicas de Europa. En 1745 la persecucion probó á esta Iglesia naciente: el obispo y dos misioneros fueron pasados á cuchillo cuando estaban desempeñando un mensaje de fé y de caridad. Los cristianos se dispersaron, y el P. Nerini tuvo que retirarse á las Indias para salvar su vida. En 1747 se le volvió á llamar muy honoríficamente, é hizo construir el primer edificio de ladrillos que se vió en el pais; era una iglesia de ochenta pies de largo y treinta y uno de ancho, con una casa contigua para vivienda de los sacerdotes. Un armenio contribuyó á estas piadosas empresas con una suma de 7,000 dollars. Por aquel mismo tiempo se erigieron muchas otras iglesias y escuelas (1).

(1) Hé aquí la nota de los principales establecimientos católicos: en Ara habia una grande iglesia, destruida cuando se trasladó la capital. Parece, sin embargo, segun una carta del P. Amato, que en 1822 todavía existia allí una iglesia y una casa. En Siriam, ciudad ahora arruinada, dos iglesias, dos casas contiguas, un colegio de cuarenta niños y un establecimiento para niños huérfanos. En la ciudad de Pégu, una iglesia y una casa. En Monla, una iglesia, una casa rectoral y un colegio, construidos en 1770. El terreno en que se edificó el colegio fué reclamado, y Cortenovi hizo construir otro que podía contener 50 niños. En los alrededores de Pégu, seis iglesias. En Subaroa, dos. En Chiam-sua-Recca, seis, las cuales servia el P. Amato en 1822. En Ranjoun, una iglesia, una casa, un convento, y una escuela para huérfanos.

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. I. 29

La mision siguió prosperando, particularmente bajo la direccion de los Cortenovi y del P. Sangerman (1). Este último, autor de una obra interesante acerca de la historia y literatura de aquellos paises, vino á Europa en 1808 en busca de socorros para su pobre grey. Pero la sábia y celosa órden que habia provisto de pastores á aquella Iglesia estaba ya suprimida, sufriendo la misma suerte que en aquella época sufrieron todas las creaciones de la caridad. Tuvo, pues, que llevar todo el peso de la mision el P. Amato; afortunadamente vivió hasta el año 1830. Entonces Roma envió nuevos obreros evangélicos que llegaron cabalmente á tiempo de poder cerrar los ojos del venerable sacerdote. Nuevamente salieron el año pasado para el mismo punto otros misioneros (2).

Y ¿qué cosa tambien mas interesante que las misiones católicas, dirigidas con tanto acierto y tan felices resultados, entre los naturales de la América Septentrional, en el Canadá y en los Estados-Unidos? No bien los franceses tomaron posesion del Bajo-Canadá, cuando se dedicaron sèriamente á la conversion de los indígenas y tuvieron la dicha de acabarla en poco tiempo. En una carta del obispo pro-

(1) Descripción del imperio Birman, traducida de los manuscritos de este religioso por el R. Dr. Tandy, y publicada por *Oriental Translation committee*. Roma, 1833, en 4.º

(2) Esta reseña está sacada, en gran parte, de materiales inéditos existentes en los archivos de los PP. Barnabitas en Roma. Ya dí de ellos lo mas notable en una nota añadida á la obra del Dr. Tandy, p. 222.

testante de Quebec, fecha el 22 de abril de 1829, se lee lo siguiente: “Todos los naturales del Bajo-Canadá profesan la Religion católica romana. En el Alto-Canadá, los habitantes de lo interior y de los confines de la provincia que ya no son idólatras, son protestantes, á escepcion de unos pocos cerca de Sandwich (1).” Las diversas relaciones de los misioneros confirman la existencia de numerosas comunidades católicas entre aquellas tribus.

La relacion ó Memoria de la Sociedad para la Propagacion del Evangelio, de 1824, ofrece el pasage siguiente: “No puedo menos de mencionar un objeto de grande interés que por sí mismo se presenta á vista á unas dos leguas de San Pedro (en la isla del duque de Kent): ese objeto es la capilla India, llamada asi porque es obra esclusivamente de los indios. Está situada en una pequeña isla de deliciosa vista con una casa para el sacerdote, y está servida con bastante regularidad. San Pedro es otro establecimiento de la Iglesia católica romana (2).” La Memoria para el año 1825 habla de otra congregacion en los términos siguientes: “Con no poco trabajo, por el mal estado de los caminos, he llegado á la ciudad de San Regis, casi esclusivamente habitada por indios, los cuales pertenecen á la comunion romana, como

(1) *Parliamentary Papers* sobre las tribus aborígenas, agosto de 1834.

(2) *Memoria*, etc. 1825, p. 85.

»*todos los indios de la Baja Provincia* (1).” Y en la
»*Memoria* del año siguiente se dice: “Hay aquí (isla
»de Cabo-Breton) diez y ocho mil católicos romanos,
»entre ellos principalmente algunos montañeses de
»Escocia, muchos franceses y *quinientos indios* (2).”

Pero seria muy prolijo enunciar las misiones que hay en los diferentes puntos del Canadá, como, por ejemplo, la florecientísima mision de los iroqueses en San Regis, y las de Montagné entre los algonquines de Habenaqui, de los Tres Rios y de San Luis. Pero la mas brillante quizá de las misiones canadienses es la del Lago de las dos montañas, que fundada en 1717 no ha cesado de prosperar bajo la direccion de los sulpicianos. Comprende dos pueblos con una iglesia comun á ambos y viene á contener unos 4,200 indios. Esta tribu se adelanta hácia el Norte, durante el invierno, para entregarse á la caza y á la pesca. Tienen calendarios que les proporcionan los misioneros y asi saben los dias de ayuno prescritos por la Iglesia y los observan y santifican las fiestas con escrupulosa esactitud. Sus costumbres son puras y sencillas; todos aprenden á leer y escribir, y entienden perfectamente los principios de su Religion.

Las misiones de los Estados-Unidos han sufrido quizá mas que las otras por la supresion de los jesui-

(1) *Memoria*, etc. 1826, p. 117.

(2) *Memoria*, etc. 1827, p. 75.

tas, porque esta sociedad tenia bajo su direccion las comunidades mas considerables fundadas entre los indígenas. Tambien han padecido mucho por los muchos cambios de domicilio que han tenido que hacer á causa de las sucesivas invasiones de los blancos en su territorio. Jamás, sin embargo, se ha borrado de su memoria la Religion; ellos han conservado cuidadosamente los emblemas y prácticas del culto católico; y siempre se han esmerado en hacer bautizar á sus hijos. De aqui es que con la mayor facilidad se prestan á observar puntualmente los deberes de la Religion, oyendo dócilmente á todos los misioneros que se han presentado á ellos. Aun mas; ellos mismos han pedido sacerdotes y esto con entero discernimiento de la diferencia que hay entre el predicador católico y el predicador protestante. Bastarán algunos ejemplos para probarlo.

Oid un extracto de la peticion que con fecha 12 de agosto de 1823 presentaron al presidente de los Estados-Unidos los indios uttawas: “Confiando en vuestra paternal bondad, reclamamos la libertad de conciencia, y os pedimos nos concedais un maestro ó ministro del Evangelio, perteneciente á la sociedad de que hacia parte la compañía católica de San Ignacio, establecida antes en Michillimakinac, en Arbol Encorbado, por el P. Magnet y otros misioneros jesuitas. Desde entonces siempre hemos deseado estos sacerdotes. Si nos los concedeis, les rogareis ocupen las tierras que en otro tiempo ocupó el P. Dujaunay en las orillas del lago Michigan.” Cua-

tro meses despues se presentó, por otro gefe de la misma tribu, otra peticion al Congreso, en la que se lee lo siguiente: “Deseamos ser instruidos en los principios de Religion que se enseñaban á nuestros padres cuando todavia (en 1765) existia la mision de San Ignacio. Nos tendremos por felices, si tuviésemos á bien enviarnos un hombre de Dios, de la Religion Católica (1).”

En 1827 vino á San Luis (Missouri) un gefe de los kansas, y en medio de una asamblea pública pidió con instancias se enviase alguno que enseñase á su tribu la manera de servir al Grande Espíritu. Levantóse un ministro protestante brindándose á ello; pero el indio, despues de examinarle de pies á cabeza, le dijo sonriéndose: “Tú no eres el hombre que necesitamos.”—“Siempre que vengo á San Luis, añadió, acostumbro entrar en la iglesia de los franceses donde veo sacerdotes sin familias; hé ahí los maestros que nosotros deseamos tener.” De regreso á su tribu, escribió al general Clarke conjurándole se acordase de él y le enviase un sacerdote católico. No fué posible acceder desde luego á esta peticion, y asi es que el gefe la renovó. Por último, á vista de las reiteradas instancias del gefe, el Ilmo. Rosati encargó al abate Lutz, jóven eclesiástico aleman, abriese una mision entre los kansas (2).

(1) *Anales de la Asociacion para la Propagacion de la fé*, número IX, 1826; p. 102-104.

(2) *Ib.*, n.º XVIII, 1829, p. 550-561.

A Dios gracias , las últimas noticias recibidas de estas misiones han sobrepujado nuestras esperanzas. Desde la visita del obispo Rezé á la Mision del Arbol Encorbado , la Congregacion de los Uttawas se compone de unas 1,200 personas; se han edificado en su territorio seis ó siete iglesias ; y aquéllos buenos indios lejos de entregarse á la embriaguez, como las tribus vecinas , no permiten que en su establecimiento se introduzca una sola gota de licor fermentado.

En Saut-Ste. Marie fué saludada con salvas de fusilería la llegada del obispo , y todo el tiempo que allí permaneció fué consagrado á ejercicios de piedad; confirmó mas de 100 personas, 120 recibieron tambien la confirmacion en Meckinack ; y 150 , indios la mayor parte, fueron tambien confirmados en la Bahía Verde, donde acaba de edificarse una magnífica iglesia, y donde muy pronto se abrirá un seminario y un convento. Las mismas relaciones ofrecen una lamentable pintura de las misiones protestantes de las inmediaciones á consecuencia de los espantosos destrozos que hacen allí los licores y bebidas que causan embriaguez (1).

Los Poutewamis , que desde la marcha de los jesuitas habian estado privados de toda asistencia espiritual , y que por consiguiente no conservaban del cristianismo mas de un recuerdo tradicional , se diri-

(1) *Anales*, número XLIV., enero , p. 293-298.

jieron hace catorce años al gobernador de Michigan, para conseguir un *ropa negra*, que así llaman ellos á los misioneros. Enviáronles un ministro anabaptista; pero muy luego conocieron la diferencia, y así le dijeron que lo que ellos necesitaban era uno de aquellos sacerdotes de quienes tanto bueno les habian contado sus padres. Se les respondió que el gobierno nada tenia que ver con los católicos, y que ellos debian escuchar al predicador que se les había enviado. No tardaron en estallar violentas divisiones en la tribu: en vano se repartieron profusamente regalos y licores fuertes; en pocos años fueron víctimas de estas contiendas intestinas treinta y tres indios. El vicario general de Cincinnati les prometió en 1830 un sacerdote católico; pero el gobierno, que no queria renunciar á su mision anabaptista, se opuso á ello de todos modos. Mas al fin triunfaron los católicos, y ahora forman una edificantísima congregacion de 700 almas bajo la direccion de un sacerdote belga.

El señor Boraga, sacerdote de la Iliria, obtuvo permiso del obispo para abrir una nueva mision entre los indios de Rio Grande; y al cabo de dos años, tenia ya formada una congregacion de 200 almas (1).

Pero conozco es preciso acortar estos pormenores; por eso haré únicamente mencion de las misiones dirigidas con tanto acierto y tan felices resultados por sacerdotes españoles en la California.

(1) *Ibid.*, p. 303.

Como el objeto que me propongo en este discurso es presentar en cuanto es posible un contraste entre los resultados obtenidos por los misioneros de las diferentes comuniones en unos mismos pueblos, y como tal vez me he salido de mi reserva habitual al hablar de la conducta de los misioneros americanos en los mares del Sud, concluiré con una sucinta relacion de los progresos del catolicismo en aquellas islas. Ya he tenido ocasion de hablar de las persecuciones que nuestros hermanos han sufrido en la China y en otros paises por parte de los infieles; pero aqui los suplicios y las cadenas nos las han infligido los mismos misioneros protestantes, verdaderos tiranos de aquellos infortunados paises.

Kotzebue cuenta lo que pasó en una entrevista que tuvo en una de aquellas islas con una princesa indigena. Él la preguntó por qué se habia hecho cristiana, á lo cual ella contestó lo siguiente: “Me he hecho cristiana, porque el señor Bingham, que lee y escribe tan bien, me dijo que era la Religion mejor y porque veo la superioridad que sobre nosotros tienen los ingleses y americanos que profesan el cristianismo. Pero (añadió) esto no es mas que una probatura que hacemos, y si no corresponde á nuestras esperanzas, volveremos á nuestras antiguas prácticas (1).”

(1) *Relacion de un segundo viaje en derredor del globo*, tom. II.

En 1826 llegaron á aquellos países tres misioneros católicos y comenzaron abriendo un pequeño oratorio en que habia espuesta á la pública veneracion una imagen del divino Salvador crucificado. La curiosidad atrajo allí á los naturales del pais, los cuales preguntaban qué significaba aquello. De aqui tomaron márgen los misioneros para explicar el misterio de la Redencion; porque sin esta representacion material era imposible hacer comprender bien la historia de la Pasion á aquellas inteligencias incultas y sencillas. No tuvieron que esperar mucho tiempo los primeros frutos, y al punto comenzaron la instruccion formal de algunas personas. Pero al cabo de dos ó tres años, el influjo de los misioneros americanos los hizo espulsar de la isla y se refugiaron en California. En 1833 la misma autoridad intimó á los católicos asistiesen á las reuniones del culto protestante. Ellos se negaron, y se les condenó á trabajos forzados en los caminos públicos. Impúsoseles pues la primer tarea: pero no bien la hubieron ejecutado cuando de nuevo se les intimó frecuentasen las reuniones protestantes. Hubo la misma negativa, y se les impuso tambien la misma pena. Esto se repitió hasta por tres veces; entonces se les sujetó á una prueba mas dura: hasta entonces habian trabajado por grupos ó brigadas compuestas esclusivamente de católicos; pero se resolvió agregarles multitud de hombres perversos y malvados, condenados por toda clase de crímenes, la hez de la sociedad en una palabra. Los católicos se negaron

ron entonces á obedecer, si no se les permitia trabajar solos. Repitióse la órden; y aun se fué todavía mas lejos, pues se mandó separar las mugeres de sus maridos y enviarlas á trabajar á otro punto de la isla. Preguntaron á su catequista, única persona con quien podian consultar, si deberian obedecer; y el catequista contestó que no habia pecado en trabajar en compañía de tales hombres, si su gefe lo mandaba, por causa de Religion, y que serian reprehensibles desobedeciendo sus órdenes. Tomaron al pié de la letra estas palabras, y como la sentencia habia sido pronunciada por un comisionado, insistieron en quererla oir de boca del gefe. Se apeló á la fuerza; se separó á los hombres de las mugeres, y se probó á cargarlos de cadenas. Preciso fué, sin embargo, que el gefe consintiese en admitirlos á su presencia; pero mientras iban á presentarse á él, vino en su auxilio el cónsul inglés, y hallaron en su casa un asilo contra sus perseguidores protestantes. Los misioneros le escribieron una carta de accion de gracias desde su destierro.

Ahi pues teneis á ministros de la Reforma persiguiendo á unos pobres católicos y queriendo obligarlos á la apostasía con todo un sistema de disposiciones penales, sistema que fué llevado tan al extremo que durante mucho tiempo se impidió á una princesa de sangre Real abrazar el catolicismo amenazándola con que seria condenada á obras públicas. Aqui, como en todas partes, los católicos permanecieron invenciblemente adheridos á sus creencias. Mas entonces,

¿á qué queda reducida esa orgullosa pretension del protestantismo de aborrecer siempre la persecucion religiosa y de dejar al catolicismo el espíritu de intolerancia y de crueldad?

En el mes de abril de 1833 mandó el rey publicar un edicto por el que restituia á sus súbditos la libertad de frecuentar ó no las iglesias protestantes (1), y al momento se vieron estas desiertas. Los habitantes de la isla volvieron con una especie de furor á sus antiguas diversiones que severamente se les habian prohibido, al paso que los católicos no perdieron ni uno solo de los suyos ni tomaban diversion alguna sin permiso de sus catequistas. Se esperó el retorno de los misioneros, y muy pronto el pais pudo contar con un obispo, que lo fué el Ilmo. Rouchoux.

Pues bien: comparad ahora la conducta de las dos iglesias: una ha sufrido persecucion; y sin embargo, ha permanecido fiel; la otra contaba con el apoyo de la ley, y desde el momento que se dejó en libertad á sus prosélitos, todos la abandonaron. Semejante contraste, junto con otros hechos de la misma naturaleza que ya he referido en mi discurso, dá margen á serias reflexiones; pero tambien es un motivo de estímulo y de consuelo para los que profesan la fé legítima de Cristo.

Por mi parte no concibo objeto mas gustoso de estudio que la manera especial con que el cristianismo

(1) *Am: de la Religion*, de 17 de julio de 1834.

se adapta á todas las condiciones y á todos los estados posibles de la humanidad. Cualquier otro sistema religioso ha sido creado únicamente para un clima ó para un pueblo particular. Ni la habilidad ni el genio habrían logrado que el salvaje huron abrazase las creencias obstinadas y anfibias de las orillas del Ganges, gastarse sus días, pusiese la esperanza de su santificación en largas y frecuentes abluciones en medio de sus helados lagos, y se negase á todo alimento animal para vivir únicamente de vegetales en un clima en que mas avara la naturaleza le habria negado lo necesario. El enervado habitante del Tibet jamás habria trasplantado á sus deliciosas arboledas los tenebrosos encantos, ni las divinidades sanguinarias de los bosques escandinavos, ni su oído habria sido gratamente impresionado por las Sagas ó cuentos de sangre y de gloria que hacian latir el corazón en el pecho del *rey del mar* en medio de las tempestades del Norte. Y el escandinavo ¿cómo en medio de sus hielos y nieves se habria acomodado á las religiones del Oriente con sus pagodas elegantes, con sus floridas pinturas, sus perfumes de todo género y su moral afeminada? El culto del Egipto era el producto de su suelo; y pronto se habria estinguido si se le hubiese trasplantado mas allá de los límites trazados por las inundaciones del Nilo. La mitología poética de la Grecia, sus Musas, sus Dryadas y su Olimpo solamente podian entrar en el símbolo de un pueblo que produjo los Homeros y Anacreontes, los Apeles y Fidias. Hasta la religion judáica lleva

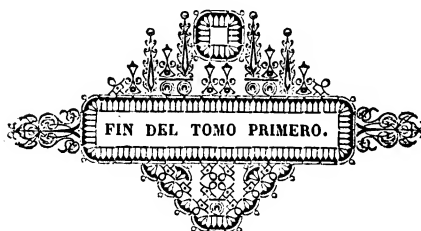
manifestas señales de que su divino autor no quiso imprimirle el sello de la permanencia y de la universalidad. Solo el cristianismo es la Religion de todos los climas y de todas las razas de hombres. Desde el uno al otro polo, desde la China al Perú, le vemos amado y practicado por las innumerables variedades de la gran familia humana á pesar de la diferencia de su constitucion, de su capacidad mental, de sus costumbres civiles, de sus instituciones politicas, de su fisonomía y temperamento.

Pero sepamos ser justos para nosotros mismos: el catolicismo reivindica esclusivamente para sí esta admirable facultad de acomodarse á los caracteres nacionales é individuales, haciéndose todo para todos, de unir con un vínculo comun los elementos mas heterogéneos y de vaciar las disposiciones mas desemejantes en el mismo modelo de virtud sin borrar los rasgos característicos de las nacionalidades particulares. Durante muchos años impúsose por la fuerza el luteranismo al pueblo dócil de Ceylan, y allí produjo la mas horrible monstruosidad religiosa, cual es la amalgama de la fé en el Hijo de Dios con el culto de los demonios! Los *independientes* han trabajado con celo y perseverancia en la conversion de los naturales, tan sencillos como pacíficos, de las islas Sandwich y de las islas de la Sociedad; y lo que han conseguido ha sido arruinar sus costumbres industriosas, disgustarles de todo lo que formaba el apoyo de su vida, esponer en fin el pais á las agresiones estrangeras y á disensiones intestinas.

Al contrario el catolicismo: el catolicismo parece poseer una gracia y una virtud que le son particulares y que le permiten arraigar en todas partes y bajo todas condiciones. Podríase comparar su acción á la virtud latente de ciertas fuentes, que despojan de sus partes frágiles y perecederas á las plantas y flores que en ellas se sumergen y las transforman en una substancia sólida y duradera, conservando empero sus venas y lineamentos que atestiguan su identidad. La acción del catolicismo es independiente de la civilización; puede precederla, y entonces es su mensajera; puede seguirla, y entonces la sirve de correctivo. Vosotros la habeis visto coger al salvaje en medio de sus bosques y selvas, y elevar ella sola su corazón y su inteligencia á la altura de los mas sublimes é incomprensibles misterios, al paso que ella tambien, y ella sola, en la India previno y precavió contra el influjo demoralizador del clima á los que ella habia convertido.

Pero si el que planta y el que riega son nada y solo el Señor es quien dá el incremento; si un éxito feliz, constante y duradero, no puede menos de ser efecto de las bendiciones celestiales ¿no deberemos concluir de ahí que la Iglesia católica ha llevado el reino de Dios á todos esos pueblos y que á su regla de fé han sido unidas indisolublemente la gracia y la promesa de la asistencia eterna? Sí, alegrémonos de que plugo al Salvador dar una prueba tan consoladora de su asistencia á su Iglesia. Prosiga, pues, esta sin temor la doble misión que le ha sido confiada; á

ella corresponde enseñar con éxito á todas las naciones de la tierra, y ella tiene la certeza y seguridad *de enseñar hasta el fin de los siglos todas las cosas que han sido mandadas.*





INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE PRIMER TOMO.

Prólogo del editor.	V
<i>Advertencia del traductor francés.</i>	VI
INTRODUCCION.— <i>Ojeada sobre el estado actual del protestantismo.</i>	XIII

Peligros del protestantismo actual.—La division, consecuencia inevitable del principio de la Reforma.—Doble consecuencia práctica del exámen individual: Negacion de toda Religion revelada: Retorno al catolicismo.—Conducta de los que tratan de mantener los antiguos formularios.

1.º Palabras proféticas de Bossuet acerca de la última consecuencia del exámen individual.—Distincion esencial entre la doctrina particular de Lutero y el principio fundamental de la Reforma.—Los libres pensadores,

B. del C.—Tomo IX.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, TOMO I. 30

los concienzudos y los iluminados.—Religion racional de Kant.—Esta tiene por consecuencia el sistema de *acomodacion*, trasladado por Semler á la exégesis.—Los Libros Santos despojados de su carácter de inspiracion.—El protestantismo dá el último paso hácia el racionalismo con Strauss y las iglesias libres.—Las ideas racionalistas, verdadero resultado de la Reforma.—Su universalidad en Alemania.—Su influencia en la sociedad.

2.º **Movimiento religioso en Inglaterra.—**Perplejidades suscitadas en las personas entendidas, á causa de la aplicacion del principio protestante.—La consecuencia de ellas es el retorno al catolicismo.—Carácter del puseismo.—Sus autores reconocen la insuficiencia del exámen individual y la necesidad de la unidad.—Doctrina del Dr. Pusey acerca de la unidad.—Falsa é ilógica posicion de los puseistas que no se convierten al catolicismo.—Conclusion.—Vanos esfuerzos de las sectas protestantes hácia la unidad.

PRIMERA CONFERENCIA.—*Objeto de las conferencias acerca de la regla de fé.* . . .

Punto capital de la discusion entre los católicos y los protestantes.—Modo irracional de proceder entre los protestantes.—Necesidad de un motivo comun de adhesion.—Distincion esencial entre los motivos de adhesion y los motivos de conviccion.—Contradiccion entre el principio del protestantismo y la conducta de sus partidarios.—Variedad de los motivos por los cuales el católico se adhiere á su fé.—Resultado único, el principio de au-

toridad.—Motivos de conversion al protestantismo.—Método que el orador se propone seguir en estas Conferencias.

CONFERENCIA II.—*Regla de fé protestante.* .

36

¿Cuál es el principio vital de la creencia?—Respuesta de los protestantes.—Enseñanza de los treinta y nueve artículos acerca de esto.—Imposibilidad para el protestante de convencerse de la autenticidad y de la inspiracion de las Santas Escrituras.—Valor de las pruebas intrínsecas y estrínsecas.—La regla de fé protestante en su aplicacion.—Dificultad de traducir la Biblia, de repartirla, de adquirir su inteligencia.—La regla de fé protestante considerada en sus resultados.—Lo que la Iglesia católica ha hecho para la conservacion de los Libros santos.—Versiones publicadas antes de la Reforma.—Motivos de las restricciones puestas á la lectura de la Biblia.—Primer aspecto del sistema protestante y del catolicismo.

CONFERENCIA III.—*Exposicion de la regla de fé católica.*

87

¿Qué es la Tradicion?—La autoridad de la Iglesia.—Fundamento de la regla de fé católica.—Autenticidad de las Santas Escrituras.—Mision del Salvador.—Autoridad divina de la Iglesia.—Los católicos ¿giran en un círculo vicioso?—La ley antigua y la ley nueva consideradas como regla de fé.—La ley antigua no escluía la tradicion oral de las verdades mas importantes.—La regla de fé católica en su aplicacion y en su fin.—Unidad de las creencias.—Esta unidad satisface á la ima-

ginacion por su belleza y á la razon por su conformidad con el carácter intrínseco de la verdad.—Ella conduce á la evidencia de la verdadera Religion.

CONFERENCIA IV.—*Demostracion de la regla de fé católica.*

127

La autoridad de la Iglesia en el misterio de la Transfiguracion.—Primer fundamento de la autoridad de la Iglesia: la ley antigua.—Triple estado por el que ha debido pasar el hombre para llegar al grado de perfeccion de que es susceptible.—Estado de esperanza.—Estado de fé ó revelacion cristiana.—Estado final.—Analogías entre estos tres estados.—Constitucion mosáica en el estado de esperanza, figura de la que debia haber en el estado de fé.—Admirable armonía entre las dos constituciones segun el sistema católico.—Confusion de los planes divinos en cualquier otro sistema.—Objeto de la profecía.—Isaías.—Segundo fundamento, la promesa de Jesucristo.—Medio de determinar el sentido preciso de las palabras del Salvador.—¿Cuál es la naturaleza de la mision que ellas implican? La infalibilidad.—Asistencia del Espíritu Santo.—Supuestas profecías acerca de una defeccion general de la Iglesia.—La constitucion de la Iglesia está basada en la naturaleza de las cosas.

CONFERENCIA V.—*Autoridad de la Iglesia.* . .

177

Superabundancia de pruebas.—Con la conducta de los Apóstoles se demuestra la autoridad divina de la Iglesia, y se refuta el principio del exámen individual.—Palabras de

San Pablo á Timoteo, á Tito y á las iglesias.

—¿En qué principio apoyaron los Apóstoles su enseñanza en la conversion de los pueblos?

—La reglá prácticada por ellos ¿dependia de un privilegio personal?—La regla de fé católica demostrada por la ley del secreto, por la manera con que se recibia la Escritura, por la definicion de los artículos de fé, y por el testimonio de los escritores.—Los triunfos de la fé en los primeros siglos ¿son debidos á los principios católicos?—La Iglesia romana ¿ha caido en el error? ¿Cuándo? ¿en qué tiempo?—Dos pareceres de los protestantes acerca de esto.—Cómo repugna á la razon la suposicion de una defeccion general de la Iglesia.—Los resultados de la esperiencia están en favor del principio católico.—Impotencia de la iglesia de Inglaterra.—Fuerza vital del catolicismo.

CONFERENCIA VI.—*Resultados prácticos de la regla de fé protestante, relativamente á la conversion de las naciones idólatras.* . . .

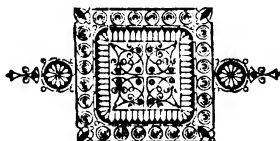
244

Feliz resultado, prueba de la verdad de la regla de fé.—Conversion de los pueblos idólatras.—Primeros esfuerzos de la Reforma en esta parte.—Sociedades fundadas en Inglaterra.—Recursos de que disponen.—Misioneros.—Misiones de la India.—Relacion del obispo Heber (protestante).—Memorias oficiales.—Misiones de América, de los Kalmuckos, y de la Oceania.—Supuestas conversiones de que se habla en las Memorias ó relatos de las sociedades.—Uso que los indígenas hacen de las Biblias que se les dan.—Escuelas de los misioneros.—Conclusion.

CONFERENCIA VII.—*Resultados prácticos de la regla de fé católica aplicada á la conversion de los infieles.*

314

Carácter de la mision de S. Agustin en Inglaterra.—Don de milagros perseverante en la Iglesia.—Actual estado de las misiones católicas: recursos.—Catástrofes de estos últimos tiempos: supresion de la Compañia de Jesus.—Noticias relativas á las misiones católicas.—Mision de la India.—Testimonios protestantes.—Estado moral de los católicos indigenas.—Cristiandad del Malabar.—Misiones de Ceylan, de la China, del Tong-King, de las islas Filipinas, del imperio Birman, de la América Septentrional, y de la Oceania.—**Conclusion.**



ERRATAS.

<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
LVIII	1	as	las
91	29	vecas	cas.
98	8	ladas	ñaladas
122	18	de donde	á donde
125	20	sino	si no
140	30	arcion	racion

